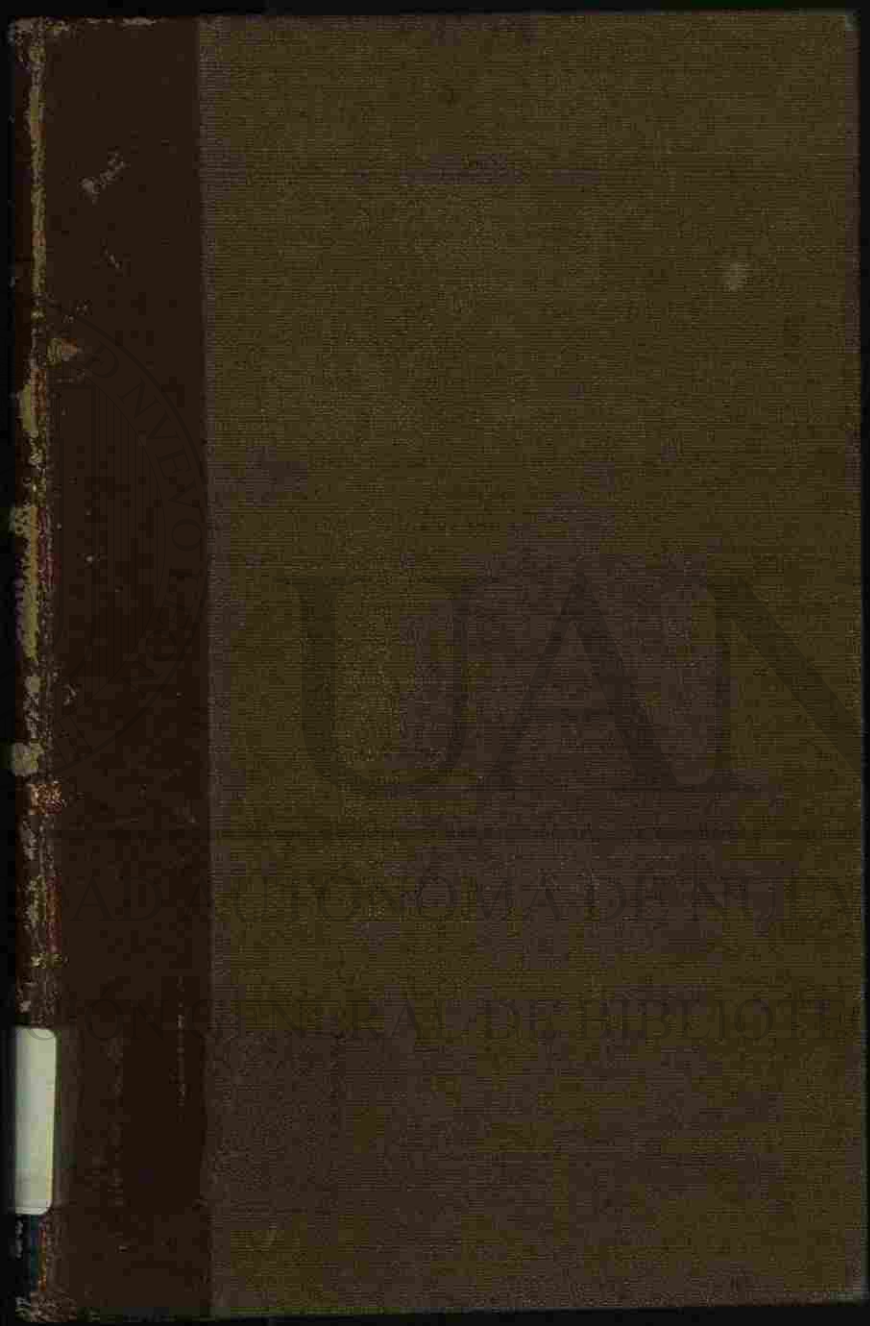




I. CRNET

LA
FERRERIA
DE
MONT-AVESNE

PQ2378

.03

F48

1890



1020026723



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LAS BATALLAS DE LA VIDA

LA FERRERÍA DE PONT-AVESNES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Num. Clas. _____

Num. Autor _____

Num. Adq. _____

Procedencia _____

Precio _____

Fecha _____

Clasificó _____

Catalogó _____

N
Oh 38 f
30629
-8-

[Signature]

ASINAT

OBRAS DEL MISMO AUTOR

	PTAS.
La Condesa Sara; un vol. en 8.º	3
Sergio Panine; un ídem íd.	3
El gran Margal; un ídem íd.	3
Las señoras de Croix Mort; un ídem íd.	3
Lise Fleuron; un ídem íd.	2,50
Negro y rosa; un ídem íd.	3
Voluntad (versión española por D. Carlos Frontaura); un ídem íd.	3,50
El doctor Rameau (versión española por D. Carlos Malagarriga); un ídem íd.	3,50

MADRID, 1890.—EST. TIP. DE RICARDO FÉ. OLMO. 4

JORGE OHNET

LA FERRERIA
DE PONT-AVESNES

VERSION CASTELLANA

DE

LUCIANO NAJERA

CUARTA EDICIÓN

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2

1890



85752

30629

843
C.
PQ 2378



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA FERRERÍA DE PONT-AVESNES.

I.

En un sereno día del mes de octubre de 1880, estaba sentado á la linde de uno de los hermosos encinares que cubren con su fresca sombra las primeras estribaciones del Jura, un joven vestido con elegante traje de caza. A pocos pasos de distancia, un excelente perro de color de canela, echado sobre las matas, miraba con atentos ojos á su amo, como preguntándole si continuaría pronto la caza. Pero el cazador no se mostraba muy dispuesto á proseguir la tarea. Había apoyado la escopeta en el tronco de un árbol, arrojado el morral vacío sobre el reborde de la cuneta del camino, y con la espalda vuelta al sol y la cabeza apoyada en la mano, mi-

raba distraído el admirable panorama que se extendía á su vista.

Al lado opuesto del camino junto al cual se había parado, extendíase á lo largo del bosque un taller de dos años, cuyos capellones brotaban como islotes de verdura entre los matorrales y altas hierbas amarillas. El terreno, cubierto de bosque, descendía en suave pendiente hacia el valle, y dejaba ver entre las praderas la aldea de Pont-Avesnes, empinando sobre los rojos tejados de sus casas la torre cubierta de pizarras, en forma de embudo, de su vieja iglesia. A la derecha estaba el castillo, rodeado de anchos fosos secos y plantados de árboles frutales. El Avesnes, hilillo de agua que los habitantes califican ambiciosamente de *rio*, brillaba como cinta de plata entre los achaparrados sauces que inclinan las ramas sobre sus orillas.

Algo más lejos está la ferrería, arrojando por las chimeneas de sus altos hornos rojizo humo, que barrido por el viento extiende sus negras masas en lo bajo de la colina, cuyas bases de roca tienen anchos agujeros para la extracción del mineral. Sobre estas excavaciones verdean las viñas, dando de sí un vinillo blanco que sabe á piedra de chispas, y que se vende ordinariamente con el nombre de vino de Mosela. El cielo de color azul pálido estaba inundado de luz, y una niebla, trasparente como tenue velo, flotaba en las alturas. Profunda paz reinaba en aquel

alegre paisaje, y la atmósfera era tan pura que el sonido de los martillos de la ferrería llegaba del valle hasta el bosque.

Dominado por la calma que le envolvía, estaba inmóvil el joven cazador. Poco á poco sucedió en su ánimo al atractivo del paisaje un profundo sentimiento de bienestar, siguiendo sonriente con la imaginación las vagas ideas de sus pasadas aventuras. Doraba el sol las copas de los rojizos árboles calentando los matorrales, y el silencio en el bosque era cada vez mayor.

El hocico húmedo del perro puesto sobre sus rodillas le sacó bruscamente de su meditación. La mirada casi humana del animal le dirigió un ruego mudo.

— ¡Ah! ¡ah! — dijo el joven, — ¿te aburres, amigo mío? Vamos; no te impacientes. En marcha.

Y exhalando un suspiro, se levantó, cogió el morral, cogió la escopeta, atravesó el camino, saltó una pequeña zanja y entró en el taller.

El perro, que iba delante husmeando los matorrales, se detuvo de pronto, quedando de muestra con la pata levantada, é inmóvil cual si se hubiese convertido en piedra. Moviendo débilmente el rabo, parecía llamar con los ojos á su amo. Dió éste apresuradamente algunos pasos, y en aquel instante saltó una gran liebre escapando rápida como una bala. El cazador apuntó y disparó con precipita-

ción. Disipado el humo del tiro, vió sin admirarse, pero con disgusto, que la liebre desaparecía en la espesura del bosque.

— ¡Otra que se me escapa! — murmuró.

Y volviéndose hacia el perro, que le esperaba con aspecto resignado, añadió:

— ¡Qué desgracia! ¿no es verdad? ¡Tú lo haces tan bien!

En aquel momento, y á unos cien metros de distancia, resonó otro tiro. Después de un momento de silencio oyóse ruido de pasos en la espesura, y apartando las delgadas ramas, apareció en la linde del bosque un vigoroso mozo vestido con blusa azul de caza, calzado con grandes botas, y con un sombrero viejo en la cabeza. En una mano llevaba la escopeta, y en la otra, cogida por las patas traseras, la liebre que se había escapado antes.

— Ha estado V. más certero que yo, según parece, — dijo sonriendo el joven y dirigiéndose al recién llegado.

— ¡Ah! ¿es V. el que ha disparado, caballero? — preguntó el hombre de la blusa.

— Sí, y con bastante torpeza, porque el animal salió de junto á mis pies y le tiré á veinte pasos.

— En efecto, no es una gran prueba de habilidad, — observó el de la blusa con ironía. — Pero, ¿cómo es, caballero, que caza usted en esta parte del bosque?

— Cazo — contestó el joven un poco admirado — porque tengo derecho á ello.

— No lo creo; estos bosques pertenecen al Sr. Derblay, y á nadie permite poner el pie en ellos.

— ¡Ah! ¡ah! ¿El dueño de la ferrería de Pont-Avesnes? — preguntó en tono altanero el joven. — Si estoy en sus tierras, es sin saberlo, y lo siento; me habré extraviado. ¿Es V., sin duda, guarda del Sr. Derblay?

— ¿Y V. quién es? — preguntó el de la blusa sin contestar á la pregunta que le hacían.

— Yo soy el Marqués de Beaulieu, y lo ruego crea que no tengo por costumbre cazar en vedado.

Al oír estas palabras ruborizóse el hombre de la blusa, é inclinándose con deferencia, dijo:

— Perdóneme V., señor Marqués; de saber con quien hablaba, no me hubiera permitido pedirle explicaciones. Continúe usted cazando, se lo ruego; yo soy quien se retira.

Mientras hablaba su interlocutor, el Marqués le observó atentamente. A pesar del rústico traje, tenía buena facha. Su rostro, rodeado de negra barba, era bello é inteligente, y las manos finas y cuidadas. Además, llevaba colgada al hombro una escopeta de preciosa sencillez, como sólo saben hacerlas los armeros ingleses.

— Muchas gracias, — contestó fríamente

el Marqués;—pero no tengo el honor de conocer al Sr. Derblay. Sé solamente que es un vecino molesto con quien no estamos en buenas relaciones, y no volveré á disparar un tiro en sus tierras. Estoy desde ayer en Beaulieu; conozco mal el terreno; y la afición á la caza me ha hecho traspasar los límites de nuestras posesiones, pero no me volverá á suceder.

—Como V. guste, señor Marqués,—contestó amablemente el de la blusa.—Puedo asegurarle que el Sr. Derblay se felicitaría de probar á V. en estas circunstancias que si es vecino molesto, lo es muy á pesar suyo. Ha hecho pasar por los terrenos de Beaulieu un ferrocarril minero, pero esté usted seguro que lamenta la usurpación y que está dispuesto á indemnizarle como á usted le convenga. Los linderos entre vecinos son algunas veces inciertos,—añadió sonriendo.—Usted mismo acaba de convenirse de ello... No juzgue V. al Sr. Derblay sin conocerle, porque de seguro lamentará algún día la severidad del juicio.

—Usted es, sin duda, amigo del amo de las ferrierías ó uno de sus empleados,—dijo el Marqués mirando al hombre de la blusa,—porque le defiende con un calor...

—Muy natural, créalo V., señor Marqués.

Y cambiando de pronto la conversación, añadió:

—Pero parece que no ha sido V. muy afortunado ni en Beaulieu ni en Pont-Avesnes. El Sr. Derblay tiene el amor propio de que en sus tierras hay abundante caza, y sentiría que pudiera decirse que ha salido usted de ellas sin llevar nada. Tenga V. la bondad de aceptar esta liebre, ya que se ha tomado la molestia de levantarla, y de unir á ella estas cuatro perdices.

—No puedo aceptarlas,—respondió con viveza el Marqués.—Guárdelas, y le ruego que no insista en su ofrecimiento.

—Pues á riesgo de desagradarle insisto. Pongo esta caza junto á la zanja, y libre es usted de tomarla ó dejarla: en último caso, eso irán ganando los zorros. Tengo el honor de saludar á V., señor Marqués.

Y apresuradamente se internó en el bosque.

—¡Caballero! ¡caballero!—gritó el Marqués.

Pero el cazador estaba ya fuera del alcance de la vista.

—¡Vaya una aventura rara!—murmuró el joven.—¿Qué haré?

Una inesperada intervención puso término á sus vacilaciones: el perro se dirigió á la zanja, y cogiendo con precaución una perdiz la llevó á su amo. El Marqués se echó á reír, y acariciando al animal, dijo:

—Por lo visto, tú no quieres que volvamos sin llevar algo.

Y metiendo en el morral la liebre y las cuatro perdices, dirigióse á su morada, no muy de prisa á causa de esta inesperada carga.

El palacio de Beaulieu es un edificio de estilo Luis XIII, compuesto de un cuerpo principal y de dos alas, construido con piedra blanca. Los puntiagudos techos de las alas terminan con altas chimeneas esculpidas de bello aspecto. Una ancha terraza de quinientos metros de larga y con balaustrada de piedra de color de rosa, forma parterre delante del palacio, y se baja á ella por un portal de ocho peldaños cuyo interior está en forma de gruta. Trepadoras y floridas plantas se enredan en los pasamanos, ofreciendo al que descende perfumado apoyo.

Orientada al Mediodía, es esta terraza en el otoño delicioso paseo, y el paisaje que desde ella se domina encantador. Situado el palacio sobre una colina, frente á los viñedos y talleres de Pont-Avesnes, le rodea un parque de treinta hectáreas que descendiendo en suave pendiente hacia el valle. La herrería del señor Derblay estropea un poco la belleza del paisaje y perturba el silencio de la campiña, pero así y todo aquella morada es de las más envidiables.

Ha estado, sin embargo, mucho tiempo desierta. El Marqués de Beaulieu, padre del joven cazador, encontróse á los veinte años de edad, hacia 1845, dueño de una inmensa

fortuna, y comenzó á tener fastuosa vida en París. Pasaba, no obstante, todos los años tres meses en Beaulieu en la época de la caza, festejando á la aristocracia de la comarca, y su espléndida prodigalidad enriquecía el país para todo el invierno.

Cuando estalló la revolución de 1848, les ocurrió á los aldeanos de Pont-Avesnes, seducidos por las predicaciones socialistas de algunos agitadores, recompensar la generosa ayuda que recibían del Marqués saqueando su palacio.

Armados de escopetas, hoces y horquillas, y llevando al frente una bandera roja, subieron á Beaulieu gritando la *Marsellesa*; forzaron las verjas, por negarse el conserje obstinadamente á abrirlas, y desparramándose por el palacio se entregaron al pillaje, rompiendo lo que no podían llevarse. El más listo de aquella partida encontró la entrada de la bodega, y del robo pasaron á la francachela. Los vinos del Marqués eran selectos, y los viñadores los apreciaron como personas competentes. La embriaguez les animó para nuevas violencias, y entrando en las estufas, maravillosamente cuidadas, patearon las flores y rompieron las macetas de mármol.

En el centro de un macizo de verdura había una admirable Flora de Pradier sobre un zócalo á cuyo pie murmuraba el agua de una fuentequilla, cayendo sobre pilón

de piedra. Un energúmeno iba ya á acuchillar con una hoz la preciosa estatua, cuando el más borracho, acometido de repentina sensibilidad, colocóse delante de la obra maestra, declarando que era amigo de las artes y que metería su horquilla en la barriga del que se atreviera á tocar la estatua. La Flora fué salvada.

Para desquitarse entonces los pont-avesneses, idearon plantar un árbol de la libertad. Al efecto arrancaron un alamillo del parque, y adornándolo con cintas rojas, colocáronle, rugiendo de alegría, en mitad de la terraza.

Bajaron después á la aldea y continuaron hasta la noche la orgía revolucionaria. Al día siguiente llegó á Pont-Avesnes un destacamento de gendarmes, y sin dificultad alguna restableció el orden.

Cuando supo este motín, empezó el Marqués por reírse. Había colmado de beneficios á los pont-avesneses, y era natural que los pagaran haciéndole daño; pero la noticia de haber plantado el árbol de la libertad en la terraza no le sentó bien, pareciéndole demasiado pesada la broma, por lo cual ordenó á su jardinero que desarraigara el alamillo, lo hiciera pedazos y se lo enviara á París para quemarlo en su chimenea. Envio 500 pesetas al borracho amigo de las obras maestras, é hizo saber á los pont-avesneses que, para vengarse de aquella farsa

revolucionaria, no volvería á poner los pies en Beaulieu.

Los aldeanos, para quienes esta determinación cuarentenaria equivalía á una pérdida de 40.000 pesetas al año, intentaron hacer las paces con su señor, y el Municipio firmó una petición con tal objeto; pero fué inútil, porque el Marqués no perdonó el árbol de la libertad, y el palacio de Beaulieu continuó cerrado.

A decir verdad, no contribuyeron poco á esta resolución del Marqués los atractivos de la vida parisiense. El club, los teatros, el sport y la galantería le mantuvieron alejado de Beaulieu mucho más que su rencor á los campesinos. Al cabo de algunos años de esta agitada vida de placeres, el Marqués se cansó de sus locuras, y aprovechando una hora de buen sentido, contrajo matrimonio.

Su joven esposa, hija del Duque de Bligny, tenía el alma cariñosa y el espíritu tranquilo. Adoró al Marqués y le dispensó sus debilidades. Era éste uno de esos amables pródigos para quienes el placer es la esencia de la vida, y que tienen siempre abierta la mano y el corazón: no sabía resistir al menor deseo de su esposa; y era capaz de hacerla morir de dolor sin perjuicio de llorarla después amargamente. Cuando la Marquesa le reñía maternalmente al saber que había cometido cualquier locura dema-

siado notoria, la besaba las manos con lágrimas en los ojos, diciéndole: «Eres una santa;» y al día siguiente volvía á las andadas.

Tres años duró la luna de miel, y no fué poco tiempo para un hombre como el Marqués. Del matrimonio nacieron un hijo y una hija, que crecieron educados por su madre. El heredero era grave y prometía ser hombre útil; la niña, delicada, para que fuese el encanto de la existencia de quien consiguiera enamorarla. Por capricho de la creación, resultó el hijo viva imagen de la madre, amable, tierno y alegre, y la hija con el carácter ardiente é impetuoso del padre.

La educación modificó estos instintos, pero no los cambió. Con los años llegó á ser Octavio el amable joven que prometía en la infancia, y Clara la orgullosa y altiva señorita.

El infortunio y el luto proporcionóles pronto un compañero. El Duque de Bligny, que muy joven había quedado viudo y con un hijo, murió desdichadamente de una caída del caballo sobre la arena de un hipódromo. Este aristócrata, muerto como un jockey, dejó escasa fortuna. Al salir del funeral condujeron á su hijo Gastón, vestido de negro, á casa de su tía la Marquesa, donde vivió desde entonces.

Tratado como tercer hijo, crióse junto á

Octavio y Clara. Poco mayor que ellos, tenía ya el porte y la elegancia de una raza refinada. Abandonado por su padre, cuya disipada vida era poco á propósito para la continua vigilancia, en manos unas veces de criados que le hacían intervenir en sus intrigas de baja estofa, llevado otras por el Duque á los alegres festines, é indispuesto por las irritantes comidas de las fondas, la inocencia de este niño entre las orgías de los lacayos y las galanterías de su padre había estado sometida á rudos percances.

Cuando le llevaron al palacio de Beaulieu era físicamente enfermizo, y moralmente triste y casi malo. En la pura atmósfera de la vida de familia recobró toda la gracia y toda la frescura de la juventud. A los diez y nueve años, cuando terminó sus estudios, prometía ser un completo caballero. En esta época advirtió que su prima Clara, cuatro años menor que él, no era ya una niña.

Repentina transformación se había verificado en ella. Como mariposa que sale de la crisálida, brillaba Clara en todo el esplendor de su radiante naturaleza. Sus ojos negros brillaban con suave resplandor, y su talle, admirablemente desarrollado, tenía sin igual elegancia. Gastón la adoró con locura, guardando durante dos años el secreto de este amor profundamente encerrado en su corazón.

Un gran infortunio fué causa de que ha-

blase. En medio del dolor las declaraciones brotan con mayor facilidad del alma. El Marqués de Beaulieu murió de repente. Este disipado vividor desapareció del mundo discretamente, á la inglesa. No estuvo enfermo; dejó de vivir, y le encontraron tendido sobre el pavimento de su despacho: había querido hojear los legajos de un pleito que seguía con sus colaterales de Inglaterra, y este inusitado trabajo no le probó bien.

Los médicos, que todo lo quieren determinar con precisión, y que no toleran que se prescinda de sus opiniones ni siquiera para morir, declararon que el Marqués había sucumbido por la ruptura de una aneurisma. Los amigos del Club dijeron entre sí que el excelente Beaulieu desaparecía como Morny, gastado y consumido por la vida de placeres, y la verdad es que no se lleva impunemente una existencia como la que llevó el Marqués durante veinticinco años.

Los más listos creyeron que la revelación hecha á este derrochador de dinero por el depositario de sus fondos de que había consumido hasta el último céntimo de su capital, contribuyó más á su muerte que si le hubieran metido una bala en el corazón.

La familia del Marqués no se ocupó en investigar la causa de su repentina muerte, sino en llorarle, porque el Sr. de Beaulieu era amado y respetado cual si hubiese sido esposo y padre modelo. La Marquesa puso

silenciosamente de luto la casa, é hizo al que había adorado á pesar de sus faltas, y de cuya muerte se dolía con amargura, honras fúnebres dignas de un príncipe. Octavio, desde aquel momento Marqués de Beaulieu, y su hermano adoptivo el Duque de Bligny, presidieron el entierro, rodeándoles la más antigua nobleza de Francia. Al volver al palacio, sombrío y mudo, encontraron á la Marquesa y á Clara vestidas de negro que les esperaban para consolarles y agradecerles esta fúnebre y dolorosa tarea. La Marquesa se encerró en una habitación con su hijo para hablarle del porvenir, y Gastón fué con Clara al jardín.

Empezaba á anochecer, y en aquella hermosa tarde de verano impregnaba el aire el perfume de las flores. Ambos jóvenes paseaban lentamente y sin hablar, preocupados con sus pensamientos. De común acuerdo, se detuvieron y sentaron en un banco de piedra. A sus pies resonaba un chorro de agua al caer en una fuente de mármol, y este monótono murmullo mecía sus ilusiones. Gastón interrumpió pronto el silencio, y hablando de prisa como quien se ha reprimido largo tiempo, manifestó á Clara con gran sensibilidad su pesar por la pérdida del excelente hombre que le había servido de padre. No podía contener su emoción, y á la rigidez de sus nervios durante el día sucedió una flojedad de todo su sér en aquel

momento que, á pesar suyo, le impidió detener las lágrimas, y empezó á sollozar.

Dejando caer después su cabeza aturdida en las ardientes manos de Clara, exclamó:

—Jamás olvidaré lo que los tuyos han hecho por mí, y cualquiera que sea mi suerte en esta vida, siempre me encontrarás junto á tí. ¡Te amo tanto!

Y repetía entre sollozos. «¡Yo te amo! ¡yo te amo!»

Clara levantó suavemente la cabeza de Gastón, ruborizado y casi vergonzoso de lo que decía, y mirándole profundamente, con dulce sonrisa dijo:

—Yo también te amo.

Fuera de sí Gastón, exhaló un grito: «¡Clara!»

La joven le puso sus manos en la boca, y con la solemnidad de un compromiso, rozó con un beso la frente del Duque. Levantáronse ambos, y apoyados uno en otro emprendieron de nuevo lenta y silenciosamente el paseo. No intentaban hablar; escuchaban sólo sus corazones.

Al día siguiente Octavio de Beaulieu empezó á estudiar el derecho, y Gastón entró en el Ministerio de Negocios extranjeros. El Gobierno republicano procuraba entonces atraerse á los más ilustres nombres de la aristocracia para tranquilizar á Europa, que no sin alarma veía á la democracia triunfante. El joven Duque fué agregado al gabi-

nete particular del señor Decazes, y parecía destinado á brillantísimo porvenir diplomático.

Muy metido en el mundo aristócrata, produjo viva sensación por su apostura elegante, su agraciado rostro, y el encanto de su palabra. Solicitado por las madres de hijas casaderas, mostróse indiferente á las insinuaciones que le hacían. No tenía ojos ni oídos más que para Clara, y sus mejores noches eran las que pasaba en el saloncito de su tía, mirando trabajar á su prima con la cabeza inclinada sobre el bordado. La luz hacía brillar los rizos sobre la nuca de la joven, y Gastón permanecía silencioso y atento, devorando con la vista aquellos cabellos de oro que hubiera querido besar devotamente. A las diez despediase de la Marquesa, estrechaba fraternalmente la mano de Clara, y se iba á las recepciones á bailar hasta la madrugada.

Llegó el verano, y todos se trasladaron á una finca de la Marquesa en Normandía, porque fiel al rencor de su marido, no había querido ésta volver á Beaulieu. Allí era Gastón completamente feliz, y con Octavio y Clara corría á caballo por los bosques, embriagándole el puro ambiente, mientras la Marquesa registraba los archivos de la familia en busca de nuevos documentos relativos al pleito.

Consistía éste en una importante suma

legada al señor de Beaulieu por testamento. Los parientes ingleses defendían la nulidad del legado, y los abogados de ambas partes, apoderados del negocio como ratas de un queso, se enriquecían alargando las hostilidades. El pleito que empezó el Marqués por amor propio, lo continuaba la viuda por interés, porque comprometida gravemente la fortuna del señor de Beaulieu por sus locuras, la herencia de Inglaterra representaba lo mejor del patrimonio de sus hijos. Aunque la fortuna propia de la Marquesa era buena y desempeñada, bastaba apenas para los gastos no pequeños de la vida en familia. La señora de Beaulieu se había hecho pleitista, aunque las disputas le inspiraban horror, por defender los bienes de Clara y Octavio, y entregada por completo á los papelotes, en continua correspondencia con los letrados, llegó á ser muy entendida en procedimiento civil.

Tenía absoluta confianza en el éxito del litigio. La opinión de los suyos fortalecía esta seguridad, y creíase que Clara llevaría dos millones de pesetas á quien fuese bastante afortunado para agradarla. Ya habían pedido su mano pretendientes de noble alcurnia y gran riqueza, pero ella se negaba constantemente. Inquieta la Marquesa, interrogó á su hija, y sin titubear le contestó Clara que estaba prometida al Duque de Bligny.

Este compromiso no satisfizo gran cosa á la señora de Beaulieu. Además de tener ideas anticuadas respecto al matrimonio entre primos, juzgaba á Gastón con singular penetración. Veíale ligero, apasionado, inconstante, capaz de amar ardientemente é incapaz de amar con fidelidad. No quiso, sin embargo, influir en el ánimo de su hija conociendo la firmeza de su carácter y sabiendo que por nada en el mundo rompería un compromiso libremente contraído. Además, en el fondo de su alma agradaba á la Marquesa un casamiento que devolvía á su familia el bello nombre de Bligny, dejado por ella al contraer matrimonio. Acogió bien el proyecto, y no pudiendo tratar á su sobrino mejor que lo había hecho hasta entonces, continuó mirándole como verdadero hijo.

Por entonces fué nombrado el Duque secretario de la embajada en San Petersburgo, y de común acuerdo se resolvió celebrar el matrimonio durante la primera licencia que concedieran al joven diplomático. A los seis meses obtuvo esta licencia, y Gastón llegó á París, pero sólo por ocho días: había sido encargado de una misión confidencial que el Embajador no quiso entregar al azar de los despachos cifrados.

En rigor no era posible celebrar el matrimonio en tan breves días, pues sólo para la publicación de las amonestaciones se ne-

cesitaba más tiempo. El Duque estuvo cariñoso con Clara, pero notóse en él un tinte de ligereza que contrastaba con su anterior atenta ternura.

Gastón frecuentó desde su llegada á San Petersburgo la sociedad rusa, la más corrompida que hay en el mundo, y volvía á París con ideas propias respecto al amor. La expresión de su semblante se había modificado, como los sentimientos de su corazón. Sus facciones eran más acentuadas y duras, y en su frente, antes tan pura, notábase una sombra de vida disipada. No vió ó no quiso ver Clara estos cambios. Profesaba al Duque inalterable cariño, y esperaba confiada en la palabra del caballero. Las cartas de Gastón, frecuentes al principio, fueron poco á poco disminuyendo, aunque siempre contenían apasionadas protestas y profundo sentimiento por las dilaciones puestas á su dicha; pero no hablaba de volver, y hacía ya dos años de su partida.

A petición de su hija, tuvo la señora Beaulieu cerrados sus salones en estos dos inviernos. La prometida esposa quería vivir en el retiro para evitar las solicitudes de los pretendientes, que no se desanimaban.

Octavio seguía su carrera de abogado, y á la Marquesa preocupaban cada vez más los papelotes de su interminable pleito.

Al llegar la primavera, y por uno de esos caprichos que le eran habituales, deseó

Clara visitar la finca de Beaulieu, levantando el interdicto puesto por su padre. Incapaz la Marquesa de resistir á la voluntad de su hija, y juzgando útil distraerla, consintió en este viaje.

Por tal causa, el joven Marqués, que acababa de licenciarse, se encontró una hermosa mañana de octubre, con la escopeta al hombro y acompañado de su perro, en los bosques del Sr. Derblay.

II.

A la hora en que el Marqués volvía con la pesada carga al palacio, la señora de Beaulieu y Clara, sentadas en el salón grande, disfrutaban del final de este hermoso día. Por los anchos balcones penetraban los rayos del sol, haciendo brillar el oro bruñido de los marcos que contenían los retratos sonrientes ó graves de los antepasados, vestidos de uniforme ó de etiqueta. El mueblaje de estilo Luis XVI, de madera tallada y pintada de blanco con filetes verde mar, estaba tapizado de seda bordada representando las metamorfosis de Ovidio. Un ancho y bajo biombo forrado de terciopelo de Génova rodeaba la espaciosa poltrona, en la que sentada la Marquesa, hacía con grande atención

cesitaba más tiempo. El Duque estuvo cariñoso con Clara, pero notóse en él un tinte de ligereza que contrastaba con su anterior atenta ternura.

Gastón frecuentó desde su llegada á San Petersburgo la sociedad rusa, la más corrompida que hay en el mundo, y volvía á París con ideas propias respecto al amor. La expresión de su semblante se había modificado, como los sentimientos de su corazón. Sus facciones eran más acentuadas y duras, y en su frente, antes tan pura, notábase una sombra de vida disipada. No vió ó no quiso ver Clara estos cambios. Profesaba al Duque inalterable cariño, y esperaba confiada en la palabra del caballero. Las cartas de Gastón, frecuentes al principio, fueron poco á poco disminuyendo, aunque siempre contenían apasionadas protestas y profundo sentimiento por las dilaciones puestas á su dicha; pero no hablaba de volver, y hacía ya dos años de su partida.

A petición de su hija, tuvo la señora Beaulieu cerrados sus salones en estos dos inviernos. La prometida esposa quería vivir en el retiro para evitar las solicitudes de los pretendientes, que no se desanimaban.

Octavio seguía su carrera de abogado, y á la Marquesa preocupaban cada vez más los papelotes de su interminable pleito.

Al llegar la primavera, y por uno de esos caprichos que le eran habituales, deseó

Clara visitar la finca de Beaulieu, levantando el interdicto puesto por su padre. Incapaz la Marquesa de resistir á la voluntad de su hija, y juzgando útil distraerla, consintió en este viaje.

Por tal causa, el joven Marqués, que acababa de licenciarse, se encontró una hermosa mañana de octubre, con la escopeta al hombro y acompañado de su perro, en los bosques del Sr. Derblay.

II.

A la hora en que el Marqués volvía con la pesada carga al palacio, la señora de Beaulieu y Clara, sentadas en el salón grande, disfrutaban del final de este hermoso día. Por los anchos balcones penetraban los rayos del sol, haciendo brillar el oro bruñido de los marcos que contenían los retratos sonrientes ó graves de los antepasados, vestidos de uniforme ó de etiqueta. El mueblaje de estilo Luis XVI, de madera tallada y pintada de blanco con filetes verde mar, estaba tapizado de seda bordada representando las metamorfosis de Ovidio. Un ancho y bajo biombo forrado de terciopelo de Génova rodeaba la espaciosa poltrona, en la que sentada la Marquesa, hacía con grande atención

gorritos de lana para los niños de la aldea.

La señora de Beaulieu contaba ya más de cuarenta años; su rostro grave y simpático lo coronaba el cabello casi blanco, dándole noble aspecto. Sus negros y melancólicos ojos parecían húmedos todavía por las secretas lágrimas que había derramado. Delgada y débil, tenía la Marquesa delicada salud, y tomaba toda clase de precauciones. A pesar de la apacible temperatura de aquella tarde, un gran chal extendido sobre las rodillas protegía del contacto del aire sus menudos pies, que por persistente coquetería calzaba con zapatos bajos de satén negro.

Arrellanada en ancha butaca, con la cabeza sobre el respaldo y dirigiendo la vista al cielo, miraba Clara, sin fijarse, el admirable horizonte que ante ella tenía. Más de una hora estaba allí inmóvil y silenciosa, bañada por el sol, que hacía brillar sus rubios cabellos como aureola de Virgen.

Hacia algunos instantes que la Marquesa miraba con inquietud á su hija dibujándose en sus labios triste sonrisa, y para llamar la atención de Clara removió afectadamente la canastilla donde estaban los ovillos de lana, acompañando al movimiento significativos ¡jem! ¡jem! Pero la joven, insensible á este indirecto llamamiento, continuó inmóvil y preocupada por sus ideas con implacable tenacidad. Puso entonces la Marquesa su obra sobre el velador, é incorporándose en la

poltrona dijo en tono de amable censura:

— ¡Clara!... ¡Clara!...

La señorita de Beaulieu cerró un momento los ojos como para despedirse de su ilusión, y sin mover la cabeza puso sobre los brazos de la butaca sus bellas y blancas manos.

— ¿Mamá?—respondió.

— ¿En qué piensas?

Clara permaneció un momento silenciosa. Ligera arruga apareció en su frente, y haciendo después un esfuerzo, contestó con aspecto tranquilo:

— No pensaba en nada, mamá; el tibio ambiente me había adormecido. ¿Por qué me has llamado?

— Para que me hables,—dijo la Marquesa con acento de afectuosa reprensión;—para que no estés así muda y absorta.

Hubo un momento de silencio; Clara volvió á su anterior distraído abandono, y la Marquesa, inclinada hacia adelante, dejó caer el chal sin cuidarse de la fresca brisa. La señorita de Beaulieu, volviéndose lentamente hacia su madre le mostró su hermoso y triste semblante, y como si continuase en voz alta el giro de las ideas que la preocupaban en silencio, dijo:

— ¿Cuánto tiempo hace que no hemos recibido carta de San Petersburgo?

La Marquesa movió la cabeza como diciendo: Bien sabía yo lo que te preocupaba;

UNIVERSIDAD
BIBLIOTECA USM
OCT 14 1934
MEXICO

y con acento que procuró fuese tranquilo, contestó:

—Hará unos dos meses.

—¡Dos meses! Sí;—repitió Clara con doloroso suspiro.

Esta vez la Marquesa se impacientó, y levantándose de pronto fué á sentarse junto al balcón y frente á su hija, á quien cogió por la mano.

—Vamos, ¿por qué piensas sin cesar en eso, atormentándote el alma?

—¿En qué quieres que piense—contestó Clara con amargura—sino en mi prometido? ¿No he de atormentarme el alma, como tú dices, investigando los motivos de su silencio?

—Confieso que es difícil explicarlo. Después de vivir ocho días con nosotros el pasado año, mi sobrino el Duque Bligny volvió á San Petersburgo, prometiéndome venir á París durante el invierno. Escribió primero que le detenían allí asuntos políticos; pretextó después que, terminado el invierno, esperaba el verano para volver á Francia; llegó el verano, pero no el Duque. Estamos en el otoño, y ya no acude á pretextos, ni se toma la molestia de escribirnos. Supongamos que sólo es descuido. Aun así es una falta. Todo degenera, hija mía, y los hombres de nuestra época ni siquiera saben ser atentos.

La Marquesa irguió su blanca cabeza, bastante parecida á la de las señoras de em-

polvados cabellos que sonreían en los retratos de familia colocados en las paredes del salón.

—¿Y si está enfermo,—indicó Clara intentando defender al que amaba,—y no puede dar noticias tuyas?

—Es una suposición inadmisible,—replicó sin piedad la Marquesa,—porque nos lo hubieran dicho de la Embajada. Ten seguridad de que se encuentra perfectamente sano, alegre y satisfecho, y de que ha dirigido todo el invierno el cotillón en los salones de la aristocracia rusa.

Demudóse el semblante de Clara, y como si toda la sangre de sus venas se agolpara al corazón, palideció, diciendo con forzada sonrisa:

—Me había prometido pasar el invierno en París, ¡y me alegraba tanto la idea de que nos encontráramos juntos en sociedad! Sus éxitos me hubieran enorgullecido, y acaso él advirtiera los míos. Hay que reconocer, mamá, que no es celoso, y sin embargo, motivos hay para que lo fuera, porque adonde quiera que vamos soy muy obsequiada, y aun aquí mismo, en este desierto de Beaulieu, no me faltan adoradores; hasta nuestro vecino el dueño de la ferrería se atreve...

—¿El Sr. Derblay?

—¡El Sr. Derblay, sí, mamá! El domingo pasado, en la misa—tú no lo has no-

tado porque eres muy devota—leía yo en mi libro á tu lado, y sin saber por qué, me sentía molestada. Una fuerza más poderosa que mi voluntad atraía mi atención. A pesar mío volví la cabeza, levanté la vista, y en la sombra de una capilla vi al Sr. Derblay inclinado.

—Estaría rezando.

—No, mamá, estaba mirándome. Nuestros ojos se encontraron, y lei en los suyos una muda invocación. Bajé la cabeza y procuré no volverla hacia aquel lado. A la salida, esperaba en la puerta. No se atrevió á ofrecirme agua bendita, pero se inclinó profundamente cuando pasamos, y sentí que me seguía con la vista. Parece que es la primera vez que se le ha visto en misa este año.

Levantóse la Marquesa, y volviendo á la poltrona, se arrellanó en ella.

—Pues bien, que le valga en cuenta á ese mozo para la salvación de su alma. Bien pudiera, en vez de hacerte el oso, indemnizarnos del terreno que nos ha usurpado. ¡Se pondrá gracioso con sus mudas invocaciones! Despacio se necesita estar para ocuparse de los suspiros de ese ferrón, que nos dejará sordas el día menos pensado con sus martillos.

—Mamá, los homenajes del Sr. Derblay son respetuosos, y no tengo motivo para quejarme. Hablo de él porque es uno más

en el número de mis enamorados. En fin, suele decirse que el corazón de la mujer es voluble... el Duque no viene á defender el que es suyo, y el papel de Penélope, esperando continuamente la vuelta del que no llega, puede acabar por cansarme. Gastón debiera pensar en esto, pero de seguro no piensa, y yo permanezco aquí sola, paciente y fiel.

—Haces muy mal,—exclamó la Marquesa vivamente.—Si yo estuviera en tu caso...

—No, mamá,—interrumpió la señorita de Beaulieu con grave firmeza,—no hago mal ni hay mérito alguno en lo que hago, porque amo al Duque de Bligny.

—¡Tú le amas!—replicó la Marquesa sin poder disimular su irritación.—¡Qué exagerada eres siempre! Conviertes la amistad de la infancia en profundo amor, y el lazo del parentesco en indestructible cadena. Gastón y tú habéis crecido juntos. Crees que esta comunidad de existencia debe perpetuarse, y que no serás dichosa sin el Duque... Eso, hija mía, es una locura.

—¡Mamá!—exclamó Clara.

Pero la Marquesa había empezado ya, y la ocasión que se le ofrecía de desahogar su alma era demasiado oportuna para que la dejase escapar.

—Te has formado grandes ilusiones respecto al Duque, que es ligero y frívolo y

que no podrá corregir sus conocidos hábitos de independencia. Sospecho que en lo porvenir has de tener muchos desengaños. Mira, ¿quieres que te diga la verdad? Pues no veré sin inquietud la realización de ese casamiento.

Irguióse Clara, y ardiente rubor cubrió sus mejillas. Las dos mujeres se miraron un momento sin hablarse, como si la primera palabra que se pronunciara entre ellas hubiera de tener excepcional gravedad. La señorita de Beaulieu no pudo contenerse, y con trémula voz dijo:

—Por primera vez, madre mía, me hablas de ese modo, y parece que quieres prepararme para que sepa una mala noticia. ¿Obedece la ausencia del Duque á motivos graves que me ocultas? ¿Has sabido acaso?...

Al ver la violenta emoción de su hija, tuvo miedo la Marquesa, comprendiendo mejor que en ninguna otra ocasión cuán profundo y tenaz era el amor de Clara. Vió que había avanzado demasiado, y retrocediendo rápidamente, añadió:

—No, hija mía, nada sé, nada me han dicho, y me parece que no me dicen ni siquiera lo necesario. El prolongado silencio de mi sobrino me admira... Creo que Gastón exagera un poco la diplomacia.

Tranquilizada Clara, atribuyó las vivas palabras de su madre á un descontento que

no podía menos de considerar legítimo, y procurando recobrar su serenidad, dijo:

—Vamos, mamá, ten un poco de paciencia. Segura estoy de que el Duque piensa en nosotras, y, sin que le esperemos, nos va á sorprender volviendo de San Petersburgo.

—Así sea, hija mía, puesto que lo desees. De todos modos hoy llegarán aquí mi sobrino Prefont y su esposa. Vienen de París, y acaso estén mejor informados que nosotras.

—Mira, ahí está Octavio, que entra por la terraza con maese Bachellín,—dijo apresuradamente la señorita de Beaulieu levantándose ligera para poner término á aquella penosa conversación.

Salió la joven del salón al aire libre. Tenía entonces veintidos años y estaba en todo el esplendor de su belleza. Su elevada estatura era de una elegancia exquisita, y sus brazos, maravillosamente unidos á magníficos hombros, terminaban en manos de reina. Los cabellos de oro, anudados en lo alto de la cabeza, dejaban ver una nuca redonda y de sonrosada blancura. Ligera-mente inclinada hacia adelante, y con las manos apoyadas en el pasamanos de hierro de la escalinata, deshojando maquinalmente una de las flores trepadoras á él unidas, era viva encarnación de la juventud, con toda su gracia y todo su vigor.

Miróla un instante la señora de Beaulieu con verdadera admiración, y movió después silenciosamente la cabeza exhalando un último suspiro.

Los pasos de los dos recién llegados hacían crujir la arena de la terraza, y sus voces llegaban confusamente hasta el salón.

Maese Bachelin era un hombrecillo de unos sesenta años, regordete á causa de la inactividad de su trabajo de escritorio. Roja la cara, escrupulosamente afeitada; blancos los cabellos; vestido de negro, asomando apenas sobre las manos los puños de la camisa, era el tipo exacto del notario del antiguo régimen. Por todo extremo adicto á sus nobles clientes, diciendo «la señora Marquesa» con unción de devoto, defendía los intereses de la familia Beaulieu por derecho hereditario. Los Bachelin eran por nacimiento notarios de los señores del país, y el último de estos respetables depositarios de la fe poseía orgulloso en su estudio escrituras de la época de Luis XI, en las que se veía la firma ruda y feudal del marqués Honorato Onfroy Santiago Octavio, y la complicada rúbrica de maese José Antonio Bachelin, notario real.

La vuelta de los señores de Beaulieu á su palacio causó profunda alegría á aquel hombre excelente. Este suceso lo consideraba como el perdón de la ofensa de los aldeanos. La ausencia de sus nobles clientes la

sintió mucho, y teniéndoles al fin en aquella hermosa comarca, esperaba que volverían á la costumbre de pasar en ella todos los veranos. Deseoso de que apreciaran su saber, habíase puesto á la disposición de la señora de Beaulieu para desenmarañar las cuestiones del pleito en Inglaterra. Desde hacía seis semanas estaba en activa correspondencia con el abogado, encarrilando y haciendo adelantar el litigio. Maese Bachelin había conseguido más en mes y medio, que todos los consejos de la familia Beaulieu en diez años, y á pesar del mal pronóstico que el hábil notario hizo del resultado definitivo del pleito, la Marquesa estaba contentísima de su concurso y admirada de su actividad. Descubrió en él uno de esos servidores adictos, dignos de ser elevados al rango de amigos, y le trataba en este concepto.

Al venir al palacio encontró maese Bachelin al Marqués junto á la verja del parque, y al verle con tanta carga le quitó por fuerza la escopeta, poniéndosela debajo del brazo izquierdo, mientras con el derecho apretaba una cartera de cuero negro atestada de papeles.

—¡Eh! maese Bachelin; apenas puede usted moverse con tantos objetos,—dijo alegremente Clara al notario que subía presuroso los peldaños de la escalinata, procurando quitarse el sombrero y haciendo ceremoniosos saludos.

—Servidor humildísimo de V., señorita. Como ve, reúno en este momento todos los atributos del derecho y de la fuerza, el código debajo de un brazo y la escopeta debajo del otro; pero la escopeta está debajo del izquierdo... *Cedant arma togæ*. Perdón, señorita; V. no entenderá el latín, y estoy siendo un pedante.

—Ese latín al menos sí lo entiende mi hermana,—dijo riendo el Marqués,—y usted es el mejor hombre del mundo. Ahora venga mi escopeta, y gracias.

Y tomando su arma, subió Octavio la escalinata detrás del notario.

—Me parece que has hecho buena caza—dijo Clara deteniendo á su hermano en el dintel de la puerta y levantando el morral que pesaba sobre sus hombros.

—Seamos modestos y no nos adornemos con plumas ajenas. Esta caza no está muerta por mí.

—¿Pues quién la ha muerto?

—No lo sé. ¡De veras!...—insistió el Marqués al ver el gesto de extrañeza de su hermana.—Imagínate que me había extraviado en las tierras de Pont-Avesnes, cuando encontré otro cazador, que me hizo algunas observaciones y me preguntó quién era con tono bastante seco y forma desabrida. Al saber mi nombre, convirtiéndose de pronto en conciliador y hasta amable, haciéndome tomar casi por fuerza lo que llevaba en su morral.

—¡Cosa tan rara!—dijo la señorita de Beaulieu. Ese hombre ha querido burlarse de ti.

—No, no lo creo; parecía, al contrario, empeñarse en agradarme, y, hecho el regalo, se marchó apresuradamente para impedirme el rehusarlo.

—¿Me permite el señor Marqués que le haga una pregunta?—dijo Bachelin, que había escuchado atentamente esta conversación.

—Hágala V., mi querido notario.

—¿Qué señas tenía ese cazador?

—Un buen mozo, muy moreno, vestido con blusa azul y un viejo sombrero de fieltro gris.

—¡Ah! ¡ah! Es él, en efecto,—dijo el notario en voz baja.—Puedo decir á usted, señor Marqués, quién es el misterioso autor del regalo. Pura y sencillamente el señor Derblay.

—¿El Sr. Derblay,—exclamó el Marqués,—metido en una blusa como un aldeano y cubierto con un sombrero agujereado como un contrabandista? ¡Imposible!

—No olvide V., señor Marqués, que nosotros somos cazadores rústicos. Aquí me tiene V. con la pretensión de presentarme en la vida ordinaria vestido decentemente, y si me encuentra cazando en el bosque le infundiré miedo. Es el Sr. Derblay, esté V. seguro, y si no le reconociera en el retrato que V. hace de él, y que es exactísimo, el

regalo que le ha hecho bastaría para desvanecer mis dudas. Él es seguramente.

—Pues entonces la he hecho buena, porque le he dicho en su cara que es un vecino molesto y otras muchas cosas desagradables. Será preciso ir á pedirle que me dispense.

—No habrá necesidad de que se tome usted tal molestia, señor Marqués, y si quiere V. anunciar mi visita á su señora madre, le daré á conocer delante de ella algunos hechos que modificarán seguramente su opinión respecto del Sr. Derblay.

—Con mucho gusto,—dijo Octavio quitándose sus arreos de caza.—El dueño de la ferrería agradable compañero.

Diciendo esto, el Marqués entró en el salón, acercóse á la señora de Beaulieu y le besó respetuosamente la mano.

—Ahí está maese Bachelín, que quiere verte, mamá.

—¿Por qué no entra?—dijo vivamente la Marquesa.—Diez minutos hace que os estoy oyendo charlar sobre la escalinata. Buenos días, mi querido Bachelín.

El notario se encorvó cuanto le permitía su repleto cuerpo.

—¿Me trae V. buenas noticias?—añadió la Marquesa.

El semblante de Bachelín cambió de expresión, convirtiéndose de risueño en serio y preocupado. Eludiendo la contestación

exacta á lo que le preguntaba su noble cliente, respondió en tono serio:

—Traigo á V. noticias, señora Marquesa.

Y como si le corriera prisa ocuparse de otro asunto, añadió:

—Fui esta mañana á Pont-Avesnes y hablé con el Sr. Derblay. Todas las cuestiones que existían entre V. y él respecto á linderos comunes están resueltas. Mi estimado amigo acepta las condiciones que quiera usted fijar, teniendo mucho gusto en someterse á su discreción.

—Siendo así,—dijo la señora de Beaulieu, algo contrariada,—no tenemos que dictar condiciones. Desde el momento que no hay lucha, tampoco hay vencedor ni vencido. La cuestión queda sometida al arbitraje de V., mi querido Bachelín, y lo que V. haga estará bien hecho.

—Es una resolución que me encanta, y me felicito de ver restablecida la paz entre la ferrería y el palacio. Ya no hay más que firmar los preliminares. Con tal objeto, el señor Derblay proyecta presentarse en Beaulieu con su hermana la señorita Susana, para ofrecer á V. sus respetos, si V. se digna autorizarle.

—Seguramente. Que venga. Tendré mucho gusto en ver al fin á ese cíclope que nos está ennegreciendo el valle... Pero supongo que no es sólo un tratado de paz lo que llena de tantos papeles esa cartera,—

dijo la señora de Beaulieu indicando la que llevaba el notario.—Me trae V., sin duda, algunos nuevos documentos para nuestro pleito.

—Sí, señora Marquesa, sí,—contestó Bachelín con notoria turbación.—Si lo permite V., hablaremos de este negocio.

Y con suplicante mirada indicaba á sus hijos. La señora de Beaulieu le comprendió, oprimiéndole el corazón una vaga inquietud. ¿Qué cosa tan grave tenía que comunicarle su hombre de confianza, que necesitaba quedarse á solas con ella? Pero la Marquesa era mujer resuelta y su vacilación duró poco. Dirigiéndose á su hijo:

—Octavio,—dijo,—entérate de si se han dado las órdenes para que vayan al ferrocarril á esperar á nuestros primos, que llegan á las cinco.

Al oír estas palabras levantó Clara la cabeza, y su hermano se estremeció. La intención de la Marquesa era evidente: aprovechaba un pretexto para alejar á su hijo. Entre aquellos tres seres que tan tiernamente se amaban, había una preocupación misteriosa que se ocultaban mutuamente. Sin preguntar nada y dirigiendo á su madre una sonrisa, Clara y el Marqués se alejaron cada cual en dirección opuesta.

La señorita de Beaulieu bajó lentamente á la terraza, ocurriéndole de pronto la idea de que Bachelín traía noticias del Duque de

Bligny, y muy conmovida, atropellándose los pensamientos en su mente sin que pudiera fijarse en ninguno de ellos, paseaba por debajo de los corpulentos árboles sin noción del tiempo y profundamente turbada.

La Marquesa y Bachelín quedaron solos en el salón. Grave y ensimismado, el notario no hacía esfuerzo alguno para dar á su semblante expresión apacible. La señora de Beaulieu permaneció un momento silenciosa, cual si quisiera gozar hasta el último instante de la tranquilidad que aun tenía. Tomando en seguida una resolución, preguntó:

—Y bien, señor Bachelín, ¿qué tiene usted que decirme?

El notario movió tristemente la cabeza.

—Nada bueno, señora Marquesa, y para un viejo servidor de vuestra familia como yo, la noticia es dolorosa. El éxito del pleito que entabló el difunto Marqués de Beaulieu, vuestro esposo, con sus colaterales de Inglaterra, está gravemente comprometido.

—No me dice V. toda la verdad, Bachelín,—interrumpió la Marquesa.—Si quedara todavía una sombra de esperanza, no estaría usted tan abatido. Hable V.; soy fuerte, y puedo oírlo todo. ¿Han fallado los tribunales ingleses? ¿Se ha perdido el pleito?

No tuvo valor el notario para contestar, é hizo un gesto que equivalía á la más triste afirmación. La Marquesa se mordió los labios y en sus párpados brilló una lágrima.

30629

seca inmediatamente por el fuego que le enrojeció el semblante. Olvidando todo respeto y el sitio en que se encontraba, Bachelin, consternado, se puso á pasear por la sala. La emoción le hacía gesticular, como cuando estudiaba un negocio en su despacho, y se decía:

— ¡El pleito se entabló mal! ¡Esos abogados son unos asnos! ¡Y codiciosos!... Escriben una carta, cuesta tanto... Se les contesta, leen la respuesta y apuntan otra cantidad... ¡Si el Marqués se hubiera aconsejado de mí!... Pero estaba en París, y su abogado le dirigió mal. Esos abogados de París son también unos asnos que sólo saben gastar papel sellado.

Detúvose de pronto, y chocando sus manos añadió:

— ¡Es un golpe terrible para la casa de Beaulieu.

— Terrible, en efecto, — dijo la Marquesa, — pues ocasiona la ruina de mis hijos. Se necesitan lo menos diez años de economías para que con mi sola fortuna pueda restablecerse el equilibrio de nuestros gastos y nuestras rentas.

Había cesado Bachelin de cruzar el salón, y recobrada la serenidad, escuchaba á la señora de Beaulieu con cariñoso respeto. Sabía que el pleito estaba perdido irremediablemente, porque acababa de recibir la sentencia y no cabía ni apelación ni recurso

alguno. La desdenosa incuria del Marqués había permitido á sus adversarios alcanzar considerables ventajas, y la lucha era ya insostenible.

— Una desgracia llega rara vez sola, — dijo la Marquesa. — Debe V. tener algunas otras malas noticias que darme, Bachelin. Aproveche V. la ocasión y dígamelas todas, — añadió la señora de Beaulieu con resignada sonrisa. — Creo que ninguna me será tan perjudicial como la que ya conozco.

— Quisiera participar de esa confianza, señora Marquesa. Lo que tengo que decir á V. me parece menos penoso; pero conozco la delicadeza de su corazón, y temo que, de dos infortunios, sea el de la pérdida de dinero el que menos sienta.

Palideció la Marquesa dominada por extraordinaria agitación. Adivinando lo que el notario iba á decirle, preguntó sin poderse contener:

— ¿Tiene V. noticias del señor Duque de Bligny?

— Me había V. encargado averiguar qué era de su señor sobrino, — contestó el notario con ligero acento de desdén, muy característico en aquel serviente adorador de la aristocracia. — He seguido puntualmente sus instrucciones, y, según mis informes, el señor Duque de Bligny se encuentra en París desde hace seis semanas.

— ¡Desde hace seis semanas! — repitió la

Marquesa estupefacta.—¡Y nosotras lo ignoramos!

—Vuestro señor sobrino se habrá guardado bien de que lo sepan.

—¡No ha venido ni viene, conociendo el infortunio que nos aflige! Porque lo sabe, ¿no es verdad?

—Fué de los primeros en saberlo, señora Marquesa.

Hizo ésta un ademán de dolorosa sorpresa, y dijo:

—¡Ab! Tenía V. razón, Bachelín; esto me afecta más cruelmente que la pérdida de dinero. El Duque nos abandona. Ni ha venido ni vendrá; lo presentía: buscaba en nosotras una fortuna, y al desaparecer la fortuna, el prometido esposo se aleja. El dinero es el único móvil en esta época venal y codiciosa. La belleza, la virtud, la inteligencia, nada significan. No se dice «plaza al más digno,» se grita «plaza al más rico.» Nosotros somos ya pobres y no quieren conocernos.

Escuchó con tranquilidad Bachelín el violento apóstrofe de aquella madre dolorida, y á pesar suyo no pudo disimular secreta satisfacción. Tenía enrojecido el semblante, y maquinalmente se frotaba las manos por detrás de su cuerpo.

—Me parece, señora Marquesa,—dijo,—que calumnia V. nuestra época. Es cierto que dominan en ella las ideas positivas, y

que la codicia, natural á la especie humana, progresa notablemente; pero no se debe condenar en montón á todos nuestros contemporáneos. Aun hay hombres desinteresados para quienes la belleza, la virtud y la inteligencia forman el mayor dote que puede tener una mujer. No diré que conozca muchos hombres de esta especie, pero conozco uno, y con él basta para acreditar mi afirmación.

—¿Qué quiere V. decir?—preguntó la Marquesa admirada.

—Pues sencillamente, que uno de mis amigos, persona seria y formal, al ver á la señorita de Beaulieu se ha enamorado locamente de ella. Sabiendo que estaba comprometida con el Duque, no se hubiera atrevido á dar á conocer sus sentimientos; pero si sabe que es libre, hablará, en el caso de que se digne V. autorizarle.

La Marquesa miró profundamente á Bachelín.

—Se refiere V. al Sr. Derblay, ¿no es verdad?

—Sí, señora Marquesa, al mismo,—respondió atrevidamente el notario.

—No ignoro los sentimientos que mi hija ha inspirado al dueño de la ferrería; no los oculta, ni siquiera los disimula.

—¡Ah! es que ama á la señorita Clara, y la ama sinceramente,—añadió con calor el notario.—Pero V., señora Marquesa, no

conoce bastante al Sr. Derblay para poder juzgar su mérito.

—Ya sé que es muy estimado en la comarca... Pero, ¿es V. pariente suyo, mi querido Bachelin?

—He visto nacer á Felipe y á su hermana la señorita Susana. Su padre me llamaba amigo, y esto explicará á V., señora Marquesa, mi audacia en darle á conocer los sentimientos del Sr. Derblay. Ruego á usted que me perdone. A mis ojos, el único defecto de mi cliente consiste en que su apellido se escriba con una sola palabra y sin partícula; pero buscando bien, quién sabe si se encontraría. Su familia es muy antigua. En tiempo de la Revolución, las personas sensatas y honradas procuraban vivir inadvertidas, y acaso pasara lo mismo á los pergaminos nobiliarios.

—Que conserve su nombre tal y conforme es,—dijo tristemente la Marquesa.—Le lleva como hombre honrado, y en el tiempo en que vivimos esto basta. Compare usted al Duque de Bligny, que se aleja de Clara arruinada, con el Sr. Derblay, que busca una joven pobre, y entre el noble y el plebeyo, dígame quién es el caballero.

—Si el Sr. Derblay oyera á V., señora, le harían feliz sus palabras.

—No le repita V. lo que acabo de decir,—interrumpió gravemente la Marquesa.—La señorita de Beaulieu no recibe

generosidades de nadie. Conozco su carácter, y es probable que muera soltera. ¡Quiera Dios, amigo mío, que pueda resistir con fortaleza y resignación este doble infortunio!

Permaneció un momento el notario silencioso, y después dijo con una emoción que hacía temblar su voz:

—Sucedá lo que quiera, señora Marquesa, no olvide V. que el Sr. Derblay será el más feliz de los hombres el día en que se le permita alimentar alguna esperanza. Esperará, porque no es de los que tienen el corazón voluble. Creo que los acontecimientos nos reservan á todos amargos pesares, porque permitirá V. ¿no es verdad? á un anciano servidor como yo contarse entre los destinados á participar de sus dolores. Con permiso de V., le aconsejo que nada diga á la señorita de Beaulieu; quizá el Duque de Bligny se arrepienta, y en todo caso nunca es tarde para que sufra la señorita Clara.

—Tiene V. razón. A mi hijo sí debo decirle nuestra desdicha.

Y saliendo á la escalinata llamó con una señal al joven, que sentado en la terraza esperaba pacientemente el fin de la conferencia.

—Y bien,—dijo con alegría,—¿se ha levantado la sesión, ó me llaman VV. para que tome parte en ella?

—Quiero, en efecto,—respondió amablemente la Marquesa,—darte á conocer noticias graves que me afligen mucho.

El Marqués se puso serio instantáneamente y preguntó á su madre:

—¿De qué se trata?

—Maese Bachelin, hijo mío, ha recibido una comunicación definitiva de nuestro procurador en Inglaterra.

—¿Relativa al pleito?

—Sí.

Octavio se acercó á la Marquesa y dijo cogiéndola afectuosamente la mano:

—¿Qué? ¿Se ha perdido?

Estupefacta la Marquesa al ver la sangre fría con que su hijo preguntaba esta desastrosa noticia, miró á Bachelin como pidiéndole una explicación; pero el notario continuó impassible, y aquélla dirigióse de nuevo á su hijo diciéndole:

—¿Tú lo sabías?

Aliviada al mismo tiempo por la tranquila resignación del Marqués, respiró más á sus anchas.

—No lo sabía positivamente,—respondió el joven,—pero lo aguardaba. Nada quería decirte por respetar tus ilusiones, pero estaba completamente convencido de que el pleito era insostenible, y por ello hace largo tiempo que esperaba la noticia, temiéndola sólo por mi hermana, cuyo dote queda comprometido. Pero hay un medio sencillo de

arreglar las cosas. Le das la parte que me reservas en tu fortuna y no te preocupes de mí, que ya sabré salir adelante.

Al escuchar estas generosas palabras la Marquesa se ruborizó de orgullo, y dirigiéndose al notario le dijo:

—¿De qué puedo yo quejarme teniendo tal hijo!

Alargando al mismo tiempo los brazos al Marqués, que sonreía, añadió:

—¡Eres un muchacho excelente! ¡Ven que te abraze!

—No tiene mérito lo que hago,—dijo el Marqués con emoción;—amo á mi hermana, y haré por su felicidad cuanto sea preciso. Y puesto que la ocasión es á propósito para hablar de cosas tristes, ¿no te parece que el silencio de nuestro primo Bligny tiene alguna relación con el pleito perdido?

—Te engañas, hijo mío,—contestó vivamente la Marquesa, haciendo un gesto como para impedir que el Marqués continuase.—El Duque...

—¡Oh! nada temas, mamá,—interrumpió Octavio con desdeñosa altivez;—si Gastón titubea en cumplir sus promesas ahora que la señorita de Beaulieu no se presenta á él con un millón en cada mano, nosotros no somos gente, según creo, de ir á cogerle por la solapa de la levita para obligarle á cumplir su palabra. En tal caso, me parece que si el Duque de Bligny no se casa con

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
IMPRESO EN MONTERREY, MEXICO

mi hermana, tanto peor para él y tanto mejor para ella.

—Perfectamente, hijo mío,—exclamó la Marquesa.

—Muy bien, señor Marqués,—añadió Bachelin;—y si la señorita de Beaulieu no es bastante rica para tentar la codicia de un pescadotes, siempre será bastante perfecta para seducir á un hombre de corazón.

Con una mirada impuso la Marquesa silencio á Bachelin, y satisfecho éste de que terminara tan favorablemente una crisis que al principio le pareció terrible, despidióse de sus nobles clientes, emprendiendo, con toda la velocidad que le permitían sus viejas piernas, el camino de Pont-Avesnes.

III.

Era, en efecto, el Sr. Derblay, como había asegurado Bachelin, la persona á quien el Marqués encontró en el bosque de Pont-Avesnes vestida como cazador furtivo. Sin hacer caso de Octavio, que le llamaba á gritos, penetró en línea recta á través del bosque, insensible á los rozamientos de las ramas y á los arañazos de las espinas. Relá nerviosamente, pronunciando palabras interrumpidas por exclamaciones, y regocijado

por la aventura que le acercaba á la persona objeto de su muda y lejana adoración.

Bajaba por la pendiente que conduce al valle, cruzando el terreno con sus largas piernas y sin darse cuenta de la velocidad de la marcha, que cubría su frente de gotas de sudor. Iba como su pensamiento, rápido, volando. Cuando el Marqués supiera con quién había estado hablando, porque seguramente llegaría á saberlo, le agradecería el proceder cortés y atento que el vecino molesto, según había dicho, usaba con él, y quién sabe si esto sería causa de entrar en relaciones. En este caso vería de cerca á su adorada Clara, cuyo simpático rostro sonreía perpetuamente en su memoria; llegaría á hablarla, y esta sola idea perturbaba su imaginación hasta el extremo de creer que las palabras quedarían estranguladas en su garganta, permaneciendo ante ella mudo y sobrecogido por la emoción, teniendo que refugiarse en el rincón más oscuro de la sala, y desde allí la miraría á su gusto, haciéndole feliz esta contemplación.

¡Feliz! ¿Podría serlo? ¿A dónde le conduciría este loco amor? ¿A asistir más de cerca al matrimonio de la que con tanta pasión deseaba? Porque seguramente el Duque de Bligny volvería. ¿Qué hombre amado de tal mujer sería bastante loco para desdeñarla? Y de no volver el Duque, se presentaría cualquier otro pretendiente, cualquier bri-

mi hermana, tanto peor para él y tanto mejor para ella.

—Perfectamente, hijo mío,—exclamó la Marquesa.

—Muy bien, señor Marqués,—añadió Bachelin;—y si la señorita de Beaulieu no es bastante rica para tentar la codicia de un pescadotes, siempre será bastante perfecta para seducir á un hombre de corazón.

Con una mirada impuso la Marquesa silencio á Bachelin, y satisfecho éste de que terminara tan favorablemente una crisis que al principio le pareció terrible, despidióse de sus nobles clientes, emprendiendo, con toda la velocidad que le permitían sus viejas piernas, el camino de Pont-Avesnes.

III.

Era, en efecto, el Sr. Derblay, como había asegurado Bachelin, la persona á quien el Marqués encontró en el bosque de Pont-Avesnes vestida como cazador furtivo. Sin hacer caso de Octavio, que le llamaba á gritos, penetró en línea recta á través del bosque, insensible á los rozamientos de las ramas y á los arañazos de las espinas. Relá nerviosamente, pronunciando palabras interrumpidas por exclamaciones, y regocijado

por la aventura que le acercaba á la persona objeto de su muda y lejana adoración.

Bajaba por la pendiente que conduce al valle, cruzando el terreno con sus largas piernas y sin darse cuenta de la velocidad de la marcha, que cubría su frente de gotas de sudor. Iba como su pensamiento, rápido, volando. Cuando el Marqués supiera con quién había estado hablando, porque seguramente llegaría á saberlo, le agradecería el proceder cortés y atento que el vecino molesto, según había dicho, usaba con él, y quién sabe si esto sería causa de entrar en relaciones. En este caso vería de cerca á su adorada Clara, cuyo simpático rostro sonreía perpetuamente en su memoria; llegaría á hablarla, y esta sola idea perturbaba su imaginación hasta el extremo de creer que las palabras quedarían estranguladas en su garganta, permaneciendo ante ella mudo y sobrecogido por la emoción, teniendo que refugiarse en el rincón más oscuro de la sala, y desde allí la miraría á su gusto, haciéndole feliz esta contemplación.

¡Feliz! ¿Podría serlo? ¿A dónde le conduciría este loco amor? ¿A asistir más de cerca al matrimonio de la que con tanta pasión deseaba? Porque seguramente el Duque de Bligny volvería. ¿Qué hombre amado de ta mujer sería bastante loco para desdeñarla? Y de no volver el Duque, se presentaría cualquier otro pretendiente, cualquier bri-

llante aristócrata que sólo al decir su nombre le acogerían con los brazos abiertos, mientras que un trabajador como él sería despedido con desdenosa frialdad.

Esta idea le produjo profunda tristeza é hizo decaer su energía. No caminaba ya á escape hacia Pont-Avesnes, deslizándose como fiera entre los matorrales, sino que andaba despacio, arrancando maquinalmente las hojas de las ramas y estrujándolas entre sus dedos. ¡Qué desgracia la suya, no poder aspirar á la mano de aquella ideal criatura! Y pensativo, se detuvo junto á una encina, apoyado en el tronco, sin sentarse, meditabundo, grave y pálido, y humedecidos los ojos por cruel angustia.

Repasaba en su memoria cuanto había hecho en esta vida, y preguntábase si su obra realizada no le hacía digno de mayor felicidad. Después de brillantísimos estudios salió de la Escuela Politécnica con el número primero, y escogió la carrera de ingeniero de minas. En el momento que acababa de recibir el título de ingeniero estalló la guerra. Contaba entonces veintidos años. Sin titubear, se alistó como voluntario, incorporándose á un regimiento del ejército del Rin. Tomó parte en la sangrienta derrota de Froeschwiller, y volvió al campo de Chalóns con los restos del primer cuerpo de ejército. Siguió con ellos la desastrosa marcha hacia Sedán, y la noche de la bata-

lla estaba prisionero de guerra bajo la vigilancia de los hulanos prusianos; pero no era hombre de dejarse coger de esta manera, y arrastrándose en la oscuridad, aprovechó la noche para atravesar las líneas alemanas. Entró en Bélgica, y desde allí pasó inmediatamente á Lila, incorporándose á uno de los regimientos que se estaban organizando.

Continuaba la guerra, y veía extenderse lenta y segura la invasión por el país, como fatal gangrena. Distinguió el general Faidherbe, con quien hizo la campaña del Norte. Herido de un balazo en San Quintín, estuvo seis semanas en el hospital entre la vida y la muerte, y se repuso de esta larga dolencia para estremecerse al saber que París estaba en manos de la Commune. La convalecencia le libró del triste deber de disparar los últimos tiros contra franceses. Dirigióse á la casa paterna, sufriendo todavía de la herida, pero luciendo en el pecho la cruz de la Legión de Honor, que el mismo General le llevó á su cama del hospital. Aguardábale en su morada un dolor mucho más vivo que cuantos había sufrido en tan corto tiempo. Su madre había muerto, y la niña Susana, que sólo contaba siete años, veíase privada de su cariñoso cuidado. Los grandes negocios, que reclamaban su presencia, obligaron á partir al Sr. Derblay, dejando encargada la niña á fieles criados. La llegada de Felipe reprodujo el dolor y las lágrimas,

y Susana se cogió á su hermano con la ternura de una niña asustada por el abandono, estrechándose contra él como débil ser que pide apoyo y socorro. Felipe, que tenía corazón sencillo y tierno, adoró á esta niña tan necesitada de cariño y que tan poco encontraba entre un padre dedicado por completo á los negocios, y criados fieles, pero incapaces de delicadas atenciones, más necesarias á la vida de los niños y de las mujeres que los cuidados materiales.

Necesitó, sin embargo, alejarse para emprender sus faenas de ingeniero, y esta partida causó á Susana grandísimo dolor. La despedida de Felipe renovó en la niña la desesperación que le había causado la pérdida de su madre. Pero dispuso el destino que esta separación fuese breve, porque seis meses después, agobiado por el exceso de trabajo, falleció el Sr. Derblay, y Felipe y Susana quedaban solos.

Entonces tuvo que atender el joven á nuevos deberes. La liquidación de las empresas de su padre era muy complicada, y fértil en dolorosas sorpresas. El Sr. Derblay, persona de notable inteligencia, tenía sin embargo un grave defecto: el de abarcar más negocios de los que podía dominar. Gastaba su actividad en las empresas más distintas, sin poder dirigir las todas con igual éxito. Los productos de unas se empleaban en pagar las pérdidas de otras, acu-

mulándose las dificultades que vencía por el momento á fuerza de habilidad y energía, pero que más ó menos tarde le llevarían á una catástrofe. Desapareció antes de que esto ocurriese, dejando una herencia embrolladísima.

Tenía Felipe fácil y magnífico porvenir. Pudo abandonar las empresas de su padre, liquidar como mejor se pudiera la herencia y seguir su camino; pero esto era la ruina. Todos los recursos del padre emplearíanse en cubrir el honor de su nombre, y su hermana quedaría sin fortuna. No vaciló el joven: renunció á su porvenir, presentó la dimisión, y echando sobre sus hombros la pesada carga que había hecho sucumbir á su padre, se hizo industrial.

La empresa era ruda. En la herencia del Sr. Derblay había de todo: fábricas de cristal en Courtallin; una fundición en el Nivernais; pizarrales en el Var, y la ferrería de Pont-Avesnes. Entregóse por completo Felipe á estos asuntos, procurando reunir los restos del naufragio. Era un trabajador intrépido, y durante seis años empleó los días y la mayor parte de las noches en la obra de salvación tan valientemente emprendida. Cuanto encontró en metálico lo empleó en restablecer los negocios, y á medida que los ponía en prosperidad fué cediéndolos, conservando en definitiva la ferrería, cuyo gran valor comprendió.

A los siete años había liquidado la herencia paterna y sólo tenía la fundición de Nivernais, que explotaba en combinación con la ferrería de Pont-Avesnes, sirviéndose del hierro de ésta para alimentar la producción de aquella. Libre de todo peligro y dominando el negocio, sintióse capaz de darle considerable extensión. Adorado en el país, podía presentarse candidato á la diputación, ser elegido, y ¡quién sabe si este honor podría halagar á la mujer amada! Además, en este siglo metalizado, la industria es también una potencia.

Poco á poco fué renaciendo la esperanza en su corazón. Continuó el camino y salió del bosque. Extendíanse á su derecha las praderas que cubren el valle, y se empinaban á su izquierda las rocas que sirven de base á la colina, y donde están abiertas las entradas de la mina. Un pequeño ferrocarril asciende en suave pendiente hacia las galerías, y sirve para conducir el mineral á la ferrería.

Bruscamente distraído de sus meditaciones, resolvió Felipe ir á echar un vistazo á su explotación, y apartándose del camino que seguía, dirigióse hacia la mina, yendo á una pequeña altura donde estaba la barraca del encargado de inspeccionar las sacadas del mineral. A medida que se acercaba, parecíale oír gritos y observar insólita agitación á la entrada de las galerías.

Activó la marcha, y á los pocos minutos llegó y se enteró del inusitado tumulto.

Las filtraciones del agua habían producido un derrumbamiento del terreno sobre la vía férrea, volcando los vagones y sepultando al pie del talud, bajo un montón de arena y de maderos, al conductor del tren, que era un muchacho de quince años. Algunos obreros y muchas comadres de la aldea, que acudieron rápidamente, formaban animado grupo, en medio del cual lloraba y gesticulaba una mujer medio loca.

Separando á los asistentes, entró Felipe en el círculo.

—¿Qué ocurre aquí?—exclamó con inquietud.

—¡Ah, Sr. Derblay!—dijo la mujer redoblando sus gestos y sollozando á la vista del amo de la ferrería;—mi pobre muchacho, mi Santiaguito, ha sido arrastrado con su vagón, y está ahí debajo hace tres cuartos de hora.

—¿Qué se ha hecho para sacarle?—preguntó vivamente Felipe, dirigiéndose á los mineros.

—Se ha escombrado todo lo posible,—contestó un jefe de cuadrilla, indicando una ancha excavación,—pero no nos atrevemos á tocar á los maderos, porque cualquier movimiento puede derrumbar todo esto y aplastar seguramente al muchacho.

—Todavía hablaba hace diez minutos,—

gritó la madre con desesperación,—pero ya no se le oye; de seguro está ahogado. ¡Ah! ¡Pobre hijo mío! ¿Le van á dejar ahí?

Y la infeliz prorrumpió en sollozos, cayendo sin fuerzas sobre la pendiente del talud.

Entregando la escopeta á uno del grupo, echóse boca abajo Felipe, y acercando la cabeza á la entrada de la excavación, bajo los entrecruzados maderos, escuchó. En aquella tumba de arena que sepultaba al muchacho reinaba completo silencio.

—¡Santiago!—gritó el Sr. Derblay con voz que sonó lúgubre bajo la capa de tierra y palos.—¡Santiago! ¿Me oyes?

Respondióle un gemido, y al cabo de algunos instantes llegaron, débiles y entrecortadas, estas palabras á sus oídos:

—¡Ah! mi amo. ¿Es V.? ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Si está V. ahí, me salvarán!

Esta cándida confianza conmovió profundamente á Felipe, resolviendo intentar hasta lo imposible para realizar la esperanza del niño.

—¿Puedes moverte todavía?—preguntó.

—No,—murmuró el chico, jadeante y casi sofocado;—creo que tengo una pierna rota.

Estas palabras, escuchadas con mortal silencio, produjeron en los asistentes doloroso murmullo.

—No tengas miedo, hijo mío; vamos á sacarte de ahí,—dijo Felipe.

Y se levantó.

—Vamos, pues; tomad vosotros puntales y levantad ese madero,—dijo á los trabajadores, indicándoles una larga viga profundamente metida debajo de los escombros y que formaba una especie de palanca natural.

—Es imposible, Sr. Derblay,—contestó el jefe de la cuadrilla, moviendo tristemente la cabeza.—Todo vendría abajo. El único medio que puede emplearse es el de que entren tres ó cuatro hombres forzudos á rastras por el agujero que hemos abierto, y procuren desprender al muchacho, que no puede moverse. Mientras tanto, sostendremos con gatos todo esto; pero la operación es arriesgada y muchas las probabilidades de morir en ella.

—No importa, es preciso entrar,—dijo resueltamente Felipe mirando á los obreros.

Y al ver que todos quedaban inmóviles y silenciosos, se le enrojeció el semblante.

—Si alguno de vosotros estuviera ahí debajo, ¿qué pensaría de sus compañeros que le abandonaran? ¡Ea! puesto que ninguno se atreve, yo entraré.

Y encorvando su elevado cuerpo se deslizó Felipe por debajo de los escombros. La multitud exhaló un grito de admiración y reconocimiento; y como si bastara dar ejemplo para que recobraran el ánimo todas aquellas buenas gentes, tres hombres entra-

ron á continuación del amo de las herrerías, mientras los demás, reuniendo sus fuerzas, levantaban y sostenían sobre sus espaldas los maderos con increíbles esfuerzos.

Reinó de nuevo el silencio, oyéndose sólo los sollozos de la acorrajada madre y la fuerte respiración de los que soportaban el peso de los escombros. Trascurrieron algunos minutos, largos como siglos, durante los cuales estuvo en inminente peligro la vida de cinco hombres; después se oyó un clamor de alegría. Llenos de tierra, con hombros y manos arañadas, salieron los cuatro hombres del agujero, y el último de ellos, Felipe, llevaba en sus brazos al muchacho desmayado.

Oyóse un crujido terrible. Al soltarlos los trabajadores, cayeron los maderos sobre el foso vacío ya de su prisionero. La madre, medio loca, acariciaba á su hijo y al amo de la herrería. Silenciosa, conmovida y respetuosa, rodeaba la muchedumbre al salvador y al salvado.

—Vamos, llevad á éste tunante á su casa,—dijo alegre el señor Derblay,—y que avisen al médico.

Arreglando en seguida un poco su traje y cogiendo la escopeta, se encaminó á Pont-Avesnes.

La noticia de la salvación circuló inmediatamente después que la del fracaso, y cuando llegaba á la verja del castillo vió Fe-

lipe á su hermana que venía hacia él seguida de Bachelin. Al conocer Susana á su hermano, apresuró el paso. Iba vestida con traje claro, balanceando sobre el hombro una gran sombrilla de color de rosa, que en aquel hermoso día de octubre cubría su preciosa cabeza de los rayos del sol. Tenía la señorita Derblay diez y siete años, y su fresco y alegre rostro expresaba la confianza y la honradez. Sus oscuros ojos eran más risueños que los labios. Sin ser bella, su gracia natural y expansiva la hacía irresistiblemente seductora. Llena de impaciencia, echó á correr hacia su hermano, llevando tras sí la gran sombrilla, hinchada por el viento como una vela, y al abrir los brazos para arrojarle al cuello de Felipe, la dijo éste apartándola:

—No me toques; estoy lleno de basura y pondré perdido tu traje.

—¡Qué importa!—exclamó Susana arrebatada de alegría.—¡Quiero abrazarte! ¡Has salvado al niño! ¡Oh, Felipe mío! siempre se te encuentra cuando hay que hacer alguna cosa bella y buena.

Diciendo esto, cogía la joven la morena cabeza de su hermano y la besaba tiernamente. Distanciado Bachelin por la carrera de Susana, llegó casi sin aliento.

—Mi querido amigo,—dijo el notario.—¡Otra buena acción en el activo de su vida!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
FACULTAD DE DERECHO
"FACULTAD DE DERECHO"
1923 MONTERREY, MEXICO

—No hablemos más de ello,—interrumpió Felipe sonriendo.—No vale la pena. Lo peor del caso es que creo que el muchacho está herido. Harías bien, Susana, en ir á su casa con tu botiquín, y lo que haya que gastar, págalo.

—Voy, hermano mío,—dijo la joven.—Llevo conmigo á Brígida, ¿no es verdad?

—Es claro. Y nosotros, amigo Bachelin, entremos en la casa; voy hecho un facineroso y necesito mudarme de traje.

Dirigióse Susana á las habitaciones de los criados, y Felipe y el notario atravesaron el gran patio plantado de tilos, en cuyo centro había una hermosa fuente rectangular rodeada de parterres de flores y cuyo surtidor lanzaba al aire un chorro de agua que, impelido por el viento é iluminado por los rayos del sol, caía en forma de cascada. Esta fuente era el último vestigio de la gran cantidad de agua que en pasados tiempos formaba una cintura alrededor de aquel palacio. Los antiguos señores de Pont-Avesnes torcieron el curso del río, llevando sus aguas á los fosos. En tiempo de Luis XIII contruyóse una presa en el punto de la toma de aguas, y los fosos quedaron en seco. El limo depositado en el fondo, mezclado con tierra vegetal llevada á todo coste, formó aquel suelo de admirable fecundidad, donde arraigaban los árboles frutales que aun hoy son la maravilla de Pont-

Avesnes. Hay allí perales y melocotoneros que cuentan más de doscientos años y que producen frutas singulares en la comarca. Los anchos fosos cuyos muros sirven de espalderas forman una especie de estufa donde se condensan los vivificantes rayos del sol. Hace allí calor como en un invernadero, y el frío viento del invierno que quema y seca los árboles no puede penetrar.

El castillo está construido sobre un cerro de piedra morena que lo eleva prestándole elegancia, pero es negro y triste. Sus elevados techos de pizarra destacan lúgubramente en el cielo. Habiendo determinado Felipe habitar sólo un ala de aquel enorme y frío edificio, las demás habitaciones estaban cerradas; y sin los cuidados de Brígida, hermana de leche de Susana, que á pesar de su juventud, y gracias á lo precoz de su entendimiento, desempeñaba con autoridad las funciones de ama de gobierno, parecería completamente abandonado.

Pero la activa jurasiana, animando con su celo á los tres criados que están á sus órdenes, hace dos veces por mes una limpieza completa, y mantiene en buen estado los admirables muebles de la época de Luis XIV que adornan las habitaciones de recepción.

Cuando Brígida abre los balcones del gran salón y penetra la luz á torrentes en las espaciosas habitaciones, parece que se levanta el telón de un teatro apareciendo una

decoración de maravilloso lujo. Revisten las paredes magníficos tapices de Gobelinos, representando toda la historia de Alejandro, y el terciopelo de Génova brilla en los respaldos y entre los dorados brazos de los anchos sillones. Enormes lunas de Venecia reflejan por un momento las flores del parterre, el caprichoso saltador de la fuente, y un pequeño espacio de cielo. Brígida pasa activa con un plumero y una escoba, y terminada la limpieza, cierra de nuevo las maderas de los balcones, y vuelven á la oscuridad las riquezas artísticas del castillo.

En el ala habitada tiene Felipe en el entresuelo un gran despacho, rodeado de armarios de libros, á cuyas tablas superiores sólo se alcanza con ayuda de una escalera. En medio hay una espaciosa mesa de escribir, y sobre ella montones de papel en un desorden más aparente que real. El bellissimo tintero de bronce representa dos molletudos Amores en lucha, y el vencedor, riendo, aprieta contra la boca del vencido un ramo de uvas. Sobre la chimenea hay un admirable reloj de ébano incrustado de cobre, del primer estilo de Boule. Junto al despacho está el comedor, adornado severamente con muebles antiguos de peral tallado, y en el aparador brilla rica y sólida vajilla de plata que jamás usan. Después hay un saloncito amueblado á la moderna, y lo más burgüesmente posible. Los cortinajes son de muse-

lina de seda azul, y de igual tela están tapizados los muebles. Un reloj, un velador de taracea, sobre el cual espera sin duda la vuelta de Susana un bordado á medio hacer; y en las paredes dos retratos, los del señor y la señora de Derblay, ejecutados con más conciencia que talento por un mediano discípulo de Flandrín, forman el adorno de la estancia.

En el piso principal hay dos grandes dormitorios, los de Felipe y Susana, que comunican por sus respectivos gabinetes de aseo: el uno grave y sombrío con cortinajes de terciopelo color habana y muebles de madera negra, teniendo por único adorno una panoplia de armas modernas, en medio de la cual se ve una cantimplora atravesada por tres balazos, recuerdo de la batalla de Pont-Noyelles. El otro virginal y fresco como quien lo habita, vestido de muselina blanca sobre tela azul, formando pabellones cogidos con cintas de color de rosa. Los muebles son de laca blancos con filetes azules, y además hay todas las baratijas que con tanta gracia adornan una habitación de soltera. Desde su balcón ve Susana las profundas alamedas del parque que se pierden en un horizonte de verdura, y allí podría fácilmente entregarse á los ensueños de la imaginación, si fuera posible que este género de meditaciones mitigase por un momento la viva alegría de su negligente juventud.

Después de ver alejarse á su hermana, llevó Felipe á Bachelín á su despacho, no dudando que llegaba de Beaulieu, é impaciente, como todos los enamorados, por saber los detalles, importantes ó fútiles, que siempre le refería su antiguo amigo, de sus entrevistas con los nobles habitantes del palacio. Pero este día no estaba de humor de charlar el notario, y sentado en un sillón miraba distraídamente á Felipe, de pie ante él como signo de interrogación.

No pudo éste contenerse por más tiempo, y abordando francamente el asunto, dijo con afectada tranquilidad:

—¿Ha manifestado V. mi proposición de arreglo á la señora de Beaulieu?

—Seguramente.

—¿La encuentra aceptable?

—Por completo.

Felipe miró de reojo á Bachelín, que se obstinaba en contestar con insufrible laconismo, y decidió en seguida tratar de asuntos de mayor intimidad.

—¿Ha ofrecido V. la autorización para cazar en mis posesiones?

—Era inútil,—dijo tranquilamente el notario dirigiendo á Felipe una mirada burlona.

—¿Cómo inútil?—preguntó éste admirado.

—¿Para qué había de hacer ese ofrecimiento habiéndolo hecho V. esta mañana al Marqués del modo más romántico?

Felipe se ruborizó, y algo contrariado bajó la cabeza.

—¡Ah! ¿el Sr. de Beaulieu le ha referido nuestro encuentro? Pero no sabía con quién hablaba.

—Yo se lo he dicho. ¿Debía decirle también que si ha abastecido V. su morral con tanta abundancia es por amor á su hermana?

—¡Amigo mío!

—¡Ah! ¡ah! ¡Se retracta V.! ¡No ama usted ya á la señorita de Beaulieu!

—¡Ojalá! porque este amor es una gran locura. Siendo yo un trabajador alejado hace tanto tiempo del mundo, no sé cómo he podido pensar en esa joven tan bella y tan altiva, y quizá por su altivez más tentadora. La he visto grave, reflexiva, un poco inquieta por el alejamiento, sin duda, de su prometido esposo, y á pesar mío, sin cuidar de evitarlo, me he enamorado de ella, olvidando la distancia que nos separa y la diferencia de nuestro nacimiento. No he escuchado la voz de la razón ni los consejos de la experiencia, sino el amor que irresistiblemente domina mi corazón. ¡Ah! amigo mío, vergüenza me da decirlo, pero no puedo dominar esta loca pasión, que me infunde desconocida alegría, exquisita embriaguez... que me da, en fin, cuanto deseo, excepto la esperanza, porque en este punto la ceguera desaparece, y le aseguro bajo mi palabra que nada espero.

—Usted no espera nada, convenido. Pero

no cabe duda de que V. ama, por lo cual he hecho bien en hablar á la Marquesa, ¿no es verdad?

—¿En hablar?—balbuceó Felipe turbadísimo.—¡Cómo!... ¿En hablar? ¿Para decirle que...?

—Lo que V. piensa, lo que acaba de manifestarme en un lenguaje más elocuente que persuasivo.

Retrocedió Felipe un paso, ennegreciéronse sus ojos hundiéndose en las órbitas, mordióse violentamente los labios, y esforzándose por que el acento de su voz fuese tranquilo, preguntó:

—¿Había yo rogado á V. que hiciera á la señora de Beaulieu tal confidencia?

—No, es verdad, no me había V. rogado tal cosa,—contestó Bachelin tranquilamente;—pero encontré ocasión propicia y sin vacilar la aproveché. Créame V., no hay nada mejor que las situaciones claras. Usted hubiera perdido semanas, y acaso meses, preocupándole cada vez más esta aventura amorosa, y era mejor decirlo de una vez exponiéndose á ser rechazado con altanería. Estas son las razones que me han determinado á hablar. ¿No le parecen á V. de peso?

Felipe permaneció silencioso, y apenas si había oído á Bachelin. Giraban sus ideas confusas en la mente, y perdió la noción de su existencia. Crefase llevado por rápido movimiento á espacios inmensos, oyendo sil-

bar el aire y sin poder fijar la vista en objeto alguno; veía como á través de una niebla, y en su dolorido cerebro una voz continua, que le fatigaba horriblemente, repetía como vaga revelación del destino: «¡Clara! ¡Sí, llegará á ser tuya!»

La voz de Bachelin le sacó del estupor.

—Y bien, ¿por qué me mira V. con los ojos fijos?—dijo el notario;—parece V. un somnábulo.

Pasó Felipe la mano por su frente como para borrar penosa impresión, y sonriendo después á su amigo, dijo:

—Perdóneme usted. Me ha perturbado la idea de que haya hecho una gestión tan grave sin advertírmelo. No le creía dispuesto á hacerla, pues de lo contrario le hubiese rogado que se callara. Desde el día que tuve la debilidad de confesar á V. el amor que me inspiraba la señorita de Beaulieu, no ha dejado de apesadumbrarme esta ligereza; pero parece que cuando se ama es demasiado pequeño el corazón para encerrar toda la ternura que debe contener, y á pesar de uno se desborda este sentimiento más de lo conveniente, llegando á los labios y no siendo posible contenerlo. Apenas había acabado de referirlo á V. cuando la ilusión se disipó, apareciendo la verdad implacable. La señorita de Beaulieu no me ha hecho jamás el honor de advertir que existo. Es rica, prometida á su primo, y será duquesa.

Preciso es que sea un verdadero insensato para amarla. Merezco, pues, un castigo, y dispuesto estoy á sufrirlo. Dígamelo usted todo sin contemplación alguna.

—Pues bien; empezaré por decirle que la señorita de Beaulieu ni es rica, ni probablemente será jamás duquesa, y que nunca como en este momento ha tenido más probabilidades de agradarle un hombre honrado como usted.

Al escuchar estas palabras se puso Felipe tan pálido que parecía iba á desmayarse. Dió un grito de alegría, y flojas las piernas por la emoción, dejóse caer sobre una butaca.

—¡Oh! ¡mire V. lo que hace! No me infunda esperanzas, porque me sería muy doloroso renunciar á ellas.

—Pues sí. Doy á V. esperanzas, y al darlas, falto por servir á V. á los secretos de la familia Beaulieu. Pero como le interesa ser discreto, no repetirá lo que acabo de decir.

Felipe cogió las manos al notario dirigiéndole una mirada llena de ardiente curiosidad.

—La señorita de Beaulieu está arruinada á causa de la pérdida del pleito que seguía su familia en Inglaterra,—continuó diciendo Bachelin,—y ella lo ignora. El Duque de Bligny está en París hace seis semanas sin cuidarse de su prometida esposa, y también ésta lo ignora. El día en que sepa la seño-

rita Clara que la ha abandonado su novio, habrá en su corazón una terrible tempestad, y los que se encuentren cerca de ella podrán recoger bastantes restos del naufragio.

—¡Arruinada y abandonada una joven tan perfecta, una mujer tan adorable! ¿Para qué necesita fortuna? El único tesoro que debe esperarse de ella es ella misma.

—Sí, seguramente, y bajo este aspecto de desinterés he hablado de usted.

—¡Oh! sí, dígallo V.,—exclamó Felipe con entusiasmo;—dígallo á la señora de Beaulieu y á ella misma; se lo suplico.

Detúvose un momento como preocupado por un pensamiento sombrío.

—No,—añadió,—no diga V. nada: es orgullosa y altiva, y la idea de que pueda deber algún favor al hombre que sea su esposo, la alejaría de mí, determinándola á rechazarme. Hable V. con la Marquesa, procure que apruebe mis escrúpulos, y sobre todo haga de mi parte toda clase de ofrecimientos. ¡Oh! De rodillas recibiré yo la mano de la señorita de Beaulieu, pero deseo que se crea rica á fin de que pueda aceptarme ó rechazarme libremente. Aunque al casarme tuviera que dotarla con cuanto yo poseo, siempre sería ella la generosa.

—¡Bah! ¡bah!—dijo Bachelin interrumpiendo á Felipe con afectuoso ademán.—Eso es correr demasiado. La juventud y la pasión

son muy bellas, pero es preciso marchar con más sensatez. Sólo se trata por ahora de que se presente V. en el palacio, y á falta de otras satisfacciones, tendrá V. la de contemplar al objeto de sus deseos, como se decía en el siglo anterior. Sea V. grave, y pórtese con la calma y discreción que su situación aconseja. Lleve á su hermana, que le servirá de mucho, porque se ocuparán de ella, y mientras tanto podrá V. recobrar la serenidad.

—¿Y cuándo hay que ir á Beaulieu?— preguntó Felipe con visible turbación.

—¿Tiene V. ya miedo aun antes de salir de aquí? Pues bien, vaya V. mañana. Una buena noche le tranquilizará el ánimo, y de esta suerte podrá desplegar con más aplomo sus medios de agradar.

Levantándose lentamente, cogió el notario su cartera, se la puso debajo del brazo, y dió algunos pasos hacia la puerta. Deteniéndose de pronto en medio del despacho, preguntó á Felipe con aire burlón:

—¿Siente V. todavía que haya hablado á la señora de Beaulieu sin que me autorice para ello? Verdad es que, por causa de su turbación, aun no me ha preguntado usted qué contestó ella.

—¡Es cierto!—exclamó Felipe.

Y la alarma sucedió repentinamente en su ánimo á la alegría

—¿Qué ha dicho?

—Lo que debía decir en tal caso; á saber: que nada tenía que objetar, y que nunca violentaría la voluntad de la señorita Clara. En fin, las generalidades de costumbre. Pero créame V., lo fuerte de la posición que es preciso tomar no está del lado de la madre, sino del de la hija; con que... buen ánimo. Y dicho esto, me voy á comer.

Y estrechando afectuosamente la mano del dueño de la ferrería, salió Bachelin.

Quedó solo Felipe meditando profundamente. Examinó con frialdad su situación, y debió comprender que no era mala. La señorita de Beaulieu, indignamente engañada por su prometido, permanecería, sin duda, algunos meses en sus posesiones del Jura, para que se olvidase el humillante desaire. Podría pues verla, tributarle discretas atenciones, y acaso consiguiera no serle desagradable. Susana sería útil auxiliar seguramente, y terminadas las vacaciones, en vez de entrar de nuevo en su convento de Besançon, la conservaría á su lado y llegaría á ser compañera de Clara, conquistando con su gracia sencilla y tierna el cariño de la señorita de Beaulieu, y consiguiendo poco á poco que el corazón de ésta se ocupara de su hermano.

La ilusión tomaba apariencias de realidad, y veía ya Felipe pasear lentamente á los dos jóvenes por las umbrosas alamedas de Pont-Avesnes. Iban una junto á otra cogi-

das del brazo como hermanas, alta y orgullosa la una, la otra pequeña y amable. Mirábalas y creía percibir el suave perfume que exhalaban, embriagándole este delicioso aroma. Iba ya á tocarlas, cuando de repente unos frescos labios posándose sobre su frente le arrancaron del ensueño, y la querida voz de Susana murmuró á su oído:

—¿En qué piensas, Felipe?

Al ver que éste continuaba sentado con vaga sonrisa y sin responder, añadió:

—¿No quieres decirme lo? ¿Te lo digo yo? Pues bien, apostemos á que estás pensando en una bella joven rubia.

Levantóse bruscamente Felipe y cogió á su hermana por la mano.

—¡Susana! —exclamó.

Y perdiendo la serenidad ante la maliciosa sonrisa de la joven, no pudo continuar.

Permaneció de pie, estupefacto, y preguntándose por qué rara adivinación podía aquella niña saber lo que en su ánimo pasaba.

—Ya estás turbado, —continuó Susana con ternura. —¿Tan oculto creías tu secreto? Desde hace un mes no eres el mismo, y sin necesidad de mucha astucia he podido advertir que tu corazón no era mío sólo. No soy celosa, y te amo demasiado para poder serlo. Cuando te veo pensativo y absorto, no me alarmo porque tema que me prives de una parte de tu cariño para darlo á otra, sino

porque temo que estés disgustado. ¡Te debo tanto, Felipe mío! Al quedar sola, sin padre ni madre, tú me has cuidado y educado, y me parece que no soy sólo tu hermana sino también tu hija; hija de tus cuidados y de tus penas. Ama y sé amado, y verás cómo me regocijo, porque sé que no hay dicha bastante completa en este mundo para recompensar á un ser tan perfecto como tú.

Brillaron dos lágrimas en los ojos de Felipe, y corrieron silenciosamente por sus mejillas. Las dulces palabras de su hermana habían aplacado sus sobrexcitados nervios, y de pie junto á la alta chimenea permanecía inmóvil mirando á su hermana, que le sonreía.

—Ya estás llorando, —dijo Susana. —¿Qué! ¿tan triste es amar?

—No hables jamás de esas locuras, —interrumpió Felipe con alterada voz.

—¡Locuras! ¿Por qué lo son? ¿Qué mujer que te conozca no deseará agradarte?

Y poniéndose ante él con aspecto atrevido y resuelto, añadió:

—¡Bah! ¡bah! Yo diré, si es preciso, á la que tú amas: —Señorita, se equivoca usted no adorando á mi hermano, porque nadie hay en el mundo á quien no sea absolutamente superior; puedo afirmarlo, porque le conozco bien y desde hace largo tiempo. —Tan elocuente he de ser, que ella misma vendrá á tí alargando la mano, y diciéndote

con graciosa reverencia:—Caballero, tiene usted por hermana una personita tan extraordinaria, que me es imposible desconocer por más tiempo vuestro mérito. ¿Quiere usted hacerme el favor de ser mi esposo?—Tú te inclinarás con amabilidad, y contestarás con aspecto reflexivo:—¡Dios mío, señorita, lo seré por agradar á usted!—Yo os bendeciré con aire solemne y protector, y seréis dichosos. Ya lo ves. ¡Ah! ¿Lo ves tú? ¡Ya te ríes! Estás consolado.

Y cogiéndose tiernamente al brazo de su hermano, cuya emoción no había podido resistir á tan viva y juguetona alegría, le arrastró Susana hacia fuera diciendo:

—Vamos á dar una vuelta por el jardín mientras llega el momento de que te cases.

IV.

Al bajar del tren que le había conducido hacía seis semanas desde San Petersburgo á París, el Duque de Bligny, fatigado por el viaje, hecho sin descanso en un *sleeping-car* que le molió los huesos, se hizo llevar al Círculo.

No teniendo habitación dispuesta, y estando cerrado el palacio de su tía, parecióle lo más oportuno ocupar uno de los cuartos

que en los grandes Círculos hay siempre á disposición de sus socios. Pensaba estar en París unos ocho días, el tiempo absolutamente preciso para terminar sus asuntos en el Ministerio y hacer algunas compras en las tiendas, dirigiéndose después á Beaulieu.

Su ausencia había durado cerca de un año, en el cual llevó entre la aristocracia rusa esa vida parisién artificial que es la suprema elegancia en el extranjero, pero que se parece á la gran vida mundana de París como una piedra del Rhin á un diamante de Wisapoor.

La refinada corrupción de los esclavos le contagió sin embargo, encontrando grande atractivo en aquella existencia, mezcla de la molicie asiática y de la actividad europea. Las grandes señoras rusas le cautivaron por su gracia y el encanto enigmático de su belleza. Quiso conocer el secreto de aquellas risueñas esfinges, de miradas llenas de promesas y uñas llenas de amenazas. Buen mozo, bien educado y con ilustre título, tuvo excelente acogida. Poco á poco la imagen de su prometida esposa, tan fielmente grabada en su corazón, fué desapareciendo como esas bellas pinturas al pastel de Latour cuyos colores palidecen con el tiempo.

Lejos de Clara, consideróse al pronto como desterrado, y quiso tener una vida severa; pero siendo el más joven agregado de una embajada francesa, y objeto por to-

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE DERECHO
MEXICO, D.F.
1625 MONTERREY, MEXICO

con graciosa reverencia:—Caballero, tiene usted por hermana una personita tan extraordinaria, que me es imposible desconocer por más tiempo vuestro mérito. ¿Quiere usted hacerme el favor de ser mi esposo?—Tú te inclinarás con amabilidad, y contestarás con aspecto reflexivo:—¡Dios mío, señorita, lo seré por agradar á usted!—Yo os bendeciré con aire solemne y protector, y seréis dichosos. Ya lo ves. ¡Ah! ¿Lo ves tú? ¡Ya te ríes! Estás consolado.

Y cogiéndose tiernamente al brazo de su hermano, cuya emoción no había podido resistir á tan viva y juguetona alegría, le arrastró Susana hacia fuera diciendo:

—Vamos á dar una vuelta por el jardín mientras llega el momento de que te cases.

IV.

Al bajar del tren que le había conducido hacía seis semanas desde San Petersburgo á París, el Duque de Bligny, fatigado por el viaje, hecho sin descanso en un *sleeping-car* que le molió los huesos, se hizo llevar al Círculo.

No teniendo habitación dispuesta, y estando cerrado el palacio de su tía, parecióle lo más oportuno ocupar uno de los cuartos

que en los grandes Círculos hay siempre á disposición de sus socios. Pensaba estar en París unos ocho días, el tiempo absolutamente preciso para terminar sus asuntos en el Ministerio y hacer algunas compras en las tiendas, dirigiéndose después á Beaulieu.

Su ausencia había durado cerca de un año, en el cual llevó entre la aristocracia rusa esa vida parisién artificial que es la suprema elegancia en el extranjero, pero que se parece á la gran vida mundana de París como una piedra del Rhin á un diamante de Wisapoor.

La refinada corrupción de los esclavos le contagió sin embargo, encontrando grande atractivo en aquella existencia, mezcla de la molicie asiática y de la actividad europea. Las grandes señoras rusas le cautivaron por su gracia y el encanto enigmático de su belleza. Quiso conocer el secreto de aquellas risueñas esfinges, de miradas llenas de promesas y uñas llenas de amenazas. Buen mozo, bien educado y con ilustre título, tuvo excelente acogida. Poco á poco la imagen de su prometida esposa, tan fielmente grabada en su corazón, fué desapareciendo como esas bellas pinturas al pastel de Latour cuyos colores palidecen con el tiempo.

Lejos de Clara, consideróse al pronto como desterrado, y quiso tener una vida severa; pero siendo el más joven agregado de una embajada francesa, y objeto por to-

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE DERECHO
MEXICO, D.F.
1925 MONTERREY, MEXICO

das partes de amables invitaciones, es imposible vivir retraído. A los ocho días de un retiro rigurosamente observado, no le fué posible á Gastón excusarse de asistir á una de las recepciones de su jefe. Tuvo, pues, que ponerse el uniforme, é hizo su entrada en la gran sociedad rusa.

Desde la primera noche fué el joven Duque favorito de la aristocracia. Su abuelo, emigrado con el Conde de Artois al principio de la Revolución, tuvo íntima amistad con los Nesselrode, los Pahlen y los Gortschakoff. Los personajes de la corte acogieron á Bligny con grande agasajo, presentándole al Emperador, que distinguió mucho al joven agregado. A los pocos días, la posición de este diplomático de veinticinco años fué importantísima, y sus jefes, bastante hábiles para no envidiarle el éxito, pensaron sacar partido de la influencia que el Duque había adquirido en poco tiempo. Pero Gastón, que como elegante caballero y hombre de mundo no tenía rival, como político era una medianía. Entregóse á los placeres y descuidó la intriga, quedando al poco tiempo demostrado que si la sociedad de San Petersburgo contaba con un elegante huésped, Francia no había adquirido un servidor útil.

Mariposeando de flor en flor, no fué el Duque de Bligny la laboriosa abeja productora de rica miel, sino la avispa que, zum-

bande, hace brillar al sol su caparazón de oro. Al cabo de algunas semanas se había convertido en intrépido vividor, y sus bien templados nervios desafiaron las mayores fatigas. En los festines era rival de los más famosos bebedores, y todo el mundo sabe cómo beben los rusos. En el Círculo de la Nobleza jugó una partida de bacarrat que quedó legendaria, pues durante tres días y tres noches, él y sus adversarios sólo se apartaron de la mesa para reparar las agotadas fuerzas, y venció á los que apostaban mayores sumas, no por la persistencia de su suerte, sino por el sueño, que les hizo caer extenuados sobre la alfombra. Fué el amante de Lucía Tellier, la estrella francesa del teatro *Miguel*, y á pesar de las tentativas de corrupción de los boyardos más fastuosos, continuó estas relaciones hasta que un día, pareciéndole fastidiosa, probablemente porque le era fiel, la devolvió á la galantería moscovita.

La señora de Beaulieu lo había adivinado bien: el Duque fué en aquel invierno el héroe de la estación, y no hubo fiesta notable sin él. Pudo aspirar á la mano de las más ricas herederas de San Petersburgo, desdendiendo cuantas insinuaciones le hicieron en este sentido, y siendo por tal causa con mayor ardor solicitado.

Bligny, sin embargo, se fastidiaba pronto de cualquier género de vida, y al cabo de

seis meses la existencia que llevaba le aburría prodigiosamente, acudiendo al juego como único alivio de su *spleen*. Desde el primer momento sintióse jugador hasta la médula de los huesos, y tenía una suerte insolente. Parecía haber entrado en el juego como conquistador, y todas las mañanas volvía á su casa cargado con el dinero de sus adversarios, pálido, dolorida la frente cual si le apretara un círculo de hierro, y con gusto de polvo en los labios. Acostábase al amanecer, cuando empezaba esa luz sombría de los inviernos rusos parecida al crepúsculo, y agotadas sus fuerzas, dormía hasta la tarde. A cosa de las cuatro se levantaba, empezando para él el día á la hora de encender el gas en las calles. Había arreglado, pues, su existencia al revés que todo el mundo, y durante dos años apenas vió el sol; fué una mariposa nocturna. Su semblante, gracioso y fino al separarse de su familia, era ya anguloso y duro, y aunque todavía bello, había perdido el encanto de la juventud, esa flor de los rostros apacibles y tranquilos. Llevaba, pues, la máscara del vividor. Sus negros cabellos, ligeramente rizados y cortados al rape sobre la frente, empezaban á clarear por las sienes; sus ojos, de un color azul indeciso, se habían hundido en las órbitas. La endiablada existencia que tenía, dejaba á cada momento más visibles rastros en su persona.

Trabajo hubiera costado á su tía reconocerle. No era ya el joven tímido de dulce voz que pasaba tranquilamente las noches entre la Marquesa y Clara en el silencioso salón del viejo palacio. Resuelta y decidida y de varonil carácter, llamábale entonces Clara riendo la señorita Gastón. Ya había desaparecido de su persona la graciosa afabilidad que le asemejaba á una joven, y era, por el contrario, uno de los hombres más peligrosos. Había descubierto en él verdaderos tesoros de escepticismo nativo. No creía absolutamente en nada, poniendo siempre sus placeres en primer término. La sangre paternal, calmada por la tranquila dulzura de la vida retirada, hirvió en sus venas, y la raza de los Bligny, apasionada y ardiente, que desde Enrique III había dado á la corte de Francia sus favoritos más voluptuosos, refinados y atrevidos, sus mentes más galantes y sus libertinos más escandalosos, tuvo en él digno representante de tales antecesores.

El débil cuerpo de aquel joven tenía un vigor de gigante, pareciéndose á aquellos señores afeminados de pasados tiempos que se untaban con cosméticos el rostro y las manos, encargando á sus pajes coger cualquier objeto que se les cayera, por no molestarse ellos, haciéndose llevar en litera para evitar la fatiga del caballo, y que en los días de batalla cargaban furiosamente,

metiéndose en lo más empeñado de la lucha con cien libras de hierro sobre el cuerpo y realizando heroicas empresas. Gastón no hubiera andado seguramente un kilómetro á pie para un objeto útil, pero era hombre capaz de pasar un día entero cazando, ó de estar varias horas con el florete en la mano en un asalto, hasta rendir á los más infatigables.

Donde mejor se demostraba su energía era en el juego: como si la suerte dependiera de su voluntad, ganaba con una constancia verdaderamente desconocida. La peor partida convertíase en buena cuando él ponía mano en ella; y la banca, vencida cuando la atacaba, era inexpugnable si él tenía la baraja. La fortuna le trató durante dos años como verdadero niño mimado, y se le llamaba el feliz Gastón. De no defenderle su probada lealtad contra los malos pensamientos, se hubiera sospechado de su honradez.

Los restos de su patrimonio, aumentados con los recursos que le daba el juego, le permitieron vivir con lujo. Tuvo magníficos caballos, preciosa casa, y cuantas elegantes comodidades necesita quien vive como él vivía en la sociedad más rica y aristócrata.

Cuando llegaba al Círculo de la Nobleza, tomaba el juego distinto aspecto. Comprendíase en seguida que la partida iba á ser importante, y que caerían gruesas sumas sobre

el tapete. No jugaba exclusivamente al bacarrat ó al sacanete, sino que también se prestaba á echar alguna mano á los cientos, jugándolo habitualmente á cuatro duros el punto con cuatrocientos de fondo. Bligny fué quien inspiró al anciano y archimillonario Narishkine esta ingeniosa frase: ganábale Gastón doce mil duros, cuando se levantó el señor ruso diciendo: «Prefiero irme, porque si continuo acabaré por perder dinero.»

Terminada la función de la ópera ó del teatro francés, ó al salir de la recepción donde había pasado la noche, subía al trineo y hacía que le condujeran á lo largo de la Perspectiva. Abrigado con las pieles, gustábase sentir en el rostro la helada brisa de la noche, templando así los nervios para la partida de juego; y á las dos de la mañana llegaba al Círculo completamente tranquilo, encontrando excitados ya á sus adversarios, y triunfando con calculada audacia de los más intrépidos.

Junto á la mesa y bajo el ardiente resplandor de las arañas, mostrábase impasible. Ni ganando ni perdiendo se alteraba su serenidad, y ningún jugador recordaba haber visto persona más tranquila. Cuando se manifestaban junto á él las supersticiones más pueriles, permanecía grave y desdenoso, contando sólo con su inteligencia y con su suerte, y despreciando toda clase de augurios.

Aunque de temperamento poco apasionado, porque el egoísmo le impedía amar, frecuentaba mucho la sociedad, y tuvo numerosas aventuras galantes, no desesperando á las bellas que se le mostraban insinuantes. Detestaba las lágrimas, y por temor á las quejas y á las censuras, á ninguna quería causar pesares.

Sólo una vez creyó estar formalmente comprometido, pero las consecuencias demostraron su error. Una de las damas más notables de la aristocracia rusa, la Condesa Woresseff, célebre por sus cabellos rubios y por sus esmeraldas, se enamoró de él. Muy vigilada por su celoso marido, ni podía ver á Gastón ni siquiera escribirle. Prendado éste de la Condesa, casi olvidó las cartas, siguiéndola á las recepciones, valsando con ella á la vista airada del Conde, pero sin encontrar medio de tener secretas entrevistas.

Para engañar al marido, fingió Gastón un viaje á Moscou, desapareciendo durante dos días y volviendo secretamente á su domicilio. Tranquilizado el Conde, disminuyó la vigilancia, y la bella rusa pudo ir tres veces á casa del Duque. Dejaba al efecto su carruaje en la puerta principal de San Alejo, entraba en la iglesia, y saliendo por una de las puertas laterales, dirigíase precipitadamente á la cita. La tercera vez siguió un criado cautelosamente los pasos de la Condesa y avisó al Conde.

Furioso éste, llegó á casa de Bligny, pero le detuvo con pretextos el ayuda de cámara, que era un parisién tan tuno como Mascarille. Mientras tanto, la encantadora Condesa, medio loca de miedo, buscaba con Gastón una salida, y en aquella crítica circunstancia se reveló de un modo admirable el vigor nervioso del indolente joven.

La habitación de baño de su palacio daba al patio de una casa inmediata, pero la ventana tenía una reja. En un momento y con increíble esfuerzo de sus músculos, Gastón torció los barrotes, y la Condesa pudo huir. Algunos instantes después presentábase el Conde ante Bligny tranquilo y risueño, viéndose aquel obligado á confesar lo infundado de sus sospechas y á retirarse pidiendo perdones.

Ocultó su rabia Woresseff, mostrando á su esposa semblante tranquilo; pero convencido por nuevos informes de la certeza de la ofensa, determinó obligar al Duque á batirse. Se fué al Círculo, tomó la banca, y cuando Gastón cortó la baraja, dijo de un modo terminante que cesaba la partida. El Duque pidió con frialdad explicaciones, negóse el Conde á darlas, y el desafío fué inevitable. Todo el mundo censuró la conducta de Woresseff, pero éste consiguió el resultado que se proponía, y al día siguiente, sobre la tierra helada, en un bosquecillo de abedules, se verificó el duelo á pistola, á

veinte pasos de distancia, disparando á voluntad. Cuidadoso de su vida, no tuvo Gastón generosidad alguna con el marido de su amante, y al dar la señal, disparó, metiéndole la bala en el vientre á su adversario. Cayó éste en la nieve, que enrojeció con su sangre, pero incorporándose sobre una rodilla y apoyando con feroz energía el codo en el suelo, apuntó á Bligny. Debilitada por la pérdida de sangre, tembló su mano, y la bala hirió levemente á Gastón en el hombro.

Sobrevivió el Conde á la terrible herida, y curado de la suya el Duque á las seis semanas, continuó la disipada vida; pero, ¡cosa singular! pareció que la bala del Conde de Woreseff había acabado con la extraordinaria suerte del joven. ¿Desequilibró la sangre perdida sus facultades, ó se cansó la fortuna de favorecerle? Lo cierto es que á partir de aquel día no hizo mas que perder. Falto de la antigua confianza en sí mismo, conoció la incertidumbre del jugador que olfatea la mala carta, y no puso ya sobre el tapete su dinero con el aplomo del acostumbrado á ganar. Dominaba antes á sus adversarios con su imperturbable serenidad, y ahora palidecía, hundíansele los ojos, se mordía los labios y golpeaba nerviosamente con los dedos en el canto de la mesa. La preocupación le hacía descuidar su anterior elegancia, y abandonaba el juego al amanecer con los cabellos despeinados, suelta la cor-

bata sobre el desabrochado cuello de la camisa, y arrugada y sucia la pechera por el frote con el tapete verde de las mesas.

Bajó uno por uno los peldaños de la altura á que triunfalmente había subido, y el dinero del juego desapareció tan rápidamente como había venido á su poder. Acudió entonces á pedir prestado, señal evidente de próximo fracaso, y al necesitar de los demás, vió su decadencia y se afectó. Gozaba antes de verdadera soberanía en aquella sociedad de viciosos porque la suerte le sobreponía á sus compañeros. Tratábanle como á un superior, y estaba orgulloso de esta supremacía; pero derrumbado el pedestal, desde el día que no ganó dejó de existir para aquellos jugadores. No se acogía ya en el Círculo su presencia con respetuoso silencio; encontraba algunas manos indiferentes que estrechaban la suya, y ninguno se distraía del juego. Era ya uno de tantos: no se le temía.

Su pasión por el juego no fué nunca tan violenta como en aquel trance difícil. Atacaba con ciego frenesí y sin meditar las jugadas, ganando y perdiendo en una misma noche enormes sumas. No era el hábil jinete que dirige su caballo, sino el aturdido que le deja ir á escape sin procurar reprimirlo, y con la misma probabilidad de romperse los huesos que de conseguir su objeto. En efecto, no lo consiguió, porque ni siquiera

supo aprovechar las ventajas momentáneas. Su loca pasión le hizo perder cuanto había ganado.

El Embajador, su jefe, le salvó de un desastre inevitable, encargándole una misión para el Gobierno de París. El desafío con el Conde de Woreseff había producido muy mal efecto, y el diplomático creyó oportuno alejar al Duque por algún tiempo, dándole una licencia de tres meses.

Aceptó Bligny con alegría la misión, que no había solicitado por amor propio de combatiente que no quiere parecer desertor de la lucha. Comprendía que su reputación estaba gastada en San Petersburgo y que necesitaba desaparecer de allí, reconcentrarse y decidir un plan de conducta.

Quedábanle unas cincuenta mil pesetas, restos de sus ganancias del juego, que fueran antes verdadero tesoro. Esta pobreza modificó repentinamente sus ideas. En el desorden de su vida mundana, el recuerdo de Clara había desaparecido. Pensó de nuevo en su prometida esposa, recordando con delicia el tranquilo salón del palacio de Beaulieu, donde, á la apacible claridad de los quinqués, trabajaba Clara inclinada sobre su bordado, y sus bellos cabellos rubios brillaban dorados por la luz. Sin duda le esperaba pacientemente y suspirando acaso. Renació en el Duque el antiguo amor, y se juró renunciar á la febril existencia que le

había proporcionado tan locos regocijos y tan crueles preocupaciones.

Aunque la fortuna que le había dejado su padre estaba disipada, la señorita de Beaulieu era rica, y con la considerable renta de su dote podría vivir el matrimonio dignamente. La vida de París no era, ni con mucho, tan cara como la de San Petersburgo, y además había pasado ya la época de las locuras. Permanecerían seis meses en el campo para hacer economías, dedicando la mayor parte de la renta á vivir con el lujo propio de su clase durante el invierno.

Fortalecido con tales ideas, conoció el Duque que volvía á ser cariñoso y bueno, haciéndole gozar esta reproducción de sus juveniles ilusiones. Durante el camino no hizo otra cosa que acariciar estos halagüeños proyectos para el porvenir, y cuando paró el tren bajo la bóveda de cristales de la estación del Norte saltó ligero sobre el muelle tomando posesión con alegría de aquel París lejos del cual tan gravemente se habían extraviado su corazón y su entendimiento.

Era ya de noche, y con infantil alegría miró por la portezuela del coche la larguísima calle de Lafayette, sembrada de innumerables luces de gas. El movimiento de la gran ciudad le sorprendió, pareciéndole el aspecto de los que pasaban sumamente vivo y animado. La circulación en las calles era ruidosa, y en la enervada del faubourg

Montmartre se vió detenido por un atasco de carruajes. Mientras los cocheros se apostrofaban groseramente, hasta por bajo de la cabeza de los caballos deslizábanse los peatones presurosos de pasar. Siguió adelante su coche á lo largo del muro del jardín del palacio Rothschild, torció por la calle de Helder, y de pronto se encontró el Duque en pleno bulevar.

Conmoviése al ver aquel espectáculo. Los carruajes, en larga fila, dirigíanse al Teatro de la Ópera, y dentro de los espaciosos landós iban las señoras envuelta la cabeza en encajes y el cuerpo en elegantísimos abrigos. La intermitente claridad de la luz eléctrica iluminaba con blanco resplandor la fachada del teatro, brillando en los cascos de los municipales á caballo que con sus capotes puestos permanecían inmóviles en medio de la plaza. En las encrucijadas de las calles con bulevar el movimiento era enorme. Los escaparates de las tiendas resplandecían en la oscuridad, y en las aceras se apiñaba la muchedumbre. Vió, pues, el Duque en todo su magnífico esplendor el mágico cuadro de París durante las primeras horas de la noche.

Torció el coche por la calle de la Paz, y algunos instantes después estaba Gastón á la puerta del Círculo. Bajó del carruaje algo aturdido, conservando en los oídos el monótono ruido del ferrocarril y deslumbrada la

vista por las luces. Subió fatigado á la habitación que le tenían preparada, y durmió profundo sueño hasta la siguiente mañana. No había estado Gastón alejado de París bastante tiempo para perder la costumbre de pasear por el bulevar, é inmediatamente se fué á pisar el asfalto de las aceras, desapareciendo su mal aspecto ruso, y volviendo á ser parisién de pies á cabeza. Esta embriaguez de París le duró dos días, paseando por los Campos Elíseos y por el Bosque, dando una vuelta por el Hotel de Ventas y andando los mil pasos entre la Magdalena y el bulevar Montmartre, satisfecho de distribuir apretones de manos y saludos entre amigos y conocidos. Fué á todos los teatrillos, arrellanándose deliciosamente en la estrecha y mal tapizada butaca de orquesta. Parecieronle excelentes las comedias más estúpidas, porque su satisfacción interior se manifestaba en continuas admiraciones. Como si escapara de un presidio, considerábase libre desde que salió de Rusia, y respiraba satisfecho.

En tres días terminó sus asuntos en el Ministerio, y decidió partir al fin de la semana. Quería sorprender á Clara y á la Marquesa, que sabía estaban en Beaulieu, y tanto le hacía gozar la sorpresa, que ni por un imperio hubiera renunciado al placer de llegar de improviso.

Fué á la calle de la Paz, y compró en casa

de Bassot, el joyero de la familia, un admirable anillo de bodas, un enorme zafiro rodeado de brillantes y montado con rara perfección. Imaginábase ya ofreciendo á Clara el estuche de terciopelo blanco con las armas de su casa: abríalo ésta, y con aspecto grave, sonriendo dulcemente, le alargaba la sortija para que él mismo la pusiera en el dedo fino y de sonrosada uña de la joven. Desde este momento era indudablemente su esposo, y la sortija el primer anillo de la cadena que debía unirles.

La vispera de su partida encontró al volver del teatro más animado el Círculo que de costumbre; se informó, y le dijeron que todo aquel movimiento lo causaba una representación extraordinaria en el salón de espectáculos. Escogido público se había dado cita allí para oír *La educación de la Princesa*, ópera cómica en dos actos, debida á la colaboración de dos hombres de talento que pertenecían á la mejor sociedad, el Duque de Feras, autor del libreto, y Julio Treland, de la música.

La interpretación prometía ser notable. Barón, de la compañía del teatro de *Variedades*, prestaba su natural distinción al papel de Gentilhombre; Daubray, de la del *Palacio Real*, representaba el escabroso personaje del caballero Alfonso de Roufflotte; Saint Germain, de la del *Gimnasio*, había consentido mostrarse por única vez

gran cantor en el papel de Pepinster; el joven Barón Tresorier, socio del Círculo, y que tenía una bonita voz de tenor, estaba encargado del personaje de Triolet; la señora Judit hacía de Princesa Hortensia, y Susana Lagier de Reina Madre.

Esperábase un éxito inmenso, y los criados no bastaban para atender al servicio de las muchísimas personas que acudían al mismo tiempo con el deseo de tener buen asiento. Desde el espacioso vestíbulo, adornado con bellos tapices de la época de Luis XIV, el murmullo de las voces y el roce de los vestidos de seda llegaban hasta el Duque entre oleadas de aire tibio y saturado de finos perfumes.

En vez de subir á acostarse, entregó Gastón su abrigo á un criado, y aplastando su sombrero de muelles entró en el salón.

La circunstancia más insignificante decide á veces el destino de los hombres, y lo que menos imaginaba Bligny era que al dirigirse á escuchar *La educación de la Princesa*, modificaba gravemente su porvenir.

El salón de la fiesta estaba resplandeciente, y el numeroso público se apiñaba en las sillas unidas entre sí. Aquel conjunto de satén, terciopelo, gasa y seda, formaba una masa de brillantes colores en la que sobresalía la blancura de los escotes. Los abanicos, agitándose, parecían pequeñas alas de la multitud. Rumor de conversaciones en

voz baja notábase de vez en cuando al entrar en el salón alguna persona conocida. En el fondo estaba el teatro silencioso y severo, cuyo rojo telón de boca ocultaba el escenario á las miradas impacientes.

Dirigióse el Duque á un grupo donde reconoció á algunos amigos, en cuyo centro estaba con aire de importancia, y siendo muy atendido, maese Escande, joven notario que acababa de obtener este cargo, y futuro heredero de parientes archimillonarios.

Vestido con rigurosa elegancia, hablaba dándose tono, pero la presencia de Bligny pareció clavar la lengua á su paladar, y quedó con la boca abierta mirando estupefacto al Duque, que se acercaba sonriendo. El silencio que reinó en el grupo lo interrumpió sólo la frase de «¡Oh! es verdaderamente sensible,» pronunciada con aspecto compungido por un hombre viejo, calvo, de elevada estatura, vestido con un frac característico de antiguo comerciante, muy encarnado el rostro, grandes las orejas y sobre ellas mechones de cabellos amarillentos, sostenido el cuello por ancho corbatín blanco, con botones de diamantes en la pechera y calzados los pies con zapatos bajos de charol que dejaban ver el algodón blanco de los calcetines.

Entró Bligny en el grupo, y después de dar la mano á sus amigos, esperó muy curioso por saber la causa de este silencio,

que le parecía extraordinariamente elocuente. Iba ya á preguntar de qué se trataba y por qué producía su aparición aquella contrariedad á los asistentes, cuando el viejo, inclinándose al oído de uno de los amigos de Gastón, dijo bastante alto para que se le oyese y para que la negativa fuera imposible:

—Presénteme V. al Duque.

El amigo se volvió hacia Gastón con aspecto á la vez aburrido y admirado, que significaba claramente su extrañeza por el capricho de aquel individuo, y resignándose al fin, dijo:

—Mi querido Duque, el señor Moulinet...

—Industrial,—añadió con viveza el hombre de los botones de diamantes,—antiguo miembro del Tribunal de Comercio...

Y con aspecto de suficiencia, añadió apoderándose de las manos del joven:

—Tengo el honor, Sr. Duque, de conocer á su familia. La señorita Moulinet, mi hija, ha sido educada en el convento con vuestra prima la señorita de Beaulieu. Sí, señor, en el Sagrado Corazón, el mejor colegio de París. Nada he escatimado á Atanasia, y lo mejor no me parece bastante bueno para ella... Crea V. que he sabido con verdadero pesar la sensible noticia.

Desde hacía un momento agitábase el Sr. Escande á riesgo de arrugar la pechera de su camisa ó de deshacer el artístico lazo de su corbata. Hacía señales telegráficas

con los brazos, movía los pies, prodigaba los ¡jem! ¡jem! pero Moulinet, sin cesar de hablar y quizá no queriendo entenderle—lo que aconteció después acredita esta sospecha—continuó expresando su pesar.

—Perdone V.,—dijo el Duque frunciendo el ceño;—no le comprendo bien. Habla V., caballero, de una sensible noticia que atañe, según parece, á mi familia, y especialmente á la señorita de Beaulieu. No sé á qué se refiere V.: tenga la bondad de decirme lo claramente.

Maese Escande mostróse muy contrariado, y al ver que Moulinet permanecía silencioso y con la cabeza baja como si nada le importase el asunto, decidióse á hablar, y adelantándose hacia Bligny dijo con tono solemne:

—Mi querido Duque, siento infinito referir á V. esta noche, en sitio tan poco á propósito para dar la noticia, el hecho á que alude el Sr. Moulinet; pero como de seguro mañana sabría V. la verdad, no creo inoportuno decirse la ahora. Cuando ha llegado usted manifestaba á estos caballeros que, obligado por mis asuntos á ir á Inglaterra, he sabido allí que el pleito entablado por el Marqués de Beaulieu y proseguido por sus herederos lo han perdido éstos en última instancia.

Tan inesperada revelación hizo palidecer al Duque. La pérdida del pleito en que la

señora de Beaulieu fundaba tan grandes esperanzas, significaba la pobreza de Clara. Esforzose el Duque para dominar su turbación, y contestó con altanería:

—Permitame V., querido notario, que me admire de la facilidad con que da usted cuenta á estos caballeros de negocios relativos á la familia de Beaulieu. Paréceme que los asuntos de mis parientes no son á propósito para servir de motivo á cuentos y habilllas de indiferentes y desocupados, y le agradeceré mucho que en adelante sea usted menos expansivo.

Al oír estas palabras se inmuyó el joven notario, cubriéndose su espaciosa cara de pequeñas arrugas producidas por la agitación de los nervios; movió la cabeza respirando con fuerza, é incomodado añadió:

—Pero crea V., querido Duque...

—Creo lo que debo creer,—interrumpió adustamente Bligny.

Y mirando de pies á cabeza á su interlocutor, se alejó lentamente seguido de sus amigos silenciosos.

Moulinet y Escande quedaron solos y estuvieron un momento sin hablar, hasta que el industrial fingió sonreír, y dijo:

—¿Qué sangre tienen estos Bligny! ¡Buena repulsa ha llevado V., señor notario, y algún chispazo me ha tocado de ella! Pero no me importa. ¡Brava sangre! ¿Conque este queda arruinado?

—Completamente,—contestó desdeñoso el notario;—y aun se permite echarla de gran señor y dar lecciones á los demás.

—¡Dice V. bien! Por más que hagan las revoluciones, nunca nos mirarán esas gentes como iguales. El Duque será, sin duda, un buen partido para una muchacha rica.

La señal dada con solemne lentitud para levantar el telón interrumpió esta conversación. Escande y Moulinet se sentaron, y el Duque se colocó un poco más lejos. La orquesta empezó la overtura con un motivo de vals brillante y de agradable ritmo. Atento en la apariencia, Bligny reflexionaba profundamente. La ruina de Clara era un golpe terrible que destruía su porvenir. Prometido esposo de la señorita de Beaulieu y pobre ésta, ni por un instante pensó, justo es decirlo, en faltar á sus compromisos. No le ocurrió la idea de que podía casarse con otra mujer, considerándose ya indisolublemente ligado. Llevaba en el bolsillo, junto á su corazón, en el estuche de terciopelo blanco, con las armas grabadas de los Beaulieu y de los Bligny, el anillo de boda; pero le obligaba mucho más su palabra que esta sortija.

Arruinada Clara, no podía esperar, sin embargo, más que una modesta medianía para toda la vida, arrinconándose en una casa de campo y viviendo como noble agricultor, como verdadero lobo, sin ver á nadie

por temor á los gastos. Para el bello, seductor y solicitado Gastón, equivalía esta vida á ser enterrado en todo el esplendor de su brillante juventud. Sintió amargamente haber disipado las sumas enormes que ganó en Rusia. Por poco aceptable que fuese el dinero del juego, al fin era dinero, y vivir sin recursos en un siglo tan positivo que estima á cada cual por su valor pecuniario, no era vivir.

Imaginó después enternecido la desesperación de Clara y de su madre al saber la fatal noticia. Sin duda la ignoraban todavía, porque el necio de Escande acababa de traerla de Inglaterra. Pensó Gastón en adelantar el viaje para consolar á aquellas pobres mujeres, mitigando en lo posible su desdicha.

Levantado el telón, apareció una decoración risueña y primaveral. Delante del paisaje iluminado por el sol, el coro de segadores y segadoras que estaba en escena cantaba á toda voz una melodía bailable con estas palabras de escasa originalidad:

Cantad, hermosas niñas;
los segadores
al són de vuestros cantos
mueven las hoces.

Y como si estos versos vulgares cambiaran el curso de las ideas del Duque, imaginábase estar en Beaulieu con Clara bajo la bóveda azul del cielo; los segadores cantaban en

los trigos, y en la tibia atmósfera zumbaban los insectos. Sentíase dominado por deliciosa languidez y junto á la que amaba, feliz con su pobreza. ¡Aquella calma era tan profunda; aquella dicha tan tranquila después de las tormentas de su corta vida de libertino! En pleno goce de esta ilusión, entrevió, en la modesta medianía á que lo condenaba la ruina de Clara, desconocidas y seductoras satisfacciones.

Continuaba la representación en la escena, y el caballero Alfonso de Rouquette estaba cantando su gran dúo con la Princesa. La simpática y vibrante voz de la Judic decía con apasionado acento:

Ven: por tu amor, bien mío, renuncio á mi grandeza;
La corte y el palacio conmigo dejarás.

Y Daubray replicaba con picaresca mirada:

No; que el amor no excluye rango, fama y riqueza,
Y con tu caro Alfonso tú las compartirás.

El artista favorito había terminado su frase con una prodigiosa nota tenida, que produjo gritos de entusiasmo. *La educación de la Princesa* prometía, pues, tener grandísimo éxito, y el director de Variedades meditaba ya ponerla en escena en la próxima temporada.

Recostado en su silla, movía Moulinet la cabeza como oso que oye tocar la flauta. No se cuidaba ciertamente de las aventuras de

la princesa Hortensia, porque le interesaba mucho más otra princesa: su hija, la morena Atanasia. Velaba con la imaginación en el convento cuando era pequeña, con vestido demasiado corto, gruesos zapatos y manos rojas; semblante antipático é imperfectamente delineado; cuerpo anguloso y desmadejado, á medio formar todavía. Velaba en el locutorio junto á sus compañeras elegantemente vestidas, que la miraban con desdén. En aquella época aun no era rico Moulinet, ni había creado su gran fábrica de chocolate en Villepinte, ni inventado los prospectos en papel azul escritos en estilo de dentista, que dieron á conocer sus productos hasta en las más pequeñas aldeas de Francia.

Vendía entonces géneros coloniales al por mayor, y las nobles madres de las compañeras de Atanasia manifestaban sin recato su admiración porque hubiese sido admitida en el convento la heredera de aquel «tendero.» Llegaron á sus oídos los ecos de las intriguillas de clase. Tenía noticia de la arrogancia con que trataban á su hija otras colegialas, y recordaba que al frente de la agrupación hostil de las nobles, como se las llamaba en el convento, estaba la orgullosa señorita de Beaulieu.

¡Cuántas veces había oído las frases de ira de Atanasia contra su enemiga! Juraba entonces llorando que se vengaría de ella; y la venganza se venía ahora á las manos sin

buscarla. Atanasia Moulinet era en aquel momento una de las más ricas herederas de París, y la orgullosa Clara de Beaulieu una joven sin dote. La hija del «tendero» vestida por Worth, con un peinado á propósito para su rostro, habituada al lujo, transformada é iluminada por su aureola de millones, tenía fama de ser una de las más lindas jóvenes de la rica burguesía. La hija de la Marquesa, sencillamente ataviada, viviría en el campo; desaparecería en la oscuridad, y acaso fracasara el casamiento que de largo tiempo atrás proyectaba.

El Duque de Bligny, un aristócrata tan brillante y con tan ilustre título! Muchas veces, cuando el Duque acompañaba á su tía la Marquesa al Sagrado Corazón para visitar á Clara, al verles juntos palideció de rabia Atanasia adivinando que se casaría y que Clara sería duquesa, mientras ella sólo llegaría á ser esposa de un notario como Escande ó de un industrial como su padre, teniendo á su vez hijas humilladas ó hijos mirados con desdén.

Este pensamiento produjo á Moulinet orgullosa sonrisa. Echándose hacia atrás, metió la mano en uno de sus bolsillos, produciendo el sonido argentino de monedas removidas, y murmuró estas palabras:

—¿Por qué ha de ser así? ¿No me permiten acaso mis recursos pagarle el marido que le agrade?

Volvió la cabeza con aspecto grave, y fijando la vista en la elegante multitud pareció buscar el yerno que le convenía. Orgulloso con sus millones, nada creía imposible. ¿Quién sería el audaz que se atreviera á rechazar la mano de Atanasia cuando se la ofrecieran con un talón del Banco de valor indeterminado? Si era conde ó marqués, ¿qué suma bastaría para adquirirlo? Podía pedir lo que quisiera. Lo mismo importaba á Moulinet diez millones que uno. Puesto á precio el marido, era el padre bastante rico para comprar un príncipe á su hija.

Su mirada llegó á ser atrevida, casi amenazadora; miró vagamente todos aquellos rostros desconocidos, y se detuvo en el del Duque de Bligny. Tenía éste un aspecto sombrío, y Moulinet dijo para sí con mal disimulada irritación: «Piensa en su prima.» ¿Qué era lo que confusamente ideaba el comerciante? Ni él mismo lo hubiera podido explicar, pero ya germinaba en su espíritu el principio de un proyecto.

Gran rumor se produjo en el salón al terminar el primer acto de la ópera. En medio de los aplausos y de las llamadas á la escena, levantóse el Duque y, acompañado de sus amigos, dirigióse indiferente hacia la puerta de salida. Siguióle un momento Moulinet con la vista, y abandonando después su asiento, tomó la misma dirección de los jóvenes.

La fiesta no había interrumpido el juego en el segundo piso, reinando tranquilidad y silencio en las habitaciones á él destinadas. Apenas llegaba á los oídos de los jugadores vago murmullo de las melodías de la ópera. Nada les distrajo; sabían que se estaban divirtiendo en el piso principal, pero ¿qué les importaba? Su diversión la tenían junto aquella mesa de herradura y bajo aquellas luces de gas que les secaba el cerebro.

Había abajo mujeres elegantísimas, formando con sus preciosos trajes pintoresco grupo, y perfumadas como ramo de flores. ¡Maldito lo que les importaba! La sota de oros ó la de copas tenía para ellos mucho más atractivo, é insensibles á las seducciones de la fiesta, sordos á las voces que cantaban y á la orquesta que hacía resonar todos sus instrumentos, continuaban allí con un calor pesado y enervante echando dinero sobre el tapete verde.

Maquinalmente llegó el Duque á estos salones. Iba sin dirección y como al acaso. A pesar de sus excelentes resoluciones, parecía que el destino le llevaba una vez más junto aquella mesa. Acababa de decir el banquero: «Señores, se admite juego.» Gastón sacó de bolsillo un billete de mil pesetas y lo echó distraídamente. Ganó, y acostumbrado á la mala suerte, dejó escapar una exclamación de sorpresa. Curioso por saber si aquella noche sería afortunado, se sentó.

Moulinet entraba en aquel momento en la sala de juego. Por primera vez ponía los pies en ella, porque queriendo corregir con la habilidad la suerte, tenía instintivo horror á los juegos llamados de azar. Acercóse sin embargo á la mesa, y al ver que Gastón dejaba puestas las dos mil pesetas, puso gravemente diez al lado de la cantidad del Duque. Visiblemente quería Moulinet tener derecho de vigilar á Bligny, y deseando no parecer indiscreto, compraba ese derecho jugando. Moulinet era hombre capaz de concesiones útiles.

Continuaba la partida, pero había cambiado la suerte. Parecía que las diez pesetas del virtuoso industrial alejaban del Duque la fortuna. Pálido Bligny, y dominado nuevamente por su pasión, jugaba iracundo sus últimos billetes de banco. Desdeñando Moulinet la ganancia, continuaba poniendo diez pesetas.

Cuando al amanecer cesó la partida por falta de jugadores, perdía el Duque cuarenta mil pesetas. Hacía ya largo rato que, sabiendo á qué atenerse respecto á la suerte del prometido esposo de la señorita de Beaulieu, dormía Moulinet tranquilo sueño en su magnífico palacio del bulevar Malesherbes.

Enervado y calenturiento subió Gastón á su cuarto á la hora en que hubiera debido tomar el tren para dirigirse á Beaulieu, conforme á sus anteriores proyectos, y aso-

mándose al balcón vió en la calle de la Paz á los barrenderos que empezaban su matutino trabajo. El cielo trasparente empezaba á teñirse de color de rosa, y el exquisito fresco del amanecer le reanimó. «He hecho esta noche una tontería, dijo para sí el joven, pero me marcharé esta tarde. ¡Vaya al diablo el bacarrat!» Y mudándose de traje bajó á la calle, tomó un carruaje é hizo que le llevara al Bosque de Boloña. Aquella tarde no se marchó, y volvió á la sala de juego.

Mientras tanto, Clara, inquebrantable en su confianza é inmutable en su amor, esperaba la vuelta de su prometido esposo.

V.

En la tarde del día que Bachelin llevó al palacio de Beaulieu dos noticias igualmente malas, la de la pérdida del pleito y la de la estancia de Gastón en París, la Marquesa, aturdida aún por aquel rudo golpe, se sentó en su poltrona en el salón que daba á la terraza. Reflexionaba profundamente, mostrándose en su semblante sus dolorosas impresiones. Entrando de pronto el Marqués, distrajo á su buena madre de estas tristes ideas. Estremeciéndose la Marquesa, miró un momento á su hijo con inquietud cual si te-

miese nueva desgracia, pero al verie con la mirada tranquila y la sonrisa en los labios, exhaló un suspiro.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

—Nuestros primos los Prefont que llegan, madre mía. El breack ha pasado ya la verja y viene por la alameda principal.

En efecto, oíase el crujir de la arena por la presión de las ruedas. La Marquesa, tan sensible al frío, cubrió su cabeza con una toquilla de encaje, rodeó el chal á su cuerpo, y atravesando el ancho vestíbulo amueblado con grandes cofres de peral tallado y cubiertas las paredes con tapices representando personajes, se adelantó hacia la escalinata, delante de la cual acababa de detenerse el breack. De pronto presentóse en la portezuela una risueña cabeza rodeada de una toquilla, y una mano cubierta con guante de piel de Suecia se agitó violentamente, mientras que con voz clara y sonora gritaba una voz:

—¡Buenos días! ¡Buenos días para todos!

El Marqués estaba ya junto al carruaje, de donde salió con extraordinaria vivacidad una especie de oleada de seda, dejando ver sobre el estribo una botita de piel color de castaña, y el principio de una pierna fina cubierta con media de seda gris. La Baronesa de Prefont en persona echóse en brazos de la Marquesa, besándola y diciendo con voz agitada:

mándose al balcón vió en la calle de la Paz á los barrenderos que empezaban su matutino trabajo. El cielo trasparente empezaba á teñirse de color de rosa, y el exquisito fresco del amanecer le reanimó. «He hecho esta noche una tontería, dijo para sí el joven, pero me marcharé esta tarde. ¡Vaya al diablo el bacarrat!» Y mudándose de traje bajó á la calle, tomó un carruaje é hizo que le llevara al Bosque de Boloña. Aquella tarde no se marchó, y volvió á la sala de juego.

Mientras tanto, Clara, inquebrantable en su confianza é inmutable en su amor, esperaba la vuelta de su prometido esposo.

V.

En la tarde del día que Bachelin llevó al palacio de Beaulieu dos noticias igualmente malas, la de la pérdida del pleito y la de la estancia de Gastón en París, la Marquesa, aturdida aún por aquel rudo golpe, se sentó en su poltrona en el salón que daba á la terraza. Reflexionaba profundamente, mostrándose en su semblante sus dolorosas impresiones. Entrando de pronto el Marqués, distrajo á su buena madre de estas tristes ideas. Estremeciéndose la Marquesa, miró un momento á su hijo con inquietud cual si te-

miese nueva desgracia, pero al verie con la mirada tranquila y la sonrisa en los labios, exhaló un suspiro.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

—Nuestros primos los Prefont que llegan, madre mía. El breack ha pasado ya la verja y viene por la alameda principal.

En efecto, oíase el crujir de la arena por la presión de las ruedas. La Marquesa, tan sensible al frío, cubrió su cabeza con una toquilla de encaje, rodeó el chal á su cuerpo, y atravesando el ancho vestíbulo amueblado con grandes cofres de peral tallado y cubiertas las paredes con tapices representando personajes, se adelantó hacia la escalinata, delante de la cual acababa de detenerse el breack. De pronto presentóse en la portezuela una risueña cabeza rodeada de una toquilla, y una mano cubierta con guante de piel de Suecia se agitó violentamente, mientras que con voz clara y sonora gritaba una voz:

—¡Buenos días! ¡Buenos días para todos!

El Marqués estaba ya junto al carruaje, de donde salió con extraordinaria vivacidad una especie de oleada de seda, dejando ver sobre el estribo una botita de piel color de castaña, y el principio de una pierna fina cubierta con media de seda gris. La Baronesa de Prefont en persona echóse en brazos de la Marquesa, besándola y diciendo con voz agitada:

—¡Ah! ¡tía mía, qué contenta estoy! ¡Mi buena tía! ¡Hace tanto tiempo que...! ¿Y vosotros, amigos míos?

Al mismo tiempo abrazaba con expansión á la señorita de Beaulieu, repitiendo sus tiernas exclamaciones acompañadas de vivas caricias.

—¡Mi querida Clara! ¡Me parece que ha pasado un siglo!

Sin vacilar acercóse después á Octavio, permitiendo que éste la besara en ambas mejillas, después de lo cual le hizo grandes cortesías á la inglesa, riendo, haciendo crujir su vestido, tomando aliento entre sus gritos de satisfacción, y por asalto el palacio y sus habitantes con su franca y afectuosa alegría. Recobrada de pronto la seriedad, exclamó:

—¡Ah, Dios mío! ¿Y mi marido?

Miró vivamente á su alrededor, y preguntó:

—¿He perdido ya mi marido?

Respondióle una dulce voz:

—Aquí me tienes, querida, esperando pacientemente á que acabes tus entusiasmos para saludar á mi vez á estas señoras.

Y saliendo de la sombra un joven de unos treinta años, vestido con elegante traje de viaje, acercóse risueño y tranquilo á la Marquesa y á Clara.

—Vamos, saluda pronto,—dijo con viveza la impaciente Baronesa.—Bueno, ya está

hecho. Vé ahora á cuidar de que no estropeen mis cajas al traerlas. Te recomiendo especialmente la negra, en que están mis sombreros. ¿Me respondes de ella con tu cabeza?

—Sí, querida,—respondió tranquilamente el Barón.

Y volviéndose á Octavio que le estrechaba la mano, añadió con resignada sonrisa:

—¡Diez y nueve bultos, amigo mío! ¡Trescientos kilos de exceso! Yo creo que mi mujer trasporta artillería.

Las señoras entraron al salón, y la Baronesa cuchicheó al oído de la Marquesa con su volubilidad característica y levantando la vista al cielo.

—¡Ah, mi querida tía! ¡Qué cosas tenemos que decirla!

Y enternecido el semblante, estrechando las manos de la Marquesa, añadió:

—Ya sabe V. que nosotros les queremos y que no nos es indiferente cuanto pueda afectarles...

La señora de Beaulieu miró á Clara, que escuchaba atentamente á la Baronesa. Observóla ésta, y dijo:

—Sí; ya sé... en fin, mi marido se lo dirá todo.

Y dirigiéndose inmediatamente á Clara como para borrar el efecto de sus imprudentes palabras, añadió:

—¿Sabes que vamos á Suiza? No hemos

querido pasar tan cerca de Beaulieu sin detenernos aquí algunos días. Partiremos después en carruaje y entraremos por el desfiladero de Verrieres.—¡Ah! ¡pobre ejército del Este! El Barón fué herido en Joux, en el último combate de retaguardia con los bávaros de aquel terrible Werder... Mi marido se portó como un héroe... De doscientos hombres que contaba su compañía, ¡pobres muchachos medio helados por la nieve!... ¡un horror, hija mía! ¡apenas pudo reunir ochenta!... ¡Y no le han condecorado!... Verdad es que nosotros somos legitimistas... ¡Ah! ¡qué Gobierno, amigas mías! ¡Qué abominación!... ¿Creer por aquí que Gambetta se decida al fin á aceptar el ministerio?

Así charlaba la Baronesa como cotorra, sonriendo, gesticulando, pasando de un asunto á otro con una movilidad de ideas y una diversidad de expresiones que causaban estupor. Era un estereoscopio vivo que cambiaba á cada momento sus imágenes.

Admiradas y aturdidas la escuchaban la Marquesa y Clara. La tranquilidad silenciosa del campo había aumentado su grave formalidad, y la ruidosa animación de aquella parisién producía sensación de vértigo.

Sin esperar contestación á su pregunta, atravesó el salón la Baronesa, dirigiéndose á un balcón, desde el cual se veía el umbroso valle, y en lontananza las chimeneas

de los altos hornos de la ferrería despidiendo rojizo humo, que en la oscuridad semejaba al resplandor de un incendio. Admirada á la vista de aquel paisaje y palmoreando, exclamó la joven:

— ¡Qué hermoso es esto! ¡Parece una decoración de la Opera! ¡Ah! ¡La naturaleza!... ¡Qué felices son VV. viviendo en medio de estas campiñas y de estos bosques! ¡Qué buena existencia, y cómo conserva la salud! Míreme V., tía, y compáreme con Clara. Somos de la misma edad y parezco su madre... La fatiga de los bailes, de las comidas, de las visitas, de los teatros, el enervamiento de la vida parisién, nos estropean de esta suerte. Tal cúmulo de placeres constituye un verdadero trabajo. ¿Se ríe V., tía? ¿Va V. á decirme que mi marido y yo podríamos vivir de otro modo y pasar cuatro meses en nuestra posesión de Borgoña?... Sin duda. Pero ¿cómo hacerlo? El Barón es un sabio y tiene su centro intelectual en París. Allí se verifican sus reuniones científicas, allí está la Academia. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡La Academia!... Yo tengo, por mi parte, mil obligaciones que no puedo abandonar: las visitas, la administración de obras de caridad... y en fin, mi hija, á quien no he de dejar siempre sola con su aya. Después de estar dos meses á orillas del mar, otros dos viajando, y otros dos en Niza, figúrense VV. el tiempo que queda. ¡Ah!

¡qué cansada estoy!... ¿Vamos á sentarnos?

Y pasando como torbellino entre su tía y Clara, se acomodó la Baronesa en la poltrona de la señora de Beaulieu.

— Ahora hableme de ustedes... ¿Qué hacen aquí? ¿En qué ocupan el tiempo? ¿Y Octavio? ¿Y el vecino dueño de las ferreterías?... Ya ven VV. que me acuerdo de cuanto me escriben. ¡Oh, Dios! ¡Qué sería de una si no tuviese cabeza!

Arrellanándose en la poltrona cerró suavemente los ojos la Baronesa, disponiéndose á escuchar con la mayor atención á su tía y á Clara. Hubo un momento de silencio; y casi sin transición, como cantor pajarillo que lanzado el último trino se duerme junto al nido, la parisién, fatigada por el viaje, apoyó suavemente la cabeza en el respaldo de la butaca, y su acompasada respiración indicó que cedía al sueño.

Clara y la Marquesa se miraron con benévola sonrisa, y tomando cada una de ellas la empezada obra, esperaron á que despertase la encantadora joven que, á pesar de la edad, continuaba siendo niña.

La Baronesa de Prefont llamábase Sofia d' Hennecourt, y era hija única de una hermana del Marqués de Beaulieu. Educada con Clara, formó parte en el convento del grupo de nobles que tanto molestaba á las niñas plebeyas. Había conocido también á la heredera del Sr. Moulinet.

Con corazón de ángel y cerebro de pájaro, pasaba la vida reparando con su bondad el mal que causaba con su ligereza. No había contribuido poco al odio que tenía Atanasia á la señorita de Beaulieu, pues ella fué la que desde el primer día puso por mote á la señorita Moulinet la niña Cacao, por lo cual estuvieron á punto de irse á las uñas las dos colegialas de trece años; pero Clara, que era más alta, fuerte y razonable, lo impidió con ademán altivo.

Más se irritó Atanasia contra la que se interpuso que contra la que atacaba. Además, la señorita de Beaulieu, con la precoz firmeza de su carácter, imponía á todas sus compañeras, siendo en cierto modo la encarnación de aquella aristocracia que tan dura vida hacía pasar á la señorita Moulinet. Esta superioridad fué causa principal del odio de la menospreciada niña.

A decir verdad ningún daño había hecho Clara á Atanasia, pero sus temperamentos eran completamente opuestos. Todas las condiciones de la aristócrata disgustaban y ofendían á la plebeya: la elegancia de su cuerpo, la blancura de sus manos, la rica sencillez de su traje, hasta su papel de cartas timbrado con iniciales de colores, y los guantes que se ponía en las horas de recreo.

Clara y sus amigas se tuteaban entre sí, y Atanasia afectaba tutear á todas, lo cual produjo terribles discusiones en aquella so-

ciudad en miniatura. Sofia d'Hennecourt, exasperada, no quería sufrir que la tutease, y hablaba de V. á la hija del chocolatero. Clara se reía de tales preocupaciones, que le parecían pueriles, y tuteaba á Atanasia, quien consideró esta familiaridad como una injuria. El rencor de la niña Moulinet no pasó inadvertido de Clara, pero tampoco hizo caso de él, y, acaso contra su voluntad, se acentuó el desdén con que la miraba.

La guerra era incesante y tenaz entre la señorita d'Hennecourt y la niña Cacao. En una ocasión volvió Sofia del locutorio con un paquete de pastillas de chocolate y ofreció á todas sus compañeras; aproximándose á Atanasia, le dijo con mucha amabilidad y alargándole el paquete: «¿Quieres? Puedes atreverte á comerlas; no proceden de tu casa; son del Marqués.»

La niña Moulinet palideció de rabia, y cogiendo el paquete lo tiró contra una ventana, cuyos cristales fueron hechos pedazos; vinieron á las manos, y cayendo de un empujón Atanasia al suelo, se hirió en los dedos con un pedazo de cristal. La violencia de su cólera y el miedo de ver correr su sangre privaron del conocimiento á la niña Moulinet. Impulsada por uno de los cambios de su notable carácter, cogió Sofia á Atanasia en los brazos y ayudó á llevarla á la enfermería, llorando y acusándose de ser la causa de aquel daño.

Desde aquel día cambió la escena. Atanasia se puso francamente al frente del partido burgués, y el patio de recreo dividióse en dos campos, el de las nobles de un lado y el de las ricas de otro. Fueron creciendo estas niñas, y sus querellas tomaron un carácter de discreción y astucia que reflejaba las lecciones del mundo. No se arañaban ya con las uñas, pero se desgarraban mucho más con las palabras. Altiva y desdenosa Clara, vivía apartada de esta guerra, pero no por eso la odiaban menos. La lucha era latente y continua entre ella y Atanasia, siendo cosa convenida el antagonismo entre la señorita Moulinet y la señorita de Beau-lieu, adversarias dignas una de otra.

El Sr. Moulinet estaba en camino de amontonar una colosal fortuna. Declase que había encontrado un procedimiento para hacer vainilla del carbón de piedra, y que en su chocolate reemplazaba el cacao con almendras tostadas. Esta química alimenticia le hacía ganar anualmente inmensas sumas, y en la plaza de París empezaba á ser considerado el industrial como una potencia financiera. Nombrado recientemente miembro del Tribunal de Comercio, cuando sus amigos hablaban de él decían con gravedad: «Es un hombre poderoso.»

El carácter de Moulinet era jovial; se expresaba con familiaridad, y sin dejar de ser vulgarísimo no era malo. Hacía un favor

cuando le trala cuenta, y deseoso de ensanchar y mejorar el círculo de sus relaciones sociales, miraba siempre hacia arriba y nunca hacia abajo. De esta suerte había logrado ir subiendo.

Cierto día fué al Sagrado Corazón en un admirable landó, y llamó á su hija al locutorio. Atanasia no volvió ya al convento. Había cumplido diez y seis años, y sus compañeras la encontraron el domingo siguiente en el Bosque en el magnífico carruaje de su padre. Ella las vió desde lejos, ansiosa de saludarlas desde tan bello tren.

Algunos meses después, Clara y Sofía volvieron al seno de sus familias, y acabó la guerra por falta de enemigas.

La señorita Moulinet conservó, sin embargo, vivo el odio en su corazón. Seguía con la mirada á sus rivales, y en el teatro de la Opera, desde el palco segundo que su padre había conseguido no sin trabajo, veía con ira á las señoritas d'Hennecourt y de Beaulieu brillando en un palco bajo de entre columnas, donde durante los entreaectos entraban sin cesar á saludarlas elegantes caballeros, y en cuyo antepalco la conversación era continua. En el de Moulinet, por el contrario, nadie entraba, reinando el vacío y el silencio.

—Seguramente,—decía para sí Atanasia,—algunos de esos que las visitan solicitará á Clara y se casará con ella.

La belleza de la señorita de Beaulieu era entonces verdaderamente encantadora, y cuando se presentaba con vestido de color de rosa escotado y sin alhaja alguna, producía admiración.

Sofía fué la primera en casarse. La pidió el Barón de Prefont, y el matrimonio se celebró en la iglesia de San Agustín con gran esplendidez, sin que la señorita Moulinet fuese invitada á la ceremonia, lo cual no impidió que algunas compañeras de colegio pretendieran haberla visto en una de las naves laterales, acompañada de una doncella y muy cubierta con el velo. Este reconocimiento ofensivo no se pudo probar nunca. La sombra de un pilar protegía á Atanasia, que devoraba con la vista á sus enemigas. Clara pedía para los pobres acompañada del joven Vizconde de Pontac, y cuando se aproximó al sitio donde la señorita Moulinet había establecido su observatorio, alejose ésta, ocultándose entre la muchedumbre. Indiferente Clara, no advirtió la maniobra, y continuó pidiendo con dulce sonrisa, sin pensar que si las miradas matasen, habría caído muerta en mitad de la iglesia.

Casada Sofía, y habiéndose ido el Duque de Bligny á San Petersburgo, tuvo Clara una vida muy retirada, y por último hacía ya seis meses que vivía lejos de París. No recordaba ya á Atanasia, y viendo dormir tranquilamente á la Baronesa de Prefont en

la poltrona, ni siquiera se acordó de las querellas que aquella hermosura sin seso había producido en el convento.

Al ser abierta la puerta del salón, despertóse la Baronesa; vió entrar á su marido y á Octavio, y poniéndose ligeramente de pie y recobrando de pronto toda la lucidez de su entendimiento, exclamó echándose á reir:

—¡Ah, cielos! Me habéis dejado dormir. Pasa aquí como en los cuentos de hadas, como en el castillo de la Bella en el *Bosque durmiente*; apenas llevo cerrado los ojos. Pero ¿dónde está el príncipe encantador? ¿Eres tú, Barón? No; ¡es Octavio! Perdóname V., tía mía. El ambiente de esta tierra tiene la culpa. Me ha fatigado. No estoy acostumbrada en París á una atmósfera de esta clase.

—Eso no es nada,—dijo la Marquesa.—La tranquilidad te adormece; pero ya te acostumbrarás.

Aproximóse el Barón con su tranquila gravedad.

—Acabo, querida, de ejecutar tus órdenes,—dijo,—y ahí tienes tu equipaje, que llena casi todo el palacio.

—Está bien,—respondió la Baronesa con aire de reina satisfecha de su pueblo.

—¿Quieres que te enseñe tu habitación?—preguntó Clara á Sofía viéndola de pie é indecisa.

—Con mucho gusto.

Y tomando un saquito de mano, de cuero rojo con sus armas grabadas, que había dejado sobre un sillón al entrar, echó una ojeada á su marido.

Acercóse éste presuroso para librarla de aquel pequeño peso, y ella retiró el saco vivamente, diciendo:

—No, tú no; eres demasiado distraído y hay que tener cuidado con esto. Toma tú, Octavio.

Y al mismo tiempo indicó por segunda vez la Marquesa á su marido con una ojeada.

—Querida, me encanta tu confianza,—contestó Prefont sonriendo.—Anda, Octavio, amigo mío, haz tú el trabajo. Yo acompañaré mientras tanto á vuestra madre.

Gozosa la Baronesa de que la hubiera comprendido su esposo, le hizo una señal de aprobación y cogió del brazo á Clara para asegurarse de que no impediría, quedándose al lado de su madre, la conferencia así preparada entre el Barón y la Marquesa; y salió tarareando una canción.

Grave y pensativo dió el Barón algunos pasos en silencio. Arrellanada la Marquesa en la poltrona, miraba ante sí distraída. El salón estaba oscuro. El fuego, que por lo fresco de la tarde habían mandado encender, chispeaba en la ancha chimenea de granito rosa, produciendo con el movimiento de las

llamas una danza de resplandores en el techo. Figurábase la Marquesa que las noticias traídas de París por el Barón acaso fueran mejores que las que aquel mismo día había comunicado Bachelin. Olase ya desde el salón los rápidos pasos de los jóvenes que recorrían las habitaciones del piso superior, produciendo en el viejo palacio una vida y un movimiento inacostumbrado. Los ecos de las canciones que la Baronesa iba dejando tras sí como rastro sutil, vibraban alegremente en el aire.

Distraída por fin la Marquesa de su meditación, levantó la vista, y viendo al Barón de pie ante ella esperando sus órdenes, dijo con melancólica sonrisa:

—Y bien, sobrino, ¿tienes algo que decirme? Sospecho lo que sea, y ya ves lo apenada que estoy...

—Es un tristísimo asunto en efecto, tía mía,—respondió pensativo el joven;—asunto que no aumentará seguramente la consideración de que goza nuestra clase. Cuando cualquiera de nosotros no cumple su deber, la falta cometida recae sobre todos sus iguales. Lo único que nos hace superiores á las demás clases es la fidelidad á nuestros juramentos. Aun se dice como proverbio: «palabra de caballero;» pero cuando sea notorio que dejamos de cumplir nuestras promesas como cualquiera, ni siquiera se nos reconocerá el supremo respeto á la fe jurada, y ha-

brems perdido por completo la antigua reputación.

Brilló una lágrima en los ojos de la Marquesa, y levantando hacia el Barón sus finas y adelgazadas manos, le dijo:

—Dímelo todo, no me ocultes nada: ya sé, gracias á la actividad de mi buen Bachelin, que el Duque de Bligny está en París desde hace seis semanas.

—¡Ah! ¿De veras lo sabía V.?—dijo el Barón con amargura.—¿Y sabía V. también que va á casarse?

—¡A casarse!—exclamó estupefacta la señora de Beaulieu irguiendo el cuerpo en la poltrona y poniéndose muy pálida.

—Sí, querida tía. Perdone V. mi ruda franqueza; pero en esta clase de asuntos me parece que lo mejor es hablar claro.

—¡A casarse!—repitió lentamente la Marquesa.

—El Duque ha hecho los mayores esfuerzos para que no se supiera la noticia; pero el futuro suegro, que, según parece, es un burgués vulgarísimo, ha sido menos discreto. El buen hombre no cabe en sí de regocijo. Figúrese V. ¡Duquesa su hija! Casterán, un íntimo amigo de Bligny, que sabe con pormenores esta historia, me la ha referido, y siento decir á V., tía mía, que no hay cosa más lamentable. Imagine usted que apenas llegó el Duque de San Petersburgo, intervino en una gran partida de

juego que hay en el Círculo desde hace algún tiempo. Muy mal tratado por la suerte, perdió pronto cuanto tenía, que no era mucho. Acudió á la caja del Círculo para proveerse de fondos y cubrir sus compromisos. Continuó jugando en tales proporciones que sólo en una semana ascendieron sus deudas á doscientas cincuenta mil pesetas. Parece que había perdido completamente la cabeza, y que, enloquecido por la mala suerte, jugaba á ciegas. En dos noches ganó cuanto perdía, y después volvió á perder cien mil pesetas, quedando en definitiva con una deuda de doscientas mil.

— ¡Una deuda de doscientas mil pesetas, — dijo la Marquesa con triste sonrisa, — no es poco, ciertamente!

— No lo es, y mucho más para Gastón, que no tenía ni un céntimo con que pagar. En los Círculos las deudas de esta clase se pagan dentro de las veinticuatro horas, so pena de ser expulsado y puesto su nombre en lista de tramposos. La situación del Duque era, pues, muy comprometida. Debió dirigirse á su familia, y aunque toda nuestra fortuna esté en bienes raíces, la Baronesa y yo le hubiéramos dado parte de la suma, y pudo aplazarse con los acreedores para el completo pago; pero Gastón no pensó, ó mejor dicho no quiso dirigirse á nosotros, porque Casterán se lo había aconsejado. El desdichado joven encerróse en su habitación del Círculo,

entregándose á penosas reflexiones y comprendiendo que había comprometido gravemente su posición social y su porvenir. En este momento fué cuando intervino la Providencia personificada en el futuro suegro, á quien, según me han dicho, no había visto Gastón más que una vez. El suegro acometió resueltamente el asunto, hablando á Bligny en estos ó parecidos términos: «Señor Duque, debe V. doscientas mil pesetas: necesita V. tenerlas hoy mismo y no podrá adquirirlas.» Al ver que el Duque se levantaba vivamente para cortar semejante conversación con un desconocido, el viejo impidió que lo hiciera pronunciando la siguiente frase: «Traigo á V. las doscientas mil pesetas. Tengo una fortuna inmensa, y no quiero que se diga de un hombre como yo, que da diez millones de dote á su hija única, que por cuarenta mil miserables duros permite dejar comprometido el nombre de una de las más ilustres familias de su patria.» Esto es increíble, tía mía, ¿no es verdad? Comprenderá V. bien que no garantizo la rigurosa exactitud de las palabras. Casterán tiene lengua viperina y ha podido adornar algo las frases, pero en tales términos me ha referido la aventura. El pobre Bligny quedó deslumbrado, creyendo tener ante sí un hombre de oro. Abierta la caja de su inesperado bienhechor, empezó por meter en ella un dedo; tras del dedo siguió

la mano, y como cogido en un engranaje, tras de la mano toda su persona, incluso el título. Esta es, pues, la historia de su casamiento.

Hubo un momento de silencio. La oscuridad era grande, y apenas veía el Barón en la sombra la cabeza altivamente levantada de la Marquesa. Oíase sólo el acompasado tic-tac del reloj de la chimenea. Vió el joven de pronto pasar como una blanca nube por el resto de su tía, y comprendió por un mal sofocado sollozo que estaba llorando; dió algunos rápidos pasos hacia ella, y arrojándose á sus pies la cogió tiernamente la mano, no encontrando palabras para consolar aquel dolor que había sido superior al orgullo.

—Esto no es nada,—dijo con dulce voz la Marquesa;—no he podido dominar mi pena, lo confieso. Es tan grande mi infortunio, que me ha sido imposible detener las lágrimas. ¡Amo tanto á Gastón! Ha sido para mí un segundo hijo, es de mi sangre, y su mal comportamiento me causa doble dolor. No puedo comprender tal ingratitud de su parte, porque era un joven generoso y de leal corazón. ¿Cómo ha sido posible que cambie tan pronto? ¿Cómo ha podido la sociedad deshacer en algunos meses la obra de tantos años? ¡Le eduqué con tanto cuidado y tanta ternura! ¡He ahí cómo me recompensa! ¡Ah! ingrato! ingrato!

Muy conmovido el Barón cogió maquinalmente el punzón de marfil con que la Marquesa hacía prendas de abrigo para los niños pobres, é irritado lo clavaba con obstinación en un grueso ovillo de lana gris.

La Marquesa se repuso al fin, y enjugando las lágrimas:

—Lo que más importa—dijo con serenidad—es que tomemos grandes precauciones con Clara. Ya la conoces. Es orgullosa y arrebatada; su padre era también así; corazón de oro, pero cabeza de hierro. El golpe va á ser para ella terrible por cogerle completamente desprevenida. Esta mañana mismo me hablaba todavía de Gastón, y ni por un momento le ha ocurrido que pueda pensar en otra mujer. Para ella, el silencio y la tardanza del Duque provienen de necesidades de la situación en que se encuentra. Nunca ha abrigado la menor duda. Leal y franca, espera de los demás la misma lealtad y franqueza, y en un alma como la suya, tanta desilusión puede tener fatales consecuencias.

—Pero, querida tía, ¿no cree V. que si decimos algo á Bligny pueda modificarse grandemente la situación? El Duque se ha visto arrastrado... Acaso haciendo que comprenda la gravedad de la falta que va á cometer sea posible evitarla, y si V. lo permite, estoy por completo á su disposición para hacer esta tentativa.

—No,—dijo la Marquesa con gran altivez.—Nosotros no somos de los que se humillan é imploran. Nuestra posición, por triste que sea, es clara y digna, y por nada la cambiaré. Para decir á mi hija la triste verdad, esperaré á que los compromisos de mi sobrino con su nueva novia sean irrevocables, porque con un hombre tan caprichoso como el Duque de Bligny,—añadió la señora de Beaulieu sonriendo amargamente,—no se puede responder de nada, y acaso todavía mude de propósito.

—Como V. guste. No seré yo quien censure esta determinación, y á decir verdad, esperaba oír hablar á V. así; pero he considerado deber mío proponerla esta gestión conciliadora. Suceda lo que quiera, la razón y la dignidad están de vuestra parte, y aunque vierta algunas lágrimas en secreto, no habrá motivo para que se avergüence en público. No diré otro tanto de Bligny.

Oyóse en la escalera principal ruido de pasos acompañado de murmullos de alegres voces. Descuidados y risueños bajaban Octavio y Clara con la vivaracha Baronesa, que había excitado su buen humor.

Abrióse la puerta del salón, y como desbordado torrente, entró la señora de Prefont precediendo á sus primos en la solemne y sombría estancia.

—¡Dios mío! ¡Están VV. sin luz! ¡Qué lobreguez!—exclamó la Baronesa.— Si pa-

rece que hablan VV. en el fondo de una tumba... Tía mía, V. nos mima. El Barón y yo tenemos las mejores habitaciones del palacio. Nos vamos á encontrar tan bien aquí, que no querremos irnos.

—Tanto mejor, querida mía; pero supongo que el viaje os habrá despertado el apetito. Vamos, pues, á comer.

En el mismo instante y como si hubieran sido oídas las palabras de la señora de Beaulieu, fué abierta de par en par la puerta del comedor; un torrente de luz hizo brillar los aparadores llenos de porcelanas antiguas y de mazizas piezas de plata, y la voz grave y reposada de un criado pronunció estas palabras: «Señora, la mesa está servida.»

VI.

Al día siguiente de la llegada á Beaulieu de los señores de Prefont, y muy á punto para despertar algún interés á la Baronesa, que empezaba á encontrar ya la vida del campo algo aburrida, presentóse en el palacio el señor Derblay acompañado de su hermana.

Bajo una gran tienda de lienzo rayado de gris y rojo, gozaban los habitantes de Beaulieu de la deliciosa temperatura de uno de esos bellos días de octubre, últimas sonrisas

—No,—dijo la Marquesa con gran altivez.—Nosotros no somos de los que se humillan é imploran. Nuestra posición, por triste que sea, es clara y digna, y por nada la cambiaré. Para decir á mi hija la triste verdad, esperaré á que los compromisos de mi sobrino con su nueva novia sean irrevocables, porque con un hombre tan caprichoso como el Duque de Bligny,—añadió la señora de Beaulieu sonriendo amargamente,—no se puede responder de nada, y acaso todavía mude de propósito.

—Como V. guste. No seré yo quien censure esta determinación, y á decir verdad, esperaba oír hablar á V. así; pero he considerado deber mío proponerla esta gestión conciliadora. Suceda lo que quiera, la razón y la dignidad están de vuestra parte, y aunque vierta algunas lágrimas en secreto, no habrá motivo para que se avergüence en público. No diré otro tanto de Bligny.

Oyóse en la escalera principal ruido de pasos acompañado de murmullos de alegres voces. Descuidados y risueños bajaban Octavio y Clara con la vivaracha Baronesa, que había excitado su buen humor.

Abrióse la puerta del salón, y como desbordado torrente, entró la señora de Prefont precediendo á sus primos en la solemne y sombría estancia.

—¡Dios mío! ¡Están VV. sin luz! ¡Qué lobreguez!—exclamó la Baronesa.— Si pa-

rece que hablan VV. en el fondo de una tumba... Tía mía, V. nos mima. El Barón y yo tenemos las mejores habitaciones del palacio. Nos vamos á encontrar tan bien aquí, que no querremos irnos.

—Tanto mejor, querida mía; pero supongo que el viaje os habrá despertado el apetito. Vamos, pues, á comer.

En el mismo instante y como si hubieran sido oídas las palabras de la señora de Beaulieu, fué abierta de par en par la puerta del comedor; un torrente de luz hizo brillar los aparadores llenos de porcelanas antiguas y de mazizas piezas de plata, y la voz grave y reposada de un criado pronunció estas palabras: «Señora, la mesa está servida.»

VI.

Al día siguiente de la llegada á Beaulieu de los señores de Prefont, y muy á punto para despertar algún interés á la Baronesa, que empezaba á encontrar ya la vida del campo algo aburrida, presentóse en el palacio el señor Derblay acompañado de su hermana.

Bajo una gran tienda de lienzo rayado de gris y rojo, gozaban los habitantes de Beaulieu de la deliciosa temperatura de uno de esos bellos días de octubre, últimas sonrisas

del año, pronto ya á convertirse en triste y frío. En los bosquecillos del parque, engañados por el calor del sol, se habían puesto á cantar los pájaros como en el verano, y sobre la brillante arena de la terraza dos mirlos de pico amarillo disputábanse silbando las migajas de pan que el Marqués había arrojado por el balcón del comedor. Envuelta en sus chales y adormecida por el tibio ambiente, oía sin atender la Marquesa la conversación de Clara y Sofía, apoyadas en la balaustrada de granito rosa. Gravemente recostado en una mecedora, lanzaba el Barón hacia el cielo con calculada lentitud las bocanadas de humo de su cigarro. El Marqués dibujaba á hurtadillas en una página de su álbum una silueta de las dos jóvenes, que destacaban elegantes y graciosas en el fondo claro del horizonte. La calma era tan profunda, que poco á poco fué apoderándose de todos deliciosa y profunda languidez, adormeciendo cuerpo y espíritu.

Los pasos de un criado, que hacían crujir la arena, despertaron á todos de esta somnolencia física y moral; la Marquesa abrió los ojos; Clara y la Baronesa se volvieron, dejando de mirar vagamente al valle; el Marqués metió precipitadamente el álbum en el bolsillo, y solo el Barón, avaro de movimientos inútiles, se limitó á inclinar ligeramente la cabeza.

—El señor y la señorita Derblay pregun-

tan si la señora Marquesa recibe,—dijo el criado.

Al oír estas palabras, frunció imperceptiblemente Clara el entrecejo. El nombre del hombre por quien se sentía instintivamente perseguida pronunciado allí, en su casa, le desagradó. Presintiendo que aquella persona influiría en su vida, sintióse predispuesta á combatir esta influencia.

Repentina amargura inundó su corazón, porque ya tenía en el fondo del alma una idea confusa de que su novio la abandonaba, y preguntóse cómo después de sus apasionadas demostraciones, por tímidas que fuesen, se atrevía el señor Derblay á presentarse en el palacio.

Cierto era que Bachelin anunció su visita y que se trataba de una especie de reconciliación para terminar disgustos entre vecinos, pero este negocio podía ser un pretexto. ¿Era aquel hombre tan atrevido, que al verla abandonada por el Duque concebía la idea de aproximarse á ella? Todas estas reflexiones, algo confusas todavía, pasaron rápidamente por su espíritu y fueron punto de partida de su aversión á Felipe.

—¡Recíbalos V., tía, recíbalos V.!—exclamó la Baronesa.—Tengo mucha curiosidad por conocer al amo de la ferrería. Nos divertirá, y haremos charlar á su hermana de lo que pasa en la aldea. Acaso vista el traje del país ¡Oh, qué bonito será!

—Claro es, hija mía, que deseo recibirle,—respondió la Marquesa sonriendo.

Y dirigiéndose al criado que esperaba inmóvil, añadió:

—Ruegue V. al señor y á la señorita Derblay que tengan la bondad de venir aquí.

Hubo un momento de silencio, é inmediatamente después abrióse la ancha puerta del salón, apareciendo sobre la escalinata Felipe y Susana. Un rayo de sol iluminó la morena y varonil figura de Felipe, que se mostraba en todo su vigor tranquilo y sereno. Con su largo gabán negro abrochado, parecía más alto de lo que era en realidad. Vestida su hermana con un sencillo traje de paño azul oscuro, estrechábase tímidamente á él, inquieta y sin embargo resuelta, fijando en su hermano la mirada de sus grandes ojos, como para infundirle valor.

La Marquesa se había levantado adelantándose á recibir la visita.

Con gran respeto, Felipe inclinóse ante ella balbuceando algunas palabras entrecortadas, cuya confusión hizo sonreír á la noble señora, que para evitar la cortedad del joven cogió la mano de Susana con encantadora gracia, y la dijo:

—Diga V. á su hermano que tengo mucho gusto en recibirle en mi casa.

Levantó Felipe la inclinada frente, y dijo con acento de profunda gratitud:

—No sé como agradecer á V., señora Marquesa, la benévola acogida que hace á mi hermana; es una niña que ha crecido junto á mí, sin los cuidados de una madre, y que necesita lecciones y consejos. De nadie los recibiría mejores que de V., si quisiera hacerme el favor de interesarse por ella.

Miró la señora de Beaulieu más atentamente á Susana, y le agradó mucho la gracia ingenua y sencilla de la joven.

—Venga V. acá que la bese, querida mía.

Y rozó con sus labios los rubios cabellos de Susana.

—Ya está firmada la paz sobre la frente de esta niña,—añadió la Marquesa dirigiéndose á Felipe.—Todos vuestros pecados quedan perdonados, vecino; y ahora venga usted que le presente mi familia.

Y designando al mismo tiempo con la mano á Octavio que se acercaba á ellos, dijo:

—Mi hijo el Marqués de Beaulieu.

—Esta presentación es inútil, mamá,—dijo el Marqués con franco acento, alargando la mano á Felipe.—El Sr. Derblay y yo nos hemos encontrado ya. ¡Diablo, querido vecino, tiene V. unas piernas excelentes! Y vuestras liebres, que yo marro á la perfección, no corren tanto como V. cuando desea que no se le alcance.

—Perdóneme V., señor Marqués,—respondió Felipe sonriendo;—no le había dicho quién era, y pareciéndome que no le animaban sentimientos muy simpáticos á mi persona, temí no ser bien acogido si renunciaba al incógnito.

—No conocía á V. entonces sino por las cuestiones habidas entre nosotros; ahora ya es distinto, y creo que seremos buenos amigos... Pero tenga V. la bondad de presentarme á la señorita Derblay.

El encanto de Susana producía efecto, y presuroso y atento acercóse Octavio á la joven. Volvióse entonces la señora de Beaulieu hacia Felipe, y designándole á la Baronesa y á Clara, dijo:

—El Sr. Derblay, dueño de la ferrería de Pont-Avesnes...

E indicando después á las dos jóvenes, añadió:

—Mi sobrina la Baronesa de Prefont, y mi hija la señorita de Beaulieu.

El rubor enrojeció el semblante de Felipe, y sin atreverse á mirar á la que adoraba, inclinóse tan profundamente, que parecía iba á arrodillarse.

—Pero, querida, es un caballero!—cuchicheó la Baronesa al oído de Clara.—Y yo que me lo figuraba con los brazos desnudos, el mandil de cuero sobre las rodillas y las limaduras en los cabellos! Dios me perdone; está condecorado! ¡Y el Barón

no lo está! ¡Verdad es que con este régimen político que sufrimos!... En fin, esto es extraordinario. ¿No maneja el martillo? Mírale... Es increíble... Tiene muy buen aspecto... y los ojos son admirables.

Clara, que hasta entonces había apartado la vista, miró casi duramente á Felipe. Presa de oculta ira, hubiera querido encontrar palabras humillantes y miradas ofensivas para dirigirlas á aquel audaz. Su vigoroso cuerpo parecíale vulgar, chocándole todo, hasta el traje sombrío y severo que le daba serio y digno aspecto. Al mismo tiempo, y como en rápida visión, pasó la figura del Duque ante sus ojos. Distinguió claramente el cuerpo delgado y elegante de Gastón, con su rostro ovalado, sus cabellos castaños, sus ojos azules y su boca finísima, á cuyos lados caía el largo bigote rubio. Entró Felipe presente y el fantasma del Duque, el contraste era completo. Encarnaba aquél en su robusta persona la sana solidez de la burguesía; era Bligny tipo perfecto de la gracia delicada y de la naturaleza un tanto débil de los nobles.

La mirada de la joven sobrecogió á Felipe, cuyos pies habían arraigado al parecer en el suelo. Profundamente turbado, intentó librarse del examen hostil de aquellos ojos, y quiso acercarse al Marqués, que hablaba con Susana, á fin de estar al lado de alguno que le fuese benévolo, pero no pudo.

Maquinalmente se miró, encontrándose vulgar y sin elegancia. Con gran disgusto comparóse á los otros dos jóvenes, vestidos de un modo tan sencillo y elegante, y su gabán de paño negro de hechura de provincia parecióle feísimo. Creyó estar grotesco con su sombrero de alta copa en la mano, y sufrió horriblemente.

En aquel momento hubiera dado diez años de vida por tener traje y soltura como el Barón y Octavio. Pensó que jamás olvidaría Clara el aspecto con que se había presentado por primera vez ante ella, y que quedaría siempre en el ánimo de la joven recuerdo desfavorable de su persona. Midió exactamente la distancia que había entre la señorita de Beaulieu, aun arruinada, y el ferrón de Pont-Avesnes, y, desesperado, se reprochó haber sido bastante loco para poner los ojos donde no podía llegar, por ambicioso que fuera. La voz de Octavio le sacó de estas preocupaciones.

—Aquí tenemos, señor Derblay, quien puede competir con V. en asuntos industriales; mi primo, el Barón de Prefont, un verdadero sabio...

—Dí más bien un hombre estudioso, mi querido Octavio,—interrumpió con dulzura el Barón.—El campo de la ciencia es demasiado vasto para que tenga yo otra pretensión que la de haber explorado pequenísima parte...

Vuelto en sí Felipe, buscó con la vista á la señorita de Beaulieu, que se había alejado paseando lentamente á lo largo de la terraza en compañía de la Baronesa. Con el cabo de su sombrilla de seda roja iba golpeando maquinalmente las flores de un rosal trepador que enlazaba sus ramas á los balaustres de piedra.

El dueño de la ferrería exhaló un suspiro y apartó la vista de aquel encantador espectáculo.

—No es la primera vez—dijo—que oigo el nombre del Sr. de Prefont.

Y al ver que el Barón hacía un ademán de delicada protesta, añadió:

—¿No es este caballero autor de un importante trabajo sobre cementación? Yo me he ocupado mucho de este asunto, y he leído con viva curiosidad la Memoria que ha remitido V. á la Academia de Ciencias.

—¡Oh! ¡oh! Barón,—exclamó alegremente Octavio,—de seguro no esperabas ser conocido en estas montañas. Ya ves, chico, que estás en camino de la celebridad, que tu nombre ha llegado hasta las campiñas, y que á tu antigua divisa *Fortis gladio*, es preciso añadir *et pennæ*. No creas que me burlo de tí. Si pudiera, te imitaría.

Maldito si se cuidaba el Barón de lo que el Marqués decía. Encantado de encontrar un oyente capaz de comprenderle, empeñóse en ardua disertación sobre el modo de fun-

dir el acero, y ni la intervención de la Baronesa le hubiera distraído de este asunto. Sustituyendo á su habitual tiesura inglesa una amabilidad muy expansiva, golpeaba sus manos imitando el ruido de las máquinas, en apoyo de su tesis. Gesticulando con animación, cogióse al brazo del Sr. Derblay para asegurarse bien de que no se le escaparía.

Pero Felipe no tenía deseo alguno de sustraerse á la invasora familiaridad de su interlocutor; muy al contrario, le excitaba á seguir hablando, dichoso de hallar un imprevisto aliado en aquella casa, donde se encontraba tan fuera de su centro; y el Barón, por demás satisfecho, hablaba sin cesar, llamando ya á Felipe «mi querido amigo,» cosa que no hubiera hecho por ningún otro ni á los tres meses de continuas relaciones. Su común preocupación científica les había hecho amigos en un momento, como farmacéuticos que cambian misteriosamente sus signos al darse la mano.

—¿Y extrae V. mismo el mineral? ¿Qué interesante debe ser vuestra explotación!—decía el Barón.—Mañana por la mañana bajaré á Pont-Avesnes para que me enseñe usted sus talleres. ¿Tendrá V. muchos trabajadores?

—Dos mil.

—¡Es admirable! ¿Y cuántos altos hornos?

—Diez, cuyo fuego no se apaga en todo

el año. Verá V. también mi martillo pilón que pesa cuarenta mil kilos y maniobra con tal precisión, que le hará V. bajar sobre un huevo y tocarle sin romper la cáscara.

—Pero con una herramienta de esa clase puede V. hacer concurrencia al Creuzot mismo.

—Seguramente; y aquí hacemos en pequeño lo que allí se hace en inmensas proporciones.

—Sepa V., querido amigo, que es una dicha para mí haberle encontrado,—dijo el Barón con alegría.—Pensaba irme á Suiza con la Baronesa á fines de esta semana, pero ¡vaya al diablo el viaje!... Me quedo aquí, ya lo sabe V., vamos á hacer experimentos... ¿Tiene V. laboratorio? ¡Sí! ¿Es usted químico? ¡Perfectamente! Usted es uno de los hombres más agradables que he encontrado en mi vida.

Y del brazo de Felipe empezó á pasear por la terraza.

—¿Qué diablos tiene mi marido?—preguntó la Baronesa acercándose con Clara.

—Pues nada, querida prima,—respondió risueño Octavio;—que ha encontrado en el Sr. Derblay la horma de su zapato, y se entrega á su manía favorita.

—¡Pues ya tiene para rato, si no se le corta el hilo!

—¿Y por qué se le ha de cortar?—dijo el Marqués.—¿Te parece mal acaso esa con-

fraternidad del Sr. Derblay y de Prefont? Tu marido, querida mía, descendiente de ilustres antepasados, encarna en su persona diez siglos de guerrera grandeza; el señor Derblay, hijo de industriales, representa sólo un siglo, el que ha producido el vapor, el gas y la electricidad, y te confieso que por mi parte admiro el repentino buen acuerdo de esos dos hombres que representan con su intimidad, nacida de mutua estimación, lo que hace á un país grande y poderoso: la gloria del pasado, y el progreso en lo presente.

—Ya se conoce, Octavio, que eres abogado. Hablas muy bien; pero permíteme decirte que, para hijo de tu padre, me pareces un poco demócrata.

—¿Qué quieres, prima!—replicó riendo el joven;—la democracia nos invade. Procuremos constituir una aristocracia dentro de la misma democracia, y para conseguirlo tomemos por nivel la medianía y pongamos sobre ella cuanto tenga verdadero mérito: así fundaremos la aristocracia del talento, la única digna de suceder á la aristocracia de nacimiento. Por lo demás, al hacer esto imitaremos lo que hicieron nuestros antepasados. ¿Crees tú que los fundadores de nuestras casas eran nobles? Por su valor se elevaron sobre los demás hombres. El primer Prefont llamábase, pura y sencillamente, Gaucher, y se hizo famoso como bravo sol-

dado. Ennoblecido por sus belicosos hechos y rico por el botín, al volver de Palestina tomó el nombre del sitio donde nació. Por obra y gracia del capitán Gaucher eres tú baronesa, querida mía. ¿Por qué hemos de negar hoy á hombres que quizá valen tanto como tu antecesor el derecho de sobresalir del vulgo? Antes se decía: Honor á los más bravos! Ahora decimos: ¡Plaza á los más inteligentes!

—Bien pensado y bien dicho, señor Marqués, y ruego á la señora Baronesa que me perdone no ser de su opinión,—dijo una voz sonora detrás de un bosquecillo.

Al mismo tiempo presentose en una esquina de la terraza Bachelin, enrojecido el semblante, con el sombrero en la mano y la cartera atestada de papeles debajo del brazo, como de costumbre.

—¡Hola! Bachelin, llega V. á tiempo,—exclamó alegremente la Baronesa.—Ustedes los golillas, todos son del tercer estado, y en provecho suyo se ha hecho la Revolución. Pero se presenta V. como diablo que sale por escotillón. ¿Por dónde ha venido?

—He atravesado el parque, y vengo de la Varenne. He dejado mi carricoche junto á la puerta pequeña... Pero perdón...

Y volviéndose hacia la señora de Beaulieu que se aproximaba con Susana, añadió:

—Señora Marquesa, saludo á V. respetuosamente, y con el mayor afecto á la se-

ñorita Susana. Hace hoy un calor extraordinario, y he venido apresuradamente porque tenía empeño en encontrarme aquí al mismo tiempo que el Sr. Derblay; pero me ha detenido la obligación de firmar una escritura importante, escritura que me causa gran pesar, señora Marquesa, porque es la de la venta de la Varenne.

—¡Ah! ¿Por fin han encontrado los de Estrelles comprador?—preguntó el Marqués.

—Sí, un comprador—dijo suspirando Bachelin—que ha pagado caro el capricho, respondo de ello; pero tenía empeño en adquirir esta posesión, y ha dado por ella una tercera parte más de lo que hubiera podido obtenerse aun vendiéndola á trozos. Es un rico fabricante de París, y hasta me ha dicho que tiene el honor de conocer á la familia de la señora Marquesa. Sin duda por esto busca la vecindad de Beaulieu.

—¿Y se puede saber el nombre de ese caballero?—pregunto la Marquesa con indiferencia.

—Se llama el Sr. Moulinet,—respondió tranquilamente el notario.

En lo que menos pensaba Bachelin seguramente era en el efecto que iba á producir el nombre del comprador de la Varenne. La señorita de Beaulieu se levantó de pronto, mientras la Baronesa, chocando las manos, exclamaba: «¡El padre de Atanasia!»

—En efecto; con el señor Moulinet había una joven á quien llamaban Atanasia,—añadió el notario.—La finca ha sido comprada á nombre de ella, para que figure entre sus bienes propios el día de su boda. Es una renta de treinta mil pesetas, si no suben los arrendamientos, que están baratos.

—¡Ah! ¡Eso es demasiado! ¡Ya les tenéis de vecinos!—añadió la Baronesa,—y Moulinet la va á echar de gran señor. ¡Pobre hombre! ¡Se parecerá á su jardín!

—¡Dicen que es muy rico!—preguntó Bachelin.

—Excesivamente rico,—respondió la Baronesa,—ridículamente rico. Ahí tienes, querido Octavio, á lo que conducen tus teorías; ahí tienes la aristocracia de la inteligencia: Moulinet es uno de sus más bellos representantes. Los de Estrelles, que han dado á Francia diez maestros de campo, dos almirantes, un mariscal y muchos ministros de Estado; que tienen los retratos de sus antepasados en Versalles y su nombre en todas las grandes páginas de nuestra historia, son despedidos de su palacio por un fabricante de chocolate que jamás ha hecho á su patria un servicio que valga un céntimo, y cuyo nombre sólo figura en los prospectos que se distribuyen por las esquinas. Ahí tienes tu democracia, querido. ¡Vaya! ¡vaya! no me hables de un país donde tales

nombraciones pueden cometerse... ¡Es un país perdido!

—Cálmate, prima mía,—contestó Octavio.—Es deplorable, sin duda, ver á los de Estrelles desposeídos de su palacio; pero, francamente, ¿qué hemos de hacer? ¿Estaría bien quitar al Sr. Moulinet su dinero para enriquecer á nuestros amigos? ¿No sería esto una arbitrariedad? Parece que nada peor podía hacerse, salvo que se le condenara por añadidura á ser quemado por los pies.

—Déjame tranquila. Estás insoportable,—exclamó la señora de Prefont.—Sin duda hablas así para incomodarme, y no crees una palabra de lo que dices.

Y apoyándose en el brazo de la Marquesa se acercó al Barón, que volvía con Felipe.

Clara quedó á la espalda, inmóvil y pensativa. La brusca aparición del Sr. Derblay y de Atanasia Moulinet en su reducida sociedad la perturbó extraordinariamente. Educada en un mundo á cuyo alrededor el rigorista orgullo de sus aristocráticos habitantes ha trazado barreras insuperables, miraba estupefacta aquella inesperada violencia de su retiro. Desde el momento que el Sr. Derblay tan fácilmente entraba en Beaulieu, tratándole todo el mundo como á un igual, parecía que el antiguo palacio era ya tan del público como cualquier calle, y resolvió contrarrestar la facilidad bastante vulgar con que los habitantes del palacio se

prodigaban á los extraños. Viéndoles á todos tan risueños y afables, tomó ella un aspecto severo y frío.

Sospechaba en lo que ocurría á su alrededor algo inexplicable y amenazador. El prolongado silencio del Duque le alarmaba más de lo que quería suponer, y la actitud reservada de los que la rodeaban, algunas frases sueltas cogidas al vuelo, el repentino silencio cuando se acercaba de improviso y el mayor cariño que le mostraba su familia, contribuyeron á aumentar su desconfianza. Sufrió extraordinariamente, porque su carácter franco y altivo no toleraba la duda, prefiriendo atacar de frente cualquier obstáculo. En esta circunstancia no se atrevió á tanto, porque el amor le hacía tímida, y tuvo miedo de saber que el Duque la engañaba. Avergonzábale la idea de verse obligada á comprobar la indignidad del que amaba; no quiso preguntar, y guardó doloroso silencio. Vióla Felipe impasible y altiva, acogiendo sus tímidos cumplimientos con mal disimulado desdén y fijándose en él lo absolutamente preciso para probarle que su presencia le desagradaba. Desconcertada Susana, y habiendo intentado en vano con dulces palabras desarrugar el ceño de la señorita de Beaulieu, refugióse junto á Bachelin, que le prodigaba su paternal afecto.

Las amables atenciones del Marqués, á quien visiblemente gustaba la gracia sen-

cilla de la joven, recibíolas Susana desanimada y triste, porque sus ilusiones se habían disipado y veía la felicidad de su hermano gravemente comprometida. Su precoz buen sentido le permitió apreciar toda la distancia que separaba á Felipe de la altiva é imponente Clara, y comprendió que sólo un acontecimiento imprevisto podía unir á dos seres tan diferentes. No se desanimó, sin embargo, y cándidamente, con esa fe tenaz propia de los niños, dejó á la Providencia el cuidado de allanar todos los obstáculos.

Influída la Marquesa por los elogios que Bachelin le había hecho de Felipe; encantada por el entusiasmo del Barón, que decididamente acaparaba al dueño de la ferretería, y verdaderamente sorprendida de encontrar junto á su casa un hombre del mérito del Sr. Derblay, llevó su amabilidad hasta el punto de rogarle que se quedara á comer en el palacio; pero alarmada por una mirada terrible de su hija, arrepintióse, dudando de si se habría excedido en la expresión de su simpatía. Su razón, sin embargo, nada le censuró, y atribuyó el descontento de Clara á un impulso de su carácter altivo. Por lo demás, el mismo Sr. Derblay resolvió inmediatamente el conflicto, rehusando con los más finos modales el gran favor que le ofrecía la Marquesa, bajo pretexto de asuntos urgentes.

En realidad tenía prisa por irse. Las dos

horas que había pasado en aquella terraza, escuchando al Barón sin oírle, doloridas las sienes como si se las apretasen con un tornillo, y ofuscado el cerebro por el tumulto de sus ideas, habían sido cruel suplicio, y quiso librarse de él á toda costa. Esta entrevista, tan impacientemente esperada como punto de partida de su felicidad, fué uno de los más duros trances de su vida; y desalentado, abatido, dispuesto á renunciar á sus ambiciosos proyectos, se despidió de los habitantes del palacio.

Clara afectó mirar con tanta indiferencia su partida como había visto su llegada, continuando desdeñosa y muda, y contestando al respetuoso saludo de Felipe con la misma ligera inclinación de cabeza que hubiera podido hacer á cualquiera proveedor de la casa.

La retirada de Felipe se hubiera parecido mucho á una derrota si los aliados que había sabido adquirirse en la plaza no le hubieran prestado útil auxilio. Mostró el Barón en estas circunstancias hasta qué punto puede la pasión modificar los caracteres, pues aquel hombre tan poco expansivo acompañó al Sr. Derblay hasta la verja, estrechándole la mano al despedirse con tanto vigor y franqueza como pudiera hacerlo con un compañero de toda la vida. El Marqués, por su parte, siguió á Susana, probando el interés que le inspiraba las amabilidades que pro-

digó al hermano. Cerraba la marcha Bachelín, con su inamovible cartera debajo del brazo. Su carricoche esperaba junto á la puerta pequeña del parque, y el viejo caballo gris, á él enganchado, comía filosóficamente hojas de avellano. Hizo montar primero á Felipe y Susana, mientras el Barón llevaba sus atenciones hasta el punto de tener el jaco por la brida, y el Marqués cambiaba la última sonrisa con la joven. Aplicó Bachelín la fusta al caballo; púsose en marcha el carricoche, y el Barón y el Marqués dijeron con cariñosa unanimidad:

— ¡Hasta la vista!

Con voz trémula, Felipe respondió un ¡jamás! que por fortuna no dejó oír el ruido del carruaje. Volvióse bruscamente el notario.

— ¡Jamás! — repitió — ¡jamás! ¿Qué es esto, amigo mío? ¿Se ha vuelto V. loco? ¿Por qué no volverá V. jamás á Beaulieu?

Al oír Felipe estas preguntas no pudo reprimirse, y, ensanchando el corazón, dejó correr libremente el amargo raudal de sus desilusiones. ¡A qué perseverar en una empresa fatalmente destinada, según todo lo indicaba, á miserable fracaso! ¡Para qué proporcionarse inmerecidas humillaciones y dolorosos pesares! Preferible era renunciar en seguida al intento y cortar el mal de raíz antes de que pudiera extenderse.

— ¡Eh! amigo, — interrumpió Bachelín

con ironía; — ¿qué es lo que esperaba usted? La violencia de sus quejas me permite suponer que tenía V. grandes pretensiones. ¿Pensaba V. que la señorita de Beaulieu le haría, en cuanto le viese, insinuaciones como una modista á un estudiante? En la sociedad en que acaba V. de estar, señor mío, se expresan los sentimientos con extremada delicadeza; ni hay entusiasmos ruidosos, ni antipatías terminantemente declaradas; todo se hace con la más perfecta corrección. Desde el primer momento ha obtenido V. increíbles resultados. La simpatía de los hombres es notoria; el Marqués es ya su amigo, y el Barón se ofrece á ser su preparador en el laboratorio. La Marquesa, en fin, dominada por el general entusiasmo, le invita á comer el primer día de verle, como se hace con un amigo de veinte años. ¿Son, pues, justas sus quejas? Es verdad que la señorita Clara le ha recibido con frialdad, pero ¡no faltaba más sino que se le echara en los brazos! ¡Ah! Usted quiere andar mucho en poco tiempo. Ayer se contentaba con la dicha de verla, de estar junto á ella algunos momentos. Acaba usted de pasar dos horas en su casa, y clama ya desesperadamente, acusando al cielo y á la tierra y prometiendo no volver á pisar la casa. Eso es insensato. En primer lugar, no puede V. dejar de volver á Beaulieu so pena de que se le tenga por persona muy

mal educada. Además, ¿podrá V. dominarse hasta el punto de no querer ver más á la adorable Clara? ¡Ah! amigo mío, usted que ama es feliz; V. es joven, llora, sufre, y es lo mejor que puede sucederle. A todos pasa lo mismo, créame V., crea á este viejo, que, como notario, ha recibido desde hace cuarenta años multitud de confidencias, y que en este momento sólo siente una cosa...

Con rostro animado y brillantes ojos iba Bachelin á hacer alguna declaración curiosa; pero su mirada se detuvo en Susana, que, escuchando atentamente, deshojaba una admirable rosa cogida por el Marqués en la terraza de Beaulieu. Detuvo el notario la frase en los labios, y dió un violento fustazo al jaco, que trotaba con la cabeza entre las patas.

—Créame V., amigo mío, y vuelva á casa de la Marquesa. Dentro de poco sufrirá la señorita Clara crueles penas, y acaso los acontecimientos modifiquen mucho su actitud respecto á V. ¡Ah! ya no dice usted «¡jamás!» Eso vamos adelantando. Mañana dirá V.: «¡siempre!» Hemos llegado á Pont-Avesnes. No entro con VV. porque voy á dar trabajo apremiante á mis empleados... Conque... buen apetito y mil felicidades.

Después de dar el último apretón de manos á Felipe y de besar galantemente la punta de los dedos á Susana, tomó por la

calle principal de la aldea y desapareció al volver la esquina de la plaza Mayor.

Felipe exhaló un suspiro, abrió la pequeña puerta del patio de entrada, é inclinada la frente, siguiéndole su hermana, que respetaba su silenciosa tristeza, entró en la casa de donde había salido dos horas antes con el corazón palpitante de esperanza.

VII.

El castillo de la Varenne es uno de los más bellos edificios feudales que quedan en Francia. Lo construyó Enguerrando de Estrelles, célebre por haber levantado en Bouvines al rey Felipe Augusto, que un piquero alemán derribó del caballo. Este castillo tuvo el honor que se hospedase dentro de sus muros el emperador Carlos V cuando iba al sitio de Nancy. Derribado á cañonazos por Turena en un ataque del ilustre Mariscal contra los imperiales, antes de empezar la sangrienta y salvaje campaña del Palatinado, continuó en ruinas durante los reinados de Luis XV y de Luis XVI.

La Revolución pasó impotente sobre aquellos escombros, porque ningún daño podía hacerse en ellos. Los ciudadanos de Besan-

mal educada. Además, ¿podrá V. dominarse hasta el punto de no querer ver más á la adorable Clara? ¡Ah! amigo mío, usted que ama es feliz; V. es joven, llora, sufre, y es lo mejor que puede sucederle. A todos pasa lo mismo, créame V., crea á este viejo, que, como notario, ha recibido desde hace cuarenta años multitud de confidencias, y que en este momento sólo siente una cosa...

Con rostro animado y brillantes ojos iba Bachelin á hacer alguna declaración curiosa; pero su mirada se detuvo en Susana, que, escuchando atentamente, deshojaba una admirable rosa cogida por el Marqués en la terraza de Beaulieu. Detuvo el notario la frase en los labios, y dió un violento fustazo al jaco, que trotaba con la cabeza entre las patas.

—Créame V., amigo mío, y vuelva á casa de la Marquesa. Dentro de poco sufrirá la señorita Clara crueles penas, y acaso los acontecimientos modifiquen mucho su actitud respecto á V. ¡Ah! ya no dice usted «¡jamás!» Eso vamos adelantando. Mañana dirá V.: «¡siempre!» Hemos llegado á Pont-Avesnes. No entro con VV. porque voy á dar trabajo apremiante á mis empleados... Conque... buen apetito y mil felicidades.

Después de dar el último apretón de manos á Felipe y de besar galantemente la punta de los dedos á Susana, tomó por la

calle principal de la aldea y desapareció al volver la esquina de la plaza Mayor.

Felipe exhaló un suspiro, abrió la pequeña puerta del patio de entrada, é inclinada la frente, siguiéndole su hermana, que respetaba su silenciosa tristeza, entró en la casa de donde había salido dos horas antes con el corazón palpitante de esperanza.

VII.

El castillo de la Varenne es uno de los más bellos edificios feudales que quedan en Francia. Lo construyó Enguerrando de Estrelles, célebre por haber levantado en Bouvines al rey Felipe Augusto, que un piquero alemán derribó del caballo. Este castillo tuvo el honor que se hospedase dentro de sus muros el emperador Carlos V cuando iba al sitio de Nancy. Derribado á cañonazos por Turena en un ataque del ilustre Mariscal contra los imperiales, antes de empezar la sangrienta y salvaje campaña del Palatinado, continuó en ruinas durante los reinados de Luis XV y de Luis XVI.

La Revolución pasó impotente sobre aquellos escombros, porque ningún daño podía hacerse en ellos. Los ciudadanos de Besan-

con limitáronse á cortar leña para calentarse y á robar piedras para construir sus casas. Explotado como cantera, proporcionó el castillo materiales para más de veinte edificios, y un herrero de la comarca se llevó más de trescientos mil kilos del plomo procedente de los techos, y los vendió con el mayor descaro, proporcionándose de esta suerte una fortuna.

Los de Estrelles, que habían seguido al Conde de Artois en la emigración, no estaban en sus posesiones para reclamar contra aquellos robos. Se batían delante de Maguncia, y acuchillaban con el mismo ardimiento que nos hizo triunfar en Fontenoy á los húsares de Biron y á los granaderos de Pichegru. ¡Cosa extraña! Los robos organizados, en que el país entero era cómplice, salvaron á los de Estrelles de la ruina. El ayuntamiento de Besançon no pudo vender en ningún caso las posesiones de la Varenne como bienes nacionales, porque nadie quiso ponerse en lucha con aldeanos y campesinos, acostumbrados á tomar de ellas lo que querían como país conquistado.

En la época del Directorio, y gracias á la protección de Barras, volvieron á Francia los de Estrelles. Encontraron sus fincas saqueadas, pero no vendidas. Instaláronse en la casa de un guarda, á la que hicieron poner puertas y ventanas. Con los restos de su patrimonio cuidadosamente administrado

mientras duró el Imperio, reconstituyeron su fortuna, y en los primeros días de la restauración reaparecieron en París representando papel importante en el nuevo orden de cosas. Durante la monarquía de Julio, el último de Estrelles se casó con la hija del banquero Claudio Chretien, hecho barón recientemente por servicios pecuniarios prestados á la Casa Real. Su hija llevó en dote doscientas mil pesetas de renta.

El aristócrata era por demás aficionado á las antigüedades, é hizo reconstruir á todo coste el castillo de la Varenne en la misma forma que tenía en la época de su esplendor. Eleváronse de nuevo sobre los corpulentos árboles del parque los altos muros con terrazas almenadas y las soberbias torres con caprichosas gárgolas talladas. El trabajo de reconstrucción duró diez años, y costó inmensas sumas.

Restablecióse el mobiliario con exquisito gusto, y adelantándose á la moda compró el señor de Estrelles magníficos muebles antiguos, espejos con espléndidos marcos, puertas y ventanas de iglesias, verdaderas obras maestras de los tallistas de la Edad Media, y maravillosos tapices de Flandes; convirtiéndose la Varenne en un verdadero museo, donde estaban acumuladas todas las riquezas artísticas de la provincia, desdeñadas entonces y que hoy se buscan con tanta afición. Esta espléndida morada fué un pa-

falso para el apasionado coleccionador, que enterró en ella tesoros.

Al morir dejó el señor de Estrelles la magnífica finca completamente arreglada á su hijo, joven teniente de guías, provisto ya de consejo de familia. A los cuatro años la posesión de la Varenne estaba ya hipotecada por las dos terceras partes de su valor, y las inestimables colecciones de objetos de arte iban á ser llevadas á París para venderlas en pública subasta, cuando se presentó el señor Moulinet como comprador de la finca.

Persistiendo en su proyecto de enlace de su hija con el Duque, pensó primero el industrial en comprar la posesión de Bligny en Turena; pero el castillo patrimonial de su yerno, después de cambiar varias veces de propietario, había caído en manos de un rico fabricante de porcelanas de Blois, que desdeñó las tentadoras ofertas de Moulinet. A falta de Bligny, el padre de Atanasia se decidió por la Varenne, y bien pensado, alegróse mucho del cambio.

La proximidad á Beaulieu le sedujo, creyendo que de esta suerte viviría en familia, y que las relaciones de vecindad llegarían á ser muy agradables. Fiel ejecutor Moulinet de los tenebrosos cálculos de su hija al elegir esposo, no comprendía toda la extensión de la perfidia de Atanasia, aunque sí esperaba encontrar de parte de los parientes del Duque alguna resistencia á sus familiarida-

des, porque al fin Gastón había sido prometido esposo de su prima; pero con admirable independencia de espíritu, creía el ambicioso padre que esta promesa de matrimonio fué grato juego de niños. Gastón y Clara habían sido maridito y mujercita á la edad en que el corazón ignora lo que siente y el entendimiento carece de dirección, y no admitía Moulinet la posibilidad de que fuera consecuencia de estos compromisos contrados al empezar la vida el profundo cariño, por lo menos, de uno de los contrayentes.

El mismo se vió ligado por infantiles promesas con una hija de trece años de un ebanista de la calle de la Herrería, cuando era dependiente en casa de un droguero de la calle de los Lombardos. La hija del ebanista, completamente olvidada por él, se casó con un carnicero de la plaza de los Inocentes; y recordaba haberla visto gruesa y roja, arremangados los brazos y cubiertos los hombros con una manteleta de astracán, pesando chuletas en una gran balanza de cobre, mientras él había llegado á ser millonario y habitaba un palacio admirable en el bulevar Malesherbes. ¿Qué relación podía haber entre un miembro del Tribunal de Comercio y aquella carnicera de reluciente salud? La vida se había encargado de contener sus locas aspiraciones, y al separarles puso á uno y otra en su verdadero lugar.

¿No sucedía acaso lo mismo con la señorita de Beaulieu y el Duque?

Unidos, estaban deplorablemente condenados á común medianía, y separados, cada cual de ellos procuraría tener un porvenir más brillante. Casado el Duque, no faltaría á Clara un enlace digno de ella, y Moulinet pensaba ayudarle para ello con todas sus fuerzas.

Además dominaba en su ánimo un argumento superior á todos: el de querer ejecutar su voluntad. Había encontrado en el Duque de Bligny el yerno que le convenía, y un hombre como él, que había violentado la fortuna, no se privaría de hacer lo que quisiera. Decidió que su hija fuera duquesa; preciso era que lo fuese, é iba á serlo.

El castillo de la Varenne halagaba además, por sus grandiosas dimensiones, la vanidad de Moulinet. Las torres almenadas, las garitas, la solemne campana que daba gravemente las horas, entusiasmaron á aquel advenedizo. Hinchado de vanidad, el rico comerciante creía encontrarse en su centro al entrar en la espaciosa sala de guardias que tenía pintados en las paredes los blasones de todos los aliados por casamiento con la antigua familia de los Estrelles. Moulinet tuvo la imprudencia de instalarse en la habitación restaurada con escrupulosa exactitud donde había dormido Carlos V.

Con sin igual satisfacción acostóse el mer-

cader en el mismo sitio que el vencedor de Pavía. Habiendo oído á los sirvientes del castillo llamar á aquella estancia la habitación del Emperador, y olvidando que había sido recientemente restaurada y amueblada, se figuró que el piso y las paredes entre las cuales vivió el grande hombre algunas horas eran los mismos que él veía, y decidió habitar en ella. Su plebeya persona dormía á pierna suelta en la cama de columnas, majestuosamente puesta sobre un entarimado y adornada con colgaduras de punto de Venecia. Frecuentemente decía con énfasis: «Mi reloj lo ponía en hora antiguamente Carlos V,» creyendo con la mayor sinceridad que el grande Emperador había pasado toda la vida arreglando relojes, como lo hizo últimamente en Yuste para distraer el aburrimiento que consumía su vasta inteligencia.

Menos accesible Atanasia á los goces del orgullo satisfecho, sólo vió en el castillo una amenazadora fortaleza desde donde podría anonadar á su enemiga. La mayor ventaja que la Varenne tenía á sus ojos, era la de ostentar sus orgullosas y espléndidas torrecillas á dos leguas cortas de Beaulieu. Desde allí dominaba la situación, y podría con completa seguridad escoger el momento de herir sobre seguro á la que odiaba con toda su alma.

Desde el día inmediato á su instalación, verificada tan pronto como se hizo la com-

pra, procuró con habilidad adquirir detallados informes, y supo que la Baronesa estaba con Clara; pero un adversario más no la intimidaba, al contrario, regocijábale la idea de triunfar de la orgullosa señorita de Beaulieu á la vista de la señora de Prefont.

Hacia ya tres días que Moulinet y Atanasia habitaban en el castillo. Después de recorrer detenidamente muchas veces el parque, las huertas y todas las habitaciones, el comprador de la Varenne empezaba ya á aburrirse extraordinariamente en su finca, cuando un despacho, llevado por un peatón desde la estación inmediata, le anunció la llegada del Duque, á quien no esperaba tan pronto.

Esta noticia contrarió mucho á Atanasia, porque temió que el Duque impidiera la realización de sus proyectos. Era natural que Gastón procurase no ofender las legítimas susceptibilidades de su familia, y que cuanto intentase la señorita Moulinet para herir á Clara tropezara forzosamente con la terminante oposición del Duque. Resolvió, pues, Atanasia hacer lo que deseaba antes de que Bligny pudiera coartar su libertad. Aquel mismo día á las tres de la tarde debía llegar á la Varenne su prometido esposo. No podía, pues, perder ni un minuto.

Aun arrugaba Moulinet el despacho en su mano paseando por la magnífica terraza á la francesa que hay delante de la fachada del

castillo, cuando su hija, vestida con un precioso traje, se acercó á él, disfrazando con aparente indiferencia la energía de sus resoluciones.

—¿Sabes, papá, que necesitamos ir hoy mismo al palacio de Beaulieu?—dijo con apacible sonrisa.

—¿Y por qué hoy?—preguntó Moulinet sorprendido.—El Duque va á llegar. ¿No es mejor esperarle? Bajo sus auspicios se nos recibirá allí mucho mejor, y él mismo nos presentará á su familia.

—Pues precisamente eso es lo que debemos evitar,—replicó Atanasia con mirada tranquila.—Entre Clara de Beaulieu y yo no se necesita ningún intermediario, y con justo motivo podría ofenderse si no fuera yo misma quien le notificara mi matrimonio. Además, y dicho sea entre nosotros, la posición de Bligny es un poco violenta, y creo que nos agradecerá evitarle las dificultades de la primera entrevista. Fijada claramente la situación, no le es ya posible recordar antiguos sentimientos, y todo marchará perfectamente. ¿Supongo que no temes ser mal recibido?

—¡Mal recibido!—exclamó Moulinet enderezando su cuerpo cuanto pudo y metiendo resueltamente las manos en los bolsillos del pantalón.—Un hombre de mi posición, un antiguo miembro del Tribunal de Comercio, no es mal recibido en ninguna parte. Si

no tuviéramos un Gobierno que nada vale ni significa; si hubiera una corte en las Tullerías..., ó en cualquier otra parte, entraría en ella como en mi casa: sábelo, hija mía. ¡Mal recibido! ¡Y por gente que apenas tendrá sesenta mil pesetas de renta! ¡Tendría que ver! Espérame un momento. Voy á mandar que enganchen el carruaje de gala, y que cochero y lacayo se pongan también las libreas de gala.

—No, papá,—interrumpió Atanasia;—que vistan de diario, y vamos en una victoria. No hay que echarla de ricos. Cuanto más lo seamos, más modestos debemos aparecer. Se burlarían de nuestro lujo y aplaudirán nuestra modestia.

—¿De veras?—preguntó Moulinet con acento de pesar.—Yo creía que el calzón corto y la media de seda producirían algún efecto; pero me someto á tu opinión, porque eres una joven de buen gusto y conoces las costumbres de la alta sociedad... Prepárate, que voy á mandar que enganchen.

Un cuarto de hora después iban Atanasia y su padre en una victoria al trote de dos vigorosos caballos y en medio de una nube de polvo por el camino de Pont-Avesnes.

Olvidando las resoluciones tomadas en un instante de desaliento, había vuelto Felipe al palacio. A decir verdad, no le permitió el Barón encerrarse en el aislamiento. Arrastrado este imitador de Luis XVI por su pa-

sión á las artes mecánicas, al día siguiente de la visita que había hecho Felipe á Beaulieu, llegó muy de mañana á la ferrería, quitóse la levita, se arremangó, y púsose en tal estado, que Felipe tuvo que darle traje para mudarse, obligándole á que se quedara á almorzar con él.

Después de esto, ¿había medio de no acompañarle á Beaulieu? Se dio á sí mismo Felipe tan buenas razones para excusar su debilidad, que volvió á ver sin desagrado la terraza donde el día anterior pasó dos horas tan angustiosas. Clara se mostró tan fría é indiferente como en la primera entrevista; pero la desdenosa y altiva actitud de la joven, en vez de desconcertar esta vez al dueño de la ferrería, le irritó, y cuanto más afectaba la señorita de Beaulieu no hacerle caso, mayor empeño tuvo en que se ocupara de él.

Era la Marquesa una de esas mujeres felices, á quienes la naturaleza ha dotado de perfecta igualdad de humor. Como se la veía la víspera se la encontraba al día siguiente, y desde el primer instante le agradó Felipe. La opinión que de él había formado, nunca debía cambiar. Acogióle, pues, con su habitual afabilidad, tratándole con franqueza.

Curiosa de conocer el carácter del que antes de verla creyó sería una especie de cíclope, lució la Baronesa con el Sr. Derblay todas las gracias de su frívola é inquieta

imaginación. Parecióle Felipe amable sin esfuerzo, é interesante sin pretenderlo. Declaró, pues, que era un hombre tan sólido moral como físicamente, y le inspiró grande estimación.

El Marqués, por su parte, encontró en Susana gratisima compañera, jugando con ella empeñadas partidas de billar inglés y de trompo holandés, en las cuales las personas formales no desdenaban tomar parte algunas veces.

El mismo día en que Moulinet y Atanasia se pusieron en camino para ir á Beaulieu jugaban una gran partida de volante la Baronesa, Octavio, Susana y el Barón. El campo de batalla estaba situado entre las habitaciones de la servidumbre y la verja de entrada, en medio del gran patio del palacio. Por los abiertos balcones del salón, la Marquesa y Clara, indiferentes á la lucha, oían los golpes de pala y las alegres exclamaciones de los jugadores cuando un paleatazo, hábil ó torpe, daba la victoria á alguno de los contrincantes. Felipe y Bachelin, nombrados árbitros de la partida, seguían con la vista la marcha de los volantes, y cuando se suscitaba alguna duda medían gravemente las distancias con una regla.

El concienzudo y atento arbitraje iba á declarar la victoria en favor del Barón y de Susana, cuando la brusca parada de un carruaje delante de la verja distrajo la atención

de los jugadores y les hizo olvidar por un momento el interés de la partida. En aquel instante la campana de la entrada, vigorosamente movida por un criado, no dejó duda á los habitantes del palacio de que llegaba una visita.

Como bandada de pájaros espantados, huyeron los jugadores, subieron la escalinata y entraron en el salón, á la vez que un criado entregaba una tarjeta á la Marquesa. Tomó ésta su lente, miró el pedazo de papel bristol, y levantando la cabeza, muy admirada, pronunció las siguientes palabras: «¡El señor y la señorita Moulinet!»

Todos quedaron silenciosos, como presintiendo algún grave suceso. La Baronesa fué la primera que se repuso, y chocando sus manos, dijo:

—Me parece demasiado atrevimiento.

—¿Qué quieren de nosotras esas gentes?—preguntó con tranquilidad la señora de Beaulieu.

Viendo que nadie contestaba, tomó Bachelin la palabra y dijo.

—Dios mío, señora Marquesa, es probable que el señor y la señorita Moulinet, recién venidos á esta comarca, hayan creído oportuno hacer algunas visitas de buena vecindad. Esta es, como V. sabe, la costumbre, y natural y justo parece que hayan empezado por venir al palacio, siendo la familia de Beaulieu una de las más impor-

tantes y antiguas de la provincia. Además, ¿no pretende el Sr. Moulinet que su hija conoce desde ha largo tiempo á la señorita Clara? Pues todas estas razones explican su visita.

—Supongo, tía,—exclamó la Baronesa con impetuosidad,—que no va V. á facilitar la familiaridad de Moulinet. ¿Qué puede haber de común entre V. y ese ordinárisimo personaje? En cuanto á su hija, le aseguro que es la niña más maligna que hay en el mundo. Esos advenedizos imaginan que van á procurarse relaciones como han adquirido un castillo, por la gracia de su dinero. No sea V. débil, tía mía; no consienta V. en esa tentativa de invasión.

—Creo, querida,—contestó friamente el Barón,—que tu tía sabe lo que debe hacer sin necesidad de tus consejos.

La Marquesa movió la cabeza titubeando. Estaba visiblemente contrariada, porque á su natural indolencia inspiraban horror las complicaciones y las dificultades. Dirigiéndose á su hija, que, como si no le importara nada aquel debate, permanecía inmóvil y silenciosa:

—Clara,—dijo,—¿qué crees tú que debemos hacer?

—Por Dios, mamá,—respondió la joven con calma,—me parece difícil negar la entrada al señor y á la señorita Moulinet. Se necesita para ello un pretexto. ¿Cuál? ¿Que

estamos ausentes? pues desde su carruaje han podido ver á estas señoras y estos caballeros jugando en el patio, y á nosotras mismas que estábamos en el balcón. Decirles que no recibes, es contestar con una grosería á un paso que, en suma, es muy cortés. ¿Sería tal proceder digno de nosotros? No lo creo. Es, pues, preciso recibirles y, sufrida la visita, no devolverla. ¿No opinas como yo?

—Sí, hija mía; tienes razón; eso es lo que debemos hacer. Dí, Octavio, que recibimos.

Un momento después el señor y la señorita Moulinet entraban en el gran salón del palacio de Beaulieu.

Todas las mujeres tienen algo de comediantas. A pesar de su viva emoción y de los fuertes latidos de su corazón, evitó Atanasia con una audaz maniobra el natural embarazo de la primera entrevista. Con ojos brillantes, la sonrisa en los labios y alargando las manos á la señorita de Beaulieu, se acercó á ella y la abrazó, exclamando atrevida:

—¡Ah, hermosa Clara, qué feliz soy al verte!

La admiración que este arranque causó á la señorita de Beaulieu fué tan grande, que á pesar de su habitual serenidad no encontró palabras que responder. Mientras tanto, Atanasia, aprovechando el resultado de su

audacia, volvióse hacia la Marquesa, y saludándola con una deferencia y una modestia perfectas, dijo:

—Es grandísima dicha para mí, señora Marquesa, reanudar la amistad con la señorita de Beaulieu. Desde que la conozco, y hace ya bastante tiempo,—añadió dirigiendo á Clara afectuosísima sonrisa,—mi regla de conducta ha sido imitarla, pues creo difícil encontrar modelo más perfecto.

—¿Imitarme solamente?—dijo Clara con tranquilidad.—Eres muy modesta.

—Y es la primera vez que eso te ocurre,—murmuró la Baronesa adelantándose.

Viendo á la señora de Prefont, la alegría de Atanasia no tuvo, al parecer, límites; pero no se atrevió á arrojarle en brazos de la caprichosa Sofia, porque habiendo salido en otras ocasiones bien arañada de sus pequeñas manos, creyó oportuno no intentar públicamente la aventura. ¿Quién podía saber si aquella loca sería capaz de hacerle alguna de esas trastadas que echan por tierra en un momento el andamiaje de proyectos mejor construido, y rompen de un tirón todos los hilos de la trama mejor urdida? La prudente Atanasia limitóse á una gran reverencia que hizo sonar sus brazaletes, y disimuló esta frialdad relativa con calurosas protestas de cariño. La presencia de su querida de Hennecourt era doble felicidad para ella.

No habiendo sido invitada á la boda.

afectó no saberla, y llamó á Sofia señorita. Para evitar este astuto equívoco, presentó la Baronesa su marido á Atanasia, quien, con una bonita frase, felicitó al señor de Prefont de haber escogido tan agradable compañera.

Maniobrando en aquel campo de batalla sembrado de obstáculos y emboscadas, con la habilidad y aplomo de un gran táctico, la señorita Moulinet paralizó á sus adversarios por su audacia, admiró á su padre por su serenidad, y dió á todos gran prueba de su inteligencia. Sofia y Clara vieron en ella una enemiga mucho más temible de lo que pudieron prever.

Se había desarrollado aquella muchacha en dos años de una manera admirable, llegando á ser muy bonita. Algo pequeña y con tendencia á engruesar, que le prestaba una languidez engañosa, pero seductora, tenía los cabellos negros como el azabache, y los ojos, azules, muy expresivos. Sus manos con guantes de Suecia que le subían hasta el codo, cubriendo en parte las mangas del vestido, y sus pies, que dejaba ver la corta falda, demostraban, por el tamaño y la forma, su origen plebeyo. Atentamente examinada, se la veía un poco vulgar, pero al pronto parecía agradable.

Mudo por el éxtasis, decía para sí Moulinet que su hija era seguramente persona de superiores condiciones é incontestablemente

nacida para ser duquesa. El exceso de la admiración enterneció á Moulinet, pensando que si su pobre difunta viera á Atanasia quedarla sorprendida y entusiasmada. Esta emoción conyugal produjo lágrimas al antiguo miembro del Tribunal de Comercio, y para disimular su enternecimiento sacó un pañuelo tan grande como una servilleta y se sonó las narices ruidosamente.

Una terrible mirada de Atanasia recordóle dónde estaba, y le hizo comprender que en aquella sociedad se debía hacer todo con moderación.

Dirigiéndose entonces á la Marquesa con los brazos arqueados y apoyando el sombrero sobre el corazón:

—La señorita de Beaulieu y esta señora—dijo designando á la Baronesa—han sido condiscípulas de mi hija en el Sagrado Corazón. Siempre me felicité, y ahora más que nunca, de haber puesto á Atanasia en este colegio, que es, sin disputa, el mejor de París. Las jóvenes reciben en él educación esmeradísima y adquieren relaciones muy provechosas.

Sonrió la Marquesa, y mirando con altivez á Moulinet:

—Ya lo advierto,—contestó con acento de ironía, que no comprendió el industrial, pero que hizo palidecer de impotente rabia á Atanasia.

—En cuanto á mí,—continuó Moulinet

animándose,—confieso que me conmueve, señora Marquesa, el favor que me hace permitiéndome ofrecerle mis respetos. Debia tributárselos por varias razones: en primer lugar, como recién llegado á esta comarca, donde acabo de comprar una finca...

La Marquesa echó una ojeada á Bachelin, y el notario hizo un gesto que significaba «¿qué le habla á V. dicho?» la señora de Beaulieu respondió con un movimiento de cabeza, que quería decir «tiene V. razón.»

—Una finca muy importante,—añadió Moulinet desconcertado por el mudo coloquio de la Marquesa y el notario.—La Varenne... de los Estrelles. Yo no tenía ningún empeño; pero mi hija, que es muy entendida, me ha hecho comprender que con una gran fortuna como la mía, debía tener una posesión territorial. Además, permítame V. decírselo, señora Marquesa, en cuanto á opiniones soy liberal, pero respecto á relaciones, comprendo que la aristocracia...

Y al decir esto Moulinet, se sobaba las solapas de su chaleco blanco á estilo del siglo XVIII, mirando á su alrededor con atrevida sonrisa. Todos los presentes quedaron estupefactos, y la necedad monumental del antiguo miembro del Tribunal de Comercio anonadó á Atanasia, quien sin fuerzas para remediarla dejóse caer en una butaca, exhalando un suspiro. Mostró en esta ocasión la Marquesa el exquisito buen gusto de una

Aueña de casa que conoce sus deberes y la disimulada impertinencia de una verdadera gran señora.

Sin querer que Moulinet advirtiese la severidad con que se les juzgaba, no renunció, sin embargo, á la satisfacción de dirigirle algunos finos epigramas, representando para los que podían comprender la situación una preciosa comedia.

—Crea V., caballero,—dijo á Moulinet,—que me conmueven mucho sus sentimientos expresados con tan franca naturalidad. Son dignos de un hombre que ha conquistado por su inteligencia la posición que usted tiene.

Encantado Moulinet por la respuesta, y no viendo en ella malicia, creyó que la Marquesa era verdaderamente una buena mujer, y se prometió demostrarla particular afecto. Hecho ya el conocimiento, juzgó fácil la intimidad.

—¡Así soy yo!—exclamó con expansión;—y si gusta á V. mi carácter, señora Marquesa, creo que nos serán agradables las relaciones de vecindad.

Exasperada la Baronesa, y no pudiéndose contener, se levantó, llevó á Felipe al hueco de un balcón, y se desahogó, murmurando:

—¡Pero ese hombre es un monstruo!

Moulinet, por su parte, viendo que producía impresión, y sin darse cuenta de si era buena ó mala, continuó con desenfado:

—La finca de la Varenne es muy importante. ¿Sin duda conocerá V. el castillo? Yo habito la estancia donde durmió el emperador Carlos V, según me han dicho: sí, señora Marquesa; duermo en lecho imperial.

Y con ademán de modestia, añadió:

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡No por eso soy orgulloso!

Esta vez no pudo reprimirse Atanasia. Vió que su padre acababa de comprometer en pocos momentos el éxito de sus proyectos, y levantándose bruscamente, con el rostro alterado, aviesa mirada, labios contralidos y voz adusta, dijo:

—Suplica, papá, á la señora Marquesa que te enseñe la admirable terraza del palacio. Desde ella se goza, según parece, una vista maravillosa.

Y á fin de poner coto á las expansiones paternas, dirigióse resueltamente á la puerta que daba á la escalinata. La Marquesa se levantó, indicando el camino á Moulinet y siguiéndola las demás personas. Clara iba la última, preocupada y como presintiendo una catástrofe. En el momento de salir, cuando ponía ya el pie en el primer peldaño, encontróse frente á Atanasia, que cautelosamente apartada del grupo volvía al salón. Retrocedió la señorita de Beaulieu, y ambas jóvenes se miraron; Clara, con sorpresa interrogante; Atanasia, con alarmada seriedad.

—Quedémonos aquí, si quieres,—dijo la señorita Moulinet dando un paso hacia el salón.

—Como gustes,—contestó Clara con repentino sobresalto.—¿Tienes que hablarme?

Segura ya de que la crisis que presentía era inminente, recobró Clara toda su enérgica sangre fría. Irguió el admirable cuerpo, y dueña de su cabeza, segura de su corazón, esperó con soberbia confianza el ataque que sabía iba á dirigirle su implacable enemiga.

—No sabes el placer que tengo al verme sola contigo,—dijo Atanasia sin contestar á la pregunta de la señorita Beaulieu.—En los dos años que estamos separadas he reflexionado mucho y visto mucho, adquiriendo alguna experiencia y modificándose extraordinariamente mis sentimientos. Así, pues, aunque antes no éramos precisamente buenas amigas...

—Pero...—dijo Clara frunciendo el ceño y con ademán de altiva protesta.

—¡Oh! ¡No lo niegues!—exclamó vivamente Atanasia;—yo no te amaba. Tenía celos de tí. Ahora lo puedo decir, porque mi elevada posición me da derecho á ser franca sin parecer humilde. Instintivamente, sin embargo, te admiraba, y mi aspiración más constante consistía en ser igual á tí.

—¡Igual á mí! ¡Gran Dios!—contestó Clara con amarga sonrisa.—¡A mí, que soy

tan poca cosa! Pero si tú eres mucho más que yo; te lo aseguro. Júzgate más equitativamente. Belleza, elegancia, lujo; todo lo tienes...

—Todo, es verdad,—dijo fríamente Atanasia;—excepto un nombre.

—Pues bien,—replicó Clara con naturalidad;—en los tiempos que corren, un nombre se compra. Los hay de todos precios; pequeños, medianos y grandes; por consecuencia, si te empeñas en ser noble, puedes escoger, puesto que tus medios te lo permiten.

—En efecto,—respondió Atanasia procurando no alterar la voz que la cólera empezaba á estremecer.—Justamente se trata en estos días de mi matrimonio.

—¡Ah! ¡Magnífico! Te felicito sinceramente.

—Más que felicitaciones, espero de tí otra cosa.

—¿Qué?—preguntó Clara admirada.

—Un consejo.

—¿Un consejo? ¿Sobre qué?

—Sobre la elección que voy á hacer.

—En verdad que me adulas. ¿Pedirme consejo sobre tus asuntos de familia? Te aseguro que es ponerme en un compromiso. ¡Nos conocemos tan poco! ¿No podrías prescindir de mi opinión?

—¡Imposible!—contestó gravemente Atanasia.

—No te comprendo bien,—replicó Clara turbada.

—Escúchame atentamente, porque el asunto vale la pena. El enlace de que se trata es para mí un gran casamiento, muy superior á mi condición social, y que sobrepaja mis esperanzas. Trátase de que adquiriera una corona...

—¿Real?—preguntó Clara intentando sonreír.

—No; ducal solamente,—contestó Atanasia mirando fijamente á los ojos de su rival. Seré duquesa.

Al oír estas palabras se estremeció la señorita de Beaulieu, creyendo que se desgarraba un velo que cubría su alma. En un instante adivinó lo que hacía tanto tiempo que le ocultaban sus parientes. Ni un momento dudó que se trataba de Gastón. Su alejamiento, su silencio, todo se lo explicó, é inmenso dolor se apoderó de ella, inundándosele de sangre el corazón, mientras su rostro se ponía lívido y espiraba en sus labios doloroso suspiro.

Atanasia presenció este brusco cambio con furiosa alegría, gozándose en los tormentos de Clara. Observó con embriaguez los desordenados latidos de sus sienes, regocijándose sobremanera el placer de devolver de una vez á la orgullosa joven todas las humillaciones que le había hecho sufrir durante un cuarto de hora. Viéndola inmó-

vil y helada, temió que se iba á desmayar y á escapar así de su venganza. Tenía que decirle aún la segunda mitad de su confidencia.

—¿No me preguntas el nombre de mi novio?—dijo á Clara, que continuaba con la mirada fija, zumbándole los oídos y casi sin poderse sostener.

—No,—balbuceó la señorita de Beaulieu sin saber lo que decía y sumida en dolorosas reflexiones.

—Sin embargo, es preciso que lo sepas, y mi deber es decírtelo,—replicó Atanasia.

Y dejando trascurrir un momento, como para escoger el sitio donde había de herir, añadió:

—Es el Duque de Bligny.

Clara esperaba el golpe, no quedándole ilusiones acerca de la traición del Duque; pero el nombre de Bligny, que debía ser el suyo, pronunciado por Atanasia le estremeció dolorosamente. Continuó inmóvil, sin atreverse á hablar, por temor á la alteración de su voz, con las manos trémulas, la boca seca y los ojos hundidos, apurando hasta las heces el amargo cáliz de la desilusión.

—El Sr. de Bligny es pariente tuyo,—continuó Atanasia, exasperada por la sombría impasibilidad de su rival,—tu amigo de la infancia: hasta se ha llegado á hablar de proyectos de unión entre vosotros. Comprenderás ahora por qué tenía empeño en

venir á decirte con lealtad lo que ocurra y consultar tu opinión.

En las palabras falsamente generosas de Atanasia vislumbró la señorita de Beaulieu un rayo de esperanza. Acaso el asunto no estaba tan adelantado como quería hacer creer. Esta idea la reanimó, resolviendo defenderse hasta el último extremo.

—¿Consultar mi opinión?—dijo.—¿Sobre qué?

—Sobre la verdadera situación del Duque respecto á tí,—contestó Atanasia con aparente ingenuidad.—Comprendes, sin duda, que si fuera cierto que había entre vosotros promesa de casamiento, podrías acusarme de haberte robado el futuro esposo. El Duque ha pedido mi mano, pero no le amo; apenas si le conozco. Tanto me importa él como otro... Vamos, pues... Sé franca conmigo. ¿Le amas? ¿Te incomodará que se case conmigo? Aunque sólo te desagrade, dímelo, y me comprometo á que fracase.

De confesar Clara valientemente su amor, acaso Atanasia se hubiera permitido la gran satisfacción de echarla de generosa, renunciando á sus ambiciosos ensueños para anonadar mejor á la señorita de Beaulieu. El destino de ambas jóvenes iba á decidirse en un segundo; pero de cuanto la señorita Moulinet le había dicho, no retuvo Clara en su memoria más que esta frase: «El Duque

ha pedido mi mano.» Ardiente rubor cubrió su semblante, y resuelta á morir antes que confesar su amor al Duque, pudo, por un milagro de voluntad, sobreponerse á su dolor y conservar la aparente tranquilidad.

—Muchas gracias,—dijo con fría sonrisa;—pero puedes estar segura de que yo no soy mujer á quien se abandona ó se desdén. Si el Duque estuviera comprometido conmigo, no creas que se casaría con otra. No. En la niñez, y siendo primos, es cosa corriente que la familia los haga novios y los case entre dos sonrisas. Estos son juegos de la infancia; pero con la edad se desarrolla la razón, y las exigencias de la vida echan por tierra todos estos proyectos. ¿Dices que el Duque ha pedido tu mano? Pues cástate. Sensible sería que fracasara esta unión, porque sois dignos el uno del otro.

Palideció Atanasia al escuchar el insulto contenido en la última frase. Clara se vengaba con pocas palabras de cuanto le había hecho sufrir. Miráronse con sonrisas mortales, porque entre aquellas enemigas tenía la lucha formas de exquisita cortesía. La batalla era á alfilerazos, y con alfileres de oro, que penetraban en la carne agudos y peligrosos como puñales; combate de abanicos, movidos con la sonrisa en los labios, pero cuyos pérfidos movimientos eran insultantes como bofetones; guerra de mujeres, de ataques calculados con refinada perfidia, y en

la que la victoria, disputada con ardor, debía dejar á los dos adversarios cruelmente maltratados.

—Quedamos en que este casamiento en nada te contraría,—repitió la señorita Moulinet, vertiendo en las heridas que había hecho el más sutil veneno.—¡Qué feliz me haces! ¡Figúrate qué dicha! ¡Ser parienta tuya! ¡Igual á tí! Ahora de verdad, ¡y además duquesa!

—¡Cuanto mereces!—contestó Clara con profunda ironía.

—Permíteme que te bese,—exclamó Atanasia arrojándose al cuello de Clara y cogiéndola como si quisiera morderla.

La señorita de Beaulieu dejó que Atanasia le diera en la mejilla el beso más hipócrita que ha dado mujer alguna. Mirando después gravemente á Clara, dijo:

—Ya sabes que tienes en mí una adicta y sincera amiga.

Aun le quedó fuerza á Clara para responder:

—Me acabas de dar la prueba.

Y no pudiéndose sostener en pie, se dejó caer en un sofá. Por fortuna, la Baronesa, alarmada por no ver aparecer á las dos jóvenes, y sospechando alguna perfidia de Atanasia, fué á buscarlas. Entró, y al ver de una ojeada á Clara pálida y abatida, y á Atanasia de pie y arrogante, comprendió lo que había pasado.

—¿Qué hacéis aquí—dijo—encerradas las dos desde hace media hora?

Y, acercándose á Clara, añadió con ansiedad:

—¿Qué ocurre?

La señorita de Beaulieu no respondió. Con desconsoladora mirada indicó á su rival, que se ajustaba los guantes como duelista que acaba de matar á su adversario. Esta mirada suplicante de socorro sacó fuera de quicio á la Baronesa. Sintió que le subía la sangre á la cabeza; sus pequeñas orejas se pusieron rojas como fuego, y dirigiéndose á la señorita Moulinet con gesto de amenaza, le indicó la puerta empezando esta significativa frase:

—Vas á irte...

Con gran serenidad interrumpió Atanasia la injuria, teniendo derecho á que pareciera que no la había comprendido.

—Sí, me voy... á reunir con mi padre en la terraza.

Volviéndose hacia Clara añadió:

—Hasta ahora.

Y sin apresurarse, para hacer comprender que abandonaba victoriosa y por voluntad propia un campo de batalla que le pertenecía, salió.

VIII.

Al desaparecer la señorita Moulinet levantóse Clara de pronto, y con ojos chispeantes, sin necesidad ya de contener la rabia, exclamó dirigiéndose á la Baronesa:

—¿Sabías tú que él iba á casarse? ¿Por qué no me lo has dicho?

La señora de Prefont no supo qué contestar.

—¡Vendida! ¡Abandonada! —añadió la señorita de Beaulieu retoreciendo sus bellas manos en un arrebatado de loca desesperación. —¡Y por esa mujer! ¡Habéis permitido que lo sepa por su boca! ¡Ha podido libremente hacerme tal ofensa! ¡Habéis sido sus cómplices! ¡Ni uno solo de vosotros me ama! ¿Y él? ¡El!... ¡Por el dinero! ¡Miserable!

Acongojada ante el espectáculo de aquel dolor arrebatado y furioso, quiso la Baronesa tranquilizar á su amiga.

—¡Por favor, Clara! —dijo; —me das miedo.

Pero la señorita de Beaulieu no podía ya dominarse. La violencia de su carácter, reprimida tanto tiempo, estallaba sin que nadie pudiera contenerla. Cuantos esfuerzos

había hecho en la horrible conversacion con Atanasia parecieronle cobardes debilidades, y preguntóse con estupor cómo le había sido posible no arrojar á la cara de la que impudicamente se había burlado de sus sufrimientos cuantos insultos le acudían ahora á los labios. Sintió no haberla pisoteado, y dejó escapar gritos de plebeya exasperada á quien roban su amante, llena de furor, despreciando todas las trabas de las conveniencias sociales, pisoteando, fuera de sí, sorda á los consejos de la razón. La sangre de sus nobles antepasados, señores de horea y cuchillo, hervía en las venas de la señorita de Beaulieu. Imaginó crueles é infamantes suplicios para su rival, pero el sentimiento de su impotencia la anonadó nuevamente. Comprendió que todas sus esperanzas estaban para siempre perdidas y que no tenía posibilidad de revancha. Aflojaronse sus nervios, y con el rostro inundado de lágrimas, con grandes sollozos dejóse caer en los brazos de la Baronesa, diciendo:

—¡Ah! ¡Qué desgraciada soy! ¡Qué desgraciada soy!

Desolada la señora de Prefont, la estrechó contra su pecho, apoyando suavemente la dolorida cabeza en su hombro, y diciéndole las dulces palabras que dirigen las madres á sus hijos para mitigar las penas y adormecer los sufrimientos; procuró de este modo tranquilizar un poco el ulcerado corazón de

Clara, quien continuaba llorando con desesperación. Las lágrimas arrastraron consigo el veneno con que Atanasia había infestado la herida y mitigaron los punzantes dolores. La señorita de Beaulieu recobró al fin la serenidad, y avergonzose de haberse rebajado á tal exceso de furor. Quiso dominar su triste situación, y gracias á un esfuerzo supremo de su orgullo pudo conseguirlo.

Al llegar al salón su madre, aterrada por una cándida confidencia que acababa de hacerle Moulinet, la encontró, si no resignada, porque la resignación era imposible, al menos digna y valerosa.

Sofocada la Marquesa tanto por la emoción que acababa de sufrir como por haber subido rápidamente la escalinata, quedó absorta ante Clara, todavía trémula y livida, y buscó en vano una frase de consuelo en su turbada imaginación, echándose por fin en brazos de su hija y sollozando.

—¡Ah! ¡pobre hija mía!

—¿Sabe V., mamá?...—preguntó Clara, en cuyos ojos reaparecieron algunas lágrimas.

—Todo me lo acaba de decir el padre. ¡Y pensar que has sido tú quien ha querido, por no cometer una grosería, que se les recibiera!—exclamó la Marquesa elevando las manos con indignación.

—Buena recompensa he recibido! ¿No es verdad?—dijo Clara con amargura.—He

sido muy imprudente. Debí guardarme con cuidado de esa... persona, cuyos sentimientos tanto conozco. ¡Bien se ha vengado de las humillaciones que le hicimos sufrir en otro tiempo! ¡Ni olvida, ni perdona! Ha esperado el momento propicio, y atacando á la más feliz de sus antiguas compañeras, la ha herido en el corazón, destrozando su vida. El abandono de que soy víctima pesará siempre sobre mí, y si después de esta humillación fuera bastante loca para pensar en casarme, ¿quién había de quererme ya?

—¿Cómo que quién había de quererte?—dijo la Marquesa con rapidez.—¡Cuántos tengan ojos para verte y oídos para escucharte, mi querida hija! Si lo ocurrido perjudica á alguien, no es á tí, es al Duque, y si quieres casarte no tendrás, gracias al cielo, más obstáculo que la dificultad de elegir en nuestra clase ó en las demás. A una joven como la señorita de Beaulieu, nunca la faltan pretendientes. Apenas hace seis meses he tenido que negar tu mano á personas de las familias más respetables, y los que te pedían entonces han sentido demasiado el fracaso de sus aspiraciones para que puedan tan pronto cambiar de opinión.

Clara hizo un ademán de desaliento.

—Después del Duque de Bligny, madre mía, no puedo casarme sino con un hombre que sea en todo superior á él, ó con un hombre de quien se crea que puedo amarle.

Mi única justificación á los ojos del mundo estará en el rango del elegido, ó en que se suponga que el amor impulsa la elección; pero bien sabe V., mamá, que esto es imposible, y que una joven como yo, después de tal decepción, sólo se casa con el convento.

—¡Vamos! ¡vamos, hija mía!—dijo la Marquesa con dulzura;—tú disparatas. ¿El convento? ¿Pues y nosotros? No. Eres demasiado joven para tener derecho á desesperarte, y tienes sobradas cualidades morales y sobrada belleza para que el porvenir no te reserve segura revancha. Aquí mismo, si quieres saberlo, hay quien aceptaría de rodillas tu mano.

La señorita de Beaulieu levantó sus orgullosos ojos, y dirigiéndose á su madre, dijo sencillamente:

—¿El Sr. Derblay?

—Sí; el Sr. Derblay, y lo cito para tranquilizarte. ¿Quién puede acercarse á tí sin amarte? ¿Quieres que volvamos á París? ¿Quieres ir á Suiza con los Prefont? Habla, que dispuesta estoy á hacer cuanto pueda satisfacerte y consolarte. ¿Qué deseas?

—¡Lo sé yo acaso!—exclamó Clara con desaliento. —Quisiera desaparecer en un instante; huir de los demás, y hasta de mí misma. Todo me inspira odio y desprecio! ¡Ah! ¡Por qué no me muero!

—La muerte, querida hija mía, es el

único mal sin remedio; si todas las mujeres abandonadas por sus novios ó por sus maridos murieran, el mundo se despoblaría. Casi ningún hombre es fiel. Cuando no nos engañan antes, nos engañan después.

Como si al hablar de la infidelidad de los hombres hubiese invocado la Marquesa al infiel que hacía en aquel momento derramar tantas lágrimas, oyóse de pronto ruido de furioso galope, y entró en el patio por la verja que había quedado abierta el Duque de Bligny, sobre un caballo blanco de espuma.

Saltó inmediatamente á tierra, y arrojando las bridas á un criado estupefacto, subió cuatro á cuatro los peldaños de la escalinata. Sin pedir permiso á nadie iba á entrar en el edificio, cuando el Barón y Bachelin, sin ponerse de acuerdo, acudieron á detenerlo en el vestíbulo. Pálido y contraídas las facciones, opuso el Duque alguna resistencia á que le impidieran el paso.

—¿Están aquí todavía el señor y la señorita Moulinet?—preguntó con alterada voz.

Y añadió al oír la respuesta afirmativa del Barón:

—¿Mi tía? Necesito ver inmediatamente á la Marquesa. ¡Quizá aun no sea tarde!

—Desengáñese V., querido,—contestó gravemente el Barón comprendiendo el motivo de la precipitación del Duque. Ya es tarde.—El señor y la señorita Moulinet lo han dicho todo.

Exhaló el Duque profundo suspiro, y dejándose caer sobre uno de los tallados bancos del vestíbulo, miró afligido á los dos hombres, y dijo:

—¿Qué puedo hacer ahora para reparar el mal causado?

—Ese mal es, por desgracia, irreparable, señor Duque,—contestó Bachelin en tono de respetuosa censura;—y lo mejor que puede V. hacer es marcharse sin procurar ver á la señora de Beaulieu.

—¡Eso sí que no lo haré!—exclamó vivamente el Duque levantándose.—Imposible es que consienta la acusación de indignidad que mi tía ha debido pronunciar contra mí. Necesito explicarle mi conducta; necesito asegurarle que no tengo parte alguna en la infamia que acaba de cometerse... Haré lo que ella quiera; pero deseo verla, hablarla, llorar con ella... Bien ven VV. cuánto me desespera lo ocurrido.

El Barón y Bachelin vieron el rostro del Duque tan descompuesto, que á pesar de su prevención contra el joven se conmovieron.

—Sea,—dijo Bachelin.—El señor Barón tendrá la bondad de acompañar á V., señor Duque, mientras yo pregunto á la señora de Beaulieu si le conviene acceder á sus ruegos.

Dejando juntos á los dos primos, atravesó Bachelin la terraza y tocó discretamente á la puerta del salón.

Como si nada supieran de la gran pertur-

bación que reinaba en aquella casa donde estaban de visita, Felipe, Moulinet, Susana, Atanasia y el Marqués continuaban hablando tranquilamente en la terraza. El sol descendía en el horizonte enrojeciendo con una faja de púrpura el cielo azul-verdoso. Deliciosa calma empezaba á reinar en el valle, cuyo fondo estaba ya envuelto en la sombra. La campana de la iglesia de Pont-Avesnes sonaba á lo lejos clara y melancólica, anunciando para el día siguiente la misa de difuntos. Tan profunda paz reinaba en aquella hermosa naturaleza, que Atanasia no pudo sustraerse á su influencia, sintiendo que disminuía su encono, y meditando, después de haber triunfado tan completamente de su rival, no molestarla en lo sucesivo.

Al entrar en el salón encontró Bachelin á las tres señoras presa de una emoción indescible. Cuando Clara vió al Duque llegar á escape al palacio, irguióse estupefacta y asustada. Intentó hablar; no pudo conseguirlo, y señalando con la mano al recién llegado, prorrumpió en una risa nerviosa, como si perdiera el juicio. Llenas de espanto, la Marquesa y la Baronesa acudieron junto á la joven, que temblaba convulsa, y cuyos labios se habían puesto blancos. Creyéndola próxima á desmayarse, iban á llamar, cuando con imperioso ademán las detuvo Clara. Haciendo un grande esfuerzo, consiguió que pasaran entre sus dientes, apretados por la

crisis que sufría, las siguientes palabras:

—Que no venga nadie; dejadme; yo me repondré.

Se sentó. La Baronesa enjugó el helado sudor que brotaba en su frente, y la Marquesa, quitándose el abrigo, envolvió con él á su hija, que tiritaba. De esta suerte trascurrió un momento de horrible ansiedad. Con la cabeza inclinada sobre el pecho y apovada la espalda en almohadones, continuaba Clara inmóvil y como aletargada. Sus brillantes ojos, obstinadamente fijos en un florón de la alfombra que miraban sin verlo, eran única prueba de que no dormía. Reflexionaba profundamente, y un pliegue formado entre las cejas indicaba el esfuerzo de una tenaz idea. Al cabo de algunos minutos volvió la sangre á sus mejillas; desahogó su pecho un suspiro, y con brusco movimiento apartó el abrigo con que su madre la había cubierto.

Al ruido de la puerta-vidriera, abierta para dejar paso á Bachelin, volvió la cabeza. No queriendo que conocieran su sufrimiento, dirigió una sonrisa al notario. Consternado éste, andando de puntillas como en habitación de enfermo, acercóse á la señora de Beaulieu, é inclinándose más que de costumbre, como si le avergonzara lo que iba á pedir, dijo:

—Pedóneme, señora Marquesa, pero lo que sucede es tan extraordinario...

—Lo sé,—interrumpió bruscamente la Marquesa.—El Duque está ahí. Y bien, ¿qué?

—Que, á pesar de cuanto le hemos dicho,—contestó el notario algo desconcertado,—insiste en ver á usted.

—¿Qué atrevimiento!—exclamó la Marquesa, levantándose con una vivacidad que no le era habitual, y dirigiéndose á la puerta del salón.

—¿Dónde vas, mamá?—preguntó Clara.

—A mandar que echen á ese hombre como merece,—contestó la señora de Beaulieu roja de indignación.

Permaneció Clara un momento silenciosa, consultándose, como si titubeara en tomar una resolución grave, y después, moviendo la cabeza, dijo:

—No, mamá; no conviene arrojar de casa al Duque de Bligny, sino recibirle.

—¿Recibirle?—preguntó la Marquesa estupefacta y dudando si efectivamente su hija se había vuelto loca.

—Sí; y recibirle con agrado. Por nada en el mundo le permitiré creer que me hace sufrir su abandono. ¡Llorar por él una mujer como yo! ¡Por él! ¡Se enorgullecería demasiado! Todo lo sufriré menos su insultante compasión. No, no, mamá; recíbele. Bien se le puede abrir la puerta, puesto que se la hemos abierto á su futura esposa.

—Pero ¿qué vas á hacer?—preguntó muy alarmada la señora de Beaulieu.

—¡Vengarme!—contestó Clara con terrible expresión de ira.

Y dirigiéndose á Bachelin, añadió:

—Tenga V. la bondad de rogar al Duque que pase á la terraza y que espere un momento. Cuando llame á V. por el balcón hágale entrar. Diga V. al Sr. Derblay que venga.

La Baronesa y la Marquesa se miraron admiradas, sin comprender los motivos de la conducta de Clara. Más perspicaz Bachelin, adivinó que sus combinaciones estaban á punto de realizarse, y desapareció con juvenil ligereza. Un momento después entraba Felipe en el salón.

—Mamá, y tú, querida Sofía, alejaos un poco, que pueda hablar sola con el señor Derblay.

La señora de Beaulieu y la Baronesa se retiraron al hueco de un balcón, esperando con gran curiosidad el resultado de la conferencia. Muy conmovido Felipe, comprendiendo que estaba en el momento decisivo de su suerte, y advertido además por una frase de Bachelin de que iba á estallar la crisis, permaneció inmóvil y con la cabeza inclinada delante de la que adoraba.

—Caballero,—dijo Clara hablándole por primera vez directamente,—nuestro antiguo amigo y excelente consejero Sr. Bachelin

ha dicho á mi madre que me haga V. el honor de aspirar á mi mano.

Felipe, sin responder, movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Le juzgo á V. hombre de honor,—prosiguió Clara con firme acento,—y creo que al formar tales proyectos sabía, como todos los que me rodean, y quizá desde hace tiempo, que el Duque de Bligny no pensaba ya en ser mi esposo.

—Sí, señorita, lo sabía,—dijo apenado Felipe,—y crea V. que, aun en este momento, si de mí dependiera el asegurar su dicha devolviéndole el amor del Duque, no vacilaría en hacerlo aun á costa de mi vida.

—Muchas gracias; pero los compromisos entre el Duque y yo han concluido para siempre, y la mejor prueba es que si persiste usted en solicitar mi mano, estoy pronta á dársela.

Al pronunciar estas palabras era tan débil la voz de la señorita de Beaulieu, que Felipe las adivinó más bien que oirlas, y recordó en aquel momento el día en que, viéndole triste y desalentado, le había dicho su hermana riendo:

—Ya verás. Ella misma ha de pedirte el favor de que seas su esposo.

El vaticinio de Susana se realizaba, y la niña, advertida por su afecto, había tenido la previsión de la dicha de su hermano. No era aquello ilusión, sino certeza: Clara mis-

ma le alargaba la mano. Inmensa alegría inundó el corazón de Felipe, y tomando la encantadora mano que tantas veces había desconfiado tener en las suyas, depositó el joven en la punta de los helados dedos el más tímido y delicioso de los besos.

—Deseo además pedir á V. un favor, caballero,—añadió Clara.—Quisiera hiciera usted lo posible para que se crea que este compromiso está contraído hace tiempo. No necesito explicarle los motivos de tal superchería. Nacen de mi orgullo. Desgraciadamente no puede V. formarse ilusiones acerca del estado de mi corazón, pero le prometo que seré esposa fiel y leal. Déjeme usted ahora, pero no se aleje mucho, porque acaso le necesite.

Y mientras se apartaba Felipe, hizo señá á Bachelin para que condujese al Duque.

El notario distrajo hábilmente á Bligny, cuya fogosidad temía, mientras duró la conferencia de la señorita de Beaulieu con Derblay, y le abrió la puerta que daba á la terraza, precisamente en el momento en que Felipe salía radiante del salón.

La sorpresa de Moulinet y Atanasia al ver llegar á Gastón fué extraordinaria, y no produjo tanto efecto á Napoleón la aparición de la vanguardia de Blücher, cuando esperaba á Grouchy, como á la hija del ex-miembro del Tribunal de Comercio la de su futuro esposo. En aquel momento crítico, lo

más peligroso para sus combinaciones era la presencia del Duque de Bligny. Sobrecogió á Atanasia el angustioso temor de que podía sufrir, cuando más segura contaba la victoria, una desastrosa y humillante derrota. ¿Qué iba á resultar de la entrevista de Gastón y Clara? ¿Estaba el juego bastante embrollado para que fuera imposible una reconciliación? ¿Les bastaría verse para que renaciera el amor y se juraran de nuevo solemne é irresistiblemente ser uno de otro?

Moulinet no comprendió como su astuta hija las posibles consecuencias de aquel paso. Chocándole que el Duque no le hubiese esperado en la Varenne, ni siquiera sospechó el motivo que le traía á Beaulieu. Adelantóse, pues, hacia su futuro yerno con amable sonrisa, alargóle la mano, y quedó aterrado por la mirada que éste le echó al pasar junto á él sin saludar siquiera á Atanasia. Siguió, no obstante, al Duque cuando se dirigía al salón.

Instantáneamente la Marquesa y su sobrina prepararon la escena, y al entrar Bligny vió á la señora de Beaulieu arrellanada como de costumbre en su poltrona. De pie, junto á la chimenea, estaba la Baronesa con las manos cruzadas á la espalda, por si acaso á Gastón le ocurría alargar una de las suyas, como solía hacerlo. Sentada de espaldas á la luz para que la alteración de su semblante fuera menos visible, estaba

Clara entre su madre y la Baronesa. Lo primero que atrajo la vista del joven, fué la admirable cabellera de oro de la señorita de Beaulieu. Trémulo á pesar suyo, y dominado por violenta emoción, á punto estuvo de arrojarse á los pies de la que tanto amaba todavía, cualquiera que fuera el resultado de esta apasionada demostración. La mirada tranquila y severa de la Marquesa le contrajo, é inclinándose profundamente ante la que le había servido de madre, dijo con entrecortada voz:

—Señora Marquesa... Mi querida tía... Usted ve mi turbación... mi pesar... mi sentimiento. Al llegar á la Varenne, á casa de este caballero... (El Duque tuvo vergüenza de pronunciar el nombre de Moulinet), he sabido el inculcable paso...

—Señor Duque...—interrumpió el exmiembro del Tribunal de Comercio visiblemente ofendido.

Volvióse entonces el Duque hacia su futuro suegro y añadió con soberbia altanería:

—Procedimiento inconcebible, caballero, y me importa declarar en voz muy alta que ninguna complicidad tengo en él. He podido cometer muchas faltas, portarme con ligereza, con ingratitud; pero afirmo, bajo palabra de honor, no haber autorizado este ultraje á mi familia.

—¡Una simple visita de atención!—mur-

muró Moulinet dominado por la energía del Duque.—La verdad, no comprendo...

—¡Usted no lo comprende!—interrumpió el joven con humillante desdén,—y esa es su única excusa.

Pero estaba Moulinet lo bastante infatigado para no dejarse maltratar más, ni aun por un hombre que consideraba de superior esencia á la suya. Con aire de dignidad ofendida é inclinándose gravemente, dijo:

—Si he cometido algún error, yerno mío, ruego á V. que me lo diga, porque estoy dispuesto á repararlo.

Al oírse llamar yerno llegó á su colmo la irritación del joven, y sin consideración alguna quitó la palabra definitivamente á Moulinet con un «basta, caballero,» tan insultante como un latigazo. Atreviéndose en seguida á mirar por primera vez desde que entró á Clara, que continuaba imperturbablemente sentada, añadió:

—Tía mía, debo dar á V. explicaciones, y permítame que se las dé. Clara, no saldré de aquí sin que me hayas perdonado.

Al oír estas palabras que le eran personalmente dirigidas y que parecía estar esperando, la señorita de Beaulieu se levantó orgullosa, y mirando á su antiguo novio con admirable serenidad, dijo tranquilamente:

—¡Pero, Duque, ni me debes explicaciones, ni necesitas de mi perdón! Te casas, según me han dicho, con la hija de este

caballero. (Y en esta frase prodigó Clara teseros de desdén.) Me parece que derecho tienes á hacerlo, puesto que tan libre eres como yo.

Al oír estas palabras, preguntóse el Duque si era juguete de un sueño. Miró á Clara, á la Baronesa y á su tía, y viólas sin emoción aparente, sin tristeza y sin cólera. Cuando esperaba tener que enjugar lágrimas, encontráse con sonrisas. ¿Era posible que durante aquel año, tan fatalmente empleado por él, le olvidara la señorita de Beaulieu hasta el punto que sus frases indicaban?

—Tu novia me ha anunciado la feliz noticia,—prosiguió Clara;—ha hecho muy bien, y yo no debo hacer menos.

Dando algunos pasos hacia la terraza, llamó con la mano á Felipe. Devorada por la curiosidad, siguió Atanasia al dueño de la ferrería, y en un instante se reunieron en el salón cuantos estaban en el palacio.

—Debo, caballeros, presentaros uno á otro,—dijo la señorita de Beaulieu con terrible sangre fría.

Y designando el Duque á Felipe, añadió:

—Mi primo, el Duque de Bligny.

Volviéndose después hacia Gastón, y desafiando su mirada, prosiguió:

—Duque, el Sr. Derblay, mi futuro esposo.

Un rayo que cayera sobre el palacio no

hubiese producido tan grande emoción como estas palabras en los espectadores de la escena. Atanasia tuvo un vértigo, y su sonrosado semblante se puso de color de ceniza. El Barón y la Baronesa se miraron sorprendidos, y únicamente Bachelin y Susana no demostraron admiración; el notario porque había trabajado con astucia para conseguir este resultado, y Susana porque el cariño á su hermano no le permitió dudar de que la señorita de Beaulieu acabaría por hacer justicia al mérito irresistible de Felipe.

Demostró el Duque entonces que la práctica de la diplomacia no le había sido inútil. Se repuso en seguida, y con actitud irreprochable dirigió al Sr. Derblay una amable sonrisa.

—Le felicito á V., caballero,—dijole con voz apenas trémula,—por casarse con la persona á cuya mano pocos de nosotros éramos dignos de aspirar.

Comprendió Atanasia que en aquel momento precisaba afrontar con serenidad el terrible golpe que le dirigía con su actitud la señorita de Beaulieu, y acercándose á su vez y mirando á Clara con atención, dijo:

—Te deseo toda clase de felicidades.

Añadiendo á media voz y con pérfida sonrisa:

—¿Es un casamiento por amor?

Estremeciéndose la señorita de Beaulieu, comprendiendo instantáneamente su horri-

ble posición. El hombre á quien adoraba estaba allí junto á ella, é iba á partir con su rival. En aquel momento, la inesperada revelación de Clara disipó su cólera, y hablaba aparte con Atanasia, cogiéndola una mano y riendo con la naturalidad de un hombre dichoso; y ella en un impulso de indomable orgullo había decidido de su vida, enajenado su libertad, comprometiéndose con un hombre á quien no podía amar, por embargar su corazón el querido y doloroso recuerdo de otro. Miró al Duque con mortal angustia, y á punto estuvo de atravesar el salón, apartarle de las intencionadamente exageradas coqueterías de Atanasia, y decirle toda la verdad. Pero al verle tan tranquilo, indiferente y ligero, renació en su alma el orgullo y la cólera, que la salvaron de esta debilidad. A toda costa quiso que se creyera no había sido abandonada, y sacrificó resueltamente su porvenir á esta victoria de amor propio. Dirigiendo á Bligny y á la señorita Moulinet una mirada de triunfo, murmuró:

—Me casaré antes que ellos.

IX.

Con increíble rapidez se hicieron los preparativos del matrimonio, pareciendo que todo el mundo en Beaulieu y Pont-Avesnes era cómplice de Clara. Partió Felipe apresuradamente para el Berry en busca de los documentos que le eran indispensables, y al mismo tiempo se dirigió el Marqués á París. El correo y el telégrafo marchaban á cual más de prisa para excitar á los encargados de construir los objetos necesarios, y violenta agitación reemplazó á la calma en que la Marquesa vivía durante un año. Aturdida la excelente señora por los acontecimientos, aceptó, sin hallar la autoridad necesaria para discutirla, la brusca determinación de su hija.

Fiándose de los favorables informes que Bachelin le había dado del señor Derblay, y reconociendo la desinteresada delicadeza con que se portaba el amo de la ferrería, vió con más admiración que inquietud la decidida boda. Sentía que Clara no hubiese esperado algún tiempo para elegir un marido de su clase, pero á la vez dudaba que en este siglo positivo un hombre con título y fortuna quisiera casarse con la señorita de

ble posición. El hombre á quien adoraba estaba allí junto á ella, é iba á partir con su rival. En aquel momento, la inesperada revelación de Clara disipó su cólera, y hablaba aparte con Atanasia, cogiéndola una mano y riendo con la naturalidad de un hombre dichoso; y ella en un impulso de indomable orgullo había decidido de su vida, enajenado su libertad, comprometiéndose con un hombre á quien no podía amar, por embargar su corazón el querido y doloroso recuerdo de otro. Miró al Duque con mortal angustia, y á punto estuvo de atravesar el salón, apartarle de las intencionadamente exageradas coqueterías de Atanasia, y decirle toda la verdad. Pero al verle tan tranquilo, indiferente y ligero, renació en su alma el orgullo y la cólera, que la salvaron de esta debilidad. A toda costa quiso que se creyera no había sido abandonada, y sacrificó resueltamente su porvenir á esta victoria de amor propio. Dirigiendo á Bligny y á la señorita Moulinet una mirada de triunfo, murmuró:

—Me casaré antes que ellos.

IX.

Con increíble rapidez se hicieron los preparativos del matrimonio, pareciendo que todo el mundo en Beaulieu y Pont-Avesnes era cómplice de Clara. Partió Felipe apresuradamente para el Berry en busca de los documentos que le eran indispensables, y al mismo tiempo se dirigió el Marqués á París. El correo y el telégrafo marchaban á cual más de prisa para excitar á los encargados de construir los objetos necesarios, y violenta agitación reemplazó á la calma en que la Marquesa vivía durante un año. Aturdida la excelente señora por los acontecimientos, aceptó, sin hallar la autoridad necesaria para discutirla, la brusca determinación de su hija.

Fiándose de los favorables informes que Bachelin le había dado del señor Derblay, y reconociendo la desinteresada delicadeza con que se portaba el amo de la ferrería, vió con más admiración que inquietud la decidida boda. Sentía que Clara no hubiese esperado algún tiempo para elegir un marido de su clase, pero á la vez dudaba que en este siglo positivo un hombre con título y fortuna quisiera casarse con la señorita de

Beaulieu sin dote, y esta duda le indujo á considerar afortunado el encuentro del señor Derblay en la hora crítica.

Clara hizo cuanto dependía de ella para adormecer la desconfianza de su madre y procurarle absoluta seguridad. Con cara risueña hizo creer á todos que era feliz, y únicamente la Baronesa conocía el secreto de sus angustias y dolores, presenciando sus desalientos y calmando sus iras. Encerrada en su habitación pasó Clara días enteros sin decir una palabra, física y moralmente desfallecida, sin fuerzas para dar un paso, y echada en una butaca con ceño fruncido y sombría mirada. En su dolorido cerebro renacían sin cesar los crueles episodios de la ruptura, no pudiendo acostumbrarse á la repentina ruina de todas sus esperanzas. Investigando si había merecido tal infortunio, no encontraba censura alguna que dirigirse, siendo única causa de aquella desdicha el odio de su rival y la infamia de su novio.

Obligada á considerarse víctima de enemigos encarnizados y mártir de implacable destino, acudieron á su imaginación las ideas de venganza. Consideró la vida como una batalla en la que es preciso acorazarse de desprecio para no ser arrollado, y armarse de audacia para no ser vencido. Arrancó de su alma cuantos escrúpulos le habían entregado agarrotada y sin defensa á sus adversarios, y se juró arrollar en adelante todos los

obstáculos para conseguir su objeto. Agriado el corazón y perturbada la mente, la noble, generosa y tierna Clara convirtiéndose en interesada, mala é implacablemente egoísta, resuelta á sacrificarlo todo por satisfacer su capricho. Pareció que el fuego del dolor había secado su corazón, y hasta su misma belleza se modificó, tomando en cierto modo aspecto marmóreo, y adquiriendo la fría majestad de las estatuas.

Pensando en su próximo cambio de situación, trazóse la línea de conducta que había de seguir invariablemente. Su indiferencia hacia el Sr. Derblay era profunda, no agradeciéndole siquiera la ciega abnegación de que había dado pruebas. Ignorando las generosas intenciones del amo de la ferrería, atribuyó únicamente su condescendencia á la ambición de casarse con ella. Natural era que el joven consintiese en todo por ser esposo de mujer tan rica y por entrar en tan noble familia. Hasta le inspiró desdén la facilidad con que el Sr. Derblay se había prestado á la humillante comedia representada en presencia del Duque, y de esta suerte la admirable generosidad de Felipe pareció á Clara una bajeza, creyendo que encontraría en él un marido sumiso y fácil de conducir. Esto era justamente lo que deseaba. Si el Sr. Derblay se mostraba dócil, se interesaría por él, y apoyándose en todas las influencias de que podía disponer, se en-

cargarla de su porvenir, haciéndole llegar á gran altura. El rango y la importancia que adquiriese su marido compensarían su humilde nacimiento, y en último caso, sería uno más en este siglo de advenedizos.

Alarmada la Baronesa por la terrible tranquilidad con que su prima se disponía á una unión que seguramente le era antipática, procuró averiguar los secretos propósitos de la señorita de Beaulieu, haciéndole repetidas preguntas sobre diferentes cosas, y disimulando la gravedad del interrogatorio con el tono fantástico y ligero que le era habitual.

En vano se esforzó Clara en aparecer indiferente; la amargura le salía por los labios, y dejó ver á la Baronesa la llaga cruel que sangraba en el fondo de su alma. Al confiar á su amiga sus secretos tormentos, experimentó grande alivio, y la Baronesa llegó á conocer todos los sufrimientos de la orgullosa joven, admirando su valor y presintiendo sus resoluciones. Con la experiencia que tres años de matrimonio le habían hecho adquirir, comprendió toda la gravedad de la conducta de Clara, é intentó hacerla ver la realidad de las cosas; pero se estrelló contra una voluntad invencible.

Clara había promulgado para su uso una especie de pena del talión. Sufría por causa de otros, y otros sufrirían por la suya. Tanto peor si eran inocentes. ¿Acaso era ella culpable? Siendo la injusticia regla de humani-

dad, no se cuidaría en adelante del derecho ni del deber, sacrificando uno y otro á su capricho. Para ella los seres convertíanse en medios de acción, y decidida estaba á mover hombres y mujeres como peones de ajedrez, á fin de ganar una triunfal partida. Su principal objeto era vengarse de Atanasia y humillar al Duque, y resolvió sacrificarlo todo á esta triste satisfacción. La primera víctima fué el apasionado y generoso Felipe, que quería devolver á la que adoraba la perturbada calma y la felicidad perdida.

La señora de Prefont no pudo menos de censurar severamente estas intenciones despóticas, esta cruel confusión de lo justo y de lo injusto, hecha con frialdad por Clara en provecho de su egoísmo, pareciéndole tan insensata, que la atribuyó á exageración de sentimientos destinada á desaparecer con el tiempo.

Dijo, sin embargo, á su amiga que no era cosa tan fácil como creía tiranizar á los seres racionales. Seguramente halagaría mucho al señor Derblay entrar en la familia de Beaulieu, y no era gran sacrificio para obtener el ambicionado honor de casarse con Clara el favor que Felipe había hecho á la joven permitiéndole anonadar á sus enemigos en el mismo momento que estos la creían humillada y vencida, favor que la señorita de Beaulieu pagaba con su mano de esposa. Todo esto estaba bien; pero ¿qué porvenir

reservaba á aquel hombre? ¿Cuál sería la actitud de Felipe cuando, al acercarse á su mujer con los brazos abiertos y cariñosas frases, la encontrase grave y fría? La señorita de Beaulieu atribuía á móviles de ambición las gestiones de Felipe. ¿No podían también explicarse por amor? Es cierto que entra ahora por mucho la especulación en los conciertos matrimoniales y que se trata con preferencia del haber de la futura esposa; pero también lo es que á veces se encuentran maridos que aman á sus mujeres. ¿Por qué no había de ser el Sr. Derblay uno de estos fenómenos?

Clara sólo había mirado un lado de la cuestión, y la Baronessa así se lo decía con insistencia. En el matrimonio raras veces la mujer es soberana, siendo por regla general el hombre más inclinado á la dominación. Si el Sr. Derblay, que al parecer sabía muy bien lo que quería, determinaba echar por tierra todos los proyectos de Clara, ¿qué resultaría del choque de estas dos voluntades? No se trataba de una coalición durante breves horas, como la que se ajusta detrás de un abanico para dirigir una intriga de salón ó deshacer alguna maquinación femenil; tratabase de comprometer toda la vida, y no era posible despedir al aliado dándole á besar la punta de los dedos por única recompensa al prestado auxilio; tratabase de un marido, es decir, de una persona á quien se

ligaba indisolublemente, y convenía reflexionar antes de que el matrimonio se realizase, porque una vez casada no era posible deshacer lo hecho. El matrimonio no es una comedia cuyo desenlace llega á los cinco minutos. Podía convertirse en drama con suma facilidad, y siendo aún tiempo, acaso lo mejor era evitarlo.

Estas razones no produjeron efecto alguno á la señorita de Beaulieu, dispuesta á arriesgarlo todo antes que modificar sus proyectos. Había querido que pareciese desairaba al Duque, y resuelto casarse antes que él. Fijado ya el día de su casamiento, nada en el mundo la haría retroceder. Conoció, sin embargo, su imprudencia al permitir que la Baronessa comprendiese tan por completo sus propósitos, y juzgó necesario engañarla, poniendo al efecto risueño semblante y compadeciendo con aspecto tranquilo al pobre señor Derblay, condenado á la triste suerte de casarse con una muchacha como ella, cuyo humor caprichoso y tiránico no estaba bien compensado con las ventajas que el casamiento le proporcionara.

Cayó la Baronessa en el lazo dispuesto por su amiga, creyendo que con el tiempo desaparecería la profunda melancolía y la alarmante irritación de Clara. Sabía que el matrimonio tiene muchas sorpresas para una joven, y que la posesión dulcifica los caracteres más violentos. A solas con su esposo,

la más recalcitrante tiene que rendirse á la razón, y un hombre que no sea tonto y esté muy enamorado puede modificar mucho las ideas de su mujer. En último caso, con el primer hijo la situación cambia por completo, convirtiéndose la tigre en la más humilde oveja.

Estas reflexiones tranquilizaron á la Baronesa, que no era mujer capaz de persistir largo tiempo en la misma idea, y que habiendo tenido gravedad y penetración durante un día, dedicó el resto de la semana á sus habituales divagaciones.

Volvió Felipe de su viaje, trayendo el anillo de boda, un admirable rubí de color rojo sombrío rodeado de brillantes. Temblando pidió el pobre muchacho permiso á la señorita de Beaulieu para ponérselo en el dedo. Clara, miró con desdén esta riquísima alhaja y alargó su blanca mano con orgullosa indiferencia al Sr. Derblay, sin decirle una palabra de agradecimiento. Aquel anillo era símbolo de su compromiso, y le fué odioso. Al día siguiente vió Felipe con gran dolor de su alma que no lo llevaba puesto. No se atrevió á decir nada. Era tan tímido delante de ella! Pero su mirada fija en la mano de la señorita de Beaulieu fué tan elocuente, que no pudo menos de decir la joven: «Perdone V.; jamás llevo sortijas.»

Estas palabras tranquilizaron á Felipe, que había creído ver en el abandono del

anillo una manifiesta repulsión de Clara á cuanto de él procediera. Sabía á qué atenerse en cuanto á los sentimientos de la joven. Presenció la crisis predicha por Bachelin, y no ignoraba que fué aceptado por despecho; pero su pasión era tan grande, tan profunda su ternura, que creyó seguro atraerse aquel extraviado corazón. ¿Qué mujer podía ser insensible á un cariño continuo, atento, delicado y sumiso? La señorita de Beaulieu, al fracasar sus esperanzas, se había replegado dolorosamente en sí misma. ¿Era, sin embargo, posible que á los veinte años, en plena juventud, dejara de palpar para siempre su corazón? ¿Podía creerse que no tuviera ya oídos para escuchar las excitaciones de la vida, ni ojos para ver las sonrisas de la esperanza? Perdidamente enamorado de Clara, no dudó Felipe que se haría amar de ella. La joven creía su corazón muerto, y sólo estaba dormido. Poco á poco se reanimaría y volvería á latir para quien le sacaba de su letargo. Salvando Felipe aquel alma, ¿no tendría algún derecho á ella? Al volver Clara á la vida, al abrir los ojos, al observar la diferencia entre el cariño perdido y el ganado, ¿no recompensaría á Felipe de la salvación haciendo feliz su existencia?

Así lo creía éste durante sus horas de muda contemplación. Obligado desde los primeros años de su juventud á ocuparse de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

graves negocios, no tuvo tiempo de frecuentar la sociedad, siendo extremadamente tímido, sobre todo para con las mujeres. La señorita de Beaulieu le hacía temblar, y nunca se acercaba á ella sin que el corazón le palpitara con violencia. Bastaba á la fría y grave Clara dirigirle una mirada tranquila para hacerle perder su aplomo.

Subiendo la colina que conduce de Pont-Avesnes á Beaulieu, refería Felipe á Susana sus proyectos para el porvenir, indicándole las reformas que ideaba en la casa, y diciéndole cuánto amaba á su esposa. Escuchábale Susana y sonreía al verle tan animado y satisfecho, comprendiendo que aquello era repetir de memoria la lección como por vía de ensayo antes de presentarse á Clara. Cuando en busca de aprobación declale su hermano «¿No es verdad?» le contestaba maliciosamente:

—No es á mí á quien debes referir eso, Felipe, es á ella. Ya sabes que, para mí, cuanto dices es tan atinado y cuanto haces tan oportuno, que siempre soy de tu opinión. No sé si la señorita de Beaulieu...

—Hoy mismo,—exclamaba Felipe,—voy á hablarla de todo esto... ¡Tengo tantas cosas que decirle!

Pero llegaba al palacio, presentábase á Clara, y desaparecía su atrevimiento, balbuceando para decir buenos días, y sentándose en un rincón apesadumbrado de no po-

der enseñar su corazón como un estuche, para que la joven viese los misteriosos tesoros que contenía.

Llegó el frío con los primeros días de noviembre, y no siendo ya posible estar en la terraza, los habitantes del palacio y las visitas permanecían en el gran salón. En esta mayor intimidad encontró Felipe algunas ocasiones de hablar con grande acierto, no de su pasión, porque jamás decía nada de sí mismo, sino de asuntos generales, y hábilmente secundado por Octavio y el Barrón, pudo mostrar la rectitud de su juicio y la solidez de sus conocimientos. Sentada al lado de su madre, que escuchaba distraída junto á la chimenea, poníase Clara á bordar sin apartar los ojos del bastidor. Por la abierta puerta de la sala del billar llegaban al salón las carcajadas de Susana y del Marqués, empeñados en una partida de juego, y siendo los únicos que animaban aquel cuadro. Desde el primer día simpatizaron y se divertían como dos niños.

Furiosa Atanasia por el fracaso de su meditada combinación, volvió á París, llevando consigo á su padre y al Duque.

Moulinet hizo antes una visita de despedida á la Marquesa, que le recibió con amabilidad, porque, á ruego de Clara, la señora de Beaulieu desarrugó el ceño, dulcificó la expresión de su semblante, y acogió al exmiembro del Tribunal de Comercio cual co-

respondía tratándose del futuro suegro de un amado sobrino.

De tal suerte aquella madre consintió en representar su papel en la comedia dispuesta por su ultrajada hija, viéndose obligados los Moulinet y el Duque de Bligny á creer lo dicho en alta voz por la señorita de Beaulieu, y á desechár la idea de que la habían ofendido. Admiró al Duque encontrarse tan inocente cuando se creía tan culpado, y á Atanasia la fortaleza de ánimo de su rival. Sintióse ésta derrotada cuando se creía vencedora, y prometióse tomar terribles represalias.

El casamiento, que ella había proyectado celebrar con gran ostentación en la magnífica capilla del castillo de la Varenne, decidió al fin realizarlo en París, comprendiendo que la burguesía parisién convidada por su padre no vendría de tan lejos para festejarla, y sospechando que las nobles familias de la comarca invitadas por el Duque acaso tampoco se presentasen. Temió, pues, un desaire, no quiso exponerse á él, y se fué, prometiendo volver para el casamiento de su futura prima, de su «buena Clara,» como afectaba llamarla.

Este viaje alivió á Clara. Alejada su rival, parecióle que el aire que respiraba era más puro. Animóse su hermoso semblante, y casi renació su alegría.

Felipe, que había hecho restaurar secre-

tamente las habitaciones de su castillo, algo estropeadas por el tiempo, aprovechó este rayo de buen humor para proponer á la señora de Beaulieu visitar la futura residencia de su hija. La proposición fué aceptada, y al día siguiente todos los habitantes de Beaulieu bajaron á Pont-Avesnes.

La entrada del castillo produjo buena impresión. El gran patio plantado de enormes tilos, el estanque, el castillo mismo rodeado de fosos llenos de árboles frutales, agradaron á Clara. El parque con sus extensas y oscuras alamedas ofrecíale reposo y silencio, y la solemne tristeza de las grandes habitaciones pareció á la joven armonizada con su propia melancolía. Aquel caserón sin horizonte, rodeado de corpulentos árboles, hubiese parecido á cualquiera otra una tumba; á la señorita de Beaulieu le agradó.

Al recorrer las habitaciones principales exhalaba la señora de Prefont gritos de sorpresa y alegría, admirando las ricas antigüedades que en ellas había reunido el padre de Felipe. Los muebles de la época de Luis XIV la arrebataron, y quedó en éxtasis ante los grandes portieres de Bauvais que representaban las batallas de Alejandro. La afición á los objetos antiguos, tan común hoy día, hace peritas á las personas bien educadas. La Baronesa había recorrido muchas almonedas, y maravillaba oír la valorar las credencias talladas de época de Enrique III.

y las antiguas porcelanas de Sajonia. Con particular habilidad daba un golpecito seco á los platos de loza artística para averiguar si estaban intactos. Iba de salón en salón con la vivacidad y charlatanería de una cotorra, ensordeciendo á su tía, para quien estaba en griego aquella fraseología de charlatán. Unicamente Brígida comprendió el entusiasmo de la Baronesa por el mobiliario que hacía tanto tiempo cuidaba con un esmero digno de los elogios prodigados por la joven.

Susana y Octavio ni siquiera entraron en el castillo. Recorrieron hablando el parterre, y después acudió Susana de pronto á la cocina, volvió con un gran pedazo de pan, y se puso con el Marqués á echar migajas á las carpas del estanque. Media hora estuvieron divirtiéndose en ver los esfuerzos de los glotones animales por llevarse una gruesa corteza de pan que sobrenadaba. En cuanto al Barón, excitado por la vecindad de la ferrería, dirigióse en seguida á los talleres.

Mientras que la Baronesa inventariaba el mobiliario de Pont-Avesnes y Felipe hacía á la señora de Beaulieu los honores de la casa, quedose Clara á la espalda, y por una puerta que daba á una escalinata salió al parque. Oíanse á lo lejos los martillos de la ferrería golpeando sobre los yunques, y los altos hornos roncaban arrojando hacia el cielo espesa humareda. El parque era pro-

fundo y misterioso. El ruido de la fábrica y el silencio de la arboleda formaban un contraste que sedujo á Clara. Entró ésta por las alamedas bajo bóveda de ramas y hojas que el viento del otoño había enrojecido ya, y paseando lentamente entregose á grave meditación.

Aquel parque sombrío y desierto parecióle sitio perfectamente escogido para encerrar en él su vida. Las ramas secas que crujían bajo sus pies, habían caído de los árboles como las esperanzas de su corazón. Sus ilusiones desaparecerían de igual manera que esparcía las hojas secas. Como aquellos grandes troncos mudos y desolados, estaba ella inerte y fría, y siguió por la oscura alameda, alegrándola la tristeza del paisaje. De pronto, á una vuelta del camino, presentose á sus ojos por ancha abertura la campiña llena de sol, extendiendo á lo lejos sus secundas praderas. Aquel cuadro que apareció de repente produjo á Clara violenta impresión, por lo identificada que estaba ya con la sombría naturaleza del parque. La alegría reemplazaba en un momento á la tristeza, y á las alamedas lúgubres y negras los campos fértiles y llenos de vida. ¿Sucedería á ella lo mismo? ¿Podrían de igual modo cambiar sus actuales sentimientos? La joven apartó la vista con ira del alegre paisaje, y volviendo á la soledad, á la tristeza y á la sombra, rechazó las promesas que el porvenir le hacía.

Cuando admirados y algo inquietos por su larga ausencia, la Baronesa, Felipe y la señora de Beaulieu salieron á buscarla, vieronla venir despacio y silenciosa. Estaba tranquila y risueña; sólo sus ojos, húmedos todavía por las secretas lágrimas vertidas, atestiguaban la dolorosa lucha de su corazón.

Pudo al fin sustraerse el Barón á sus queridas observaciones científicas; Susana y Octavio abandonaron la barca con que habían surcado el estanque; y la Marquesa subió al carruaje, llevándose á Felipe y á su hermana á comer á Beaulieu.

Ocho días faltaban solamente para el momento tan deseado por el orgullo de Clara y el amor de Felipe, y á medida que se aproximaba la fecha del casamiento crecía la agitación nerviosa de la joven. Cuantos la vieron en aquella semana podían creer que esta unión la hacía feliz; tal era su prisa de que se verificase, como si temiera que á última hora ocurriese algún obstáculo.

Sin cesar llegaban cajas á la estación del ferrocarril, llevadas inmediatamente al palacio, donde parecía que las campanillas tenían el baile de San Vito; y los criados, acostumbrados á la calma y al tranquilo servicio de provincias, corrían como demonios.

Al hacer el convite para la boda, la señorita de Beaulieu tomó determinaciones que asombraron á su familia. Declaró que de-

seaba que la ceremonia nupcial se verificase á media noche sin pompa alguna en la pequeña iglesia de Pont-Avesnes, y que sólo la presenciaran las personas de la familia. La Marquesa tocó al cielo con las manos; la Baronesa cayó medio desfallecida sobre una butaca, permaneciendo diez minutos sin hablar; Octavio preguntó á su hermana secamente si se había vuelto loca; sólo Felipe no dijo su opinión.

Sin manifestar los motivos, insistió Clara en sus deseos contra la opinión de todos sus parientes. ¡Casarse á media noche! Ya era esto cosa rara, aunque todavía estuviese en moda entre la aristocracia parisiense. ¡Una misa sencilla! Clara se consideraba quizá viuda del Duque, y por tanto de luto. En rigor se podía tolerar el matrimonio á media noche; pero, ¿no convidar á nadie? ¿Hacer á hurtadillas cosa de tanta importancia? ¿Dar ocasión á que se creyera que la señorita de Beaulieu se avergonzaba de su marido? Además, aquella determinación podía ser mal augurio.

Este último argumento expuesto por la Baronesa, no tuvo más fuerza que los otros.

Obligado Felipe á emitir opinión, resolvió el asunto declarando que cuanto deseara la señorita de Beaulieu le parecía excelente, y que por su parte no veía obstáculo en que se realizara por completo su voluntad.

Puesto que el principal interesado no ha-

cia objeciones, la oposición cesó. Muy contrariada la Baronesa porque había hecho traer de París un magnífico traje para la ceremonia, dijo riendo que aquel matrimonio iba á ser como los que se celebran en los dramas patibularios de la Puerta de San Martín, cuando el condenado á muerte es autorizado por real gracia para casarse en el calabozo con la que ama, momentos antes de subir al cadalso.

El día antes de la boda verificóse la firma del contrato matrimonial. Obligado Bachelin á escoger entre sus dos clientes, puesto que era á la vez notario del señor Derblay y de la señorita de Beaulieu, tomó por adjunto á uno de sus colegas de Besancon, y él representó á la noble familia de la que habían sido notarios sus antepasados durante siglos. El viejo practicion escamoteó la lectura del contrato con extraordinaria habilidad, y aun escuchando Clara atentamente aquel laberinto de cláusulas leídas con rapidez y entre dientes, no hubiera podido enterarse de su verdadera situación. Continuó, pues, la joven ignorando su ruina, y al ofrecerle Bachelin la pluma, más trémulo y conmovido que ella, firmó el acta por la cual adquiría, sin saberlo, la mitad de la fortuna del señor Derblay.

Firmado el contrato, sintió Felipe que se le quitaba un peso de encima; pero después confesó que no había llegado á estar com-

pletamente tranquilo sino cuando preguntando el alcalde á la señorita de Beaulieu: «¿Consiente V. tomar por marido al Sr. Felipe Derblay?» oyó á Clara responder con firme acento: «Sí.»

X.

Iba á dar la una de la mañana cuando abandonó Susana, completamente vestida de blanco, la sacristía, antes de terminar la ceremonia, y llegó como torbellino á la morada de los recién casados. Junto á la chimenea del salón pequeño, estaba Brigida, de rodillas, moviendo con vigorosas manos un fuelle para activar el fuego, cuyos resplandores iluminaban la plancha de hierro flor-de-lisada del hogar. Al oír la puerta, volvió la cabeza la excelente muchacha, y sin levantarse, con el fuelle en la mano, miró con prolongada sonrisa á la señorita Derblay.

— ¡Hola, señorita Susana! ¿Vuelve V. ya de la iglesia?—dijo.—¿Ha terminado el casamiento?

— Sí, ha terminado completamente, querida, y acabo de dejar á todo el mundo con nuestro buen cura, por venir á echar por aquí la última ojeada. Ya tenemos nueva

cia objeciones, la oposición cesó. Muy contrariada la Baronesa porque había hecho traer de París un magnífico traje para la ceremonia, dijo riendo que aquel matrimonio iba á ser como los que se celebran en los dramas patibularios de la Puerta de San Martín, cuando el condenado á muerte es autorizado por real gracia para casarse en el calabozo con la que ama, momentos antes de subir al cadalso.

El día antes de la boda verificóse la firma del contrato matrimonial. Obligado Bachelin á escoger entre sus dos clientes, puesto que era á la vez notario del señor Derblay y de la señorita de Beaulieu, tomó por adjunto á uno de sus colegas de Besancon, y él representó á la noble familia de la que habían sido notarios sus antepasados durante siglos. El viejo practicion escamoteó la lectura del contrato con extraordinaria habilidad, y aun escuchando Clara atentamente aquel laberinto de cláusulas leídas con rapidez y entre dientes, no hubiera podido enterarse de su verdadera situación. Continuó, pues, la joven ignorando su ruina, y al ofrecerle Bachelin la pluma, más trémulo y conmovido que ella, firmó el acta por la cual adquiría, sin saberlo, la mitad de la fortuna del señor Derblay.

Firmado el contrato, sintió Felipe que se le quitaba un peso de encima; pero después confesó que no había llegado á estar com-

pletamente tranquilo sino cuando preguntando el alcalde á la señorita de Beaulieu: «¿Consiente V. tomar por marido al Sr. Felipe Derblay?» oyó á Clara responder con firme acento: «Sí.»

X.

Iba á dar la una de la mañana cuando abandonó Susana, completamente vestida de blanco, la sacristía, antes de terminar la ceremonia, y llegó como torbellino á la morada de los recién casados. Junto á la chimenea del salón pequeño, estaba Brigida, de rodillas, moviendo con vigorosas manos un fuelle para activar el fuego, cuyos resplandores iluminaban la plancha de hierro flor-de-lisada del hogar. Al oír la puerta, volvió la cabeza la excelente muchacha, y sin levantarse, con el fuelle en la mano, miró con prolongada sonrisa á la señorita Derblay.

—¡Hola, señorita Susana! ¿Vuelve V. ya de la iglesia?—dijo.—¿Ha terminado el casamiento?

—Sí, ha terminado completamente, querida, y acabo de dejar á todo el mundo con nuestro buen cura, por venir á echar por aquí la última ojeada. Ya tenemos nueva

señora en la casa, y es preciso que esté satisfecha en ella.

—¿Cómo no ha de estarlo,—exclamó Brígida,—viviendo con nuestro Felipe? Además, si el pájaro es lindo, la jaula también es bella.

Y al decir esto, miraba la criada con admiración el magnífico y severo mueblaje de la época de Enrique III que adornaba la estancia, acariciando con la vista los grandes sillones de respaldos tallados, las mesas de torneados pies, y las paredes cubiertas con viejo cuero de Córdoba, cuyo oro oscurecido por el tiempo brillaba discretamente en la sombra. Por una puerta entreabierta se veía el dormitorio, apenas alumbrado por un quinqué, cuya luz reflejaba en las tres lunas de un magnífico armario de espejo de estilo Luis XVI.

—¿Y por aquí, está todo arreglado?—preguntó Susana indicando el dormitorio.

—Todo, puedo asegurarlo porque yo misma he cuidado de ello. La boda vuelve locos á nuestros criados, y no se puede con esos holgazanes.

Acercándose después á la joven con maliciosos ojos, añadió:

—¡Cuando se piensa, señorita, que dentro de uno ó dos años tocará á V. revolver la casa!

Susana se sonrojó y volvió la cabeza algo turbada.

—No se trata de mi afortunadamente, Brígida.

—¿Afortunadamente?—repitió la criada.—¡Ah! ¡Tanto mejor! Pero ¿quién es ese gentil caballero que la llevaba del brazo al partir y que parecía tan atento con usted?

—El Sr. Octavio de Beaulieu,—contestó la joven dando, por disimulo, una vuelta alrededor del salón como si pasase la última revista;—el hermano de la señorita Clara.

—Sí, ¿eh?—dijo riendo Brígida;—pues me parece muy aficionado á oler nuestras flores de azahar.

—¡Vaya, vaya! No sabes lo que dices,—replicó Susana, roja hasta la raíz de los cabellos.

El ruido de varios carruajes rodando por la arena del patio interrumpió oportunamente la charla de Brígida. Asomóse Susana precipitadamente al balcón. Las luces de los coches iluminaban el verde sombrío de los árboles.

—Aquí están todos,—exclamó la joven.

Y abriendo la puerta, pasó al gran salón en el momento en que la Baronesa, encapuchada y vestida como para una expedición al polo norte, entraba seguida de Octavio y del Barón, y decía:

—No hay que molestarse. Somos nosotros. ¡Aquí hay fuego! ¡Qué felicidad! Estoy hecha un témpano.

Y arrastrando una butaca, se instaló la jo-

ven frente á la chimenea, levantándose el vestido y acercando á la lumbre sus menudos pies calzados con zapatos de satén negro. Exhaló en seguida un suspiro, dejó caer sobre la cintura su abrigo de pieles, y dijo: — ¡Ah! Esto ya es otra cosa.

Seguían llegando coches sin interrupción conduciendo á los parientes de la señorita de Beaulieu, á los testigos del Sr. Derblay y á algunos amigos íntimos á quienes había sido indispensable convidar. El Sr. Moulinet, Atanasia y el Duque habían asistido á la ceremonia. La famosa berlina de gala y las libreas de calzón corto, sirvieron en esta ocasión. Desgraciadamente la oscuridad era profunda, y el esplendor de este brillante tren no produjo todo el efecto apetecido. Moulinet hubiese dado cien pesetas porque al menos luciese la luna; pero el astro de la noche era insobornable y no se presentó.

Por lo demás, la desilusión de Moulinet no pudo ser mayor. Llegado de París para asistir á un matrimonio aristocrático, encontróse con la ceremonia más burgués. Cuando esperaba ver representadas en la boda á las familias más nobles, veía en el salón únicamente al notario que le había vendido la posesión de la Barenne, y á los parientes y testigos de los recién casados. Aquello era una irrisión.

Hubo un momento, sin embargo, en que Moulinet, verdaderamente conmovido, com-

prendió que la ceremonia tomaba grandiosas proporciones, y este momento fué cuando al ir desde Beaulieu á la iglesia, tuvieron que atravesar los coches por entre la compacta multitud de los trabajadores del señor Derblay, silenciosamente agrupados en la plaza. Aquellas buenas gentes no habían sido convidadas á la misa, pero quisieron estar en la puerta del templo para cuando pasara su querido amo, á fin de saludar á su joven esposa; y vestidos con los trajes de días de fiesta, estaban allí esperando la comitiva. En la oscuridad de la noche, aquella masa de mil quinientas á dos mil personas hablando en voz baja, parecía enorme, y cuando, al paso de los coches, todas aquellas cabezas se descubrieron, sufrió Moulinet violenta emoción. Quiso sonreír y saludar como había visto hacerlo muchas veces á personajes oficiales en tales casos, pero no se lo permitió su turbación, y sintiendo apretada la garganta, se echó á reír sin saber por qué.

Vuelto en sí por una mirada irridadísima de Atanasia, bajó del carruaje con afectada dignidad, irguiendo la cabeza y estirando los pliegues de su pantalón gris perla, un poco arrugado. La iglesia le pareció estrecha y sucia. Sentóse haciendo un gesto en los bancos de madera que había en el coro, y dirigió á la concurrencia miradas de dominación. Apenas ardían veinte velas en

el altar mayor, y el buen cura se había puesto los mismos ornamentos sacerdotales que le sirvieron ocho días antes para casar á la hija del ebanista. Tenía Moulinet el viejo lastre volteriano de antiguo suscriptor de *El Siglo*. Sintióse con humor de burlas, é inclinándose hacia el Duque, quiso entablar conversación; pero éste, levantando la vista, le miró de un modo tan raro, que el padre de Atanasia creyó oportuno no insistir, aplicando su atención á la ceremonia, que continuaba tan sencilla como pudiera serlo para un pobre. Únicamente el órgano, tocado por hábiles manos, acompañó con sus cantos las palabras del sacerdote, y bajo aquellas bóvedas frías y desnudas las notas graves del instrumento resonaron con profunda melancolía.

Pálido y con el ceño fruncido, parecía el Duque gravemente absorto. Aquel canto le hacía daño, y de pronto acudió á su memoria la ceremonia del funeral de su padre en la iglesia de San Germán de los Prados, oyendo los lamentos del órgano y viendo la misma oscuridad salpicada de puntos brillantes por las llamas de las velas. Igual era el olor de la cera y del evaporado incienso que asfixia. Tenía entonces á su lado á su tía, que lloraba mirándole, y á Clara y Octavio, vestidos como él de luto, que le estrechaban tiernamente las manos; ahora estaba solo, separado para siempre de las queridas

personas que entonces le rodearon y consolaron y fueron para él tan buenas. Voluntariamente había roto los lazos que á ellas le unían. Clara, á quien adoró, era ya esposa de otro, y él en cambio iba á ser esposo de una persona extraña, y bien reflexionado, instrumento de sus odiosos proyectos. Inmensa tristeza se apoderó de su alma, deplorando amargamente su debilidad. Pagaba con la más negra ingratitud la deuda contraída con los que le recogieron y amaron cuando quedó huérfano. Pero ¿acaso no le alcanzaba el castigo? Al abandonar á Clara, ¿no renunciaba á su felicidad?

Comparó entonces la conducta de Felipe con la suya, y tuvo que reconocer que éste se había mostrado tan adicto y generoso, como él ingrato y egoísta. Felipe podía casarse con la mujer que amaba, aunque ella no tuviese fortuna, porque él trabajaba. Sintió el Duque amargamente su inutilidad, comprendiendo que era en el mundo un valor negativo, un cero que para tener alguna significación necesita un número á la izquierda. Para poder sacar algún partido de sí, era preciso que un rico burgués se diese tono con su aristocrático rango. Pero por sí mismo ¿qué podía hacer? Nada; era un hombre de lujo que se adquiere como se compra un hermoso caballo de paseo.

Estas reflexiones, nuevas para él, le inspiraron profundo horror hacia Moulinet, de

quien se consideró esclavo, y resolvió, furioso, sublevarse contra su poder y dominarle. Al mismo tiempo se le presentó Atanasia tal y como era en realidad: una muchacha de la clase media sin amplitud de ideas, sin grandeza de carácter, envidiosa y malévola, arrodillada en el reclinatorio con un vestido demasiado lujoso para doncella, bostezando distraída con aburrido semblante. Sus ojos se dirigieron después hacia Clara, que, inclinada bajo los blancos velos, parecía preocuparse sólo de su oración. En el movimiento de sus hombros adivinó el Duque que lloraba.

Junto á ella, de pie, inmóvil y con severo semblante, estaba Felipe. ¿Era aquel hombre el que ella amaba, el que había preferido al Duque? En aquel momento adivinó Bligny la verdadera significación de los actos de la señorita de Beaulieu. La situación, oscura para él desde quince días antes, se aclaró de repente, comprendiendo el papel que representaba el amo de la ferrería. Al ver á Clara tan bella en medio de su dolor, acudió á su mente una idea que le produjo furtiva sonrisa. El Bligny sincero y cariñoso durante dos semanas, desapareció para siempre, reemplazándole el escéptico, frío y libertino Bligny producto de la corrupción rusa.

Prometiéndose grata venganza contra aquel señor Derblay, principal instrumento de su

humillación. ¿Era posible sufrir que este ferón poseyese definitivamente una mujer tan encantadora como lo era Clara? Ya lo haría ver él dentro de poco. «Clara llora, dijo para sí; luego detesta á ese hombre y aún me ama.»

Recobró todo su aplomo. Hasta aquel momento había estado triste y aburrido; pero sintiéndose en buen terreno, tomó la actitud orgullosa y despreocupada de gran señor seguro de su superioridad.

Habiéndose vuelto hacia él la Baronesa al terminar la misa, dirigióla una mirada tan irónica que la joven frunció el ceño con la instintiva hostilidad de perro de guarda que olfatea persona mal intencionada.

Cuando al terminar la misa pasaron todos á la estrecha y pobre sacristía, y la desposada, levantando el velo, presentó su semblante á amigos y parientes, buscó en vano el Duque en el rostro de Clara la huella de las lágrimas que la había visto derramar en silencio. El fuego de su orgullo las había secado, y tranquila y risueña hablaba con una serenidad que desagradó al Duque, deseoso de verla abatida. Pensó que la orgullosa joven se defendería contra él y que habría lucha, pero prometióse combatir y no desesperó de triunfar.

Al subir á la lujosa berlina con su futuro suegro y Atanasia, tuvo que soportar la multitud de observaciones que no le pudo

hacer Moulinet durante la ceremonia. El exmiembro del Tribunal de Comercio no comprendía que se celebrasen casamientos de aquel modo, á media noche, en una iglesia sepulcral donde el frío caía sobre las espaldas como manto de plomo. Dentro de tres semanas conduciría á su hija al altar, y veríase entonces lo que, en su concepto, era una boda. La misa se verificaría en la Magdalena, y ya había encargado que la ceremonia se realizase con el lujo más costoso. Todo el coro estaría iluminado, la iglesia llena de flores y arbustos, y en fin, habría música, coros y solos.

—Soli,—interrumpió el Duque en italiano, aburrido ya por aquellos propósitos de esplendor.

—Solos ó soli...—replicó Moulinet sin dar gran importancia á la exactitud de los términos;—cantos ejecutados por artistas de la Opera, el Sr. Faure y los mejores que haya. Costará lo menos quince mil pesetas, pero ¿qué importa? Moulinet no casa todos los días una hija, y conviene que se hable de la fiesta durante largo tiempo.

—Por poco que se hable, señor mío, se hablará demasiado,—interrumpió el Duque en tono tan punzante como la afilada punta de un cuchillo.

—Pero yerno...—empezó á contestar Moulinet ofendido.

—Pero, señor,—interrumpió de nuevo el

Duque,—en primer lugar aun no soy su yerno, y además agradeceré á V. sobremedera que no vuelva á usar en mi presencia ese vulgar y ordinario apelativo. Llegamos ya á casa del Sr. Derblay, y le ruego que, por conveniencia de todos, hable lo menos posible.

Paró el coche; bajó despacio el joven, y ofreció su mano á la señorita Moulinet para ayudarla á poner el pie en tierra, mientras que el exmiembro del Tribunal de Comercio, muy contrariado, preguntábase con inquietud si le tomaba el Duque por algún bestia.

Arrellanada la Marquesa en una ancha butaca en el gran salón de Pont-Avesnes, escuchaba lo que Bachelin le decía en voz baja. Aquella misma mañana había rogado la señora de Beaulieu al notario que pidiese permiso á Felipe para decir á Clara la verdadera situación de su fortuna. Hecho el casamiento, creyó la Marquesa justo que supiese la joven su ruina y el cariñoso desinterés de su marido, quien de esta suerte recibirla la merecida recompensa por su delicadeza.

Deseando Felipe evitar todo motivo de pena á Clara, negó su permiso. No quería que al poner la joven los pies en su casa pudiese creer que entraba en cierto modo humillada. ¿Para qué amargar aquella alma delicada y sensible? ¿Para procurarse una satisfacción de amor propio? ¿Para ponerla

en el caso de demostrar humilde agradecimiento? Juzgó indigno de él apelar á tales medios para conquistar el cariño de la señorita de Beaulieu. Quería algo más que su agradecimiento. Aspiraba á su amor.

—Mi querido Bachelin, haré lo que el señor Derblay desea,—respondió la Marquesa;—pero no sé si en su caso me portaría yo con tan refinada delicadeza. Confieso que en todas las circunstancias me admira ese joven: tiene una nobleza de miras y una elevación de carácter sorprendentes. Es de seguro un hombre extraordinario.

—Ya tuve el honor de decirsele á usted, señora Marquesa, cuando por primera vez le hablé de él, según recordará,—respondió Bachelin.—Es un perfecto caballero.

—Sí, sí, hemos tenido buena elección,—añadió la Marquesa,—y á V. debemos este feliz resultado. Espero que mi hija sabrá, como nosotros, estimar á su marido... ¡Qué pálida está, Bachelin!

Volvió el notario la cabeza, y vió á Clara con el semblante tan blanco como una muerta bajo su corona de azahar, pareciéndole Julieta al levantarse de su lecho de mármol despertada por la voz de su adorado Romeo. Aproximóse á ella el Duque, é inclinándose con melancólica sonrisa, dijo:

—Nos vamos, Clara, y antes deseo hablar contigo. Tengo el alma triste y dolorida, y con una palabra tuya puede recobrar la

tranquilidad. Sé buena y dime que me perdonas.

Clara levantó orgullosa la frente, y dirigiendo al Duque una mirada triunfal, respondió con voz tranquila:

—Todo lo he olvidado. Amo á mi marido. Adiós, Duque.

Bligny se estremeció, y devolviendo bravata por bravata, dijo:

—Me alegraré que lo que dices sea sincero.

Y añadió en tono casi amenazador:

—Hasta la vista, Clara.

E inclinándose de nuevo ante ella, se apartó.

—¡Qué! Duque, ¿se va V. ya?—dijo el Barón, deteniéndole al paso.

—Sí,—respondió el Duque con frialdad;—nada tengo que hacer aquí. Ahora le toca al marido.

—Sí, ¿eh? No veo á V. muy satisfecho. ¡Parece que siente V. ver casada á Clara!

Con irónica mirada indicó el Duque á la señorita de Beaulieu, que apenas podía tenerse en pie.

—¿Sentirlo?—dijo.—¿Soy yo quien lo siente?

—Me parece, querido, la respuesta algo vanidosa y no poco ridícula; pero puesto que se cree V. tan vencedor, hágame el favor de mirar al Sr. Derblay, y dígame si tiene facha de marido á quien se roba la mujer.

Miró el Duque á Felipe, que en un rincón de la sala mostraba su elevada estatura. Su rostro, curtido por la intemperie, respiraba energía, y la cólera de un hombre como aquél debía ser terrible.

—¡Bah! ¡bah!—dijo el Duque con su habitual ligereza.—Desde Vulcano los herreros tienen mala suerte en estos asuntos.

—Pues bien,—respondió el Barón con gravedad,—créame V.; guárdese de un martillazo.

Encogióse de hombros Bligny con menosprecio, y acercándose á Moulinet, le dijo:

—Cuando V. quiera nos iremos.

—No seré yo quien le detenga,—murmuró el padre de Atanasia.—¡Qué recepción, querido Duque! ¡Ni siquiera se nos ha ofrecido un vaso de agua! Entre nosotros los burgueses, se llama esto una boda seca. Ya verá V. cómo yo hago las cosas... He de dar dos comidas y un baile que causen sensación, y cuando los convidados salgan de mi casa no llevarán de seguro el estómago en los talones.

Moulinet podía continuar impunemente enumerando sus proyectados esplendores, porque el Duque no le oía. Miraba á Atanasia, que al despedirse de Clara cogíale las manos y entregábase á ruidosas demostraciones de ternura.

—Este verano seremos vecinas,—de-

cla,—puesto que la Varenne sólo dista una legua; pero ¡qué falta me vas á hacer durante el invierno! ¡Ah, sin tí me parecerá París desierto! ¿Te encerrará sin remisión el Sr. Derblay en Pont-Avesnes? Bien sé que aquí nada puedes desear, porque amas y eres amada... Prométeme que te acordarás de mí en tus alegrías y en tus tristezas, si las tienes. Bien sabes que tomaré parte en unas y otras.

Clara oyó impasible estas pérdidas y crueles palabras.

—Puedes estar segura—respondió—de que aprecio tu amistad en su justo valor; pero ya sabes que la dicha no busca confidentes; seré feliz sin decirlo.

Con la rabia en el corazón, y desesperando de poder domar á su intrépida enemiga, quiso al menos no evitarle ninguna vejación.

—¿Quieres besarme?—dijo.

—Con mucho gusto,—respondió sin titubear Clara.

Y sus labios ardientes y suaves se posaron en la frente de Atanasia.

Pero la joven tenía ya agotadas sus fuerzas, y cogiéndose vivamente al brazo de la Baronesa, que estaba cerca de ella, la llevó fuera del salón, diciéndola:

—Salgamos; me ahogo.

Alarmada la Marquesa, siguió á su hija. Instantáneamente se descompuso el rostro de Clara; hundiéronse sus ojos en las órbi-

tas, se le estiró la boca, y pareció que iba á desfallecer; pero la energía de su alma dominó una vez más su cuerpo, y mirando con ternura á su madre, que se inclinaba ansiosa hacia ella, dijo:

—No es nada; un poco de fatiga y de emoción... pero ya me siento mejor.

Sin embargo, la rubicundez de la fiebre coloreaba sus mejillas, y brillaban sus ojos. La Marquesa, á quien su hija había ocultado cuidadosamente los tormentos que la agitaban, tuvo entonces vaga sospecha de que la engañaba Clara. Aquella unión que tan por completo la satisfacía, ¿proporcionaría á su hija la merecida dicha? ¿Había ésta aceptado el compromiso con ánimo tranquilo y confiado corazón? En un segundo reflexionó la excelente señora más que lo había hecho en quince días, imaginando multitud de preguntas á que no pudo contestar. Acostumbrada á soportar la voluntad de los demás; habiendo tenido que conformarse con las infidelidades de su marido; resignada al cariñoso despotismo de su hija; sufriendolo todo, nunca se preocupó de la responsabilidad. Era una de esas personas sin carácter, que se acomodan á todas las situaciones y no comprenden que se trate de modificar su destino. Dejó á Clara hacer lo que quiso; pero en aquella hora solemne preguntóse si al dejarla había obrado con prudencia. Muy turbada buscó en los ojos de su hija una

respuesta afirmativa, y cogiéndola en sus brazos la dijo:

—Eres feliz, hija mía, ¿no es verdad? Ya ves, mi papel de madre ha terminado... vas á ser dueña de tu vida... dime si he hecho cuanto dependía de mí para que seas feliz.

Vió Clara en los ojos de su madre la angustia que sufría, y haciendo un último esfuerzo para engañarla, contestó abrazándola tiernamente:

—Sí, querida mamá, me has hecho feliz. No tengas duda ni preocupación ninguna.

Al oír esta respuesta la Marquesa, prorumpió en llanto, y añadió su hija con voz ahogada:

—No me entristezcas... Podría creerse...

Sin completar la frase, y estrechando nerviosa por última vez á su madre en los brazos:

—Véte,—la dijo,—es preciso separarnos... véte... Hasta mañana.

Tranquilizada la señora de Beaulieu por la aparente calma de su hija, recobró la serenidad y entró en la sala sin preocupación alguna.

En aquel momento volvió Susana con Brígida de la habitación de la señora Derblay. Desconfiando un poco la joven de la destreza de su fiel jurasiana, había querido acompañarla para suplir cualquier olvido en el servicio. La tierna niña, ligera como un pájaro, daba vueltas por la estancia preocu-

pándose de los menores detalles y velando por todo. Clara la había mirado silenciosa y descontenta, sospechando irritada que encontraría en la hermana de su marido una vigilante continua, cuyos ojos, excitados por el cariño fraternal, advertirían todos sus sobresaltos, todos sus desfallecimientos. Miró á Susana como á una espía natural, y arrebatada por la exageración de sus sentimientos, empezó á odiarla. Entre tanto la joven había quitado á Clara el velo y la corona, y con delicadeza los removía entre sus dedos, ahuecando los pliegues del tul, enderezando las flores, visiblemente atormentada por secreto deseo que no se atrevía á dar á conocer.

Por fin se acercó á la señora Derblay, y la dijo ruborizada:

—Hermana mía, creen en esta comarca que la flor cogida de la corona de una recién casada á quien se ama proporciona dicha. Yo amo á V. tiernamente. ¿Me permite usted que tome una de estas flores?

Miró Clara con frialdad á la joven, y haciendo un brusco movimiento arrancó la guirnalda que adornaba su vestido y la arrojó á sus pies, exclamando:

—Si estas flores proporcionan dicha, me son inútiles. ¡Ahí las tiene V.; tómelas todas!

Retrocedió admirada Susana; el ramo que tenía en la mano cayó á sus pies, y mirando

á Clara con ojos llenos de lágrimas, la dijo dulcemente:

—Parece que no le importan á V. esas flores. Y, sin embargo, es mi hermano quien se las ha dado.

La queja de aquella niña perturbó á Clara, que quiso al pronto remediar lo hecho; pero su arrebatado carácter se lo impidió, y la mano que había alargado á Susana la retiró sin estrechar la de la niña.

—Déjela V., hija mía,—dijo al mismo tiempo la Baronesa á la señorita Derblay.—Necesita calma. No se disguste V. y recoja el ramo. Le servirá de modelo para dentro de poco tiempo.

Y con semblante risueño acompañó á Susana tranquila y confiada hasta la puerta del salón. Volviendo después hacia Clara, que había quedado sentada con la mirada fija sin decir palabra y sumida en dolorosas reflexiones, la dijo:

—Pero, querida, ¿en qué estás pensando? ¡Maltratas á esa pobre niña sin motivo alguno! ¿Conseguirás por fin dominar tus nervios? Francamente te digo,—añadió echándolo á broma,—que si te llevaran al suplicio al són de la marcha fúnebre del quinto acto de la *Hebrea*, no tendrías un aspecto más aterrado.

Dirigió Clara á su amiga una mirada tan llena de censuras, que ésta se puso inmediatamente grave.

—Vamos, pues,—añadió,—dime lo que ocurre.

Levantóse Clara, dando algunos pasos sin dirección fija, y acercándose al fin á la Baronesa, la cogió angustiada las manos.

—¿No ves—la dijo—cuánto sufro? ¿No comprendes que me vuelvo loca? Dentro de un instante saldréis de aquí todos los que me amáis, y quedaré sola en este caserón para mi desconocido. ¿A quién acogirme entonces? Cuanto se relaciona con mi pasado se deshace; cuanto formaba mi porvenir ha desaparecido.

—Te afliges como si estuvieras verdaderamente abandonada. ¿Acaso no cuentas con el constante amor de tus parientes? ¿Acaso no adquieres otros nuevos y sinceros afectos? Ahí tienes á tu marido: te adora y debe inspirarte confianza.

Al pronunciar la frase «tu marido,» observó la Baronesa que Clara se estremeció.

—¡Oh! ¡Si supieras lo que me pasa!—murmuró la joven.—Este casamiento, que por un arrebató de mi orgullo he querido hacer á pesar de todo, hecho ya, me horroriza. Quisiera huir del hombre que es mi marido. No me dejes; quédate aquí; no se atreverá á venir mientras estés conmigo. ¡Oh! Ese hombre... ese hombre que es el primero á quien temo... ¡Cómo le odio!

—Pero ¡Dios mío, me espantas!—exclamó la Baronesa verdaderamente asusta-

da.—Acaso no se haya ido aún tu madre. ¿Quieres que la llame?

—No,—respondió con viveza Clara.—Que nada sepa. Ya has visto cómo me he contenido en su presencia. Preciso es que ignore mis temores y mi desesperación. ¡Madre querida! Por lo mucho que me adora, por debilidad, me ha animado y ayudado á realizar este casamiento... ¡Si supiera!... ¡Oh! ¡No! Basta con que yo sufra. Cuanto se ha hecho lo he hecho yo, y yo sola debo sufrir el castigo. Mis abatimientos no tienen excusa, y son indignos de mí. Tranquilízate, no se renovarán.

Y mostrando á la Baronesa, que la observaba inquieta por la aspereza de su voz y la violencia de sus palabras, un rostro impenetrable:

—Vé á unirte con tu marido,—añadió.—No te alarmes ni preocupes. Abrazame y olvida, al atravesar el umbral de esa puerta, cuanto he dicho. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo,—dijo la Baronesa.—Hasta mañana.

Y ahogando un suspiro, mirando por última vez á su amiga, murmuró al salir la señora de Prefont:

—¡Pobre Clara!

XI.

Sola en la grande habitación, miró Clara vagamente alrededor de aquella severa y silenciosa estancia. Las luces iluminaban débilmente los antiguos tapices que cubrían las paredes, representando la admirable serie de los amores de Reinaldo y Armida. Bajo tienda de púrpura y oro, acostado el caballero á los pies de la encantadora, sonreía, levantando con débil brazo ancha y cincelada copa. Poco más lejos, los dos caballeros libertadores atravesaban la selva encantada, apartando, con ayuda del mágico escudo, los monstruos que querían impedirles el paso; y, en fin, en la batalla dada á las tropas del Soldán, junto á los muros de Jerusalén, Armida, de pie en su carro, arrastrado por unicornios blancos, lanzaba con rabia contra Reinaldo, cubierto de sangre de infieles, las terribles saetas de su carcaj. Un maravilloso cofre del Renacimiento, de ébano incrustado con mármoles policromos, daba frente á una hermosa cama de columnas de peral tallado, con cortinaje de terciopelo de Génova color de maíz con grandes ramos de flores. Un admirable mueble con cajones, estilo Luis XIII, de

madera negra y con adornos de cobre, reemplazaba á la ridícula cómoda, y una soberbia luna con marco de bronce formando finísimas hojas, reflejaba los mortecinos resplandores del fuego que se apagaba en la alta chimenea, sobre la cual había precioso lienzo de escuela española representando una infanta envuelta en rígido vestido, con la barba apoyada en la gola de encaje, y oliendo una rosa con melancólica sonrisa. Una lámpara flamenca, colgando del artesonado techo, completaba este sencillo y rico mobiliario.

Indiferente Clara á cuanto le rodeaba, continuó meditando. Mientras la arrastró el ardiente deseo de humillar á su rival, había formado ilusiones acerca de la situación en que iba á encontrarse, y no pensó en lo que sucedería una vez realizado el matrimonio. Avida de ejecutar el acto que á los ojos del mundo le vengaba de la injuria hecha por el Duque de Bligny, aceleró febrilmente la ceremonia, y ahora se encontraba de pronto frente á la brutal realidad. Aquella estancia que debía habitar con su esposo, aquel lecho que debía compartir con un hombre á quien apenas conocía, reveláronle necesidades matrimoniales en que no había pensado.

Estas ideas sublevaron su pudor, y le horrorizó Felipe, y se horrorizó ella misma, juzgando aquella unión una gran insensatez

y juzgándose indigna por haberla aceptado. Las ideas giraban desesperadamente en su cerebro. Dirigióse al balcón y lo abrió, calmándola un poco el fresco de la noche. Rasgando los celajes, iluminaba la luz de la luna los corpulentos árboles del parque, y su disco se retrataba en las aguas del estanque. El silencio era completo. Preguntóse Clara si no valdría más desaparecer para siempre en aquella tranquilidad pura y profunda, que luchar contra las vergonzosas y repugnantes contrariedades de la vida. Durante un momento pensó bajar junto á aquellas inmóviles y brillantes aguas, y con la inmaculada virginidad de su único amor sepultarse en ellas como la pálida desposada de Hamlet.

Pero el temor á la opinión pública, la preocupación de el qué dirán, que había tenido tan funesta influencia en todas sus resoluciones, le apartó de este desesperado intento. Hízola sonreír amargamente la idea de que Atanasia pudiera decir que se había suicidado por amor al Duque, y le disgustó el ruido que aquel fin novelesco hiciera entre sus conocidos. Finalmente, no quiso afligir á sus parientes causándoles el horror casi degradante de este suicidio. Miró por última vez á las luminosas y dormidas aguas, y cerrando el balcón fué á sentarse junto á la chimenea.

Comprendió perfectamente que ya no se pertenecía; que necesitaba vivir, y vivir li-

gada á un hombre que iba á llegar, revestido de perfectos derechos, y que podía decir «yo quiero,» á ella, siempre libre y obedecida.

Tuvo á la vez ira y miedo. Su orgullo protestó contra la sujeción que le era impuesta; no quiso someterse, y meditaba por qué medios lograría que su marido le devolviese la libertad.

Llegó á soñar una especie de situación matrimonial en que cada esposo fuera dueño de su destino. Poco le importaba que Felipe fuera ó no fiel, con tal de que continuara siendo respetuoso y sumiso. Podía hacer lo que quisiera siempre que la dejara ser dueña de sí misma. ¿Sería muy difícil obtener del dueño de la ferrería, un ambicioso sin duda, esta conformidad á los deseos de una mujer que le llevaba una fortuna considerable y el beneficio de explotar grandes influencias de familia? Había comprendido que la amaba, pero no quería tener en cuenta este sentimiento. Con el despotismo de mujer acostumbrada á que todo el mundo obedeciese sus caprichos, hizo caso omiso de este amor que le estorbaba, y resolvió tener á raya á Felipe si se mostraba exigente. Era enérgica y orgullosa, y capaz de discutir y luchar. Ni un instante dudó que podría vencer las más serias resistencias, y con su implacable egoísmo ni siquiera pensó un momento en las heridas que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

iba á causar al corazón de aquel hombre que la adoraba.

Ruido de pasos en la inmediata habitación la estremeció. Toda la sangre le subió al rostro. Incapaz de estar quieta, se levantó y apoyó trémula en la alta chimenea, diciéndose: «Es él.»

Después de hacer los honores de su casa á sus parientes y amigos, y de verles irse uno tras de otro, quedó solo Felipe. Casi maquinalmente se dirigió á su dormitorio de soltero. El que debía ocupar con su mujer era el antiguo de su padre. Con deliciosa turbación imaginó que allí cerca, separada sólo por algunas puertas, más conmovida quizá que él, le esperaba la mujer amada. La idea frecuente de que llegaría un momento en que pudiera estrechar en sus brazos aquella adorada joven le había hecho temblar de placer, y se admiró del entorpecimiento de sus sentidos en aquel instante. Ningún deseo le impulsaba, estando grave, preocupado y muy enternecido. Su amor á Clara le reforzaba entonces una especie de protector cariño, considerándose llamado á curar aquel débil corazón. Sintióse dominado por igual afecto al que profesaba á su hermana cuando era niña, y dió gracias á la Providencia por haberle concedido un tesoro tan ardientemente deseado, prometiéndole ser digno del favor que le había dispensado, asegurando la felicidad de Clara.

Sorprendido de encontrarse en su habitación, sentado en un sillón y absorto en sus meditaciones media hora después de la partida de los últimos convidados, sonrió y se consideró un poco tonto. Levantóse y pasó al cuarto de vestir. El gran espejo de su armario reflejó su imagen, y viéndose vestido con traje de boda, creyó que sería soberanamente ridículo presentarse á su mujer de frac y corbata blanca. Púsose un traje de mañana, azul oscuro, y con el corazón palpitante, dominado por inexplicable emoción, se dirigió á la habitación de Clara. Habiendo atravesado el salón pequeño, tocó con la punta de los dedos á la puerta sin recibir respuesta. Creyó haber anunciado suficientemente su llegada y entró.

Clara, vestida aún con su traje blanco, estaba de pie, muda y grave, apoyada en la chimenea. Ni siquiera le miró; únicamente bajó un poco la cabeza, y Felipe vió la gruesa trenza de sus rubios cabellos brillar sobre la blanca nuca.

Adelantóse despacio, y hablando con dificultad, dijo:

— ¿Me permite V. acercarme?

Clara hizo con la mano señal de asentimiento.

Aprovechando la autorización, deslizóse Felipe hasta la butaca, y se sentó, encorvado, casi á los pies de la joven, mirándola atentamente. Admiróle que tuviera las facciones

crispadas y duras, pues aunque esta expresión airada y amenazadora no le era desconocida, sólo la había visto cuando la joven se encontraba en presencia del Duque. Alarmóle, pues, ver á Clara retraída y al parecer dispuesta á la lucha, y aunque no podía adivinar los proyectos de la joven, presintió una resistencia. Quiso penetrar por fin en aquel corazón tan herméticamente cerrado, descubrir el enigma, y su conmovido espíritu se tranquilizó por completo.

Este cambio en el ánimo de Felipe era alarmante para Clara. Con facilidad hubiera triunfado de un marido turbado é indeciso; pero al ocasionar con su actitud que se pusiera en guardia Felipe, le devolvió toda su perspicacia para adivinar y toda su energía para combatir.

—Sólos estamos por primera vez,—dijo Felipe en voz baja,—y tengo para V. muchas cosas en el corazón. Hasta ahora no me he atrevido á hablar... Hubiera expresado mal mis ideas... He pasado mi vida trabajando... y le suplico que sea indulgente conmigo... Lo que siento, créalo V., vale mucho más que lo que digo... Con frecuencia me ha visto V. acercarme, balbucear algunas palabras y guardar silencio. Tenía miedo de parecerla demasiado atrevido ó demasiado tímido: el temor me paralizaba. Limitábame entonces á escucharla, y su dulce voz encantaba mis oídos. Dominado

por mi deseo de contemplarla, todo lo olvidaba al seguir á V. con la vista cuando iba hacia la terraza envuelta en un rayo de sol. Ha penetrado V. profundamente en mi sér, y yo la adoro, siendo V. mi único pensamiento, mi esperanza, mi vida. Juzgue usted, pues, cuál será mi embriaguez al verla junto á mí y completamente mía.

Cogiendo al mismo tiempo una mano de Clara entre las suyas, la acercó con pasión á su abrasada frente. La joven hizo un movimiento y retiró la mano.

—¡Por favor, caballero!...—murmuró con desaliento.

Levantó vivamente Felipe la cabeza, y mirando á Clara admirado, dijo:

—¿Qué tiene usted?... ¿Soy tan desdichado que le desagradan mis palabras?

—No me las diga en este momento,—respondió Clara con dulzura,—se lo ruego... Bien lo ve V.: estoy muy turbada.

El dulce acento de la joven conmovió á Felipe, y moviendo tristemente la cabeza, añadió:

—Sí, es verdad. Está V. pálida y temblando... ¿Soy yo la causa?

Apartó Clara la vista para ocultar las lágrimas que corrían por sus mejillas, y con voz trémula contestó:

—Sí.

—Tranquilícese, se lo suplico,—replicó Felipe.—¿No conoce que mi único deseo es

no desagradarla? ¿Qué debo hacer? Exija usted. Todo me será fácil. ¡La amo tanto!

La joven se estremeció de alegría. Un rayo de esperanza brilló en la oscuridad en que luchaba. Las apasionadas frases de su marido la hicieron comprender el poder sin límites que sobre él ejercía, y resolvió abusar de él sin compasión. Se convirtió en coqueta, y mirando por primera vez al dueño de la ferrería con fina sonrisa:

—Si V. me ama,—dijo,—entonces...

No acabó la frase, pero hizo un ademán de autoridad que Felipe comprendió perfectamente.

—¿Desea V. que la deje?—dijo con sumisión.—¿Es esta la prueba que le agrada imponerme? Si tal es su voluntad, me resignaré.

Clara respiró con delicia, sintiéndose dueña absoluta de aquel hombre que le había causado tanto miedo. Instantáneamente cambió la expresión de su rostro, y se mostró á Felipe radiante.

—Pues bien; sí,—dijo,—se lo agradeceré. Las emociones del día de hoy me han hecho daño. Necesito tranquilidad; es preciso que se serene mi espíritu, y mañana, ó más tarde, cuando sea más dueña de mí, cuando pueda dominar mi pensamiento, le explicaré...

Felipe permaneció un momento silencioso. Chocáronle algunas de las palabras de Clara. Esta dilación, pedida de modo tan

poco franco, pareció sospechosa. Había en ello un misterio, y procuró descubrirlo.

—¿Qué me dirá V. mañana ó después que no pueda oír ahora mismo?—replicó.—¿No son ya nuestras vidas inseparables? ¿No está trazado nuestro camino? Corresponde á usted ser confiada y sincera, y á mí adicto y paciente. Dispuesto estoy á serlo; se lo aseguro. ¿Sucedé á V. lo mismo?

El lenguaje de Felipe era claro y terminante. Miró á su mujer de frente, y creyendo ésta que había andado de prisa, quiso retroceder.

—Permítame V. decirle que la confianza no se gana en un momento,—replicó.—Apenas hace dos horas que estoy casada, y mi vida data de más tiempo. Esta vida era feliz, porque tenía derecho á pensar en voz alta y á callarme cuando quería. Jamás me he visto obligada á mentir. Usted sabe bien que cuando he tenido alguna pena la adivinaban. Fácil es comprender que este recuerdo no se borra instantáneamente. He sido muy mimada. Jamás me han pedido que sonría teniendo el corazón triste. Si es preciso que junto á V. disimule, déjeme al menos algún tiempo para acostumbrarme á esta contrariedad.

Con grande habilidad eludió Clara la cuestión para no contestar categóricamente. Hizose la víctima, y Felipe comprendió que insistiendo parecería cruel.

—Ruego á V. que no añada una palabra,—exclamó adelantándose al sacrificio.—Me ofende usted... Sepa que nunca tendrá amigo más tierno y sumiso que yo. Al casarme con V. he tomado parte en sus penas y procuraré hacérselas olvidar. Fie V. en mí, que soy responsable de su dicha. Si el pasado ha sido para V. un desengaño, espere en lo porvenir. No cabe en mi ánimo la idea de imponerle mi amor, y lo único que le pido es que me deje ensayar á fuerza de cuidados y ternura conquistarla de sí misma. Esta es mi única ambición. Puesto que necesita V. descanso y soledad, en su casa está hoy tan libre y tranquila como estaba ayer. Yo me retiro. ¿No es eso lo que V. desea? Pues hágase su voluntad.

La joven oyó estas palabras irritada é inquieta. El amo de la ferrería se mostraba tan noble y digno, que amenazaban fracasar miserablemente todas las combinaciones preparadas de antemano para conquistar su libertad. Con inesperada bondad se adelantaba Felipe á sus deseos; ¿le sería posible vivir separada de él? La adoraba, y pretendía hacerse amar de ella. ¿Cómo podría, sin cometer una injusticia y una crueldad, rechazar perpetuamente un hombre tan leal y tan generoso? La dulzura y el amor de su marido le harían al día siguiente imposible la resistencia sin cometer un acto de brutalidad. Comprendió el peligro que corría, y

resolvió librarse de él rompiendo violentamente todos los lazos que la unían á Felipe.

Viendo éste á Clara silenciosa é inmóvil, se acercó á ella, inclinó la cabeza, y su boca rozó la blanca frente de la joven.

—Hasta mañana,—dijo.

Pero al respirar el perfume de aquella rubia cabellera; al sentir en sus labios el contacto de aquella carne palpitante, aturdió á Felipe repentina embriaguez. Sin poder dominarse, y olvidando sus promesas, no pensó en las susceptibilidades del turbado corazón que latía junto al suyo; vió una mujer adorable que deseaba con locura y que le pertenecía, y con arrebató irresistible la cogió en sus brazos, murmurando con ardiente mirada:

—¡Si supiera V. cómo la amo!

Sorprendida al pronto Clara, se puso livida, encorvó el cuerpo, y apoyando las manos en los hombros de su marido, huyó de aquel contacto, que le era odioso.

—¡Déjeme V. !—exclamó con ira.

Los brazos de Felipe se aflojaron, y retrocedió mirando á la joven, que estaba ante él trémula, con semblante alterado por la angustia.

—¡Qué!—dijo con turbado acento.—¿No me concede V. ni siquiera el derecho de tocar su frente con mis labios? ¡Me rechaza usted con violencia, casi con horror! ¿Qué pasa? Por qué advierto en V. no sólo el

pudor alarmado, sino la repulsión... ¿Me odia V.? ¿Por qué? ¿Qué le he hecho? Ahora recuerdo sus palabras de hace un momento, y temo comprenderlas mejor. El desengaño que ha sufrido V. le deja en el corazón algo más que amargura; un arrepentimiento quizá...

— ¡Caballero! — protestó con apagada voz Clara.

Pero animado Felipe y sonrosadas las mejillas por incipiente cólera, andaba con agitación.

— Señora, inútiles son ya las protestas vagas entre nosotros. La hora de las explicaciones francas y terminantes ha sonado. Su actitud me infunde sospechas que es preciso esclarezca V. Una mujer no rechaza á su marido sin motivos, y para que V. me trate como lo hace, es preciso...

Felipe se detuvo. Su voz quedó estrangulada en la garganta, se puso muy pálido, y agitó sus manos temblor nervioso. Respiró con fuerza, y volviéndose hacia su mujer para observar hasta la menor alteración de su fisonomía, dijo:

— ¿Ama V. acaso todavía á ese hombre que tan cobardemente la ha abandonado?

Comprendió Clara que la deseada ocasión de la ruptura presentábase cierta, irremediable. Titubeó, sin embargo, en aprovecharla, porque la potente y lúcida ira de Felipe le daba miedo. Permaneció ante él

con el ceño fruncido, incierta, agitado el corazón, comprendiendo que su destino estaba pendiente de un hilo.

Ese silencio acabó de irritar á Felipe, que, olvidando toda conveniencia, la cogió por un brazo con fuerza, y mirándola con inflamados ojos:

— ¿Me ha oído V.? — dijo. — Respóndame. Es preciso. Lo quiero.

La mano de Felipe en el brazo de Clara produjo el mismo efecto que un dedo aplicado al gatillo de un arma de fuego. Salió el tiro. La orgullosa joven, fuera de sí al verse objeto de aquella violencia, miró fijamente á su marido.

— Y bien. ¿Si así fuera?... — dijo con audacia.

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando le pesó haberlas dicho. El amo de la ferrería se irguió formidable. En un instante creció su estatura, tomó su rostro terrible expresión, y levantando el puño como pesado martillo de batir hierro, exclamó:

— ¡Desdichada!

Clara no retrocedió ni un paso: bajó la cabeza y dejó caer sus manos con abandono, como mártir dispuesta á recibir la muerte.

Felipe la miró, exhaló un suspiro, dió algunos pasos al azar, cogió rabioso el puño derecho con la mano izquierda, como si quisiera destrozarlo en castigo de haberse

alzado amenazador sobre la frente de aquella mujer adorada, y recobrando en seguida la calma:

—Veamos,—dijo á Clara:—medite usted lo que dice. Lo que acaba de responder no debe ser cierto... ¡Es imposible! O yo sueño, ó V. ha querido probar mi paciencia. Es esto, ¿no es verdad? ¡Oh! No tema usted confesármelo; de antemano la perdono, aunque me ha causado gran daño. Algún día sabrá V. que no conviene abusar de un corazón como el mío... Es un juego cruel... se lo aseguro.

Procuró sonreír, pero sus labios continuaron crispados.

Clara permaneció sombría é insensible, con la inerte obstinación de un bloque de piedra.

—Pero hable V.,—añadió Felipe suplicando.—Dígame algo. ¿Se calla? ¿Es, pues, cierto?

No dijo una palabra, entregándose al destino que se había preparado, teniendo vaga conciencia de que cometía un crimen, pero decidida en su implacable orgullo á llegar hasta el último extremo. Estupefacto Felipe, se dirigió al balcón, y apoyando la abrasada frente en los cristales, procuró recobrar alguna sangre fría. Comprendió que la explicación horrible en tablada con su mujer empezaba entonces, y quiso saber hasta dónde llevaría Clara su audaz actitud.

Volvió hacia ella.

—De modo—dijo—que enamorada de otra persona, ha consentido V. casarse conmigo. ¿A pesar de la indignidad de su conducta, á pesar de la afrenta que le ha inferido, le ama V. todavía? ¡Y se atreve V. á decírmelo! Me ha dado V. su palabra de ser esposa fiel y leal, ¡y de tal suerte cumple sus promesas! ¡Ha unido V. su mano á la mía sin ruborizarse! ¿A qué extremo de depravación moral ha llegado V.?

—Caballero, no me defiendo,—dijo Clara.—¿Es generoso que me haga sufrir?

—¡Usted sufre!—exclamó Felipe.—¡Yo no sufro! ¡yo, que la amo con toda mi alma! ¡yo, dispuesto á todo por agradarla y que sólo le pedía en cambio un poco de indulgencia y de afecto! Por satisfacer vuestro orgullo herido, porque no se sospechara vuestro despecho, me ha sacrificado usted especulando con mi confianza, riendo acaso de mi ceguedad. ¿Sabe V. que es atroz lo que ha hecho?

—¿Y no ha visto V. que desde hace quince días estoy loca?—exclamó Clara no pudiéndose ya contener.—¿No comprende usted que luchaba dentro de un círculo del cual no podía salir? Me he visto arrastrada á lo que he hecho por una fatalidad irresistible. Aunque le parezca una criatura miserable, jamás me juzgará tan severamente como yo me juzgo. Merezco vuestra cólera y

vuestro desprecio. Tome V. cuanto es mío, menos á mí. Mi fortuna es suya, se la doy, y sirva de rescate á mi libertad.

—¿Vuestra fortuna? ¿Usted me ofrece?...

—A mí!...—exclamó Felipe.

A punto estuvo de hacerle saber indignado la ruina que con tan delicado esmero había procurado ocultarle. ¡Qué venganza contra la altiva Clara! ¡Cuán segura, rápida y cruel era! Pero rechazó la idea considerando indigna de él, y tranquilizado por la satisfacción que experimentó encontrándose tan superior moralmente á la joven, pudo mirarla sin cólera.

—¿De modo—dijo con frialdad—que me toma V. por un hombre que se vende? ¿Cree V. que al casarme con ella hacía una especulación? Se engaña V., señora, y se figura que todavía trata con el Duque de Bligny.

El golpe hirió directamente á Clara, y como si al ultrajar al Duque ultrajaran á ella, exclamó con terrible mirada:

—¡Caballero!

Pero inmediatamente y como avergonzada, guardó silencio.

—Y bien, ¿qué detiene á V.?—replicó Felipe con amargura.—Defiéndale. Es lo menos que por él puede hacer... Nadie mejor que V. puede estimarle, puesto que obra como él. Cálculo y falsía es vuestra regla de conducta. ¡Oh! ¡ahora la veo clara! Ha que-

rido V. casarse con un hombre que dependiera de ella, y lo ha escogido V. bien apasionado y bien confiado. La unión conmigo era un matrimonio desigual, pero mi docilidad debía compensar la bajeza de mi origen. Si por acaso me sublevaba y quería ejercer mis derechos, había con qué cerrarme la boca... Un saco de oro. Y en efecto, ¿qué podía yo decir? ¡Marido de una joven tan noble y tan rica un sér vulgar y codicioso como yo! Esta es vuestra combinación. ¿Y cuándo viene V. á darme conocimiento de ella? ¿Honradamente sin duda una hora antes de la ceremonia? ¿Con tiempo bastante para que pueda rechazar el negocio? No. Me lo dice usted cuando ya no puedo retroceder, cuando todo es definitivo é irrevocable, cuando ya no hay temor de que el engañado se escape. ¡Ciego de mí que no he visto la trampa! ¡Necio, que nada he sospechado de tan astuta intriga! Al venir aquí hace un momento palpitante y trémulo á hacer mi declaración de amor, ¿no era un insensato? ¿No ejecutaba un acto grotesco? ¿No era cínico é innoble? Porque al fin yo tengo vuestra fortuna, ¿no es verdad? Ya estoy pagado; ni siquiera tengo el derecho de reclamar.

Y exhalando horrible carcajada, se dejó caer Felipe sobre un sofá, ocultando el rostro entre las crispadas manos. Clara había escuchado sin protestar este terrible apóstrofe. Habiéndose puesto voluntariamente fuera

de la ley, más le hirieron las censuras de su marido que le conmovió su dolor. La verdad la irritaba sin convencerla. Ni oyó el grito de sufrimiento de Felipe, ni advirtió la ironía de sus palabras.

—Caballero,—dijo con altanería,—acabemos. Basta de inútiles recriminaciones.

Felipe apartó con viveza sus manos, y mostrando á la joven el rostro inundado de lágrimas:

—Yo no recrimino, señora; lloro mis esperanzas burladas, mi felicidad perdida. Pero basta de debilidades. Quería V. comprarme su libertad hace un momento; se la doy gratis. Puede V. estar segura de que jamás la molestaré. Todo ha concluido entre nosotros, y nada nos debe ser común; pero como una separación pública causaría un escándalo, que no merezco sufrir y que le ruego evite, viviremos juntos en apariencia. A fin de que desaparezca todo equívoco en nuestra respectiva situación, escúcheme usted bien lo que voy á decirle. Algún día sabrá V. la verdad; sabrá que ha sido usted conmigo más injusta que cruel, y acaso desee entonces remediar lo que ha hecho. Desde ahora declaro que será inútil. Aunque la viera arrastrarse á mis pies implorando perdón, no tendré para V. una frase de piedad. Pudiera ser indulgente con vuestra cólera, pero me será imposible olvidar vuestro seco corazón y vuestro egoísmo.

Adiós, señora, viviremos como V. lo ha querido. Esta es vuestra estancia. Aquella la mía. Desde hoy ha dejado V. de existir para mí.

Sin pronunciar una palabra, inclinó Clara la cabeza en señal de asentimiento. Con afligido corazón miró Felipe por última vez á la joven, esperando un arrepentimiento, una frase que se la devolviera en el momento en que para siempre la perdía. La vió insensible y helada. Sus ojos no tuvieron una mirada, ni una palabra sus labios.

Atravesó la habitación, abrió la puerta lentamente, y la cerró á pesar suyo, deteniéndose todavía para escuchar si un grito, un sollozo ó un suspiro le daban á él, maltratado y humillado, pretexto para acudir el primero á ofrecer su perdón cuando aun era tiempo. Nada oyó.

Volviéndose entonces hacia aquella puerta, tras de la cual quedaba la implacable joven, dijo:

—¡Criatura orgullosa, que no quieres doblegarte, yo te quebrantaré!

Y por el mismo camino que anduvo una hora antes con el corazón lleno de esperanzas, volvió á su habitación de soltero. ®

XII.

La luz de los quinqués había disminuído; el fuego se apagó, y la grande estancia quedó casi á oscuras. Fija en el mismo sitio; de pie junto á la chimenea, procuró Clara coordinar sus ideas. Habiendo triunfado en la lucha, sentíase destrozada, cual si fuera vencida. Profundo entorpecimiento embargaba su ánimo, y parecióle tan pesada la cabeza, que la sostuvo con la mano. Sentía ruido en los oídos, sus ojos turbados veían girar rápidamente todos los objetos. Creyó que el corazón le subía á la boca, y frío sudor cubrió su frente. Así permaneció espantado, inerte, sufriendo horriblemente, sintiéndose desfallecer, sin fuerzas para moverse ni aliento para llamar.

Dejóse caer sobre una butaca, pero se levantó al momento. Los agudos dolores de los músculos de sus piernas no la permitían estar inmóvil. Necesitó pasear por la habitación, no obstante la pesadez de su cabeza, que le parecía hinchada y vacía. La sien izquierda le dolía como si le hubiesen metido un clavo en la frente, é intensa fiebre hacía latir sus arterias. Encorvada, y gimiendo por lo mucho que sufría, continuó

andando por la habitación, repitiéndose en su turbado cerebro las mismas ideas insoportables. Aunque despierta, parecía presa de una pesadilla, y balbuceaba palabras confusas y entrecortadas por terrible castañeteo de los dientes.

Así estuvo dos horas, sombría, terca, sin querer llamar, imaginando que sólo al abrir la puerta creería su marido que deseaba pedir perdón, y volvería. Confiada en su lealtad, ni siquiera echó la llave á la cerradura, ni corrió el pestillo. Triste conquista la suya, que hubiera asustado á Felipe, porque había cambiado tanto bajo la influencia de la fiebre, que el único sentimiento que podía inspirar era el de la compasión.

Los primeros claros del alba la encontraron andando en la estancia para mitigar con el movimiento los crecientes dolores de sus piernas. Pálida, con apagados ojos y latándole con furia las sienes, más se arrastraba que andaba. Sin poder más, miró un instante al cielo, que se ponía de color de rosa; quiso abrir el balcón, creyendo que el aire puro de la mañana la refrescaría calmando su sufrimiento, pero sus desfallecidas manos no pudieron levantar la falleba, y exhalando un grito cayó desfallecida sobre la alfombra.

A cosa de las nueve acercóse Brígida, de puntillas, á la puerta para escuchar si su señora dormía; y oyó un gemido. La fiel criada tuvo miedo, y sin titubear entró.

Clara continuaba tendida y sin movimiento en el mismo sitio que cayó, y hablaba palabras incoherentes. Su rostro estaba enrojecido y helados los pies. En un momento, y sin preguntarse por qué estaba la señora Derblay de aquel modo, la levantó como una pluma, y la acostó como si fuera una niña, y viéndola calmada por la exquisita sensación de bienestar que le había procurado el fresco de las sábanas, corrió á buscar á Felipe.

Vestíase éste en su habitación. De una ojeada vió la jurasiana la cama deshecha, la tristeza en el rostro de su amo; y tomando de junto á las almohadas un pañuelo húmedo de lágrimas, movió tristemente la cabeza.

—¡Ah, señor!—dijo.—¡Qué desgracia! ¿Usted ha llorado, y ella...

Felipe se puso lívido, y la idea de que Clara, entregándose á un acto de desesperación, hubiese muerto, le estremeció.

—¿Qué ocurre?—preguntó con terrible angustia.

Brigida comprendió su pensamiento.

—No,—dijo,—pero está enferma.

No quiso oír Felipe una palabra más: sin gastar tiempo en ponerse una prenda de abrigo, corrió como loco á la habitación de Clara. El vestido blanco, las enaguas arrugadas, los zapatitos y el corsé de satén blanco perfumado, estaban en desorden por el suelo.

Rojo el semblante y brillándole los ojos en los entreabiertos párpados, estaba Clara tendida en el gran lecho de columnas. Los graves guerreros de la tapicería, con las empuñadas lanzas, parecía que la velaban. Acercóse Felipe y no le reconoció. Sonreía la joven dulcemente, y sus entreabiertos, descoloridos labios dejaban ver los blancos dientes. Cogiéndola la mano y la encontró ardorosa. A la incesante agitación de la noche había sucedido profundo entorpecimiento. Asustado Felipe, escribió con rapidez algunas líneas para el mejor médico de Besançon y se las mandó con un carruaje. Al mismo tiempo avisaba á Beaulieu.

Instalóse junto al lecho de Clara, sumido en desconsoladoras ideas. ¿Moriría ella y se acabaría todo? Continuaba la enferma inmóvil y con los ojos abiertos, pero una contracción dolorosa producía el estrabismo. Fruncía el ceño, y de vez en cuando llevaba la mano á la nuca gimiendo. Era visible que sufría horriblemente, y que el delirio se apoderaba de ella aumentando por minutos.

Ante aquel triste espectáculo desaparecieron las ideas de odio del marido. Supersticioso por primera vez en su vida, creyó que si Clara dominaba la enfermedad sería señal de que llegarían á ser felices, y desde este momento sólo tuvo una idea: la de salvarla. A pesar de lo que le había hecho sufrir, y acaso por ello, la adoraba con locura.

Junto á aquel lecho pasó Felipe las dos horas más crueles de su vida, que ya había conocido duras pruebas. La llegada de la señora de Beaulieu y de Octavio produjéronle inmenso consuelo, sintiéndose libre de parte de responsabilidad. La Marquesa, estupefacta y asustada, estuvo, por fortuna, silenciosa; ni dió gritos, ni derramó torrentes de lágrimas, ni invocó á la corte celestial. Preguntó discretamente á su yerno lo ocurrido, prescribió algunos cuidados elementales, y pálida y grave permaneció junto á su hija, que no sospechaba su presencia. Impaciente Octavio, tomó un caballo y partió á galope para encontrar al médico. Llegó este al mediodía. Era un hombre joven, que había sido interno en los hospitales, muy al corriente de los progresos de la terapéutica y que podía formular un diagnóstico serio. Además, no se necesitaba grande habilidad para conocer la dolencia: decían claramente cuál era, el delirio, los dolores en la nuca y en la frente, y la contracción bilateral. Tomó el pulso y comprobó ciento veinte pulsaciones. El termómetro puesto en el sobaco se elevó á cuarenta grados. La fiebre era muy intensa, y el médico, moviendo la cabeza, murmuró estas palabras:

—Muy grave.

Y al ver que la madre, el hermano y el marido le preguntaban con ansiosa mirada, añadió:

—Una meningitis.

Inclinándose sobre el blanco pecho de Clara, donde la respiración anhelosa silbaba dolorosamente, escuchó con prolongada atención, y al incorporarse dijo:

—Alguna irregularidad en los movimientos del corazón por consecuencia de un estado nervioso muy grave. Conviene traer inmediatamente una docena de sanguijuelas y hielo.

Susana, que escuchaba en el umbral de la puerta, hizo una señal á Brigida, y la criada partió á escape. La bondadosa niña, después de esperar dos horas en el salón trémula y agitada, sospechando un suceso inexplicable y sin atreverse á entrar, se deslizó junto al lecho, no hablando para que no la alejasen de allí, reteniendo la respiración y mirando con terror el enrojecido semblante y los pálidos labios de Clara.

Parecióle que se ahogaban en la espaciosa habitación, y sin decir nada, guiada por ese instinto que hace de todas las mujeres excelentes enfermeras, fué de puntillas á abrir el balcón. El médico la miró con el rabo del ojo, sonrió, y dijo: «Está bien.» Felipe, que no había advertido la presencia de su hermana, tan absorto estaba, vióla enternecido, y sin poderse contenerse la abrazó llorando.

—No tengas miedo,—murmuró Susana;—entre nosotros dos nada malo puede ocurrir. Nosotros la salvaremos.

Pero si Clara había de recobrar la salud, no sería por los cuidados de Susana, porque Felipe pidió á ésta, como un gran sacrificio, que consintiera en volver al convento. Desconfiaba Derblay del delirio de su esposa, que hablaba con espantosa agitación, nombrando sin cesar al Duque de Bligny. Llamábale con rabia, maltratándole, mostrando al descubierto la llaga cruel que el abandono de su novio había producido en su corazón. También aparecía Felipe en sus alucinaciones, pero siempre en forma amenazadora, armado para herir, después de haber muerto al Duque. Vea sangre en sus manos, y le suplicaba que la uniera en la muerte con el que amaba.

Si Felipe, mudo é inmóvil, tenía que escuchar estas palabras de demencia, no quiso al menos que las oyera Susana, confiando en el porvenir lo bastante para que su hermana no supiese jamás su desdicha, y esperando que el dolor presente se disipara como una pesadilla. No debía existir nunca ni la sombra de penoso recuerdo entre Susana y Clara.

Llorando aquella amargamente, pero obedeciendo como siempre las órdenes de su hermano, partió para Besançon, acompañada de su fiel Brigida, y Felipe quedó solo en la casa en posesión de su adorada enferma. Viendo desde el primer momento la Marquesa la decisión, sagacidad y constante

cuidado con que su yerno combatía la enfermedad, le dejó hacer libremente, limitándose á asistir á su hija. Pasaba todo el día en el dormitorio de la enferma, y por la noche se instalaba Felipe en una butaca junto al lecho, velándola hasta el día.

No cesaba el delirio. En vano había visto el esposo, palideciendo, la sangre de Clara caer gota á gota á lo largo de su cuello encantador, trazando roja línea en el blanco cutis; la locura que se apoderó de aquel pobre cerebro debilitado continuaba perturbándolo. Pasaban días y noches, y seguía la fiebre haciendo estragos. El rostro de la joven había enflaquecido, y en las huecas mejillas abultaban las mandíbulas. Los miembros, en incesante movimiento, rozaban dolorosamente con las ropas de la cama, y se oía en la sombra de las colgaduras murmullo de palabras ininteligibles: ¡tan grande era su debilidad!

Un solo pensamiento lúcido restaba en el cerebro de Clara. Tenía conciencia de que mientras ella estaba tendida en aquel lecho se casaba Atanasia. Por una especie de doble vista, el mismo día en que su rival subía triunfalmente la escalinata de la Magdalena, cubierta de flores por la magnificencia de Moulinet, y á la hora exacta en que la multitud entraba en la iglesia detrás de los novios, tuvo Clara un momento de lucidez, é incorporándose, dijo terminantemente:

— En este momento se casan, y yo voy á morir!

Acercóse la Marquesa é intentó hablarla, engañarla, pero nada quiso oír. El delirio se apoderó de nuevo de ella, y acometida de un acceso terrible, gritó y se retorció los brazos, con los labios abrasados por la fiebre y corriéndole el sudor por los hermosos y desgredados cabellos. Asustado Felipe, mandó buscar al médico, que debía ir aquella tarde. Este advirtió nueva elevación de temperatura en el cuerpo. Las arterias, como tubos por donde pasa el vapor oprimido, amenazaban estallar. Un grado más, y todo había concluido.

Aquel día fué horrible. Felipe esperó con mortal angustia el resultado de la crisis, conociendo que jugaba la vida en aquellas interminables horas. En su cerebro, dolorido por la fatiga y las penas, giraba sin cesar esta idea, imperiosa como una sentencia: «Si vive, llegaremos á ser dichosos.» Tanto la quería, que hubiese dado de buen grado su vida por prolongar la de la moribunda.

Oscureció al fin, y la pasajera calma que ordinariamente tenía Clara por la noche, no se produjo.

Con el ceño fruncido y apretadas las mandíbulas, llamando sin cesar al Duque con desgarradores acentos, continuó la pobre joven tendida en el descompuesto lecho. Felipe se había levantado, é inclinábase hacia

ella creyendo que no le veía. Abrió la enferma los ojos, y llenos de horror, se fijaron en él.

Hizo un esfuerzo para levantar el brazo, y con apagada voz dijo:

— ¡Le ha muerto V.! ¿A qué espera para matarme?

Con el corazón desgarrado al ver tan cruelmente desconocidos sus sentimientos, agobiado por tantos esfuerzos, fué un instante débil como niño, y apoyando la cara en la cabecera tallada del lecho, lloró amargamente. Gota á gota caían sus lágrimas en la abrasada frente de Clara, y como benéfico rocío, pareció que estas lágrimas, salidas del corazón de Felipe, fueron efficacísimo filtro. Las facciones de la joven perdieron su rigidez, suspiró dulcemente y se incorporó con trabajo, de costado, para escuchar.

Felipe sollozaba en la sombra, sin recato, junto á aquel sér sin conocimiento. Púsose una mano sobre la suya, y al mismo tiempo la voz débil de la enferma murmuró:

— ¿Quién llora junto á mí? ¿Eres tú, mamá?

Levantó Felipe la cabeza, y vió que Clara miraba hacia él. Se acercó; le reconoció la joven, y como si le volviese la memoria, pasó dolorosa sombra por su frente. Una lágrima brilló en sus grandes ojos, y alargando la mano al hombre que había hecho sufrir tanto:

— ¡Oh! ¿Es V.?—dijo.— ¡Siempre bueno y generoso! ¡Perdón, Felipe, perdón!

El dueño de la ferrería cayó de rodillas, y besó apasionadamente aquellos ojos que por primera vez le habían mirado sin ira. La joven sonrió tristemente; una dolorosa contracción devolvió á su semblante la terrible dureza, y delirando de nuevo empezó á balbucear frases incoherentes.

Tres semanas hacía ya que estaba entre la vida y la muerte. Aquella crisis fué la última, tomando la enfermedad desde la referida noche nueva faz, y reemplazando á la agitación violenta un entorpecimiento invencible.

—Período comatoso,—dijo el médico con tranquilidad.— Hemos hecho hasta ahora todo lo posible para dormir á la señora Derblay. Ahora vamos á hacer cuanto podamos para despertarla.

Felipe comprendió que, de no tener recaída ó nueva complicación, Clara estaba salvada. Pero al mismo tiempo que la esperanza, renació en su corazón el grave cuidado de arreglar su mutua existencia. Mientras la joven estuvo en peligro, sólo pensó en disputársela á la muerte. Ahora era preciso disputársela á la vida.

Con la razón recobrarla Clara sus repugnancias. En el abatimiento de la enfermedad había podido enternecerse, tener un instante de debilidad y pedir perdón; pero al

ser dueña de nuevo de sí misma, ¿seguiría mostrándose humilde y sumisa?

Felipe había aprendido á conocer el carácter altivo de su esposa, y temía la vuelta de su intratable orgullo. La idea de que pudiera creer que estaba decidido á aprovechar su convalecencia para romper el pacto hecho en la horrible noche de la boda, le estremeció. Si faltaba al parecer á su dignidad arrepintiéndose del compromiso que voluntariamente contrajo, se rebajaría para siempre á los ojos de Clara. Creyó, pues, necesario el rigor, y con su natural entereza de carácter estuvo seguro de no abandonarlo. Habíase jurado quebrantar el orgullo de su mujer, y se preparaba á cumplir su juramento.

Estaban en enero. El invierno era rudo. El trabajo de la ferrería, suspendido en parte durante el período álgido de la enfermedad de Clara, había recobrado su actividad. El ruido de los martillos resonando en los yunques alegró á la joven, y su larga convalecencia fué muy tranquila. Renació á la vida con delicia, y con profunda alegría miró cuanto le rodeaba. La gran habitación severa y algo sombría con las paredes cubiertas de tapices y los muebles antiguos, le agradaron mucho. Todo era allí tranquilo, armonioso, reposado. Ante su lecho y sobre las colgaduras, una ninfa de sueltos cabellos dejaba caer de un ánfora que tenía al hombro

un caño de agua, que al esparcirse por el suelo daba nacimiento á un río. Parecióle que aquella hermosa figura era una alegoría, y que no derramaba agua, sino la vida.

Por los anchos balcones veía los árboles del parque, cubiertos aún de nieve, brillar á luz del sol. Los pájaros rozaban con las alas los cristales, como pidiendo albergue; ella les miraba con placer, y hacía que les echaran migajas de pan. Todo le interesaba, y recobrando poco á poco las fuerzas, experimentó viva alegría al sentirse renacer física y moralmente. Encontrándose bien en su casa, se estiraba perezosamente en el lecho, pasando horas enteras en escuchar el tic-tac del reloj, sin una idea en la mente, sumida en apacible abandono.

Su madre la acompañaba durante el día. Felipe sólo iba á su cuarto dos veces, una por la mañana y otra por la noche, informándose cuidadosamente de su salud, y preguntándole si deseaba algo que él pudiera proporcionarla. A los cinco minutos de estar sentado al pie del lecho, se alejaba gravemente, y Clara escuchaba cómo se iba perdiendo el ruido de sus pasos por las habitaciones. Esperaba sus visitas, le parecían demasiado cortas, y se irritaba ligeramente contra él.

Encontró una ocasión de enfadarse, y la aprovechó con infantil ingenuidad. Tuvo el capricho de que llevaran flores á su habita-

ción: las estufas de Beaulieu estaban llenas, y la Marquesa llegó un día cargada con un admirable ramo de lilas blancas. Felipe entró cuando Clara aspiraba el olor de las flores; manifestó dulcemente que aquel perfume podía hacerle gran daño, y cogiendo el ramo se dispuso á llevarlo al salón.

—Pero aseguro á V. que me encuentro perfectamente,—dijo entonces Clara con viveza;—puede V. dejar esas flores...

—Es V. como todas las convalecientes,—respondió Felipe sonriendo;—sía demasiado en sus fuerzas... Preciso es que nosotros seamos más razonables que usted...

—De seguro voy muy bien cuando se atreve V. á contrariarme,—replicó la joven, con una mueca llena de coquetería.—Cuando estaba verdaderamente enferma era usted muy distinto.

Felipe se puso repentinamente grave, y dirigió á Clara triste y severa mirada. La joven exhaló un suspiro, y añadió con turbada voz:

—Tiene V. razón. Llévase esas flores. Le doy las gracias.

Aquel día estuvo pensativa.

Poco á poco empezó á reflexionar, y renació en su tranquilizado cerebro el recuerdo del pasado. Interrogóse y se admiró de no encontrar en su corazón rastro alguno de su amor al Duque. Aquel amor había caído como podrido fruto. Tampoco conservaba

odio á Atanasia. La compadecía, considerándola destinada á sufrir incurable envidia. No se informó del casamiento, que consideró hecho. Los que la acompañaban evitaron cuidadosamente pronunciar el nombre de Bligny; precaución inútil, porque lo hubiera oído sin emoción. Su corazón tenía piel nueva.

La convalecencia fué larguísima. Cuando quiso levantarse por primera vez, se desmayó, y tuvieron que acostarla. Ansioso Felipe, reapareció junto al lecho y comenzó de nuevo á cuidarla, con la misma abnegación, inapagable y silencioso. Continuaban doliéndole las sienes, como si tuviera algún desorden persistente en las meninges. Cuando agitaba la cabeza sentía moverse el cerebro dolorosamente, según decía, como el grano de un cascabel.

—Ya era un poco loca antes de la enfermedad,—añadía sonriendo.—¿Qué sucederá ahora?

A los cinco meses justos de haberse casado, pudo bajar en una hermosa mañana de abril al jardín, sostenida por su madre y la excelente Brigida.

Dió lentamente la vuelta al estanque, sentándose para recobrar fuerzas en los bancos de piedra, calentados por el sol.

Al verla andar de aquel modo, á cortos pasos por la arena del parterre, imposible era reconocer á la altiva y orgullosa joven,

de quien decía su madre: «Es un muchacho malogrado.» Sus facciones se habían dulcificado y su mirada era más cariñosa. Ya no ergula la cabeza, soberbia y altanera; se había afeminado y parecía más pequeña.

Desde aquel día la actitud de Felipe fué invariable. Dulce, amable y obsequioso con Clara delante de gentes, mostrábase frío, político y grave cuando estaban solos. Tan hábilmente calculó su conducta, que todos le consideraban marido modelo. La Marquesa no tuvo la menor sospecha, porque estaba habituada á la galantería tranquila y correcta de los esposos de su clase, y además el Marqués de Beaulieu no la había mimado gran cosa con apasionado cariño. Parecióle, pues, que el matrimonio de su hija iba á pedir de boca, y prescindió de toda vigilancia. Completamente tranquila respecto á la salud de Clara, anunció una mañana que se iba á París, donde su hijo Octavio estaba desde enero. Fiel á sus ideas de igualdad, disponíase el Marqués á prescindir del blasón y á formarse una buena clientela de abogado.

Quedó, pues, Clara sola con su marido, á quien sólo vela á las horas de comer. Después de la comida la acompañaba al salón, se sentaba cinco minutos, levantábase en seguida, daba las buenas noches y se retiraba á su habitación. Una noche tuvo curio-

sidad la joven de ver lo que allí hacía, y bien cubierta con un mantón salió al parte-
re para espiarle desde fuera.

Por detrás de las cortinas del balcón vió pasar y repasar su sombra, que por la disposición de las luces tenía una altura gigantesca: paseaba de punta á punta, sin detenerse, lentamente y como pensativo. Entró Clara en el castillo, y de puntillas fué al cuarto inmediato al despacho. Sentóse en la oscuridad, vió la raya de luz por debajo de la puerta, y escuchó el acompasado andar de Felipe sobre la alfombra. Así estuvo hasta las doce, y cuando las últimas vibraciones de la campana del reloj dejaban de oírse, le oyó abrir la puerta de su dormitorio, y la luz desapareció. ¿En qué pensaba durante aquel prolongado y maquinal paseo? ¿Qué ideas absorbían su imaginación en aquellas largas horas de soledad? Mucho hubiera dado Clara por saberlo.

Cuando deseaba algo no era mujer capaz de disimularlo largo tiempo, y una noche que Felipe se despedía de ella como de costumbre:

—¿Qué hace V.,—le preguntó,—solo y encerrado durante tantas horas?

—Arreglo cuentas atrasadas,—respondió tranquilamente el dueño de la ferrería;—y á propósito, aquí tengo dinero que darle.

Y al decir esto sacó del bolsillo un puñado de billetes del Banco.

—¡Dinero!...—dijo Clara admirada—¿A mí?

—Sí; las rentas de su fortuna durante seis meses.

Y poniendo los billetes sobre la mesa, añadió con frialdad:

—Ruego á V. que vea si está bien la cuenta.

Dió Clara un paso atrás: la sangre le subió al rostro, y con angustiado corazón y trémula mano, exclamó:

—Tome V. eso, caballero; tómelo usted, se lo ruego... Yo no debo aceptar ese dinero.

—Pues es preciso que lo acepte,—dijo Felipe.

Y con desdenoso gesto empujó los billetes hacia la joven.

Inguióse ésta pronta á luchar. El gesto y el acento de Felipe le ofendieron profundamente: sus ojos brillaron, y por un momento volvió á ser la orgullosa y violenta Clara de antes.

—No quiero...—empezó á decir mirando audazmente á su marido.

—¿Que no quiere V.?—repitió éste con ironía.

Cruzáronse sus miradas. La de Felipe era tan firme, directa y poderosa, que la joven no pudo sostenerla. Su resistencia cesó de repente; su mano, altivamente levantada, volvió á caer, y vencida, guardó doloroso

silencio. El dueño de la ferrería inclinóse silenciosamente, y salió.

Por primera vez chocaba la voluntad de Clara con la de Felipe, y quedó la altiva joven aturdida y quebrantada. Viéndose obligada á reconocer la superioridad del carácter de su marido, irritada y satisfecha á la vez, le inspiró profunda estimación. Atraída por aquella naturaleza enérgica, se puso á estudiarla atentamente. En la expansión de su vuelta á la vida había resuelto ser buena con Felipe y concederle franca amistad, y comprendió con despecho que estaba decidida á darle más de lo que se le pedía. Cuando se disponía á llegar hasta la amistad, su marido no pasaba de la indiferencia. No se enfadaba, porque de enfadarse aun quedaba algún recurso, ni se ocupaba de ella, dejándola vivir á su antojo, como lo pidió, mostrándole glacial indiferencia. Humillada Clara por esta desdeñosa falta de atención, se aplicó á combatirla. Era esencialmente militante y necesitaba de continuo una dificultad que vencer.

Cuando Bachelin iba á comer á Pont-Avesnes, pasaba Felipe la noche en el salón. La joven convidó al notario dos veces por semana, y jugaba después al *whist* con rara perfección. Delante de Bachelin hablaba y jugaba, pero al marcharse el convidado volvía á estar severo y silencioso. A pesar de sus esfuerzos, nada adelantó la joven respecto á la voluntad de su marido.

El poder que sobre sí tenía Felipe exacerbó á Clara. Sola en su habitación, dejése arrebatada por violenta cólera, estremeciéndole sentirse dominada. Aquel hombre era su dueño y la manejaba como quería. Cuando intentaba resistir la joven, con una mirada la hacía volver á la obediencia. Batía el carácter de su mujer como se bate el hierro, y era evidente que le podría dar la forma que le agradase. El sentimiento de su impotencia hizo llorar á Clara avergonzada, y por un resto de orgullo ocultó á Felipe estos pesares, mostrándose entonces cual debía ser: resignada sin amargura, y digna sin altivez.

Aunque fuera indiferente á lo que ocurría fuera de Pont-Avesnes, sus relaciones de París no le permitieron olvidarlo todo. Desde que supo la Baronesa que su amiga había recobrado la salud, escribía con cariñosa intermitencia cartas llenas de detalles incoherentes, pero curiosos. Por ella tuvo Clara noticias del Duque, de la Duquesa y del señor Moulinet.

Atanasia había entrado en el gran mundo con ruidoso brillo. Por regla general agradó á los hombres; pero sus maneras libres y varoniles le atrajeron la crítica de todas las mujeres. El Duque no hacía caso de ella, y á los tres meses de matrimonio se le suponía tan separado de su mujer como era posible estarlo, haciéndole la corte á la bella Condesa de Canalheilles, una irlandesa de ojos

azules, profundos y cambiantes como el color de las aguas del mar. La Duquesa coqueteaba con media docena de elegantes jóvenes, de rizados cabellos é irrepochables pecheras, que la acompañaban á todas partes. Llamaba á aquella pequeña falange de galanteadores «su tiro de seis», y le conducía con segura mano sin riesgo de volcar. La sequedad de su corazón y la pobreza de su temperamento la ponían, además, al abrigo de una sorpresa.

Desembarazado de su hija, empezó á madurar Moulinet importantes proyectos. Tomó secretario, y se encerraba con él diariamente durante muchas horas en una hermosa habitación que bautizó con el nombre de biblioteca, aunque no había en ella libro alguno. Puso sobre el escritorio un tratado de economía política, y aseguraba su hija que de dos á cinco de la tarde dormía sobre él tranquilamente. Suponía la Baronesa que el exmiembro del Tribunal de Comercio aspiraba á diputado, pues le habían visto, según decía, con personas de mediano aspecto que debían ser periodistas, haciendo además varios viajes al Jura, donde al mismo tiempo que inauguraba una escuela laica en su municipio, hacía restaurar secretamente la iglesia. Acariciando con la mano izquierda á los radicales y con la derecha á los conservadores, el fabricante de chocolates la echaba de aquíavélico.

La verdad era que, aunque un poco tarde, el señor Moulinet sintióse excitado por la ambición, pensando que quien había dirigido tan bien sus propios negocios, bien podría dirigir con acierto los de los demás. Preguntóse si había en el Parlamento persona que con una fortuna como la suya apoyase cualquier situación política, y se contestó francamente que no. Habiendo pagado á su hija un marido «de lo mejor que podía encontrarse,» creyó que no debía vacilar en pagarse á sí mismo un acta electoral.

Titubeó algún tiempo entre el Senado y la Cámara de Diputados. El título de senador parecióle majestuoso, inspirándole admiración la alta Cámara formada en otros tiempos por los hombres más eminentes de la nación. Por otra parte, el de diputado tampoco sonaba mal, y parecía el Cuerpo Legislativo más vivo y animado. Con verdadera astucia comprendió que encontraría en él bastantes medianías para que le fuese fácil llegar pronto á ser un hombre importante. Comenzó, pues, la campaña, decidido á no retroceder ante ningún sacrificio para asegurar el éxito.

Con este objeto había ido á la Varenne. Su distrito era limítrofe al de Besançon y al de Pont-Avesnes. La influencia del señor Derblay debía ser grande en la comarca, y resolvió aprovecharla. Visitó al dueño de la ferrería, y se hizo el pequeño y el sencillo.

te, sin decir palabra de sus proyectos, y anunciando sólo que pasaría el verano en el castillo. Encontró medio de hacer creer á Clara que más bien era cándido que mal intencionado, y que en el asunto del matrimonio había sido instrumento inconsciente de Atanasia. Al mismo tiempo fundaba Moulinet en Besançon un periódico titulado *El Correo del Jura*, con objeto de apoyar su candidatura. El director era uno de los individuos de mediano aspecto con quienes habían visto á Moulinet en París. Escogió el más presentable, y al proponerle éste que eligiese convicciones políticas, ideó Moulinet para su uso una opinión republicana, flotante entre el centro izquierdo y el centro derecho, bastante caliente para los exaltados y bastante tibia para los tímidos, cosa así como la letra de la Marsellesa con la música de la reina Hortensia.

Por lo demás, el color político de su candidatura le importaba muy poco, pues como argumento decisivo contaba con su dinero, y era lo más acertado. Los proyectos del señor Moulinet disgustaron mucho al Duque de Bligny, quien creía que habiendo sabido su suegro reunir tan considerable fortuna sólo debía ocuparse en hacer que él la gozase. Manifestóle su disgusto con la familiaridad algo impertinente que era el tono ordinario de sus conversaciones con el exmiembro del Tribunal de Comercio.

—¿Qué mosca le ha picado á V. para meterse en política?— le dijo.—¿No le parece que los asuntos públicos van bastante mal? ¡Es singular la afición que tienen las personas tranquilas á mezclarse cándidamente en tales enredos! ¿Sabe V. si los electores serán bastante necios para elegirle?

—¡Pero, querido Duque, cuento con ellos!

—Veremos lo que cuesta.

—¿Qué os importa?

—Me importa mucho. Me he casado con una hija única, y se le antoja á V. darle una hermana.

—¿Una hermana?

—Seguramente, una hermana: la política. Y una hermana que tendrá muchos hijos: todos vuestros muñidores, agentes, ayudantes, protectores y defensores, sin contar los electores, que le estrujarán á su gusto, y Dios sabe en qué parará la fiesta.

Hizo Moulinet un ademán majestuoso, y golpeando en el bolsillo de su chaleco, deplorable costumbre que jamás pudo quitarse, contestó:

—Yerno mío, mis medios me permiten toda clase de caprichos. Aun no he cumplido sesenta años, y podría si quisiera mantener bailarinas.

—No le acriminaría por ello. Esa clase de locura la comprendo. Un piecito, una pierna bien formada, una cintura redonda

sujeta con el cinturón de oro de las egipcias en el baile de *Fausto*, y unos ojos negros ó azules que os busquen en las butacas de orquesta, me parece bien. La cosa vale la pena, y si quiere V. que le presente al cuerpo de baile, lo haré con mucho gusto; pero hacer el amor, ofrecer ramos y señalar pensiones á la señora Política, es insensato, y verdaderamente me aligie V., señor Moulinet. Le aconsejo que prefiera á las bailarinas.

—Lo siento, mi querido Duque, pero soy hombre de buenas costumbres y prefiero la política.

—Pues buen provecho le haga. Y cuando sea V. elegido, ¿hablará?

—Es muy probable.

—Pues será cosa divertida! Iré y llevaré á mis amigos... pero procure V. no llegar á ministro: acabará V. por comprometerme.

Desdeñó Moulinet los chistes de su yerno y persistió en sus proyectos. Al empezar la primavera se instaló en la Varenne, y empezó á tantear el cuerpo electoral.

Por la misma época volvió la Marquesa á Beaulieu, y Felipe sacó á Susana del convento. No fué extraña Clara á este suceso. La joven animó algo la casa é hizo menos tirantes, en la apariencia, las relaciones de ambos esposos. Delante de Susana tuvo Felipe que representar la comedia de mostrarse cariñoso con su mujer, y lo hizo tan perfec-

tamente que no produjo la menor sospecha en el cándido corazón de la joven. Creyó ésta á su hermano completamente dichoso, y al ver á la orgullosa y sombría señorita de Beaulieu convertida en sencilla y risueña, no la reconoció. Encontró en ella el dulce y previsor cariño de una madre y de una amiga á la vez.

Comprimida un momento la juventud de Clara por las alarmas, los cuidados y los pesares, se extendió vigorosa en ella como la savia en el árbol. Las dos hermanas no se separaban. Desde su vuelta á Pont-Avesnes empezó Susana las visitas á las casas de los trabajadores. Acompañábala Clara por todas partes como hada benéfica. Tomó sin escrúpulo el dinero que Felipe le había dado, y lo empleó generosamente en socorrer á los desgraciados. Encontrábanlas á pie por los caminos de Pont-Avesnes, sencillamente vestidas, cubriéndose del sol con grandes sombrillas, y siguiéndolas el corpulento perro rojo de Felipe. Todo el mundo se descubría al verlas pasar.

Al poco tiempo llegó á ser Clara el ídolo de la población obrera. Muchos se habían ocupado de ella en la aldea cuando su casamiento, y los trabajadores de Pont-Avesnes la conocían bien, por haberla visto pasar otras veces á caballo, indiferente, absorta, pensando en el Duque, y tocando, distraída, con el puño del latiguillo al ala de su som-

brero de largo velo, cuando se la saludaba. Tenía fama de orgullosa, y con su lenguaje familiar y un poco malévolo, la llamaban los obreros «la Marquesa,» como á su madre. Al convertirse en la señora Derblay, continuó siendo la Marquesa para aquellos hombres, que la consideraban de una raza superior. Era tan blanca, tan fina, tan elegante hasta con su vestido de lana de color oscuro, que en las calles fangosas de Pont-Avesnes y en las casuchas de las aldeas aparecía como una joven soberana. Todos la adoraban.

En el mes de julio llegó Octavio á Beaulieu, y empezaron las partidas campestres. Susana hacía enganchar una pequeña jardinera, que Clara conducía hábilmente, y seguídas del Marqués á caballo, daban deliciosos paseos por los bosques de Pont-Avesnes. Bajo la bóveda de los corpulentos árboles y sobre la fresca hierba, iban despacio, siguiendo el carruaje las profundas rodadas de las carretas de los leñadores que explotaban la corta del año. Algunas veces era preciso bajarse, y Octavio empujaba la jardinera, mientras Susana llevaba el caballo cogido por la cabeza. El del Marqués seguía á Susana como un perro, mirándola con sus grandes ojos húmedos, y alargando el cuello en demanda del acostumbrado terrón de azúcar. Aquellos días eran deliciosos, y Clara olvidaba su tristeza; pero por

la noche, cuando se encontraba sola en su habitación, sufría gran desaliento. Comprendió, al conocer á Felipe lo bastante, como ya le conocía, que no se acercaría espontáneamente á ella y que había amargado su vida para siempre. Fiel á lo convenido, la devolvió su libertad, y se la dejaba completa. ¡Con qué alegría se la hubiera ella sacrificado! Fogosa y altanera, tuvo que habérselas con quien era más fuerte, y alegrábale ahora sentirse dominada.

Amaba al hombre que, poniéndole la mano en el hombro, la obligó á inclinarse, y le amaba porque le había hecho sentir el peso de su voluntad; porque era su dueño.

En sus largas horas de soledad-arrepintióse amargamente de no haber comprendido á tiempo la superioridad de la persona á quien dió su mano. Ahora adivinaba cuán importante era su posición en el país, descubriendo día por día con admiración alguna de las numerosas fuentes de la fortuna del amo de la ferrería. Antes de que volviese Susana á Pont-Avesnes, ignoraba por completo la existencia de la fundición del Nivernais. Preguntó hábilmente á su cuñada, y supo con sorpresa que su marido estaba en camino de ser uno de los príncipes de la industria, la fuerza dominante en este siglo.

Avergonzóse de sí misma. ¡A un hombre en esta posición se había atrevido á ofre-

cerle su fortuna para indemnizarle del mal que le hacía! ¿Qué era su fortuna, comparada con el gran capital del amo de la ferrería? Una gota de agua en un lago. Comprendió, pues, cuán odioso y ridículo había sido su orgullo; juzgó que Felipe debía despreciarla, y esta idea causó gran pesar. Supo, sin embargo, ocultarlo, siguiendo el ejemplo que su marido le daba con admirable fuerza de voluntad.

El cariño que la inspiraba Felipe advertíase, sin embargo, en los pequeños detalles. Acogíale con una alegría que se retrataba en su semblante, é ingeniábase para hacer cuanto pudiera agradarle. Susana le servía de mucho para estas demostraciones. Un día que estaban en la terraza después de almorzar, divertíase la joven en pasar suavemente una mata de avena por el cuello de su cuñada. Cogióla ésta y la atrajo hacia sí. Felipe saboreaba una taza de café con la mayor indiferencia, siguiendo con la vista el vuelo de los vencejos, que se perseguían en el azulado cielo con agudos gritos. Clara había cogido la cabeza de la joven entre sus manos, y la miraba con enternecidos ojos. Exhaló un suspiro, y aplicando suavemente sus labios á los pequeños rizos que revoloteaban en la frente de Susana, murmuró: —Querida niña, cómo te pareces á tu hermano!

Oyóla Felipe, y se estremeció. Jamás ha-

bla brotado nada tan directo del corazón de Clara hacia el suyo. Permaneció un instante inmóvil, y se alejó después sin decir nada.

La señora Derblay enjugó una lágrima que brotaba en sus ojos, y Susana se arrojó á su cuello con furioso cariño.

—¡Llora V.! ¡Llora V.! ¿Qué tiene? ¡Oh! hable usted... Ya sabe cuánto la amo. ¿Le ha dado algún disgusto Felipe? Pues habrá sido sin querer, y con solo decirle una palabra... ¿Quiere V. que yo se la diga?

—No,—respondió vivamente Clara haciendo un esfuerzo para sonreír.—Es que me siento un poco enervada... Felipe se porta muy bien conmigo, y soy muy feliz,—añadió con seriedad mirando á Susana para arraigar profundamente esta convicción en el ánimo de la joven.

Y levantándose, añadió con alegría:

—Vamos á dar una vuelta.

Fuéronse al parque, corriendo como dos locas y riendo como si nada hubiese ocurrido.

Este fué uno de los últimos días relativamente felices de Clara.

A la mañana siguiente los Duques de Bligny llegaron á la Varenne.

El anuncio de su presencia desagradó á la joven, que esperaba no volverles á ver nunca. Notó que Felipe la observaba con más atención, y procuró estar con el semblante invariablemente tranquilo. Aquella misma

noche, cuando se retiró Susana, planteó Felipe la cuestión de las relaciones que debían mantener con los habitantes de la Varenne.

—El Duque de Bligny es vuestro pariente más inmediato, á excepción de vuestro hermano,—dijo con voz tranquila.—Ninguna ruptura aparente ha ocurrido entre él y vuestra familia, y V. misma cuidó de que continuasen las buenas relaciones cuando se verificó nuestro enlace. Creo que no sería hábil modificar ahora este comportamiento. Si los Duques de Bligny se presentan aquí, espinó que se les debe recibir como á parientes vuestros, es decir, del mejor modo. De no recibirles, nos exponemos á comentarios que desearé evitar. No pretendo, sin embargo, imponer á V. mi opinión. Usted es más interesada que ningún otro en este asunto. Dígame cuál es su deseo, y á él me atenderé.

Permaneció Clara un momento silenciosa. La nueva intervención del Duque y de Atanasia en su vida, parecióle señal de grandes peligros, é instintivamente sospechó que con ellos entraría en su casa una desgracia completa, irremediable. A punto estuvo de hablar, de demostrar á su esposo sus verdaderos sentimientos, quizá de pedirle perdón; pero no se atrevió, y aceptó ciegamente cuanto había resuelto Felipe.

—Tiene V. razón,—dijo,—es preciso recibirles bien, y le agradezco que se imponga esa contrariedad. La presencia del Duque

me será tan penosa como á V.; le ruego que así lo crea.

Felipe hizo un movimiento con la cabeza, que no significaba afirmación ni negación, y dió por terminada la entrevista.

XIII

El Duque no había ido por su gusto á la Varenne. Parísien de pura raza, no podía sufrir el campo, y los plátanos de los bulevares y los castaños de los Campos Eliseos parecíanle suficiente verdura. Su Círculo, donde pasaba las tardes y la mayor parte de las noches, era la base de su vida habitual. Aborrecía la contemplación de la naturaleza y detestaba la lectura.

Cuando su suegro le condujo orgulloso á las estufas de la Varenne, y le enseñó una magnífica colección de orquídeas que su jardinero, persona á quien Moulinet hablaba con deferencia, había obtenido á todo coste, miró el Duque distraído las macetas simétricamente alineadas, y dijo indiferente: «Muy bonito.» Después arrancó con la punta de los dedos una flor maravillosa, y se la puso en el ojal.

Al verle coger de aquel modo una flor que había costado tanto trabajo y tantas pe-

noche, cuando se retiró Susana, planteó Felipe la cuestión de las relaciones que debían mantener con los habitantes de la Varenne.

—El Duque de Bligny es vuestro pariente más inmediato, á excepción de vuestro hermano,—dijo con voz tranquila.—Ninguna ruptura aparente ha ocurrido entre él y vuestra familia, y V. misma cuidó de que continuasen las buenas relaciones cuando se verificó nuestro enlace. Creo que no sería hábil modificar ahora este comportamiento. Si los Duques de Bligny se presentan aquí, espinó que se les debe recibir como á parientes vuestros, es decir, del mejor modo. De no recibirles, nos exponemos á comentarios que desearé evitar. No pretendo, sin embargo, imponer á V. mi opinión. Usted es más interesada que ningún otro en este asunto. Dígame cuál es su deseo, y á él me atenderé.

Permaneció Clara un momento silenciosa. La nueva intervención del Duque y de Atanasia en su vida, parecióle señal de grandes peligros, é instintivamente sospechó que con ellos entraría en su casa una desgracia completa, irremediable. A punto estuvo de hablar, de demostrar á su esposo sus verdaderos sentimientos, quizá de pedirle perdón; pero no se atrevió, y aceptó ciegamente cuanto había resuelto Felipe.

—Tiene V. razón,—dijo,—es preciso recibirles bien, y le agradezco que se imponga esa contrariedad. La presencia del Duque

me será tan penosa como á V.; le ruego que así lo crea.

Felipe hizo un movimiento con la cabeza, que no significaba afirmación ni negación, y dió por terminada la entrevista.

XIII

El Duque no había ido por su gusto á la Varenne. Parísien de pura raza, no podía sufrir el campo, y los plátanos de los bulevares y los castaños de los Campos Eliseos parecíanle suficiente verdura. Su Círculo, donde pasaba las tardes y la mayor parte de las noches, era la base de su vida habitual. Aborrecía la contemplación de la naturaleza y detestaba la lectura.

Cuando su suegro le condujo orgulloso á las estufas de la Varenne, y le enseñó una magnífica colección de orquídeas que su jardinero, persona á quien Moulinet hablaba con deferencia, había obtenido á todo coste, miró el Duque distraído las macetas simétricamente alineadas, y dijo indiferente: «Muy bonito.» Después arrancó con la punta de los dedos una flor maravillosa, y se la puso en el ojal.

Al verle coger de aquel modo una flor que había costado tanto trabajo y tantas pe-

setas, se indignó el jardinero, soltó una maceta de begonia que iba á enseñar, y mirando á Moulinet con severidad, salió silencioso.

—¿Sabe V. que la flor que ha cogido cuesta sesenta duros?—dijo Moulinet.

—Sí, ¿eh?—contestó el Duque con acento tranquilo.—Pues no me parece demasiado cara para mí.

Moulinet miró á su yerno de soslayo, pero nada dijo, porque le temía, imponiéndole la manera como le miraba el Duque. Había dicho una noche al lindo maese Escandre: «Por más que hagamos, nunca seremos iguales á esas gentes»; y aunque tenía, sobre todo después de sus pretensiones electorales, afición á la igualdad, no se sentía á la misma altura que el Duque.

Visto el poco éxito que había conseguido en las estufas, creyó tenerlo mejor en las caballerizas. Había en ellas una docena de caballos de silla y de tiro, muy elogiados por su cochera, y que por lo mismo pagó muy caros.

Las dependencias de la Varenne eran grandiosas. Estaban construidas de ladrillo en estilo morisco, que gustó extraordinariamente al chocolatero, tanto, que al hablar de ellas decía con frecuencia: «Esto se parece mucho á la Alhambra y al nuevo colegio Chaptal.»

El patio, de doscientos metros de exten-

sión, lo rodean las cuatro fachadas de los edificios destinados á caballeriza, cocheras, guarnés y pajera. Se entra en el patio por una puerta monumental entre dos pilares de piedra, adornada con cabezas de caballo de bronce. Por delante de los edificios hay un porche formando un paseo embaldosado, de tres metros de ancho. Listones de madera pintados de blanco sirven de separación á los arcos, y permiten apoyarse en ellos para ver maniobrar á los caballos.

La Duquesa, con un vestido de fulard y una toquilla de punto de Venecia alrededor de su morena y bonita cara, manejando con una mano llena de sortijas ancha sombrilla roja, acompañó á su padre y á su marido á las caballerizas, pisando la orilla cuidadosamente trenzada de las camas, mirando á cada caballo suelto en su *box*, que tenía en lo alto dispuesta la placa para poner el nombre del animal. Aprobó el Duque el arreglo de la caballeriza, pero no le entusiasmaron los caballos; en vano buscó felicitaciones el cochera, porque á primera vista conoció Bligny el defecto de cada animal, dando en qué pensar á Moulinet.

Por la tarde hubo una formal explicación, de la cual resultó que el yerno del Sr. Moulinet sabía lo necesario para que fuera en adelante imposible pagar seis mil pesetas por caballo que no valía mil ochocientas. Resumió el Duque su opinión de un modo que

le hizo adquirir la estimación del cochero.

—Puedes robar á tu amo,—le dijo;—eso es natural; pero no le enrocines.

Visitadas por el Duque las estufas y las caballerizas, sin mejor éxito en éstas que en aquéllas, el exmiembro del Tribunal de Comercio había agotado las distracciones que reservaba á su yerno. Entre su mujer y el Sr. Moulinet, se aburría éste soberanamente, encerrándose todos los días después de almorzar en su cuarto de fumar, y durmiendo como un lirón sobre ancho diván de cuero. Al cabo de una semana de esta vida, no pudiendo ya sufrirla, y conociendo que las impertinencias se agolpaban á sus labios, iba á anunciar el Duque á su mujer y á su suegro que un asunto urgente le obligaba á ir á Trouville, cuando Atanasia propuso hacer una visita á Pont-Avesnes.

Esta proposición sorprendió al Duque, y al pronto le fué desagradable. El recuerdo de Clara se había ido borrando poco á poco de su corazón, pero el del amo de la ferretería tenía muy vivo. La mujer había llegado á serle casi indiferente, pero conservaba el odio al marido. ¿Por qué? Difícil hubiera sido decirlo. Acaso por su complicidad en la afrenta que Clara le había hecho sufrir públicamente; acaso por ser el tipo más opuesto al suyo; pero era lo cierto que instintivamente le odiaba y que continuaba llamándole «el ferrón.»

Tuvo, sin embargo, curiosidad de ver en lo que había parado aquel matrimonio hecho en tan raras condiciones, y sin hacerse de rogar, acompañó á su suegro y á su mujer á casa del Sr. Derblay, diciendo para sí: «Mi viaje sólo se retardará un día, y podré tributar algunas atenciones á esa pobre Clara, que bien se las debo.»

La compadecía, formándose una idea muy singular de la clase de vida de la que debió ser su esposa; vida en su concepto estrecha y mezquina, ocupada exclusivamente en el cuidado de los negocios. Casi estuvo á punto de imaginar que su orgullosa prima llevaba los libros de su marido, con mangotes de percalina negra en los brazos.

Sólo había visto á Pont-Avesnes una noche, y á oscuras, y le admiró al entrar en plena luz del día el bello jardín con pterre á la francesa que había delante de la fachada. Los criados le parecieron muy atentos y sin aspecto provinciano. Vió los salones en todo su lujoso esplendor, y tuvo que confesarse á sí propio que el tren de casa del Sr. Derblay era de los más envidiables. La aparición de Clara le turbó.

La mujer que tenía ante sus ojos no era más bella que la que había conocido, pero parecía otra: sencilla, grave y con una autoridad en la mirada que le molestó. El señor Derblay tenía demasiada buena apariencia para no desagradar considerablemente

al Duque. Por primera vez advirtió éste que el amo de la herrería estaba condecorado. Sumido en tan repentinas reflexiones, Bligny habló poco y á propósito. Gracias á esta reserva, no despertó desde el primer día las sospechas de Felipe.

En el trayecto de Pont-Avesnes á la Varrenne mostróse el Duque taciturno. En la comida estuvo muy alegre, hablando con febril locuacidad, bromeando con el Sr. Moulinet y mostrándose el mejor hijo del mundo. Su apatía cesó de pronto, y no pensó ya á la mañana siguiente en el famoso asunto que le obligaba á ir en seguida á Trouville.

Encerrábase con más tenacidad que antes en su habitación de fumar, pero no dormía. Tendido en el diván pasaba una parte del día fumando cigarrillos de Levante, que producen agradables ensueños. Miraba subir lentamente hacia el techo las azuladas espirales, como si persiguiera, á través de sus ligeros y flotantes anillos, una forma fugitiva. En la penumbra imaginaba ver el rostro de Clara tal y como se le había presentado. Cerraba después los ojos y continuaba viéndolo.

Perseguido por esta visión, quiso librarse de ella, y mandó ensillar uno de los caballos que el Sr. Moulinet había pagado tan caros y que valían tan poco dinero. Saló al parque y se fué, dejando sueltas las bridas sobre el cuello del animal.

Eran las cuatro, y empezaban los vagos ruidos del bosque. Las carreras de los vagabundos conejos removían las hojas en los matorrales, y de vez en cuando una urraca asustada volaba á lo alto de una encina dando gritos estridentes y batiendo el aire con sus cortas alas. El día había sido caluroso, y al caer la tarde empezó agradable fresco. Exquisitos olores salían de la tierra, y el sol, al ponerse, deslizaba sus rayos de oro por entre la hojarasca.

Sacudiendo su entorpecimiento, picó espuelas el Duque y partió á galope. Sin advertirlo había salido del parque, y corría por el bosque, huyendo delante de él y arrastrándole tras sí el encantador fantasma que agitaba su espíritu. El caballo le condujo á la linde del llano. Un largo y bajo muro, sobre el cual se inclinaban las pesadas ramas, llamó su atención. En la masa de árboles vió una grande abertura rodeada de profundo foso, y se dirigió maquinalmente hacia aquel lado, presentándose á sus ojos ancho tapiz de hierba, á cuyo término aparecía un enorme y blanco edificio. Estremecióse el Duque al reconocer á Pont-Avesnes.

El azar le acercaba á aquella de quien deseaba huir. ¿Quería la fatalidad unir á los que había separado? Bligny sonrió recordando lo que había dicho al Barón la noche del casamiento: «Desde Vulcano, los herre-

ros tienen mala suerte en estos asuntos; y olvidó el terrible martillazo con que le amenazó su interlocutor. Además, ¿acaso el temor podía impedir al Duque procurarse la satisfacción de cualquiera de sus caprichos? Puso al trote el caballo, y tranquilizado su espíritu por la resolución que acababa de tomar, volvió á la Varenne.

Nada podía amenazar tanto la tranquilidad del señor Derblay como las nuevas intenciones del Duque. Entre la fría gravedad de Felipe y la gracia afectuosa de Gastón, se iba á ver Clara en gran compromiso, si no llegaba á estar en serio peligro.

Evidentemente el amo de la ferrería, al mostrar al Duque tan tranquila cordialidad, tenía algún oculto pensamiento, puesto que le era facilísimo alejar poco á poco á los parientes de su mujer, limitando las relaciones íntimas que se establecieron desde los primeros días á sencillas visitas de buena vecindad. No era fácil doblegar á Felipe, y lo que decidía se ejecutaba casi siempre con toda exactitud. Al permitir la invasora ternura de los Duques, formaba sin duda parte de sus proyectos abrirles por completo su casa.

Durante las largas horas que Felipe pasó al pie del lecho de la moribunda Clara, repasó uno por uno todos los acontecimientos que precedieron á su matrimonio, y entre ellos el de la encarnizada tenacidad con que Atanasia había perseguido á su rival. Atri-

buyendo á la Duquesa la responsabilidad que le correspondía, toda la culpa de ésta sirvió á Felipe para excusar á Clara; pero juzgó necesario no prescindir del rigor con que hasta entonces había tratado á su mujer.

La lucha entablada entre ambos debía terminar con su victoria. Necesitaba hacer sufrir á la orgullosa Clara una prueba decisiva, y tomar terrible revancha de la inmerecida afrenta que le había causado. Presintió que Atanasia estaba destinada á desempeñar un papel en la peligrosa partida. La batalla debía darse entre Clara y la Duquesa, y entre el Duque y él. La previó encarnizada, fértil en pérdidas emboscadas y en temerosas sorpresas, no siendo imposible que terminase con la muerte de un hombre. Felipe no vaciló. ¿Qué arriesgaba en suma? Su vida estaba comprometida, y había perdido la felicidad. Sólo se exponía á ganar intentando la aventura; pero, tan prudente como resuelto, tomó las precauciones necesarias para asegurar el éxito. Viendo á Clara demasiado sola, porque aparentemente él no podía defenderla, pensó darle una fiel aliada; y al efecto invitó á la Baronesa á pasar con su marido algunas semanas en Pont-Avesnes. De este modo se equilibraban las fuerzas, y frente á frente ambos partidos no tardaría en empezar la lucha.

Fácil fué comprender desde los primeros días que la Duquesa de Bligny proyectaba

revolucionar aquel pacífico rincón de una provincia. La Varenne se convirtió en sitio de regocijo, donde no cesaba el ruido de las fiestas con que Atanasia tenía empeño de indicar su presencia. Recién llegada al país, pretendió convertirse, á fuerza de tanto ruido y excentricidad, en su indisputable soberana.

Había hecho ir de París dos de sus asiduos acompañantes, el grueso La Brede y el pequeño Tremblays, el más brillante par de trotones de su famoso «tiro de seis.»

—Para el campo,—dijo riendo,—basta La Brede y Tremblays. Enganchados para correr la posta y con muchos cascabeles, producirán ilusión...

En efecto, La Brede y Tremblays, dos íntimos amigos muy deslucidos cuando estaban separados, sorprendían al reunirse, porque ambas nulidades tenían un valor positivo, como dos negaciones significan una afirmación. Llegaron, pues, con un cotillón, un *lawn-tennis* y un *polo* en sus maletas, y como si el demonio de París saliera de ellas, apenas pusieron el pie en la Varenne la vida fué allí endiablada.

Besançon proporcionó una orquesta de diez músicos para bailar todos los sábados en el castillo, y la juventud jurasiana supo con estupor que la señora de Bligny proyectaba divertir á toda la comarca. De todas las casas de las cercanías acudían berlinas,

briskas, charabans, una colección completa y rara de carruajes, muchos de ellos de la época de la Restauración, corriendo por el camino de la Varenne con inaguantable ruido. Los colorados hidalgotes, de musculatura tan dura como las rocas de sus montañas, lanzaban las pelotas del *lawn-tennis* y hacían correr en las praderas la bola del *polo* dándose fuertes paletazos en la cabeza, y valsando después toda la noche con infatigable vigor.

—¿Sabe V., Duquesa, que sus provincianos son de buena madera?—decía el grueso La Brede.—Levantán á sus parejas como plumas y jamás descansan. Casi tengo deseos de importar algunos para la estación de invierno en París; creo que se cotizarían con prima en la plaza.

—Sí, pero por desgracia,—añadió el pequeño Tremblays,—el provinciano musculoso y sanguíneo prueba generalmente mal entre nosotros. A los seis meses ha perdido el color y está más flojo que el mismo parisién... Es mala especie para la aclimatación.

Y mientras los dos parisienses hacían profundas consideraciones sobre el fomento de la raza de los bailarines de provincia, los diez músicos alborotaban en los salones de la Varenne. La juventud de Besançon y de las cercanías, sin cuidarse de las apreciaciones de los de París y desdenando las crí-

ticas, bailaba con una tenacidad que regocijaba el corazón de Moulinet.

La satisfacción del chocolatero al ver á su hija removiendo con tan apasionado ardimiento toda la alta sociedad del distrito, no tuvo límites. El candidato dijo para sí: «Cuanto más convidados más electores;» y animó á la Duquesa á seguir por la emprendida vía, facilitándole ilimitados recursos pecuniarios. Mientras solteras y casadas bailaban, la emprendía él con padres y maridos. Preocupaba, sin embargo, á Moulinet que ni el Prefecto ni el General que mandaba la plaza de Besançon habían acudido á la fiesta de la Varenne. Quizá pareció demasiado aristócrata aquella sociedad al representante de la Administración civil; y el jefe militar, que acababa de ser reprendido por permitir que sus soldados fuesen con armas en una procesión, creyó, sin duda, prudente abstenerse de mostrar sus estrellas en los salones de la Duquesa.

—¿Qué te importa que el Prefecto no venga,—dijo Atanasia á su alarmado padre,—si todos sus administrados están de tu parte? Haz que *El Correo* le ponga la proa y que le atribuya cualquier necedad. Si quieres, encargo á La Brede que haga el artículo. ¡Verás qué picaresco! En cuanto al General, te digo que es un cero, y además sus soldados no votan.

Motivo más grave de disgusto tenía Ata-

nasia que su padre, porque la señora Derblay se había excusado de asistir á las reuniones de los sábados, alegando que aun estaba muy débil para pasar las noches en vela. Como el único objeto de la Duquesa al dar aquellas fiestas era obligar á Clara á asistir á ellas, contuvo difícilmente su rabia, teniendo momentos de mal humor que perturbaban la alegría de sus contortulios. No poder humillar á su rival con todo su lujo, no hundirle en el corazón mil puñales presentándose á ella del brazo del que debió ser su esposo, no verla estremecerse cada vez que la llamaran señora Duquesa, era para Atanasia perder todo el placer que esperaba. El odio de la joven, que quizá se hubiese calmado ante el espectáculo de la humillación de Clara y por la revelación de sus tormentos, lo exasperó la resistencia que ésta supo oponer, la altiva tranquilidad que resplandecía en su frente.

Clara fué á comer una vez á la Varenne, y portóse con grandísima habilidad. La petulante y atrevida Duquesa, junto á aquella noble y digna mujer, apareció lo que era en realidad: una personita bastante mal educada que hacía y decía cuanto la pasaba por la mente con audacia de advenediza millonaria. Notóse la diferencia, con gran ventaja para Clara.

Lo conoció Atanasia y se prometió tomar terribles represalias. Aquella morenita de

bello semblante, ojos vivos y graciosa sonrisa, era lo más malo que se podía imaginar en este mundo. Capaz hubiese sido, á no incurrir en grave responsabilidad, de arrojar vitriolo al rostro de la hermosa Clara para desfigurarla de una vez para siempre, y quemar sin remedio posible los bellos, puros y serenos ojos en que advertía tanto desdén.

Lo que más irritaba á la Duquesa era la buena armonía que existía, al parecer, entre los esposos Derblay. El marido era atento, afectuoso, solícito, y la mujer le demostraba la mayor deferencia y cariño. No era posible engañarse al ver la sonrisa de Clara cuando Felipe estaba junto á ella y la protegía con toda su autoridad: ella le amaba y seguramente era amada. ¿Cómo era posible que el amo de la ferrería no amase á una criatura tan perfecta, exquisito conjunto de gracia física y belleza moral? Además, ¿no se había casado con ella por amor, pasando por todas las humillantes rarezas de la situación, aceptando una mujer arruinada y abandonada por el Duque y mostrándose dichoso de poseerla como si verdaderamente hubiese sido raro tesoro?

Destino era, pues, de Clara ser siempre amada, mientras la suerte había decidido que Atanasia sólo encontrase indiferencia en los hombres. Se la cortejaba sin duda, pero ¿qué valían las adulaciones, las galanterías de sa-

lón, los caprichos pasajeros que inspiraba comparados al amor sincero, profundo, inalterable que tenía Clara el don de engendrar en el alma?

Arrebatada por los celos, ocupóse particularmente Atanasia del señor Derblay, mostrándose seria para agradarle, y acaparándole durante una parte de la noche. Encontró al amo de la ferrería realmente muy bien. Con su tez bronceada por la intemperie, sus cabellos negros cortados al rape y sus grandes ojos oscuros, parecía un árabe. Atanasia sintióse de pronto muy conmovida. Ningún hombre le había producido tal emoción, y creyó que si fuera capaz de enamorarse de alguien, sería de Felipe. Dominada por la idea del dolor que causaría á Clara, desplegó su natural coquetería con una locuacidad que sorprendió á ella misma.

Con diabólica alegría vió á Clara incomodada, agitarse y observar con angustia sus coqueteos. Leyó Atanasia el sufrimiento en el semblante de la que odiaba, y comprendió que había encontrado el punto débil de la coraza por donde le sería posible dar el golpe mortal.

La actitud de Felipe fué en verdad la de hombre bien educado que es objeto de halagüeñas distinciones por parte de la dueña de la casa, acogiendo con perfecta naturalidad las acentuadas insinuaciones de la Duquesa. Dejóla apoyarse en su brazo para

recorrer los salones, y habló con ingeniosa gracia, siendo su solicitud la precisa para parecer muy agradable, y su frialdad la necesaria para que nadie pudiera decir que tenía con la Duquesa mayores atenciones que con cualquiera otra mujer.

Sin embargo, por muy dueño que fuera de sí mismo, un observador atento hubiese podido descubrir que le dominaba violenta turbación. Mientras la Duquesa, haciendo la rueda como pavo real, se apoderaba de él y le enseñaba el salón y las estufas, vió á Bligny acercarse lentamente á Clara, inclinarse por encima del respaldo de la butaca y hablarla sonriendo. Era la primera vez que veía á Clara y Gastón juntos expresándose sus ideas sin testigos. Estremeciéndose y se le enrojecieron las sienes. Durante un minuto sufrió tan cruelmente, que su brazo se crispó, apretando con violencia la mano de la Duquesa. Esta le miró con admiración. Estaban en aquel momento en una pequeña estufa que Moulinet llamaba «los trópicos,» y en la que se desarrollaban admirablemente en húmedo calor las plantas venenosas de la India y de Africa.

—¿Qué tiene V.?—preguntó la Duquesa devolviendo al brazo de su acompañante una ligera presión.

Y al mismo tiempo sonrió:

—El violento olor de esos arbustos y el calor de la estufa me aturden,—contestó Fe-

lipe recobrando la calma.—Volvamos al salón, si V. gusta.

Y conduciendo á la Duquesa con lento paso, tuvo de nuevo á la vista al Duque y á Clara, que continuaban hablando.

Desde que terminó la comida no había aparecido el Duque. Llevó á sus convidados á la habitación de fumar, poniendo ante ellos la colección más variada de cigarros y cigarrillos. A la media hora, y con pretexto de cumplir sus deberes de dueño de casa, dejó á los fumadores envueltos en espesa atmósfera de humo. Quería acercarse á Clara; pero conociendo el carácter arrebatado de la joven, no se atrevió á presentarse de frente. Además, comprendía su mala posición respecto á la señora Derblay, y por audaz que fuese, titubeaba en hablar, conociendo que las primeras palabras que pronunciase tendrían capital importancia en sus futuras relaciones.

Quizá le hubiera valido más abstenerse de todo intento, dejando al tiempo consolidar el terreno antes de aventurarse en él; pero Bligny había llegado al extremo en su cínico egoísmo de no poder retardar la satisfacción de cualquier capricho. Adelantóse, pues, hablando á sus amigos, deteniéndose pocos momentos con las damas, y estrechando, como ave de presa, los círculos que describía alrededor de Clara. De esta suerte llegó á su espalda, é inclinándose hacia la

joven, cuyo tibio perfume aspiraba, le dijo con cariñoso acento:

—¿Te sientes bien esta noche? Casi temblando vengo á informarme de tu salud, porque temo ser bastante desgraciado para que no me veas acercarme sin disgusto.

Volvióse Clara con viveza, y mirando al Duque bien de frente, respondió atrevida:

—¿Y por qué te he de ver con disgusto? ¿Hubiera venido á tu casa si me inspirases los sentimientos que me atribuyes.

Movió el Duque melancólicamente la cabeza.

—Esta es la primera vez que tenemos ocasión de hablar libremente desde tu casamiento,—replicó,—y advierto que no nos vamos á decir aún la verdad. Habiéndome portado mal contigo, uno de los dolores de mi vida es no poder explicarte las razones que quizá me proporcionarán tu absolución.

—Pero si no necesitas absolución, créeme...—dijo Clara con tranquilidad:—¿Te he censurado acaso? ¿Crees de veras merecer censuras? Permíteme decirte que si lo creyeses darías pruebas de rara fatuidad.

—Alivias mi conciencia de un gran peso,—replicó el Duque.—Mi casamiento ha sido una de las fatales necesidades de la vida parisién. Encontréme un día en la precisión de elegir entre la dicha y el honor. Tenía que pagar dos deudas; pero al satisfacer la una, dejaba necesariamente otra en

descubierto. He sacrificado mi amor para salvar mi nombre. He aquí, Clara, lo que tenía que decirte.

—O, en otros términos, el Sr. Moulinet te sacó de una situación espinosa, y tú, por agradecimiento, te casaste con su hija... con muchos millones de dote... Vamos, Duque, la penitencia es llevadera... Además, si te he comprendido bien, tenías para ayudar á soportar la prueba la satisfacción del deber cumplido... Debes, pues, ser feliz... y lo celebro con toda el alma...

Aguijoneado por estas irónicas frases, se estremeció el Duque.

—¿Y tú?—dijo bruscamente.—¿Eres feliz?

—Eres el único sin derecho á preguntármelo,—respondió orgullosamente Clara.

En aquel momento volvía la Duquesa con Felipe. Con un movimiento de cabeza indicó el Duque á Clara su marido del brazo con Atanasia, y viendo á la joven turbarse y palidecer, le dirigió una mirada profundamente burlona.

—Merecías ser mejor amada,—dijo.

E inclinándose, se alejó lentamente.

Estremeció á Clara la idea de que el Duque hubiese adivinado su secreto, porque pondría en duda la felicidad que había fingido á costa de tanto disimulo. Presintió los peligros que iba á correr si el Duque tenía el mal acuerdo de ocuparse de ella. ¿Cómo

podría continuar la obra de la conquista de su marido? ¿Cómo impediría á éste que le preocupasen las asiduidades de Duque? Teniendo que luchar ella misma con aquel peligroso conquistador, ¿cómo tendría la libertad necesaria para combatir á la Duquesa, cuya audaz coquetería para seducir á Felipe le era notoria?

Resolvió huir, y haciendo á su marido una señal que le llevó al punto á su lado, rogóle que pidiese el carruaje. Poniendo después término á las cariñosas protestas de Atanasia, y saludando al Duque con frialdad, llevóse á su marido tan precipitadamente como si el castillo estuviese ardiendo.

Cuando estuvieron en su cupé, rodando sobre el camino en aquella noche serena y apacible, creyóse Clara salvada. No temió interrogar á Felipe, y volviéndose hacia él, preguntó:

—¿Cómo ha encontrado V. á la Duquesa?

—Encantadora...—contestó Felipe distraído.

La joven se hundió en el rincón del coche con un gesto de despecho que la oscuridad ocultó á Felipe. Con una sola palabra la había herido. Clara no advirtió el acento de profunda indiferencia con que fué pronunciada.

—No volveremos más á la Varenne,—dijo para sí Clara.—Sufriría demasiado.

En aquel momento, Felipe, sumido en

profunda meditación, veía pasar ante sus ojos la elegante figura del Duque inclinándose ante Clara y murmurando á su oído con pérfida sonrisa cariñosas palabras. Con la garganta seca y amenazadores ojos, apretó sus robustos puños. No volvieron á la Varenne. En la quincena siguiente dieron al señor Moulinet y á los Duques una comida para devolverles el obsequio, y se negaron con persistencia á las reiteradas invitaciones de sus vecinos.

Exasperada Atanasia, parecióle sin inventiva La Brede y sin fantasía Tremblays, y valsó disgustada con los nobles rurales de la vecindad. Moulinet pronunció en vano en el concurso hortícola de la Varenne, del que logró ser nombrado presidente, un discurso que hizo dormir á algunos y divirtió sobremanera á los demás.

Hubo fuegos artificiales, justas sobre el Avesnes, premios á la virtud con acompañamiento de piezas musicales por *La Lira* de Besançon; continuó la vida alegre, alborotada, fatigosa, que adoraba Atanasia, pero nada la pudo satisfacer, puesto que no estaba allí la señora Derblay para hacerle sufrir sus triunfos.

La anciana Marquesa vivía en las alturas de Beaulieu como tórtola solitaria, y no puso los pies en casa de su sobrina política. Empezó á notarse la ausencia de los señores Derblay; no cesaban los comentarios, y ha-

biendo llegado á casa de Clara la Baronesa de Prefont, que tenía tan buena lengua, previó Atanasia que se llegase á creer una ruptura de relaciones entre la Varenne y Pont-Avesnes. A toda costa era preciso romper el hielo que se amontonaba en grandes témpanos entre los dos jóvenes matrimonios, y sólo podía servir de pretexto una diversión pública, á la que fuese invitada toda la buena sociedad de la comarca.

La Brede fué quien, sin sospecharlo, como todos los hombres inspirados, proporcionó á la Duquesa la buscada ocasión, proponiendo correr un *rallye-paper* en los bosques de la Varenne y Pont-Avesnes. Se invitaría á las autoridades civiles y militares y á los oficiales de la guarnición, y todo el mundo seguiría la caza á caballo ó en carruaje; preparábase un gigantesco *lunch* en la encrucijada de los Estanques; en una palabra, sería una fiesta de *sport*, de la cual hablarían hasta los periódicos de París.

Poco faltó para que Atanasia abrazase á La Brede por este rasgo de genio. Lanzando á su padre á hacer las invitaciones, y ocupando á todos en cortar papelitos, la Duquesa fué á Pont-Avesnes y volvió radiante con una contestación afirmativa.

XIV.

La Encrucijada de los Estanques está situada en la linde de los bosques de Pont-Avesnes con los de la Varenne. Una serie de pantanos, cubiertos de juncos y de plantas de anchas hojas, que extienden sus tallos relucientes por la superficie de las aguas como culebras dormidas, prolongase en cuatrocientos ó quinientos metros, dando este nombre á aquel sitio. Avidas de frescura, inclínanse las ramas bajas de las encinas sobre las estancadas aguas, y las hojas que caen durante el otoño, pudriéndose en ellas, forman un limo fangoso, donde acuden los jabalíes por la mañana á revoicarse con delicia. Vallas pintadas de blanco, que cortan en tiempos normales los caminos del bosque, cierran un espacio de doscientos metros, cubierto de espesa y blanda hierba como el terciopelo.

Enormes hayas de tronco gris y gran follaje rodean la Encrucijada, llenándola de fresca sombra. Los ocho caminos de veinte metros de anchura que van á parar á aquel punto, se pierden de vista, rectos y bordeados de matorrales rojizos, en la espesura del bosque. Es aquel un sitio tranquilo y mis-

biendo llegado á casa de Clara la Baronesa de Prefont, que tenía tan buena lengua, previó Atanasia que se llegase á crear una ruptura de relaciones entre la Varenne y Pont-Avesnes. A toda costa era preciso romper el hielo que se amontonaba en grandes témpanos entre los dos jóvenes matrimonios, y sólo podía servir de pretexto una diversión pública, á la que fuese invitada toda la buena sociedad de la comarca.

La Brede fué quien, sin sospecharlo, como todos los hombres inspirados, proporcionó á la Duquesa la buscada ocasión, proponiendo correr un *rallye-paper* en los bosques de la Varenne y Pont-Avesnes. Se invitaría á las autoridades civiles y militares y á los oficiales de la guarnición, y todo el mundo seguiría la caza á caballo ó en carruaje; preparábase un gigantesco *lunch* en la encrucijada de los Estanques; en una palabra, sería una fiesta de *sport*, de la cual hablarían hasta los periódicos de París.

Poco faltó para que Atanasia abrazase á La Brede por este rasgo de genio. Lanzando á su padre á hacer las invitaciones, y ocupando á todos en cortar papelitos, la Duquesa fué á Pont-Avesnes y volvió radiante con una contestación afirmativa.

XIV.

La Encrucijada de los Estanques está situada en la linde de los bosques de Pont-Avesnes con los de la Varenne. Una serie de pantanos, cubiertos de juncos y de plantas de anchas hojas, que extienden sus tallos relucientes por la superficie de las aguas como culebras dormidas, prolongase en cuatrocientos ó quinientos metros, dando este nombre á aquel sitio. Avidas de frescura, inclínanse las ramas bajas de las encinas sobre las estancadas aguas, y las hojas que caen durante el otoño, pudriéndose en ellas, forman un limo fangoso, donde acuden los jabalíes por la mañana á revoicarse con delicia. Vallas pintadas de blanco, que cortan en tiempos normales los caminos del bosque, cierran un espacio de doscientos metros, cubierto de espesa y blanda hierba como el terciopelo.

Enormes hayas de tronco gris y gran follaje rodean la Encrucijada, llenándola de fresca sombra. Los ocho caminos de veinte metros de anchura que van á parar á aquel punto, se pierden de vista, rectos y bordeados de matorrales rojizos, en la espesura del bosque. Es aquel un sitio tranquilo y mis-

terioso. El sol hace brillar las aguas rizadas por la brisa, que reflejan la azul transparencia del cielo. Cuando se caza en el bosque, aquel sitio es excelente, porque los gamos, cansados de la ardiente persecución de los perros, acuden á refrescar en los pantanos sus temblorosos corvejones, y á beber agua para adquirir nuevo vigor. Un cazador apostado en la orilla detrás de cualquiera de las grandes encinas, encuentra de seguro ocasión de matar reses.

Amante apasionado de la naturaleza el Sr. Moulinet, y seducido por la belleza del paisaje, ha deshonrado aquel sitio haciendo construir en él un kiosko chino.

En mitad del vasto espacio ofrecía una mesa puesta al aire libre, y servida por criados vestidos de etiqueta, todos los refrigerios apetecibles, antes de emprender la larga cabalgata, á los convidados de la Duquesa. Hacía ya una hora que La Brede, atraillado con su fiel Tremblays, recorría los matorrales sembrando papelitos que debían indicar la pista, tomando la delantera, cortando las vías, multiplicando los cambios y preparando las equivocaciones con una conciencia inimitable.

Por todos los caminos que conducían á la Encrucijada llegaban caballeros y amazonas en breacks y coches.

Los vestidos claros de las mujeres tapándose con sombrillas multicolores, los doi-

manes azules y pantalones rojos de los huéspedes, eran pinceladas brillantes en el tono general verde sombrío de los árboles.

Los caballos, tenidos del diestro por criados con traje de paño verde y gorra redonda á la cabeza, estiraban hacia el suelo, cubierto de fresca hierba, las bocas, ávidas de comerla; resonaban los estribos unos con otros; oíase de vez en cuando fuerte relincho, y los tapones de las botellas de champagne saltaban alegremente, cayendo el espumoso vino en las copas.

Vestida con negra amazona de falda corta, agitando un latiguillo, cuyo puño adornaba una enorme piedra preciosa, recibía Atanasia á los recién llegados con una alegría, una soltura y una franqueza sorprendentes.

Las damas se sentaban en los almohadones del gran *mail-coach* del Duque, puestos en las pequeñas eminencias del piso. Vestido Moulinet con traje azul y guantes gris perla, á las diez de la mañana había acaparado al Barón, que le inspiró en pocos días tiránico afecto. El Duque lucía el traje inglés de caza: casaca encarnada, calzón de piel blanca y gorra de terciopelo negro, adornada por detrás con un lazo verde. Felipe, vestido de negro, como de costumbre, menos el calzón, que era de terciopelo gris con polainas del mismo color.

Como si fueran de uniforme, Clara y la Baronesa llevaban amazonas de paño azul v

sombrero redondo, adornado con pluma negra. Ambas estaban encantadoras; la señora de Prefont elegante, á pesar de su pequeña estatura, y Clara, esbelta y magnífica, modelando sus bellos hombros y admirable pecho el sencillo vestido sin adorno ninguno en el cuerpo.

Servida por Octavio, mojaba Susana una galleta en un vaso de vino de Málaga, sin perder de vista su jaquita, á la que apretaba la cincha y examinaba la barbada su hermano con especial atención, mientras Bachelin, desenganchando tranquilamente su caballo de doble uso, poniale, ayudado de un guarda, la silla que había traído en la caja del carricoche. La luz del sol doraba el bosque, iluminando profusamente aquel brillantísimo cuadro. La brisa, ligera y fresca, excitaba la alegría.

—¡Sr. Derblay!...—exclamó de pronto Atanasia dejando al deseado Prefecto con quien hablaba.

Derblay se acercó á ella pausadamente, sin precipitación.

—¿No cree V. que ha llegado el momento de partir? Hace ya más de una hora que salieron esos señores con sus papeles; llevaban buen paso, y será preciso galopar mucho para alcanzarles.

—Confieso á V., señora,—respondió Felipe,—que estoy poco enterado de esta clase de ejercicios y temo dar mi opinión. Dirijase

usted á Pontac, que, como gran cazador, debe conocer bien estos asuntos.

Y al mismo tiempo indicó Felipe con un ademán á un corpulento joven vestido con purísimo traje de cazador, galoneado de plata, con tricornio á la cabeza, cuchillo de monte en la cintura y trompa á la Dampierre en el hombro. Como si estuviera esperando ocasión de presentarse, avanzó el Vizconde de Pontac al centro de la encrucijada, é inclinándose con inglesa rigidez ante la señora de Bligny, dijo:

—Duquesa, estoy á sus órdenes, y si usted quiere confiarme la dirección de la caza, me comprometo á que encontremos antes de dos horas á los señores La Brede y Tremblays. ¿Quiere V. que demos la señal de partida? Aquí tengo mi picador. ¡Eh! ¡eh! ¡Bistocq!

Salió del grupo de los criados un mocetón con traje también galoneado, polainas de cuero, nariz roja que destacaba en su curtido semblante como fresa en mantillo, arrastrando la pierna y tirando de un penco mal peinado, cuya brida había pasado al brazo. Al llegar á seis pasos del señor de Pontac, se detuvo, y en actitud de soldado sin armas, llevando la mano á la visera de la gorra, esperó que le pidieran su dictamen.

—¿Permite V. que le interrogué?—preguntó el Vizconde á la Duquesa.

—Sin duda alguna,—respondió Atanasia

muy satisfecha de la solemnidad del procedimiento.

—Mírala, querida,—murmuró la Baronesa á media voz;—se da aires de soberana. ¿Y ese Pontac que toma en serio su papel? Todo esto para correr en busca de papelitos. ¡Vaya una diversión!

—La carrera empezará en la Heronniere,—dijo Bistocq;—allí es donde empieza la pista, y hay un pedazo de papel del tamaño de la mano. Es la única señal, porque esos señores temen sin duda que se les encuentre fácilmente... Debieran haber puesto un periódico... Los animales... perdón... esos caballeros han tomado bien el aire por los matorrales, atravesando el Campo Nuevo, siguiendo por el llano á la Venta del Sargento, entrando de nuevo en el bosque por Belle-Empleuse, dirigiéndose á pie por la parte del gran Seto, dando el cambiao en la Boulottiere...

—¡Alto!—dijo riendo el señor de Pontac;—si te dejan hablar, nos dirás todo el itinerario de la caza.

—Allí les alcanzaremos,—dijo el picador guiñando un ojo.—No es fácil que una persona natural imite de tal modo á los ciervos, como no sea en la cabeza,—añadió con aspecto burlón,—y aun para llegar á conseguirlo se necesitan dos.

Echóse á reir la Duquesa, y dirigiéndose á Pontac, dijo:

—Es picaresco vuestro criado. Papá, da una propina á este bravo mozo. Gracias á él, La Brede y Tremblays tendrán que alargar mucho las piernas si no quieren ser alcanzados en seguida.

—Duquesa,—dijo Pontac,—¿doy la señal de partida?

—Déla V., Vizconde.

Dando vuelta á la trompa con la mano izquierda, situóse Pontac en medio de la Encrucijada, é inflando sus carrillos como si se esforzara por derribar los árboles del bosque, lanzó al viento las notas del instrumento.

—Felicito á V., Vizconde,—dijo la Duquesa;—tiene V. grande habilidad.

—Es hereditaria en mi familia,—contestó con meditabunda gravedad el Vizconde.—Desde hace tres siglos, de padres á hijos tocamos la trompa.

Y moviendo la cabeza con aire de superioridad, dirigióse á su caballo.

En un instante todos se pusieron en movimiento; los cazadores montaban á caballo, y los curiosos, que segulan la caza en carruajes, se acomodaban en ellos. Por general impulso dirigiéronse todos hacia las anchas calles que rodean la Heronniere.

El ruido sordo de los cascos de los caballos á galope sobre el musgo del camino, se alejó rápidamente.

—Señor Derblay, V. que conoce tan bien

BIBLIOTECA DEL MUNICIPIO DE MONTERREY

"ALFONSO MARTÍNEZ"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

la comarca, ¿quiere tener la bondad de guiarme? Dejemos partir el grueso de los cazadores. Tiene V. un buen caballo, y yo también, y yendo á través del bosque tomaremos la delantera.

—Pero, Duquesa, ¿no tiene V. á Pontac, que la guiará mejor que yo?

—No,—dijo alegremente la Duquesa;—quiero que sea V., ¡salvo que se me niegue! Pero no le creo capaz...

El amo de la ferrería se inclinó sin contestar. Clara, de pie á pocos pasos, presencié, temblando de cólera, la audaz tentativa de Atanasia. Lágrimas de dolor acudieron á sus ojos, y sin saber lo que hacía apretó convulsivamente el brazo de la Baronesa estupefacta.

—Serás de los nuestros, ¿no es verdad?—dijo entonces la Duquesa dirigiéndose á Clara.

La joven inclinó dulcemente su bello y sombrío semblante, y dijo con voz tranquila:

—No; he contado demasiado con mis fuerzas para poder seguir la caza á caballo. Iré en carruaje.

—¿Te enfada que me lleve á tu marido?—preguntó la Duquesa con aparente solicitud.

Y añadió riendo:

—¿Tienes celos de mí?

—No,—respondió Clara sin querer con-

esar en público su impotencia y su dolor.

—Entonces, á caballo,—dijo alegremente Atanasia, deseosa de comenzar su victoria.

Con el corazón afligido veía Clara partir á su esposo, y por un momento tuvo la idea de llamarle y retenerle á su lado, exclamando:

—Felipe!

Volvióse éste con viveza y se acercó á ella:

—¿Qué tiene V.?—la dijo.—¿Está usted mala? ¿Desea V. alguna cosa?

Con una sola palabra de la joven no se hubiera apartado de ella, y acaso se evitaran muchos dolores; pero el orgullo, más poderoso que el amor, detuvo la súplica en los labios de Clara, que levantó la cabeza, y con aspecto duro, crispados labios y desdeñoso gesto, dijo:

—No; nada tengo, nada quiero. Vaya usted.

Alejóse Felipe. En aquel momento le envolvió Clara en su creciente odio á Atanasia, y se vió acometida de una de esas rabias durante las cuales se mata.

Poniendo un pie sobre el talud de una zanja, levantóse la Duquesa un poco la falda, enseñando el principio de una pierna fina y elegante, calzada con bota de gamuza gris. Con un gesto indicó al Sr. Derblay la hebilla suelta de su espuela; Felipe se inclinó, y sin decir palabra, colocó sobre el arqueado

empeine la correa, asegurando la hebilla puesta junto al tacón. Provocadora y atrevida apoyóse la Duquesa, tocándole al hombro con el puño de su latiguillo, como para fijar bien su poder.

—Pero ¿qué quiere decir todo eso?— murmuró la Baronesa.

Miró al mismo tiempo á su prima, y la vió tan pálida y trémula que no se atrevió á continuar el interrogatorio.

Empinada por los robustos brazos de Felipe, colocóse la Duquesa en la silla, recogió las bridas, hizo con la mano un ademán orgulloso á su rival vencida, y sacando el caballo á galope le obligó á saltar la zanja que separaba la plazoleta de los matorrales. Felipe la siguió, y al poco tiempo su vaga silueta desapareció en la profundidad del bosque.

—¿Quieres que me quede á tu lado?— murmuró una dulce voz junto á Clara, inmóvil, anonadada, mirando huir á los dos jinetes como si llevaran á la grupa su felicidad.

Volvióse la joven. El Duque estaba junto á ella. Ahogó un grito de cólera, y arrancando sus guantes, con rostro sombrío y bajos los ojos, dijo:

—Déjame; quiero estar sola.

Cogida al brazo de la Baronesa, se dirigió hacia las lagunas, mientras que el Duque partía al paso de su caballo hacia el grupo

de los convidados, guiándole el lejano sonido del cuerno.

Octavio y Susana paseaban despacio, sin cuidarse de la caza y siguiendo en tranquila conversación el verde ribazo. Sus caballos, atados al mismo árbol, se acariciaban rozándose el cuello, ó tiraban con fuerza de las delgadas ramas cogiéndolas con la boca. El Barón, ensimismado, se sentó aparte, y con ayuda de un martillito rompía pedazos de mineral que había recogido á orillas del camino.

Sin hablar llegaron los dos jóvenes al kiosco, rodeado de bancos. Sentáronse. Profundo silencio sucedió al movimiento y al ruido que reinaba en el bosque. Ligera brisa agitaba las cañahejas, por entre las cuales revoloteaban algunos pájaros. Miró la Baronesa á su amiga, ya repuesta, y sólo un ligero temblor de los labios indicaba la agitación persistente de sus nervios. Temiendo que su prima hubiese adivinado sus sentimientos, bajó la cabeza y apartó la mirada, restregando indiferente con el pie la arena del piso.

—Y bien, ¿qué significa todo esto?— exclamó la Baronesa sin poder ya contenerse. —Llego á tu casa creyendo encontrar una tranquilidad bíblica, y me encuentro con disensiones y disgustos. Tu marido galopa junto á Atanasia, y el Duque viene á ofrecerte humildemente su compañía...

—Cambio de señora como en el rigodón,—dijo Clara riendo nerviosamente.

La Baronesa se puso grave, y cogiéndola una mano, dijo á su prima:

—¿Por qué intentas engañarme? ¿Me crees tan aturdida que no comprenda lo que te pasa? ¡Clara, tú no eres feliz!

—¡Yo! ¿Por qué no he de serlo! Vivo en medio del lujo, del ruido y de la animación. Tengo una familia que me adora; amigos que me rodean; un marido que me deja en libertad... Ya ves; cuanto pude imaginar. ¿Por qué no he de ser dichosa?

—Porque, querida mía, lo que imaginaste en otros tiempos causa hoy tu desesperación. Tu marido te deja en libertad, pero ha recobrado la suya, y cuando le ves junto á otra se te desgarrá el alma... Por orgullo quisieras negarlo, pero tu dolor te vende. No, no eres feliz ni puedes serlo, porque estás celosa.

—¡Yo!—exclamó Clara con rabia.

Y al mismo tiempo lanzó una dolorosa carcajada que terminó con un sollozo. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y poniendo la cara, roja de vergüenza, junto al brazo de su amiga, lloró amargamente.

La Baronesa la dejó desahogar su triste corazón, y viéndola después tranquilizada, le arrancó el triste secreto de su ruptura con Felipe.

La señora de Prefont quedó estupefacta,

comprendiendo los tormentos que sufría Clara y sospechando los de Felipe. Adivinó el horrible contraste que existía entre la vida pública y la íntima de aquellos dos seres. Exteriormente el brillo, la alegría y el cariño aparentes; por dentro el silencio, la frialdad y el aislamiento. Aquellos dos desdichados representaban ante las gentes una comedia con la obligación de desempeñar bien sus papeles. Desde aquel momento la única idea de la Baronesa fué trabajar por la reconciliación de ambos esposos, separados por deplorable locura, y quiso conocer hasta el fondo el pensamiento de Clara.

—Pero cuando tu marido te cuidó con tanta abnegación,—la dijo,—¿no tuviste ni por un momento la idea de que se reanudarán los lazos rotos?

—Sí,—respondió Clara ruborizándose.—No sé lo que pasó por mí, pero me sentía otra, ignorando si lo que me atraía hacia él era reconocimiento por sus cuidados ó una más justa apreciación de su carácter. Cuando no estaba allí, involuntariamente le buscaba, y cuando estaba á mi lado, sin mirarle le veía. Su actitud era tan severa, tan triste, que ni me atrevía á hablarle... ¡Oh! ¿Si me hubiese alentado!...

—¿No lo ha hecho?

—No; es tan orgulloso como yo, y más resuelto... ¡No hay esperanza alguna! ¡Estamos separados para siempre!

—Por lo demás, Felipe toma alegremente su partido según veo, y nuestra bella Duquesita Moulinet...

—No acuses á Felipe,—interrumpió vivamente Clara.—Ella es la que sin pudor se le ofrece... Me persigue sin descanso... Después de mi novio, mi marido. ¡Qué triunfo! ¿no es verdad? ¿Y cómo separarle de ella? ¿Qué he de hacer para defenderme? ¿Tengo siquiera derecho? ¿Acaso me pertenece mi marido?

—Francamente, chica, más bien es tuyo que de ella.

—¡Oh! ¡que vea lo que hace!—dijo Clara con violencia.—Demasiado me ha hecho sufrir ya, y la mayor paciencia tiene límites. Si me obliga á traspasarlos, no se lo que haré; probablemente alguna locura que nos pierda á las dos.

—¡Bah! ¡bah! querida, tranquilízate. Cuenta conmigo, y yo te respondo de que ajustaremos cuentas con esa deliciosa Atanasia. Es una acaparadora, ¿sabes? Instinto de familia, porque su padre hacía lo mismo con el azúcar. Su especialidad son los maridos. Los necesita todos. ¡Cuánto daría, Dios mío, porque se le antojase seducir al Barón! ¡Cómo me divertiría!

Y con la cabeza indicaba á Clara á su amado Prefont, siempre en el mismo sitio, y matando el tiempo en recoger piedrecitas con que llenaba los bolsillos. Clara no pudo

impedir una sonrisa. La imagen de Felipe pasó por su mente. No era su esposo dócil y paciente servidor, sino amo imperioso y terrible.

—La situación, no hay que dudarlo, es grave,—añadió la Baronesa.—Pudiéndose explicar, el arreglo sería fácil; pero el hablar es expuesto á un desaire, y entonces todo se va al demonio. Se necesita por tanto acudir á la diplomacia. No hay quien me quite de la cabeza que tu marido te adora, pero que no quiere dártelo á conocer. Los hombres como él sólo aman una vez y para siempre. ¿Has mirado bien al Sr. Derblay? Es un terco. Tiene la cabeza hecha para agujerear murallas... Con tal carácter no le desarmarás, sino humillándole ante él.

—¡Ah! No titubearia en hacerlo, porque nada me sería costoso con tal de atraérmelo. Pero, ¿y si lo tomara por nuevo capricho?

—Es verdad; conviene esperar ocasión propicia para hacer esta importante prueba: si no se presenta, la buscaremos; pero no tengas, por Dios, ese aspecto aburrido y desesperado, porque vas á alegrar demasiado á nuestra querida amiga. Acuérdate de que para todo el mundo eres dichosa, y aparenta felicidad mientras la consigues en realidad.

Clara exhaló un suspiro. La indomable joven, que antes pretendía vencer todos los obstáculos, dudaba ahora de su poder y desconfiaba de su voluntad.

—Creo que desde hace media hora hablamos con la mayor seriedad. Esta psicología conyugal me ha calentado la cabeza. Si quieres creermelo, galopemos un poco, y después yo iré á ver qué hace de tu esposo nuestra duquesita Moulinet... ¿Vienes?

—No,—dijo Clara sombría;—estoy cansada. Me quedaré aquí. Ni mi hermano ni Susana tienen, al parecer, deseo alguno de seguir á los cazadores. Ellos me acompañarán.

Octavio y la joven volvían lentamente y silenciosos. El Marqués, algo más serio que de costumbre; Susana, con la cabeza inclinada y haciéndole sonreír halagüeñas ideas. Así llegaron hasta el sitio donde estaban atados los caballos. El joven soltó las bridas, y volviéndose hacia Susana, dijo:

—¿Me permite V. decirselo á mi hermana?

Bajó Susana la cabeza en señal de asentimiento, y contestó:

—Dígaselo si quiere. Ya sabe V. lo que nos ama, y de seguro se alegrará.

—Pues bien; váyase V. con el Barón y la Baronesa. Yo me quedo con Clara y le confiaré mi secreto.

Presentó á Susana sus manos cruzadas, y apoyando ésta en ellas el menudo pie, colocóse en seguida en la silla. La joven levantó la vista, miró á Octavio un poco más tiempo quizá del conveniente, le dió un apretón de manos, con el cual expresaba lo que no se

atreve á decir, y tocando con el latiguillo á la grupa de su jaca, llegó de un salto en medio de la encrucijada.

Al acercarse el sonido del cuerno que se oía en el bosque, La Brede y Tremblays corrían como demonios.

—¡Vamos, Barón, á caballo!—dijo la señora de Prefont á su esposo.

—Estoy á tus órdenes, querida mía...—respondió el amable marido dejando de contemplar sus minerales.—Es muy curioso... Figúrate: no me admiraría que las rocas de este cerro contuvieran alumbre... Hablaré de esto con el Sr. Derblay. Acaso se pudiera hacer concurrencia á los alumbres de Italia... ya sabes... cerca de Civita-Vecchia... Te los hice visitar cuando nuestro viaje de recién casados... ¡Sería buen negocio! ¡Se necesita tanto sulfato de alúmina para la fabricación del papel!...

—Sí, Barón, sí,—contestó la joven con súbito enternecimiento;—eres un ángel, y, lo que es más, un ángel sabio. Toma; bésame la mano.

—Con mucho gusto,—dijo el Barón, sin que se alterara su bella tranquilidad y acercando á sus labios la mano cubierta con fino guante de su mujer.

Miró la Baronesa á su alrededor; hizo pafar tumultuosamente á su caballo; saludó con la mano á Clara y Octavio, y volviéndose hacia Susana, dijo:

—¿Estamos, Susana?... ¿Sí?... Pues en marcha.

Y seguida de su marido y de Susana, partió á escape.

Inmóviles Octavio y Clara les vieron alejarse. Por un momento permanecieron silenciosos. Octavio, meditabundo y algo dominado por la emoción de la confianza que iba á hacer; Clara, pensando en lo que le había dicho la Baronesa, y calculando con vaga angustia las probabilidades de triunfo en su difícil empresa. La voz de su hermano la sacó de esta meditación.

—Clara,—le dijo,—tengo que darte una gran noticia.

Su hermana le miró con gesto de curiosa sorpresa.

—Susana y yo nos amamos,—añadió en voz baja.

El semblante de Clara se iluminó como cielo tempestuoso que atraviesa un rayo de sol. Alargó ambas manos á su hermano, y atrayéndole vivamente le hizo sentarse junto á ella. Con deliciosa agitación de nervios, ávida de saberlo todo, vió apuntar quizá la ocasión favorable para reconciliarse con Felipe. En aquel sitio silencioso, le refirió Octavio con entusiasmo la novela sencilla y larga ya de aquellos dos corazones que poco á poco se habían apoderado uno de otro; amor cándido y tímido, lleno de puro encanto y nacido sin esfuerzo ni sacudidas

como las bellas flores bajo el cielo azul.

—Tú, que tienes tanta influencia con Felipe,—dijo el Marqués á su hermana,—háblale de mí, y procura que me otorgue la mano de Susana. Conoce desde hace tiempo mis ideas, y sabe que nada me importan las ventajas del nacimiento y que procuro formarme mi posición. En fin, sé elocuente, convéncele, porque tienes mi dicha en tus manos.

De pronto se puso Clara grave. La influencia que le atribuía su hermano no la tenía. Desde la noche fatal, punto de partida de tantos dolores, apenas había hablado á solas con Felipe. En Pont-Avesnes sólo se veían á la hora de comer, y delante de los criados hablaban poco y siempre de cosas insustanciales. De pronto, sin preparación, sin que él la alentase, tenía que abordar tan serio asunto. No titubeó, sin embargo. Recobrando su hermosa confianza, tuvo presentimiento de la victoria.

Alarmado por el silencio de Clara, y pre-dispuesto á ver dificultades como todos los enamorados, exclamó el Marqués:

—¿Te niegas á defender mi causa?

—De ningún modo,—respondió la joven con valerosa sonrisa;—y tranquilízate, la defenderé como si fuera mía.

—¡Oh! ¡Cuánto te lo agradezco!

Y cogiendo á su hermana por los hombros la besó tiernamente.

—¿Son estos mis honorarios?—dijo con una alegría que desde hacía un año nadie había advertido en ella.—Se ve que tienes confianza, porque pagas adelantado. Vamos, vé á buscarla, ya que has confesado tu crimen. Sabes que no temo la soledad, y además necesito reflexionar en todo lo que acabas de decirme.

El joven corrió hacia su caballo. De un salto se puso en la silla, y enviando un beso con la mano á Clara, que le miraba sonriendo, partió con la celeridad de hombre que sabe encontrará á la que ama al fin del camino.

XV.

Sola Clara, olvidó el sitio en que se encontraba y lo que pasaba á su alrededor, y se puso á meditar. Lejano ruido se oía en el bosque, y por el ancho camino continuaban rodando los carruajes; pero la joven fué ciega y sorda á cuanto no era Felipe, y se entretuvo en reconstituir su vida tal y como hubiera debido ser. Trayendo á su memoria el tiempo pasado, contó los días felices de que voluntariamente se había privado, y alejada de esta funesta época apenas pudo comprender los sentimientos á que entonces

obedeció. Aquella especie de delirio, de orgullo que la dominó, era verdaderamente inexplicable. La preocupación de casarse antes que el Duque, costara lo que costase, le pareció de tal suerte mezquina, que se ruborizó. ¡Tan vulgares motivos la habían arrastrado á comprometer toda su existencia!

Dijo para sí que Felipe, á pesar del gran ultraje recibido, no podía ser inexorable. No se apartaba de su imaginación el altivo y severo semblante del amo de la ferrería, y aun resonaba en sus oídos la voz con que le dijo: «Algún día sabrá V. la verdad; sabrá usted que es más injusta qué cruel, y aun cuando entonces se arrastre á mis pies implorando perdón, no tendré para V. ni una palabra de compasión.»

Esta terrible promesa ¿no fué hija de la cólera? ¿La culpó siempre sin debilidad ni indulgencia? Vióle de nuevo con el rostro entre sus manos agobiado por el dolor, levantando después la cabeza y mostrándole el semblante inundado de lágrimas. Seguramente la adoraba, y aquella noche hubiera dado su vida por una mirada cariñosa, por una frase de esperanza. Ocho meses habían pasado. ¿Salió en este tiempo por la cruel herida que la mano de la joven había hecho todo el amor de Felipe?

Con la punta del pie trazó maquinalmente Clara algunas líneas en la arena.

—¿Son estos mis honorarios?—dijo con una alegría que desde hacía un año nadie había advertido en ella.—Se ve que tienes confianza, porque pagas adelantado. Vamos, vé á buscarla, ya que has confesado tu crimen. Sabes que no temo la soledad, y además necesito reflexionar en todo lo que acabas de decirme.

El joven corrió hacia su caballo. De un salto se puso en la silla, y enviando un beso con la mano á Clara, que le miraba sonriendo, partió con la celeridad de hombre que sabe encontrará á la que ama al fin del camino.

XV.

Sola Clara, olvidó el sitio en que se encontraba y lo que pasaba á su alrededor, y se puso á meditar. Lejano ruido se oía en el bosque, y por el ancho camino continuaban rodando los carruajes; pero la joven fué ciega y sorda á cuanto no era Felipe, y se entretuvo en reconstituir su vida tal y como hubiera debido ser. Trayendo á su memoria el tiempo pasado, contó los días felices de que voluntariamente se había privado, y alejada de esta funesta época apenas pudo comprender los sentimientos á que entonces

obedeció. Aquella especie de delirio, de orgullo que la dominó, era verdaderamente inexplicable. La preocupación de casarse antes que el Duque, costara lo que costase, le pareció de tal suerte mezquina, que se ruborizó. ¡Tan vulgares motivos la habían arrastrado á comprometer toda su existencia!

Dijo para sí que Felipe, á pesar del gran ultraje recibido, no podía ser inexorable. No se apartaba de su imaginación el altivo y severo semblante del amo de la ferrería, y aun resonaba en sus oídos la voz con que le dijo: «Algún día sabrá V. la verdad; sabrá usted que es más injusta qué cruel, y aun cuando entonces se arrastre á mis pies implorando perdón, no tendré para V. ni una palabra de compasión.»

Esta terrible promesa ¿no fué hija de la cólera? ¿La culpó siempre sin debilidad ni indulgencia? Vióle de nuevo con el rostro entre sus manos agobiado por el dolor, levantando después la cabeza y mostrándole el semblante inundado de lágrimas. Seguramente la adoraba, y aquella noche hubiera dado su vida por una mirada cariñosa, por una frase de esperanza. Ocho meses habían pasado. ¿Salió en este tiempo por la cruel herida que la mano de la joven había hecho todo el amor de Felipe?

Con la punta del pie trazó maquinalmente Clara algunas líneas en la arena.

—Cuando se ha amado profundamente,— dijo en alta voz como si quisiera consultar la duda que la agitaba con el bosque, el viento, el espacio, con la naturaleza entera, que tranquila y silenciosa la rodeaba,— cuando se ha amado como él me amaba, ¿se puede olvidar?

—Cuando se ha amado profundamente,— le contestó una voz burlona, que al parecer bajaba hacia ella,— no se olvida jamás.

Levantóse vivamente Clara, y vió al Duque, que habiendo entrado un momento antes en el kiosko, la miraba sonriendo, echado de bruces en la balaustrada.

—Convendrás en que llego á punto para responderte,— dijo alegremente.— ¿Pensabas en mí?

—Seguramente no.

—Tanto peor.

—¿Qué es lo que vienes á buscar aquí?

Bajó el Duque los seis peldaños de la escalinata y se acercó á Clara.

—Te busco á tí,— dijo inclinándose.

—¿Qué es lo que intentas?

—Intento hablar con el corazón en la mano. Hate una hora me has acogido muy mal al ofrecerte mi compañía. He creído que serías ya más sociable, y heme aquí. ¿Estás de humor de responderme?

—¡Dios mío! querido Duque, creo que nada tenemos que decirnos.

—¿Estás segura? Veo con dolor que te

has hecho muy disimulada: tienes penas y no quieres confesarlas.

Clara se encogió de hombros desdeñosamente.

—Y yo veo,— dijo ella,— que intelectualmente vas bajando de una manera notable. Repites sin cesar las mismas ideas con un acento quejumbroso que aflige. Tranquiliza tu sensible corazón. Ni tengo penas, ni estoy dispuesta á tenerlas por darte gusto.

—Así sea,— replicó el Duque con sencillez.— Celebro haberme engañado. Parecióme justa la idea que había formado de tu situación de ánimo, pero seguramente, como dices muy bien, he perdido mi lucidez. Creí que esta mañana estabas nerviosa y agitada. La partida de caza tenía muchos atractivos, y sin embargo no has querido tomar parte en ella, pasando el tiempo en observar á tu marido...

—Bien, ¿y qué?— dijo Clara reprimiendo un movimiento.

—Que el Sr. Derblay, cosa rara, no se ocupaba al parecer de tí, dedicado por completo á la Duquesa, que le había escogido para acompañante; y tú, en vez de estar satisfecha por verle cumplir galantemente su deber, le dirigías terribles miradas.

—¿Qué deduces de todo eso?— preguntó Clara fríamente.

—Que el buen acuerdo que supones existe entre vosotros no es real; que él no

aprecia en su justo valor el tesoro que la casualidad, ó más bien mi mala fortuna, le ha dado. Al ver esto han acudido á mi memoria mil pequeños accidentes en que no había parado la atención. He recordado tu extraña actitud el día del casamiento, he comentado tus tristezas, analizado tus cóleras; y pesado el pro y el contra, deduzco que no tienes, digas lo que quieras, la felicidad que mereces.

El ataque era brusco y directo. En un instante había envuelto el Duque las posiciones defensivas tan pacientemente elevadas por Clara, y le hizo comprender con audacia que no debiendo esperar la plaza socorro exterior, iba á sufrir un sitio en toda regla. La joven no quiso retroceder un paso, y hasta tomó la ofensiva con una amargura que no disimulaba.

—Y tu alma generosa y compasiva— dijo— cree el momento oportuno para ofrecerme algún consuelo.

Muy experimentado el Duque en esta clase de guerra, no siguió todavía á Clara en el terreno que ésta tan atrevidamente le ofrecía. Confesando en seguida su cálculo hubiese perdido para siempre lo que pretendía obtener: prefirió, pues, mostrarse arrastrado por un sentimiento formal y profundo, y abandonando el tono sarcástico empleado hasta entonces, dijo con tristeza:

—Me juzgas mal, Clara. He hecho cuanto

de mí dependía para olvidarte, y al llegar aquí creí que ya no te amaba y que podría volverte á ver sin peligro. Decláse que eras feliz, y me alegraba. ¡Ah! ¡qué loco era! Después de tantos desengaños y de tantas amargas pruebas, juzgué mi corazón gastado y muerto, y con profundo dolor le he sentido renacer y animarse. De pronto han acudido á mi memoria sucesos pasados. Te he vuelto á ver, y te encuentro preocupada, á pesar de los esfuerzos que haces para disimular tu tristeza. Hubieras podido engañar á otro, pero á mí no, porque desde hace tiempo tu semblante nada oculta á mis ojos. Siendo tú feliz te hubiese adorado de lejos, sin que una palabra mía turbase tu dicha; pero al verte sufrir, no he sido dueño de mi voluntad, sintiéndome encadenado por fuerza irresistible y comprendiendo que no hay para mí en este mundo más mujer que tú.

Escuchó Clara estas apasionadas frases advirtiéndole que no le hacían vibrar la más pequeña fibra del corazón. ¿Era aquel hombre que tan cariñosamente le hablaba el que ella había amado hasta el punto de perder la razón? Aquella voz que en pasados tiempos la conmovía, escuchábala ahora con irritada frialdad, viendo en el Duque uno de esos astutos cómicos que revuelven el ánimo y excitan los nervios de las mujeres mal equilibradas. Ni un solo momento pensó que pudiera ser sincero, ni vió en su asiduidad

otra cosa que el deseo de satisfacer repentino capricho.

—¿Sabes que no te falta impudencia?— dijo ásperamente.—Tuviste que elegir hace algún tiempo entre la mujer que decías amar y una fortuna que te tentaba, y no titubeaste, cerrando tu corazón y abriendo tu caja. Hoy, que ya tienes dinero, no te vendría mal tener también la mujer, y vienes á solicitarla. ¡Ah! querido Duque, eres demasiado ambicioso. No pretendas acumularlo todo.

El Duque movió melancólicamente la cabeza.

—Con qué dureza me hablas!—dijo.—Bien sabía que estabas resentida conmigo.

Hizo Clara brusco movimiento y brillaron sus ojos de indignación, diciendo resueltamente:

—Resentida yo! te adulas querido mío. Si me inspirases algo, sería agradecimiento, porque al fin yo soy la esposa del Sr. Derblay, que es tan útil, como tú incapaz; tan adicto, como tú egoísta; tan generoso, como tú mezquino, que tiene, en una palabra, todas las cualidades que á tí te faltan, y ninguno de tus defectos. ¿No es á tí á quien debo que sea mi esposo?

Mordiose el Duque los labios. Cada palabra de aquel violento apóstrofe le había herido en el rostro como un bofetón.

—El Sr. Derblay—dijo procurando dominar á Clara con la mirada—es sin duda

perfecto, pero tiene un ligero capricho que hace su perfección inútil, al menos para tí: no te ama. Pocos meses estáis casados, y si tu apreciara en tu justo valor, debería estar á tu lado, atento y cariñoso. ¿Dónde está? Junto á la Duquesa.

—¡Tu mujer!—exclamó Clara con violencia.

Y haciendo en seguida un esfuerzo para dominarse, añadió con tranquilidad:

—¿Por qué me ha de alarmar eso, cuando á tí no te conmueve?

—¡Oh! no soy celoso,—respondió el Duque con su habitual ligereza.—Además conozco á la Duquesa; es una admirable muñeca cubierta de encajes y joyas, que no tiene dentro del rico vestido ni corazón ni cabeza. ¿Dónde podría arraigar en ella la pasión? Pero tu marido...

Mientras decía esto se acercó á la joven, como si temiera que el veneno de sus palabras, al pasar por el aire, perdiese su perversa acritud.

—Hace un instante le has visto junto á ella... El ingrato desdenaba su dicha. El imprudente se exponía á perderla. ¡Bah! déjale con la Duquesa, ¡dignos son uno de otro! y permite que permanezca junto á ti quien como yo te aprecia, te comprende y te ama.

Dió Clara un paso hacia atrás para aumentar la distancia entre ella y el Duque,

y queriendo aparecer tranquila sin conseguirlo, contestó:

—Mira; lo que me dices sólo me hace reír...

—Sí, como dice Figaro: para no verte precisada á llorar, porque el fondo de este asunto es profundamente triste. Estás unida á un hombre que moralmente será siempre para tí un extraño. Entre él y tú, todo se combate y se rechaza. El es plebeyo, y tú noble: estoy seguro de que tiene ideas de igualdad, y tú eres aristócrata hasta la punta de las uñas. Es rudo como todo lo que emana del pueblo, y su rudeza te desagrade. Tú eres altiva como todo lo que procede de la nobleza, y tu altivez le irrita. Las dos razas de que habéis salido son enemigas natas, y los antepasados de ese hombre cortaron tranquilamente la cabeza á tus antecesoras, querida mía. En una palabra, todo es propicio á que os odiéis, nada á que os inspireis amor.

Levantó Clara soberbia la cabeza, y desafiando con la mirada al Duque, dijo:

—Sin embargo, le amo. Bien lo sabes.

—Te imaginas que le amas,—replicó Bligny con dulzura y como si tratara de convencer á un niño,—porque estás celosa. Pero hay muchas clases de celos; los hay producidos por el amor, y los hay ocasionados por el orgullo. Juraría que los que tú sufres son de estos últimos. Tu marido no

hace caso de tí, y, por poco afecto que le tengas, esto te irrita; cosa muy natural. Quieres atraerle por espíritu de contradicción. Todas las mujeres sois lo mismo, y la crisis que sufres la conozco y la sé al dedillo.

Silenciosa Clara y llena de admiración y de disgusto, escuchaba el audaz análisis del Duque. Tomó éste por curiosidad lo que era estupor, y ávido de continuar la obra de desmoralización que creía haber comenzado hábilmente, añadió riendo:

—Mira, juego á cartas vistas contigo. La crisis se compone de cuatro fases como el movimiento de la luna. En este momento estás en la primera, llamada fase de resistencia. Tu marido se te escapa, y te empeñas en reconquistarle; es tu idea fija. El resiste, y pronto advertirás que tus esfuerzos son inútiles. El galanteador que se limitaba á inocentes coqueteos va á ser resueltamente infiel, y tú entrarás en la segunda fase, llamada de desilusión. Todo se derrumba, pierdes las ilusiones, acaba tu tranquilidad, cayendo en el más profundo abatimiento, y empiezas por acudir á Dios, consuelo único de todas las desesperaciones. Pero como continúa el libertinaje de tu esposo, empieza á irritarse tu fe. El marido, feliz, está muy contento, y tú muy triste, porque al fin sólo cuentas veintidos años, tienes derecho á que te amen y no se puede vivir siempre sola.

Ocultas irritación se apodera de tu ánimo, y entras en la tercera fase, la de la cólera. Cae el velo de tus ojos, y ves á tu marido como es en realidad, es decir, torpe, ordinario y necio, admirándote haberle echado de menos ni siquiera un minuto. Descubres en tu alma una aspiración vaga á ciertas compensaciones. Entonces, ¡ay del esposo infiel! La crisis se acerca. Ruborizada aún, pero resuelta, pondrás el pie en la fase del consuelo. Miras ante tí y todo está florido, todo es alegre. ¡Qué bien se olvida! Un paso más y estás dentro. ¿Vacilas? Permíteme que te ofrezca la mano para hacerte los honores de esta fase, en la que te aguardo con escasa esperanza y grandísimo amor.

El Duque quiso tomar la mano de Clara, pero ésta le rechazó bruscamente con rostro sombrío y amenazador.

—Tus cálculos son ingeniosos—dijo—y atestiguan largo estudio de las mujeres; pero es sensible que al observar tan bien á las locas y depravadas, no te hayas fijado en las honradas. Hay sin duda, y me enorgullezco de demostrártelo, mujeres desgraciadas que no pierden la razón, que se niegan á vengarse, y para quienes es bastante consuelo su propia estimación y el merecido respeto de los demás.

—Perfectamente: estás dentro de tu papel. Fase de resistencia.

—Si persistes, tendré que odiarte.

—Persisto, porque no puedo dejar de amarte.

—Lo que llamas amor es una persecución indigna. ¿Qué clase de hombre eres para exponerte á mi odio, después de merecer mi desprecio?

Permaneció el Duque un momento silencioso mirando á Clara, de pie, trémula, iracunda. Desatada una trenza de sus rubios cabellos, caía brillante por la espalda. Bajo la amazona de paño azul se ensanchaba el pecho; crispada la mano en el puño del latiguillo, agitaba como un arma el fino cuero trenzado. Su aspecto en aquel instante era admirable.

Dominó á Bligny furioso deseo; palideció, se le turbó la vista, y dirigiéndose á la joven con los brazos abiertos, balbuceó:

—A todo me atreveré porque seas mía.

Casi la tocaba ya. Sintió Clara en el rostro su abrasador aliento, y echándose hacia atrás con el ceño fruncido y apretada la boca:

—¡Cuidado!—exclamó.—Si das un paso más, te trato como al último de los cobardes y te cruzo la cara.

La vió el Duque con el brazo alzado, enérgica y temible, pronta á pegar, y retrocedió un paso.

Orgullosa de haber triunfado, pero temblando aún por la resolución tomada, irguió su elevada estatura.

—¿Estoy yo en el caso de que te atrevas á humillarme así? ¿Me encuentro tan públicamente abandonada que se pueda, sin peligro, hacerme sufrir tales ultrajes? ¿Te atreverías de ese modo si hubiese un hombre á mi lado para defenderme? ¡Pero estoy sola y juzgas que todo te es permitido! Pues bien, ya ves que soy capaz de defenderme. Tranquilizado el Duque, inclinóse ante la joven.

—Ya mudarás de opinión,—dijo,—el porvenir es mío. Soy paciente y esperaré.

Esta fría y audaz respuesta exasperó á Clara. Miró al Duque con ojos airados, y trémula la voz por la violencia de la emoción, exclamó:

—Pues sabe que aunque fuera la más desdichada de las mujeres, aunque llegara á ser la más indigna, lo cual no es posible, y á perderme, me inspiras tal aversión y tal repugnancia, que antes que á tí me entregaría á cualquier desconocido, al primero que pasara.

Esta frase de furor la oyó el Duque con frialdad, y con la misma confiada sonrisa que tenía el don de poner á Clara fuera de sí.

—Allá veremos,—dijo.

No se tomó la joven la molestia de contestarle; apartóse de él, y dirigiéndose á la encrucijada, de donde la separaba una cortina de álamos y sauces, acercóse al sitio donde

los criados del Sr. Moulinet preparaban para los cazadores apetitosa comida.

La brusca agresión del Duque le infundió un temor que conservaba todavía; habíale visto con los ojos brillantes, trémulas las manos, pálido el rostro, codicioso de cogerla, y le inspiró horror la lucha de que gracias á su energía se había librado por primera vez. Desconfiando del honor de aquel caballero que adoró largo tiempo como á un Dios, fué con inmensa tristeza á ponerse bajo la protección de los lacayos.

—¡Atención!—dijo el cocinero mayor á sus pinches;—los convidados llegan.

Como ruidoso alud venían, en efecto, los carruajes por todos los caminos del bosque, rodando sobre el verde césped. Los jinetes iban á los lados. Oíanse voces y llamadas de unos á otros entre aquella juventud entusiasmada aún por la rápida carrera, y aunque se encontraban todavía á más de quinientos metros de distancia, percibíase claramente el ruido de sus animadas voces.

Dedicados sin preocupación ninguna á disfrutar de la fiesta, gozaban completamente de aquel hermoso día. Comparó con dolor Clara aquella alegría con su tristeza, y la enfadó que el mundo entero se vistiese de gala estando ella tan melancólica, sin recordar, por desgracia, que ella misma era la única causante de su desdicha.

Un carruaje que entró en la encrucijada

la distrajo de estas desconsoladoras ideas. Venía en él la Marquesa, arrellanada en el fondo como en ancha poltrona, con una pañoleta de encaje sobre los hombros. Acudió á ella Clara como quien acude á su salvación, pareciéndole que la presencia de aquella noble señora purificaba el aire. Junto á ella recobró instantáneamente Clara la tranquilidad. Con su acostumbrada indolencia, no se había apresurado la señora de Beaulieu á bajar al bosque, y sólo por ver á su hija á caballo sacudió la dulce pereza, mandando enganchar el coche.

— ¡Qué! — la dijo, — ¿estás aquí sola? ¿Dónde está tu marido? ¿Qué hace Sofía?

— Hace un momento que la Baronesa se ha separado de mí, y he exigido á Felipe que tomara parte en la cacería, porque conviene que el marido no esté pegado á su mujer en público para evitar hablillas.

Tan risueña y tranquila estaba, que la contempló la Marquesa con profunda satisfacción. Su ánimo, un poco superficial, no tuvo nunca la menor sospecha de los disgustos de Clara.

— Sois bastante felices para permitir el lujo de ocultar vuestra dicha, — dijo la señora de Beaulieu. — ¡Ah! ¡Ese Felipe es la perla de los yernos!

Los cazadores, que llegaban al trote, interrumpieron á la Marquesa, permitiendo á Clara disimular el embarazo que le causaban

los elogios de su madre. La Brede y Tremblays, sobre sus caballos, blancos de espuma, rojo como escarlata aquél, y pálido éste como un muerto, venían rodeados por el alegre escuadrón, que les tributaba repetidos elogios por su vigor para sufrir tanto tiempo la persecución de los cazadores. Pontac tocaba su trompa á la Dampierre con toda la fuerza de sus pulmones, y su picador Bistocq, á pie, con los brazos caídos y aspecto de mal humor, tiraba de su gran penco rojo, criticando entre dientes á los aficionados que jugaban á cazar, estropeando los pobres caballos por correr en busca de pedazos de papel como si fueran traperos.

De una ojeada vió Clara á Felipe, que volvía con Susana y la Baronesa. Adelantóse Sofía, y parándose junto á su amiga, díjole al oído estas palabras, que sonrojaron sus mejillas.

— Cuando llegamos ya no estaba junto á Atanasia. La había dejado plantada con ese imbécil de Pontac, que ya no sabe qué ruido hacer con su trompa de caza. ¡Bonita afición la de ese necio y muy agradable en sociedad!

Echóse á reír, mirando y guiñando los ojos, con la insolencia involuntaria de los míopes, á Atanasia, que llegaba ensordecida por la trompa de su compañero, pero sin atreverse á decir nada por temor de faltar á las conveniencias. Al ver á Clara, puso Ata-

nasia su caballo á galope, y haciendo un gesto irónico al Duque, que estaba á pie, inmóvil é indiferente cerca del carruaje de la señora de Beaulieu, le dijo:

—Al fin te encontramos, Duque, y al mismo tiempo que á la señora de Derblay. Has hecho muy bien en acompañar á tu prima.

Atanasia echó una diabólica mirada á Felipe, procurando que penetrase en él la injuriosa sospecha de su alma. Así quiso vengarse del abandono un poco humillante en que el amo de la ferrería la había dejado. Adelantóse Felipe, severo y casi amenazador. Palideció Clara, comprendiendo que el odio implacable de la Duquesa lanzaba uno contra otro aquellos dos hombres.

—No he tenido la suerte de acompañar á mi prima, como dices muy bien,—respondió el Duque inclinándose respetuosamente ante la señora Derblay.—Mi tía ha llegado antes que yo aquí.

—Entonces, querido, tienes un mal caballo y debes cambiarlo por otro,—replicó la Duquesa.

Apretados los dientes por la cólera al ver su maldad burlada, dió un fuerte latigazo en las orejas á su potro, que saltó de costado y se encabritó, sacudiendo furioso el bocado, blanco de espuma.

Se adelantó fríamente el Duque, cogió por la brida al caballo y le detuvo, y ayu-

dando á Atanasia á apearse, le dijo con aire impertinente:

—No hay cosa de peor gusto que castigar de esa manera al animal; esto sin contar que no montas muy bien, y te puedes caer; lo cual sería de muy mal efecto. Créeme; olvida esos modales que trascienden demasiado á tienda de comestibles.

Dejando á la Duquesa pálida de ira, con el mismo tranquilo paso se dirigió Bligny á donde estaban sus amigos, para brindar con ellos por el éxito de la cacería.

Helada y con escalofríos subió Clara al coche de su madre, y la rogó que la condujera á Pont-Avesnes. Llevaba un peso en el corazón. La respuesta del Duque á Atanasia, que tan oportunamente impidió la peligrosa intervención de Felipe, creyó que la comprometía en una especie de complicidad. A punto estuvo de decirlo todo á su marido, prefiriendo las censuras y la cólera de Felipe á aquella odiosa connivencia con el hombre que la había ultrajado. No se atrevió, sin embargo, y suspirando vióse condenada perpetuamente á aquella mentira, que tan violenta repulsión le causaba, como si su destino la obligase á engañar siempre y en todas partes, mostrando semblante risueño cuando tenía la desesperación en el alma.

Dirigió tímidas miradas á Felipe, que cabalgaba al lado de Bachelin montado ya

en su carricoche. El amo de la ferrería hablaba con el viejo notario, sin que su voz ni su semblante demostraran emoción alguna, y pensó Clara que tal vez se había engañado al creer ver en sus ojos un relámpago de ira cuando avanzó hacia el Duque; pero conocía el poder de Felipe sobre sí mismo, y tal vez se dominaba en aquel momento para mostrarse indiferente.

Deseó Clara que estuviera celoso, y aun á riesgo de su vida hubiese querido verle amenazándola con la mano levantada sobre ella, como lo hizo en aquella terrible noche. No queriendo sufrir por más tiempo la incertidumbre, determinó hablarle al día siguiente de la petición de su hermano y conocer al fin el misterioso pensamiento de su marido. Tomada esta resolución, quiso estar alegre y se esforzó por disipar las nubes que velaban su frente. Como actriz que sale á la escena para representar un papel, fingía estar jovial y risueña.

Oíase á lo lejos en la arboleda el ruido de los alegres cazadores, despertando los ecos del bosque la trompa de Pontac, que tocaba la Muerte del Ciervo, encarnado en las desiguales personas del grueso La Breda y del pequeño Tremblays.

XVI.

Trabajaba Felipe en su despacho, cubierta la mesa de papeles, á los que iba echando rápida ojeada y poniendo al pie su firma. Eran las diez, y el ardiente sol caía á plomo sobre la fachada del castillo. Un rayo indiscreto, llegando á la frente del amo de la ferrería, interrumpió su trabajo. Se levantó, y dirigiéndose al balcón miró distraído al jardín.

A orillas del estanque, y á la sombra de una tienda de rayada tela, Susana, vestida de blanco, pescaba sin atender á lo que hacía. El sedal se había hundido, y agitado el corcho por los tirones de un pez cogido al anzuelo, se removía haciendo ondular el agua trasparante. Mirando la joven al espacio, inmóvil y con placentero semblante, parecía preocupada por una idea feliz.

Sonrió Felipe, y abriendo el balcón sin hacer ruido, dijo á la joven:

— ¡Susana! ¿No ves que ha picado?

La niña se estremeció, y mirando con graciosa mueca á su hermano, contestó:

— Me has asustado, Felipe.

— Tira, tira, — añadió éste; — hace diez minutos que está cogida al anzuelo la carpa,

en su carricoche. El amo de la ferrería hablaba con el viejo notario, sin que su voz ni su semblante demostraran emoción alguna, y pensó Clara que tal vez se había engañado al creer ver en sus ojos un relámpago de ira cuando avanzó hacia el Duque; pero conocía el poder de Felipe sobre sí mismo, y tal vez se dominaba en aquel momento para mostrarse indiferente.

Deseó Clara que estuviera celoso, y aun á riesgo de su vida hubiese querido verle amenazándola con la mano levantada sobre ella, como lo hizo en aquella terrible noche. No queriendo sufrir por más tiempo la incertidumbre, determinó hablarle al día siguiente de la petición de su hermano y conocer al fin el misterioso pensamiento de su marido. Tomada esta resolución, quiso estar alegre y se esforzó por disipar las nubes que velaban su frente. Como actriz que sale á la escena para representar un papel, fingía estar jovial y risueña.

Oíase á lo lejos en la arboleda el ruido de los alegres cazadores, despertando los ecos del bosque la trompa de Pontac, que tocaba la Muerte del Ciervo, encarnado en las desiguales personas del grueso La Breda y del pequeño Tremblays.

XVI.

Trabajaba Felipe en su despacho, cubierta la mesa de papeles, á los que iba echando rápida ojeada y poniendo al pie su firma. Eran las diez, y el ardiente sol caía á plomo sobre la fachada del castillo. Un rayo indiscreto, llegando á la frente del amo de la ferrería, interrumpió su trabajo. Se levantó, y dirigiéndose al balcón miró distraído al jardín.

A orillas del estanque, y á la sombra de una tienda de rayada tela, Susana, vestida de blanco, pescaba sin atender á lo que hacía. El sedal se había hundido, y agitado el corcho por los tirones de un pez cogido al anzuelo, se removía haciendo ondular el agua trasparante. Mirando la joven al espacio, inmóvil y con placentero semblante, parecía preocupada por una idea feliz.

Sonrió Felipe, y abriendo el balcón sin hacer ruido, dijo á la joven:

— ¡Susana! ¿No ves que ha picado?

La niña se estremeció, y mirando con graciosa mueca á su hermano, contestó:

— Me has asustado, Felipe.

— Tira, tira, — añadió éste; — hace diez minutos que está cogida al anzuelo la carpa,

y no es bueno hacer sufrir así á los animales.

Levantó Susana la delgada caña, y sacó fuera del agua al pez, como relámpago de plata; lo arrancó del anzuelo, echándolo en una bolsa de red que tenía en la orilla sobre la hierba.

—Ya hay doce,—exclamó vanidosa Susana, enseñando á su hermano la bolsa.

—¡Buena fritada!—contestó alegre Felipe.—Se conoce que los peces tienen empeño en ser cogidos.

Miró un momento á su hermana poner gravemente un gusano rojo en el anzuelo. Bajo el azulado cielo y á la sombra de la tienda, estaba tan fresca y sonrosada que enterneció á Felipe. Exhaló un suspiro, envió á la adorada niña silencioso beso, dejó caer la persiana que le tapaba de los rayos del sol y cerró el balcón. Quedó el despacho en una fresca penumbra: volvió Derblay hacia la mesa, y al ir á sentarse le detuvo un discreto golpecito en la puerta.

—Adelante,—dijo con indiferencia.

Abrióse la puerta y entró Clara ruborizada, muy conmovida, pero resuelta.

—¿No molestó á V.?—preguntó aproximándose; mientras Felipe, sorprendido por la inesperada pregunta, le acercaba cortésmente una butaca.

—De ningún modo.

Y apoyándose en la chimenea, esperó.

Sentada Clara, y apoyando la cabeza en el respaldo, miró alrededor suyo. Nunca entraba en aquella habitación, que era de uso personal de Felipe. La gravedad un poco fría de la estancia, en armonía con el carácter de quien la habitaba, le agradó. No disgustándole que se alargase el momento de empezar la conferencia, entretúvose en examinar uno por uno todos los objetos. Latía con violencia el corazón, y le apretaban las sienes.

De pie y prevenido la observaba Felipe, y fué el primero en romper el silencio.

—¿Tiene V. algo que pedirme?—preguntó.

Miró Clara á su marido, y con una sombra de tristeza en el acento, contestó:

—Vivimos tan alejados uno de otro que, en efecto, sólo por la necesidad de una petición puedo arriesgarme á molestarle.

Hizo Felipe un ademán negativo por política, é inclinándose hacia su mujer, como para alentarla, dijo:

—Escucho á usted.

Inclinó Clara la frente como si meditase lo que iba á decir. Estaba temblando y con la boca seca, no habiendo tratado nunca asunto tan grave con mayor angustia.

—Lo que tengo que decir á V. es de la mayor importancia, y le interesa tanto como á mí.

—Veamos.

Dirigió Clara á su marido una mirada tan suplicante que debió éste caer de rodillas ante ella, pero continuó circunspecto escuchando.

—Ante todo,—añadió la joven,—dígame usted si le inspira algún interés Octavio.

—No creo—contestó un poco admirado Felipe— que hasta ahora haya tenido el hermano de V. motivo para dudarlo.

La contestación era ambigua, y Clara frunció ligeramente el ceño.

—¿Y si tiene V. ocasión de probarle ese interés?...

—Probablemente la aprovecharé.

A este punto quiso traer Clara á su marido con sus cautelosas preguntas. Bastábale ya indicar el objeto de la conferencia, é impulsada por la fiebre de la empeñada lucha, no titubeó.

—Pues bien,—dijo,—se presenta la ocasión. ¿Desea V. conocerla? Debo advertirle que es grave y que, por el momento, sólo se trata de mi hermano...

—¡Cuántos rodeos!—interrumpió Felipe.—¿Tan difícil le parece obtener lo que desea pedirme?

Clara miró á su marido bien de frente como si no quisiera perder el menor movimiento de su fisonomía, y dijo con atrevimiento:

—Júzguelo V.: Octavio ama á vuestra

hermana y me ha encargado que le pida la mano de Susana.

Escapóse á Felipe breve exclamación y se puso sombrío. Para disimular su turbación dió algunos pasos hacia el balcón, delante del cual permaneció silencioso levantando un poco la persiana. A orillas del estanque estaba Susana, inconsciente de lo que pasaba, sumida en sus felices ensueños y sin cuidarse de la caña de pescar que sobrenadaba en las transparentes aguas. Miró el amo de la ferrería aquella cándida y dulce niña formada para ser feliz.

Devorada Clara por la ansiedad, se dirigió hacia su marido, y viéndole pensativo y absorto:

—¿No me responde V.?—dijo.

Volvióse Felipe y contestó lentamente como si sintiera lo que decía:

—Lo siento por vuestro hermano, pero ese matrimonio es imposible.

—¿Se niega V.?—exclamó Clara presa de horrible turbación.

—Sí; me niego,—contestó Felipe con frialdad.

—¿Por qué?

Miró Felipe fijamente á su mujer como si quisiera que su respuesta le llegara al alma.

—Porque ya hay una persona desgraciada en mi familia por causa de la vuestra, y creo que es bastante.

—¡Lleve V. cuidado!—replicó vivamen-

te Clara.—Acaso sea más cierta la desgracia de Susana negándosela á mi hermano.

—¿Por qué?—exclamó Felipe con repentina animación.

—Porque ella le ama.

Oíase en el jardín la voz alegre de Susana, arreglando con ayuda de Brigida los instrumentos de pesca.

Detúvose Felipe un instante para escuchar.

—Ella le ama,—repitió.—Efectivamente, es una gran desgracia, pero no me hace cambiar de resolución. Si el día antes de casarnos me lo hubiese impedido alguno, aunque destrozándome el corazón, me prestara un inmenso servicio. Sirva al menos de algo la cruel experiencia que he hecho. Si mi hermana debe llorar, que lllore libre, y no verá como yo ante sí un porvenir irremediabilmente perdido.

El ataque era tan duro, que perdió Clara su sangre fría.

—¿Es la revancha lo que V. busca?—dijo con violencia.

—¿Una revancha?—dijo con altivez Felipe.—¿Cree V. que me conviene aceptar alguna? No. Es una precaución que tomo y que todo me lo aconseja.

Dejóse caer Clara en la butaca. Advirtió en las palabras de su marido tal desdén y tal resolución, que renunció á combatir, pensando sólo en suplicar.

—Veamos,—dijo:—ruego á V. que no me haga responsable de la desdicha de esos chicos... ¡Bastante desgraciada soy ya! ¿Qué debo hacer para que varíe V. de propósito? He agraviado á V. gravemente; lo confieso. Felipe se echó á reír con amargura.

—¿Que me ha agraviado V.? ¿Y se digna confesarlo? Me parece que concede V. demasiado.

No hizo Clara aprecio de la ironía de estas palabras, decidida como lo estaba á llegar hasta el fin, sin importarle los tropiezos.

—Sí; he causado á V. mucho daño,—replicó,—pero V. me lo hace expiar duramente.

—¿Yo?—interrumpió Felipe.—¿Cóm? ¿Le he dirigido alguna palabra de censura? ¿Le he dicho algo que la ofenda? ¿He faltado á mis compromisos con usted?

—No; pero hubiera preferido vuestra cólera á esa altiva indiferencia con que V. me trata. A mi lado oigo á todo el mundo elogiar mi dicha; en todas partes se me envidia y felicita, y al entrar en nuestra casa ¿dónde está mi felicidad? La busco, y sólo encuentro la soledad, el abandono y la tristeza.

Irguió Felipe su elevada estatura, y dominando á aquella pobre mujer que tan completamente estaba en su poder, dijo:

—No ha dependido de mí que esto suceda. Usted misma decidió de su vida, y la tiene como lo ha querido.

—Es verdad,—contestó Clara con apagada voz;—pero al menos tenía derecho á contar con la tranquilidad, y ni siquiera la he podido conseguir.

Levantóse, y desolada, gimiendo y con las manos crispadas, añadió:

—Esa miserable mujer que me odia, viene á perseguirme hasta aquí, y V. lo sufre y V. se presta á sus maniobras. Ella provoca á V., le compromete, y ni siquiera se compadece V. de mí lo necesario para evitarme sus ultrajantes bravatas... ¡Oh! Me falta ya la paciencia, y esto no puede durar largo tiempo; no quiero que dure.

—¿Que no quiere?—repitió Felipe al ver insistir á Clara con furiosa obstinación.

—No, no; no quiero.

—¿Olvida V.—dijo severamente el amo de la ferrería—que aquí no hay nadie más que yo que tenga derecho á decir «quiero»?

Toda la sangre de la orgullosa joven se le subió á la cabeza, y ciega por la ira, arrebatada por los celos, exclamó:

—¡Cuidado! ¡No me desespere V.! Puedo sufrir su indiferencia, pero un desdén tan insultante, un abandono tan público... eso jamás lo sufriré.

Detúvose Felipe ante ella, y mirándola con burlona curiosidad:

—¡Es V. siempre la misma!—dijo.—No ha cambiado en nada. Siempre orgullosa. Le alarma lo que puedan pensar los demás.

Lo que le preocupa sobre todo es la opinión pública. Por quedar airosa ante el mundo, se lanzó V. en la loca aventura de nuestro casamiento, y exasperada hoy por la idea de que puedan criticarla, burlarse de usted, pierde la calma y llega hasta amenazarme.

—¡Oh! no. No amenazo,—interrumpió Clara sin poder contener sus lágrimas;—suplico. Tenga V. piedad de mí, Felipe. Sea usted generoso... ¿No se cansará V. nunca de herir tan duramente mi corazón? Bien vengado está V. ya, y puede ser indulgente. Si no quiere cambiar las condiciones de nuestra existencia, asegure al menos mi tranquilidad; libreme de la Duquesa... aléjeme del Duque...

Pronunció estas palabras en voz baja, como si temiera que saliesen de sus labios.

—¿De qué se queja V.?—replicó Felipe.—¿No sufro yo á él y á ella? ¡Son los parientes de V.! ¿Qué diría el mundo, ese mundo á cuya opinión todo lo subordina usted, si le cerráramos nuestra puerta sin motivo? Preciso es tener paciencia y sufrir las necesidades de nuestra triste condición. La vida no se cambia ni modifica al capricho de un niño mimado. Todo en ella es grave y serio, y la desgracia llega demasiado fácilmente sin que se la busque. Ya lo sabe V. Nos ha puesto á los dos fuera del sendero trillado, y nuestro deber es seguir

adelante, puesto que no tenemos derecho á desandar lo andado.

—¿De modo—dijo Clara—que nada debo esperar de usted?

—Nada,—contestó fríamente Felipe;—y recuerde V. que es V. quien ha querido que así sea.

Miró Clara á su marido. Las facciones de Felipe estaban alteradas, los ojos hundidos, el color pálido, pero el acento de su voz era tranquilo y resuelto.

Tuvo por un momento la idea de arrojar-se á sus pies, mostrarle su corazón y confesar que le amaba. Anduvo hacia él, alargó las manos, con el pecho oprimido y ahogándose... Pero un resto de orgullo la detuvo: exhaló profundo suspiro, y quedó inmóvil.

Acercóse á ella Felipe.

—Necesito ir á la herrería,—dijo tan tranquilo como si nada hubiera ocurrido entre él y esta mujer que le adoraba.—Dispense usted que la deje.

—¿Qué debo contestar á mi hermano?—preguntó tímidamente Clara.

—Dígale que cuento con su lealtad para que Susana no sepa mi negativa. De aquí á ocho días me arreglaré de modo que pueda alejar momentáneamente á esa niña.

Y pasando como sombra por el despacho, saludó á Clara con indiferente inclinación de cabeza, y salió.

Permaneció la joven algunos minutos en aquella estancia, entregándose á su dolor sin reserva alguna. Echada en el diván, midió toda la extensión de su desgracia. Era, pues, irrevocable. En vano mostró á Felipe la sangrienta herida de su corazón; apenas la había mirado distraidamente. No existía ella para él; se lo había dicho y cumplía su promesa. Implacable, no quería perdonarle un pasajero extravío de su razón, y cuando se acercaba á él la rechazaba. Se acusó de haber muerto el porvenir de su hermano, porque si Felipe le negaba la mano de Susana era por desconfianza de aquella sangre de los Beaulieu, cuya fatal violencia le había ella demostrado. ¿Cómo le diría tan consoladora noticia?

La voz de Susana en la habitación inmediata le hizo ponerse en pie con la rapidez de un gamo que oye los ladridos de la jauría. Temió que la sorprendiesen llorando sola en el despacho de su marido, y corrió á encerrarse en su habitación. A la hora del almuerzo mandó á decir que estaba indispuesta, y no bajó. A cosa de las dos, cuando vió á Susana internarse en las umbras alamedas del parque, llegó furtivamente á la escalera, y salió por la puerta pequeña del patio, yendo á pie á Beaulieu.

Impaciente el Marqués por conocer el resultado de la negociación entablada por su hermana, paseaba por la terraza, sabiendo

que la joven no le permitiría dudar mucho tiempo. Vió de lejos á Clara subir por la áspera cuesta que conduce al palacio, y le sorprendió dolorosamente su actitud. Iba la señora Derblay por el talud del camino andando despacio, con la cabeza inclinada y sin taparse del sol, que, de vez en cuando, atravesando con sus rayos las nubes, picaba demasiado. Su aspecto lánguido y desalentado anunciaba el mal éxito. No iba alegre y resuelta como mensajera de buenas noticias.

En un momento llegó el joven junto á Clara, y cruzéronse sus miradas; la del hermano ansiosa y turbada; la de ella desesperada y sombría.

—¿Qué ocurre, Dios mío!—murmuró Octavio, cogiendo convulso á Clara por el brazo y casi arrastrándola hacia una plazoleta rodeada de bancos, desde la cual la vista era admirable.

El olor exquisito de los tilos en flor llegó hasta Clara, concluyendo de enervarla, y con los ojos llenos de lágrimas permaneció ante su hermano sin pronunciar palabra.

—¡Por favor, Clara!—añadió el Marqués; —¿qué ocurre? Todo es preferible á tu silencio.

Apiadada la señora Derblay de la ansiedad de su hermano, dijo con penoso esfuerzo:

—Traigo, mi querido Octavio, triste res-

puesta á la petición de que me habías encargado. El matrimonio entre Susana y tú es imposible.

Retrocedió Octavio un paso, como si á sus pies se abriera un abismo. Miró á su hermana con ojos extraviados, y no comprendiendo bien, repitió:

—¡Imposible!... ¿por qué?

Clara, abatida, movió la cabeza.

—Felipe se niega.

—¿Y en qué motivos funda su negativa?—preguntó el Marqués.

Quedó Clara muda, y su embarazo fué extremo. ¿Qué respondería á su hermano? ¿Podía revelarle el secreto de su dolorosa existencia? ¿Qué pretexto inventar para que la negativa de Felipe pareciese razonada? Preciso era responder sin titubear, porque Octavio la miraba buscando la verdad en su semblante, en sus menores gestos.

—No ha dicho los motivos,—balbuceó Clara, roja de vergüenza.—Se ha negado á explicarse.

—¿Sin motivo?—dijo el Marqués muy admirado.—¿Sin explicación? ¿Y Felipe, á quien tanto amo, no ha titubeado en causarme este dolor?

Conmovido Octavio, se enjugó vivamente los ojos, y sentándose silencioso, buscó desesperado en su imaginación cuál sería la causa que Felipe no había querido decir. De pronto exhaló un grito, creyendo que la

había adivinado. ¡El dinero!... No podía ser más que el dinero. Carecía de fortuna y de posición, y seguramente por esta causa le negaba Felipe á Susana. Se levantó de pronto.

Clara le miró con inquietud; dió el Marqués algunos pasos hablando alto sin advertirlo, lleno de confianza y entusiasmo.

—No tengo posición, es cierto; pero yo me formaré una. No tengo fortuna... Felipe sabe cómo se adquiere, y yo haré lo mismo que él.

Detúvose estupefacto, casi espantado. Clara, en pie, le cogía con fuerza una mano. Sólo una frase de las pronunciadas por su hermano llamó su atención. ¡No tengo fortuna! Estas palabras la produjeron turbación inexplicable, y olvidando sus preocupaciones, sus cuidados, sus dolores, quiso con toda la fuerza de su alma que Octavio se las explicase.

—¡Sin fortuna tú!—repitió.

Con ademán imperioso, casi amenazador, reclamaba una respuesta. Confuso y apurado Octavio, procuró evitarla; pero Clara, con terrible violencia, sospechando un misterio que á toda costa quería descubrir, le cogió por los hombros, y devorándole con los ojos, le preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—He pronunciado imprudentemente—respondió Octavio—palabras que no debías

oir. Ignoras la pérdida de nuestro pleito, y debías ignorarla siempre... Necio de mí, que he descubierto el secreto que había prometido guardar.

Sin escuchar ya al Marqués meditaba Clara. El pleito perdido era su ruina. Si su hermano no tenía fortuna, ella no tenía dote. Horrible duda la hizo estremecer, y agrandándosele los ojos, preguntó á Octavio.

—¿Cuándo me casé?...

No dijo más, y con un gesto acabó la frase.

—El desastre era ya un hecho.

—¿Y mi marido... Felipe? ¿lo sabía?

—Sí, pero prohibió que te lo dijéramos para evitarte el disgusto. En aquella circunstancia demostró una generosidad y una delicadeza admirables.

Exhaló Clara un grito, y moviendo las manos como loca, dijo con entrecortada voz:

—¡El hizo eso! ¡Y yo!... ¡Yo! ¡Oh! ¡Cuán desgraciada soy!

Acudió á su imaginación la estancia de los grandes tapices, en que los guerreros sonríen silenciosamente á las diosas, tal y como estaba la noche de su casamiento, con el fuego encendido en la chimenea donde se apoyó estremecida. Vió de nuevo á Felipe pálido y trémulo casi á sus pies, levantando después orgulloso la frente cuando le dijo: «Tome V. mi fortuna...» ¡Su fortuna! ¡Con qué desdén sonrió entonces! Comprendía

ahora por qué, y desesperada sintió que la verdad desconsoladora y humillante le acudía á los labios. Necesitaba hablar, acusarse, y fuera de sí, tuvo furioso deseo de pegarse para castigar su carne, ya que no podía castigar su alma.

—¡Oh! ¡Mentía al decirte que no sabía por qué te negaba á su hermana! —balbuceó —Es por culpa mía, criatura indigna que causa la desgracia de todo lo que se le acerca.

Sin poderse contener confesó á Octavio su triste situación, no atenuando nada, acentuando sus errores y mostrando todo lo horrible del acto que ejecutó.

—¡Y él, —añadió, —tan noble, tan desinteresado, tan bueno que hasta en el arrebató de su cólera no me humilló, cuando pudo hacerlo con solo una palabra! Le he oído suplicarme, le he visto llorar, y me quedé insensible, sin comprender el profundo y sincero amor de su corazón.

Transfigurada por el dolor y radiante de pasión, añadió:

—Pero si no llegas á hablar, desgraciado, mi vida está perdida para siempre. ¿Qué hubiera sido de mí? Por casualidad me lo has dicho todo. ¡Oh, bendito seas!

Y estrechó á su hermano en los brazos besándole con entusiasta agradecimiento. Las palabras, como torrente largo tiempo contenido, brotaban abundantes de sus labios.

—Clara, por favor, tranquilízate, —dijo Octavio asustado.

—No temas, todo se ha salvado, —contestó con exaltación. —Repararé el mal que he hecho y aseguraré tu dicha... ¡Felipe! ¡Oh! ¡Me arrojaré á sus pies! Todo me será fácil y dulce para vencer su rigor... Hoy he estado con él poco hábil, pero no era dueña de mí. ¡Le amo tanto!

Pasó por su rostro una nube. El recuerdo alarmante de la Duquesa acudió á su imaginación. Frunció el ceño y con apagada voz, dijo:

—¡Oh! No quiero que me le quiten ahora. Necesito que sea mío, ó morirá.

—¡Clara! —exclamó el Marqués.

Pero con extraordinaria movilidad pasó de la tristeza á la alegría, y se serenó su semblante.

—No temas, —replicó riendo alegremente. —Mañana recibimos; son mis días. Allí estarán todos nuestros amigos... Quiero estar bella y agradarle... Triunfaré, estoy segura, y le veré de nuevo junto á mí tranquilo y confiado...

La excitación de los nervios que la sostenía cesó, y vacilando cayó en los brazos de Octavio, que la llevó sobre un banco de césped. Desgarradores suspiros agitaron su pecho, y durante largo tiempo permaneció agobiada por las penas, escuchando sin contestar los afectuosos consuelos de su hermano.

Cuando se repuso permaneció grave, sentada junto al Marqués, mirando el valle extendiéndose á su vista verde y silencioso, atravesado por el Avesnes que corría en los prados como cinta de plata. Extendía el parque hasta el pie de las colinas las sombrías masas de sus grandes árboles, que dominaba con sus agudos techos el castillo. Las altas chimeneas de la herrería arrojaban al cielo espesa humareda, y la torre de la pequeña iglesia sobresalía con la veleta en forma de gallo, que hacían brillar los oblicuos rayos del sol poniente.

En aquel tranquilo rincón soñaba Clara vivir, recordando que otras veces, desde aquel mismo sitio, lo había mirado con desdén y cólera. Ahora representaba para ella el paraíso, porque allí estaba Felipe.

XVII.

El día de Santa Clara caía aquel año en domingo, y felizmente Santa Susana era la víspera. Felipe, que desde el naufragio de su dicha subordinaba todas sus acciones á las necesidades de su posición, creyó inevitable celebrar este doble aniversario. Desde que se casó no había tenido ninguna recepción. La enfermedad de Clara duró todo el

invierno, y la convalecencia se prolongó bastante en la primavera, para que aun á los ojos más suspicaces pareciera natural que el amo de la herrería tuviese cerrada su casa.

La agitación moral de Clara, que en diferentes ocasiones se había puesto de manifiesto, obligó á Felipe á demostrar públicamente el cariño á su mujer, dando una fiesta en su honor. Diez días hacía ya que habían circulado las invitaciones, cuando la tentativa de reconciliación hecha por la joven convirtió en estado agudo el crónico de la dolorosa situación en que vivían.

Desanimado Felipe, pensó un momento en renunciar á la fiesta; pero estaban en la víspera del día elegido y contó con la energía de Clara, sabiendo que por orgullo era capaz de poner cara risueña á toda la concurrencia. Con dolorido corazón, descontento de sí y de los demás, el amo de la herrería se preparó por su parte á hacer gallantemente los honores de Pont-Avesnes.

Encerrada desde por la mañana con la Baronesa en su habitación, se preparaba Clara á la lucha. Quería agradar, y permaneció tendida, á media luz, descansando para recobrar los colores. Cuidábase como una cortesana que quiere hacer la conquista de un Nabab, no descuidando ninguno de los artificios del tocado, y realzando con el traje su incomparable belleza.

Cuando se repuso permaneció grave, sentada junto al Marqués, mirando el valle extendiéndose á su vista verde y silencioso, atravesado por el Avesnes que corría en los prados como cinta de plata. Extendía el parque hasta el pie de las colinas las sombrías masas de sus grandes árboles, que dominaba con sus agudos techos el castillo. Las altas chimeneas de la herrería arrojaban al cielo espesa humareda, y la torre de la pequeña iglesia sobresalía con la veleta en forma de gallo, que hacían brillar los oblicuos rayos del sol poniente.

En aquel tranquilo rincón soñaba Clara vivir, recordando que otras veces, desde aquel mismo sitio, lo había mirado con desdén y cólera. Ahora representaba para ella el paraíso, porque allí estaba Felipe.

XVII.

El día de Santa Clara caía aquel año en domingo, y felizmente Santa Susana era la víspera. Felipe, que desde el naufragio de su dicha subordinaba todas sus acciones á las necesidades de su posición, creyó inevitable celebrar este doble aniversario. Desde que se casó no había tenido ninguna recepción. La enfermedad de Clara duró todo el

invierno, y la convalecencia se prolongó bastante en la primavera, para que aun á los ojos más suspicaces pareciera natural que el amo de la herrería tuviese cerrada su casa.

La agitación moral de Clara, que en diferentes ocasiones se había puesto de manifiesto, obligó á Felipe á demostrar públicamente el cariño á su mujer, dando una fiesta en su honor. Diez días hacía ya que habían circulado las invitaciones, cuando la tentativa de reconciliación hecha por la joven convirtió en estado agudo el crónico de la dolorosa situación en que vivían.

Desanimado Felipe, pensó un momento en renunciar á la fiesta; pero estaban en la víspera del día elegido y contó con la energía de Clara, sabiendo que por orgullo era capaz de poner cara risueña á toda la concurrencia. Con dolorido corazón, descontento de sí y de los demás, el amo de la herrería se preparó por su parte á hacer gallantemente los honores de Pont-Avesnes.

Encerrada desde por la mañana con la Baronesa en su habitación, se preparaba Clara á la lucha. Quería agradar, y permaneció tendida, á media luz, descansando para recobrar los colores. Cuidábase como una cortesana que quiere hacer la conquista de un Nabab, no descuidando ninguno de los artificios del tocado, y realzando con el traje su incomparable belleza.

Eligió un vestido blanco guarnecido de Valencienes y adornado con ramos de rosas naturales. El escote dejaba ver el hermoso nacimiento de sus hombros, y por delante el admirable pecho, cuya blancura realzaba el tono brillante de una guirnalda de rosas que, partiendo de lo alto del brazo, descendía hasta el final de la falda, rodeando por completo á la joven con sus perfumados repliegues. Sus magníficos cabellos rubios, recogidos en lo alto de la cabeza, dejaban al descubierto su nuca de nieve, y llevaba en ellos, por único adorno, un ramito de rosas del Rey. Tan hermosa estaba, que Brígida y Susana, que la vistieron, llenas de admiración empezaron á palmotear. Clara echó al espejo una ojeada de reconocimiento, y siendo la hora de presentarse, bajó estremeciéndose. Con frac y corbata blanca estaba Felipe en el gran salón Luis XIV, hablando, bajo el fulgor de las arañas encendidas, con el Barón, que tenía arremangada la americana y las manos completamente amarillas. La Baronesa, al entrar con Clara, dió un grito de desesperación.

—Pero, amigo mío, ¿de dónde sales y á estas horas? ¿Qué manos son esas?

—Perdóname, querida,—dijo el Barón ruborizándose como escolar cogido en falta;—me he retardado un poco en el laboratorio... Un baño de yodo que por descuido

he derramado, me ha teñido ligeramente los dedos...

— ¡Ligeramente! — exclamó Sofía; — ¡pero si eso es un horror! ¡No estarás presentable! ¡Vas á parecer un fotógrafo!

El Barón se echó á reír.

—Esto se quita en seguida, te lo aseguro.

Y se dirigió hacia su mujer.

—¡No te acerques!—dijo ésta retrocediendo con espanto.—¡Llevo vestido nuevo! Anda en seguida á lavarte. Apenas tienes tiempo.

Feliz de librarse tan á poca costa de la reprensión, desapareció el Barón como un silfo.

Miró Felipe á Clara. En todo el esplendor de su belleza se adelantó ésta hacia él. Estaba radiante y no se advertía en su rostro alguno de sus preocupaciones. Interiormente admiró su marido la fortaleza de alma de aquella joven. Comprendió que era de verdad valerosa, y le agradeció que cumpliera tan brillantemente su deber. Dirigiéndole una sonrisa que la hizo palidecer de alegría, acercóse á ella, llevando en la mano un estuche de cuero negro en el cual estaban grabadas las iniciales C. D.

—Tiene V. pocas joyas,—dijo inclinándose.—Cuando nos casamos no supe procurarme cuanto deseaba para usted. Permítame reparar esta negligencia.

Eligió un vestido blanco guarnecido de Valencienenses y adornado con ramos de rosas naturales. El escote dejaba ver el hermoso nacimiento de sus hombros, y por delante el admirable pecho, cuya blancura realzaba el tono brillante de una guirnalda de rosas que, partiendo de lo alto del brazo, descendía hasta el final de la falda, rodeando por completo á la joven con sus perfumados repliegues. Sus magníficos cabellos rubios, recogidos en lo alto de la cabeza, dejaban al descubierto su nuca de nieve, y llevaba en ellos, por único adorno, un ramito de rosas del Rey. Tan hermosa estaba, que Brigida y Susana, que la vistieron, llenas de admiración empezaron á palmeoear. Clara echó al espejo una ojeada de reconocimiento, y siendo la hora de presentarse, bajó estremeciéndose. Con frac y corbata blanca estaba Felipe en el gran salón Luis XIV, hablando, bajo el fulgor de las arañas encendidas, con el Barón, que tenía arremangada la americana y las manos completamente amarillas. La Baronesa, al entrar con Clara, dió un grito de desesperación.

—Pero, amigo mío, ¿de dónde sales y á estas horas? ¿Qué manos son esas?

—Perdóname, querida,—dijo el Barón ruborizándose como escolar cogido en falta;—me he retardado un poco en el laboratorio... Un baño de yodo que por descuido

he derramado, me ha teñido ligeramente los dedos...

— ¡Ligeramente! — exclamó Sofía; — ¡pero si eso es un horror! ¡No estarás presentable! ¡Vas á parecer un fotógrafo!

El Barón se echó á reír.

—Esto se quita en seguida, te lo aseguro.

Y se dirigió hacia su mujer.

— ¡No te acerques! — dijo ésta retrocediendo con espanto. — ¡Llevo vestido nuevo! Anda en seguida á lavarte. Apenas tienes tiempo.

Feliz de librarse tan á poca costa de la reprensión, desapareció el Barón como un silfo.

Miró Felipe á Clara. En todo el esplendor de su belleza se adelantó ésta hacia él. Estaba radiante y no se advertía en su cara rastro alguno de sus preocupaciones. Interiormente admiró su marido la fortaleza de alma de aquella joven. Comprendió que era de verdad valerosa, y le agradeció que cumpliera tan brillantemente su deber. Dirigiéndole una sonrisa que la hizo palidecer de alegría, acercóse á ella, llevando en la mano un estuche de cuero negro en el cual estaban grabadas las iniciales C. D.

—Tiene V. pocas joyas,—dijo inclinándose.—Cuando nos casamos no supe procurarme cuanto deseaba para usted. Permítame reparar esta negligencia.

Y alargó el estuche.

Clara, cortada, vacilaba en tomarlo. La Baronesa lo cogió con presteza; lo abrió, y sacando de él un maravilloso collar de diamantes, le hizo brillar á la luz, exhalando gritos de alegría.

—¡Oh! querida; mira, mira. Es regalo de príncipe.

El gesto de Clara se contrajo. Era, en efecto, regalo de príncipe, y pensó la joven en las cuarenta mil pesetas, supuesto producto de su dote que descansaban tranquilamente en un cajón de su hermoso mueble de ébano. Uniolas á la enorme suma que debía haber costado el collar, y se sintió humillada hasta lo más profundo de su alma. ¡Qué lección de generosidad le daba Felipe! El dinero, argumento supremo empleado por ella, lo gastaba él con regia indiferencia, sin hacer caso alguno de lo que tanto trabajo le costaba ganar.

—Vamos, Felipe; póngala V. mismo al cuello este signo de esclavitud. Es lo menos que puede V. hacer,—dijo maliciosamente la Baronesa.

Volviéndose después hacia su marido, que entraba vestido con perfecta corrección:

—Oye tú, querido mío,—le dijo,—ya que andas siempre buscando piedras, procura hallarlas como éstas.

Felipe colocó con trémulas manos la joya en el cuello de su esposa; rozó con sus

dedos el satinado cutis, y la vió estremecerse á su contacto.

—¡Vamos! ¡vamos!—añadió la Baronesa.—En día como este es de rigor abrazarse.

Y empujó á Clara á los brazos de Felipe, que se puso pálido como un muerto. El amo de la ferrería aproximó los labios á la frente de su mujer, y con la garganta apretada por la emoción, nublados los ojos, preguntándose angustiado si iba á desmayarse, dió el más frío y más deseado de los besos.

Pasó en seguida al salón inmediato, deseando librarse del avasallador encanto de aquella intimidad.

Clara no había podido juzgar hasta entonces completamente la importancia de la posición de su marido. Por donde iba veíale acogido con deferencia y afecto; pero al recibir en su casa cuantas personas importantes había en el departamento, comprendió toda la influencia del amo de la ferrería.

En la comida estuvieron el Sr. Monicaud, prefecto republicano sujeto á trasformaciones, que sabía mitigar sus ideas políticas cuando estaba en sociedad; el Procurador general, hombre grave y acompasado; el Tesorero, retirado de la vida alegre, y persona muy amable, y el General comandante de la división. Todas las autoridades civiles y militares estaban allí. El metropolitano de Besançon, monseñor Fargis, á quien Felipe

había regalado una admirable verja para el coro de la catedral, consintió en ir á la recepción, contra su costumbre, haciendo al amo de la ferrería un obsequio que por nadie había hecho hasta entonces. Sentado á la derecha de Clara este risueño anciano, sufrió con el mejor buen gusto la presencia del Prefecto del Doubs, que había ejecutado implacablemente los decretos contra el clero.

Irritada por la envidia, asistió Atanasia al triunfo de su rival, y sostenida Clara por primera vez por la mirada de su marido, recobró la confianza, hablando con sumo gracejo y encontrando la palabra oportuna para halagar el amor propio de cada uno de los convidados. Sintióse admirada por Felipe, y ansiosa de agradarle, desplegó todos los recursos de una inteligencia superior.

Admiró también al Duque el esplendor de Clara, que por un esfuerzo supremo de su voluntad llegó á estar verdaderamente deslumbradora. Fascinado Bligny, la contemplaba sin cesar con una atención que no supo disimular. Fijos los ojos en ella, olvidó cuanto le rodeaba, y su pasión sobreexcitada le hizo perder el respeto á las conveniencias, no advirtiéndole que Felipe le observaba con semblante amenazador. Por lo demás, ¿qué le importaba el esposo? Sabíase desde hace tiempo que era hombre capaz de quitar

la vida á los maridos después de arrebatárles el honor.

Aunque preocupado Moulinet en atraerso al Prefecto, cuya afición á los goces de la buena mesa revelaba su pasada vida, rica en privaciones, chocóle la actitud de Bligny. No había dejado de notar que el Duque, desde que estaba en la Varenne, ocupábase demasiado de Clara. Sin dar importancia en general á las galanterías de la juventud, en este caso especial le alarmaron mucho, porque el Sr. Derblay era una potencia, y en víspera de elecciones no convenía molestarle. Decidió, pues, hablar á su yerno.

Colocada la Duquesa junto á Felipe, procuraba con su charla llamar su atención, encontrándole distraído, frío y preocupado. La Marquesa de Beaulieu estaba sentada á la derecha del amo de la ferrería y muy molesta por el calor de las arañas, del cual protegía su frente con el abanico. Obligado Felipe á atender á todo el mundo, á derecha y á izquierda, sufría horriblemente viendo la insistencia del Duque en mirar á Clara. Creía que la vista de Bligny paseando por los desnudos hombros de la joven los manchaba con quiméricas caricias. Apoderóse de su ánimo terrible cólera, y conoció por primera vez todos los tormentos de los celos, imaginando el profundo goce de matar á aquel hombre que le había hecho tanto mal y que tan profundamente le torturaba todavía.

Las fútiles palabras de Atanasia, deseosa de acapararle á la vista de todos, le fatigaban, y anhéló con el mayor ardor verse libre de aquellos dos odiosos seres. Recordó el ruego de su mujer de que le alejase del Duque y de la Duquesa, y comprendió el cansancio de Clara, blanco continuo del odio de la mujer y del amor del marido. Resolvió, pues, librarla de ambos. Pero no le bastaba alejar al Duque. Le odiaba demasiado.

El término de la comida fué un alivio para él. En la terraza hacía delicioso fresco, y esperaba allí á Clara una agradable sorpresa. Todos los bosquecillos del parque estaban iluminados, y adornada la fachada del castillo con guirnaldas de flores. Moulinet había saqueado su invernadero para la fiesta, y una banasta de dorados juncos y de tres metros de larga contenía las más admirables variedades de orquídeas.

—Mi jardinero se arrancaba los pelos al verlas salir de la Varenne,—decía á media voz á los que le cumplimentaban.

No perdía, sin embargo, de vista á su yerno, que había logrado, con hábiles maniobras, separar á Clara del grupo de las señoras, y bloquearla en un rincón propicio.

En aquel sitio, los dos jóvenes que tanto se habían amado dijéronse sonriendo las frases más peligrosas: apasionado el Duque, deseoso de conquistar el afecto de Clara y pro-

testando de su amor; arisca y violenta la señora Derblay, queriendo terminar una entrevista que la estremecía, y elevando poco á poco la voz aun á riesgo de llamar la atención de Felipe. Al ver esto Bligny, cambió de táctica, y dulce y meloso, sólo habló de amistad, pidiendo á Clara únicamente que le diese la mano en señal de perdón. Sus apasionados ojos desmentían la sinceridad de las palabras. Fué acercándose poco á poco, y hubo un momento en que, enardecido por la semioscuridad que reinaba, estrechó á Clara tan de cerca, que ésta exclamó:

—¡Ten cuidado! Si no te alejas, aun á riesgo de dar un escándalo, llamo á mi marido.

El Duque había excitado la exaltación de la joven hasta el extremo. Moulinet salvó por el momento la situación, acudiendo risueño á terciar entre Bligny y Clara, y entrando en materia con una de esas vulgaridades características del chocolatero que tan soberanamente aburrían á su yerno.

—¡Qué puro está el cielo!—exclamó el exmiembro del Tribunal de Comercio, con acento elegíaco. —Es luna nueva y hará buen tiempo toda la semana.

Miró el Duque á Moulinet de soslayo, y aprovechando Clara esta distracción, se alejó con vivo regocijo. Dio un paso Bligny para seguirla, pero con ademán solemne le detuvo su suegro, llevándole á orillas del estanque.

—Señor Duque,—dijo Moulinet,—veo con sentimiento que abusa V. grandemente de las buenas relaciones que yo procuro mantener con el señor Derblay para...

—¿Para...?—repitió el Duque mirando á Moulinet de pies á cabeza del modo más impertinente.

—Ante todo,—exclamó el chocolatero perdiendo por primera vez la paciencia,—ruego á V., yerno mío—y acentuó este calificativo tan desagradable á Bligny,—que suprima respecto á mi ese tono burlón, porque no estoy dispuesto á sufrirlo en adelante.

—¡Hola! ¿El señor Moulinet se subleva y levanta la bandera de la magistratura consular?—dijo el Duque riendo.

—El señor Moulinet opina que está usted inconveniente,—contestó el suegro en tono más alto,—respecto á él y respecto al dueño de esta casa, cuya esposa corteja V. de un modo escandaloso.

—¿Vuestra señora hija me hace el favor de quejarse?—preguntó el Duque, afectando una finura que, por lo exagerada, era más irritante que sus burlas.

—No á fe mía; creo que, por el contrario, se cuida muy poco de vuestra fidelidad... y lo comprendo.

—Pues bien, ¿entonces?...—preguntó burlonamente el Duque.

Estiró el cuerpo Moulinet, y dirigiendo terrible mirada á su yerno, dijo:

—¿Y la moral, señor mío?

—¡Oh! ¡La moral de la calle de los Lombardos!—replicó el Duque haciendo un gesto de desdén.

—La calle de los Lombardos—exclamó Moulinet dándose importancia—tiene su valor, y algo sabe V. de ello.

—Señor Moulinet, no remueva V. tanto sus céntimos. Ya sabemos que es V. rico.

Y añadió mirando desdeñoso de pies á cabeza al exmiembro del Tribunal de Comercio:

—Es el único mérito que V. tiene, y no debe abusar de él.

—En ese caso,—replicó Moulinet perdiendo por completo la paciencia,—mi mérito tiene sobre el suyo la ventaja de que aumenta diariamente. Por lo demás, demasiado hago al interesarme por V. Continúe su culpada empresa, cuyo único resultado será una cuestión grave con el marido, y de antemano le prevengo que todas mis simpatías estarán de su parte...

—Perfectamente.

—Si mata á V.,—continuó Moulinet, que se animaba hablando,—le sucederá lo que merece.

—El juicio de Dios.

—Mi hija y yo haremos á V. funerales dignos de nuestra fortuna, y nos iremos á llorarle á Mónaco y á los baños de mar mientras dure el luto.

—Vamos, un luto alegre.

—El que merece el desarreglo de vuestras pasiones...

—Señor Moulinet, concluyamos, — interrumpió en Duque con altivez; — ni pido consejos ni acepto lecciones. Su vulgar pedantería me ha entretenido durante algunos minutos, pero ya basta.

—Muy bien, señor mío, — dijo Moulinet dominado por la insolencia del Duque. — Haga V. lo que guste: me lavo las manos.

Y moviendo la cabeza con dignidad, se dirigió el suegro á los salones.

Gran movimiento había en la terraza. Susana acudió muy de prisa á encontrar á su hermano, que hablaba con el Procurador general y el Prefecto, y muy conmovida, le dijo:

—Ahí está una comisión de trabajadores. Son diez, y piden permiso para verte.

—¡Hola! ¡hola! — exclamó el Prefecto, cuyos sentimientos democráticos despertaron al oír «comisión de trabajadores»; — se trata de una demostración popular... Me parece muy bien.

—Lo menos va á pedir el Prefecto que toquen la *Marsellesa*, — murmuró el Tesorero sonriendo.

Felipe se adelantó á recibir á los trabajadores.

—¡Ah! Es V., Gobert, — dijo reconociendo á su más antiguo contraestre, ves-

tido con traje de día de fiesta, el sombrero en una mano, un enorme ramo en la otra, y sonriendo intranquilo. — Adelante todos, amigos míos.

Gobert, que era un anciano de cabellos blancos, permaneció inmóvil, cortado al ver toda aquella elegante concurrencia que, alineada en la terraza, le examinaba con curiosidad.

— Anda, hombre, — murmuraban sus compañeros; — anda, puesto que tú eres el que ha de hablar.

Pero Gobert, paralizado por invencible emoción, miraba á todas partes con ojos desencajados, inmóvil, como si se hubiera convertido en piedra.

Susana le sacó de aquella situación cogiendo por la mano al anciano trabajador, á quien conocía desde niña, y llevándole á donde estaba Clara. El contraestre se inclinó ante la joven, y muy turbado, buscando las palabras, aunque había aprendido de memoria su discurso, dijo:

—Puesto que el amo lo permite, señora Derblay, dignese V. aceptar este ramo que tengo encargo de ofrecerle á nombre de todos los compañeros, quienes le felicitan en este día. Sepa V. que en Pont-Avesnes somos mil ochocientos, y que cuanto tenemos se lo debemos á su marido, quien nos ha edificado casas, escuelas, hospital, y nos trata como hijos... Estamos á V. sumamente

reconocidos por la dicha que á él le proporciona.

Enternecido Gobert, no pudo continuar. Oyéronse entonces gritos y aplausos, cuya señal dió el Prefecto, dirigiendo á los esposos una sonrisa de aprobación. Al oír Clara al contraamaestre hablar de la dicha que proporcionaba á Felipe, se estremeció. Por todas partes y á todas horas escuchaba esta irónica alabanza.

Apaciguado el tumulto y desembarazado Gobert de su ramo, continuó delante de los señores Derblay:

—Tengo otra cosa que decir,—añadió.—Los electores van á ser convocados para elegir diputado...

Al oír estas palabras, dió Moulinet un paso adelante, como si se tratara de él, y el Prefecto miró á su alrededor con aire de autoridad.

—Venimos—continuó Gobert—á rogar al amo que permita le elijamos en el distrito de Pont-Avesnes.

Moulinet exhaló un gran suspiro, como si le quitaran un peso de encima.

—El distrito inmediato al mío,—exclamó;—¡bravo!

Una tempestad de vivas y aclamaciones estalló por fuera de la verja del patio, contestando á la voz del anciano contraamaestre. Los trabajadores de la fábrica, con sus mujeres y sus hijos, se apiñaban en la plaza,

presenciando de lejos la manifestación que habían preparado.

—Abrid la verja,—dijo Felipe,—y que entre todo el mundo.

En un momento inundó la alegre muchedumbre los parterres, esparciéndose por el parque, cuyas extensas alamedas y misteriosas plazoletas, adornadas con estatuas, iluminaban las luces multicolores de los farolillos venecianos.

—Estos buenos muchachos han tenido un excelente pensamiento,—dijo el Prefecto con amabilidad.—El Sr. Derblay es de los nuestros; es un liberal en la más generosa acepción de la palabra. Para todos significa su nombre ciencia, probidad, trabajo y libertad.

—He ahí una candidatura que yo apoyo,—dijo Moulinet.—Los dos representaremos la circunscripción. Hablaré á mis arrendatarios, y quedan á mi cargo los comités, las reuniones y los discursos. Ganaremos la elección sin dificultad alguna.

—Me parece, querido Prefecto, que esto es hacer candidaturas oficiales,—dijo tras del majestuoso Monicaud una voz marcial.

Volvióse el Prefecto como si le hubiesen pisado un pie, y se encontró frente á frente del General, que le miraba con aspecto burlesco. El representante de la Administración civil dirigió una sonrisa al representante de la fuerza militar.

—Mi querido General, cuando se ha comido bien en casa de una persona, no es atento hacerle la oposición al llegar á los postres. Cortesía de digestión.

Y girando después sobre los talones, murmuró entre dientes:

—¡Bah! ¡bah! Un pretoriano.

—Acepto, amigos míos, el honor que me hacéis,—dijo Felipe;—no por ambición, pues ya sabéis que busco poco las ocasiones de distinguirme, sino porque espero poder seros útil.

Hubo entonces un gran tumulto. La multitud prorrumpió en gritos, y durante dos minutos sólo se vieron brazos agitando frenéticamente gorras y sombreros. El ruido cesó poco á poco, y avanzando Clara hacia los trabajadores, les dijo:

—Por mi parte, amigos míos, os agradezco con todo mi corazón vuestra buena idea; y V., Gobert, puesto que es el más antiguo en la ferrería, bésame á nombre de todos sus compañeros.

Y graciosa y risueña, acercó el rostro al anciano contramaestre, aturdido, cuyo galán negro, un poco estrecho, le estaba martirizando, y que se puso rojo al aproximarse con tanta precaución como si abrasara el bello rostro de la joven de igual modo que el hierro candente que el obrero estaba acostumbrado á martillar.

—¡Oh, señora!—dijo el buen hombre

sin poder contener una lágrima.—Los Derblay han sido siempre excelentes personas, y V. es muy digna de pertenecer á la familia.

Dirigió Clara á su marido una mirada de triunfo. Las palabras de aquel trabajador estrechaban en su concepto los lazos que la unían á Felipe.

Atanasia murmuraba, cuchicheando con La Brede y Tremblays.

—¿Qué les parece? Todo esto es encantador. Nadamos en socialismo.

Una exclamación enorme cortó la palabra á la Duquesa. Felipe había ordenado llevar algunas botas de vino al centro del parque, y mandó llamar á la charanga del pueblo. Instantáneamente se construyó un tablado, y puestos sobre él los músicos, hicieron oír las chillonas notas de sus instrumentos. Atraídos por el ruido, se mezclaron los labriegos á los trabajadores, estando en vías de desaparecer la antigua hostilidad que dividía en dos campos á obreros y agricultores. Esta multitud agitada y ruidosa parecía negro hormiguero en las auchas alamedas del parque, á la luz de los farolillos de colores que brillaban como flores fantásticas en la sombría verdura de los árboles.

De pronto iluminó la oscuridad un brillante relámpago, primer cohete de los fuegos artificiales que el Barón había preparado y encargado con gran misterio, y que al

estallar ruidosamente en el aire arrojó sobre la multitud admirada una lluvia de deslumbradoras estrellas de oro. En seguida surcaron el espacio dejando tras sí rastro de fuego otros muchos, y los bosquecillos del parque se iluminaron con los resplandores verdes y rojos de las luces de Bengala. Los músicos habían dejado de tocar, y con los instrumentos puestos sobre las piernas miraban el caprichoso serpentear de los cohetes y el sorprendente surtidero de las candelas romanas.

El delicioso Tremblays, siempre oportuno, canturriaba con agria voz la conocida canción:

Perico, levántame
Para que vea los cohetes.
.....

Dirigiéndose el Prefecto á Moulinet, le dijo con entusiasmo:

—¿Ve V. qué bien hace el color rojo en los fuegos artificiales? ¡Qué hermoso color!

—Me gusta más el verde,—respondió el chocolatero sin comprender la alusión.

—Es el color de la esperanza,—dijo amablemente el Tesorero, saludando á Moulinet.

Esto sí lo comprendió el padre de la Duquesa, que tenía lucidez para cuanto afectaba á sus intereses. Miró con benevolencia á este antiguo servidor, y le pareció una persona muy fina, contribuyendo á esta opinión

la circunstancia de tener el Tesorero el mejor par de caballos del departamento.

—Y bien, Sr. Moulinet,—dijo el Barón,—¿está V. á gusto? Parece V. satisfecho.

—Sí, Barón,—respondió con acento expansivo.—Este lujo, esta fiesta, esta animación me encantan. Yo había nacido para la gran vida. Mis aficiones protestan contra la injusticia de mi origen.

—Vuestro talento bastará para hacerlo olvidar,—dijo Prefont con imperturbable sangre fría.

Al incendiarse las partes principales del castillo de pólvora, un inmenso resplandor enrojeció el cielo. En brillante pórtico un niño, dibujado con fuegos de rosas, coronaba á una esbelta mujer delineada con fuegos blancos.

—El Amor coronando á la Industria,—dijo el Barón, creyéndose obligado á explicar la alegoría.

—Lo conozco,—respondió el majestuoso Monicaud al oído del Procurador general.—El año pasado, en Neufchatel, donde yo estaba de subprefecto, nos sirvieron el niño de color de rosa y la mujer blanca la noche de la fiesta nacional, con el título de: El Porvenir coronando á la Francia.

—Y yo—dijo alegremente el Tesorero—los he visto figurar en unos fuegos artificiales en Ville-d'Abbay en honor del doctor

Thomson, el célebre comadrón, designándoles: La Infancia coronando la Medicina.

Terrible ruido y deslumbradora claridad cortaron la palabra á los convidados. El ramillete final, formado por multitud de cohetes, subió al espacio, extendiéndose sobre los espectadores como bóveda de fuego. Una lluvia de cañas ennegrecidas cayó entre gritos y risas sobre las cabezas de los más próximos al sitio donde se quemaban los fuegos. Volvió la oscuridad del cielo, recobró el parque su aspecto de iluminación á la veneciana, y como si diera la señal una mano invisible, todos los instrumentos de la charanga rugieron los primeros acordes de un rigodón. Después de un breve silencio, la voz chillona de un pilluelo gritó: «Cada cual en su sitio para la contradanza.»

Tuvo Atanasia repentino capricho de modistilla: el de tomar parte en el baile de aquellos aldeanos; y tan imperioso fué su deseo, que con ojos brillantes y sonrojadas mejillas se dirigió á Felipe, diciéndole:

— ¡Oh! Sr. Derblay. ¡Inauguremos ese baile campestre!... Será precioso... Venga usted; bailará conmigo.

Felipe no se movió, vacilando entre el deseo de negarse y el temor de ser impolítico.

Clara y él se miraron.

Esta nueva y provocadora tentativa de la Duquesa hizo palidecer á la señora Derblay,

quien juzgó intolerable ya tanto atrevimiento. Habíase jurado además no permitir que Atanasia se apoderase de Felipe. Permaneció, sin embargo, un momento indecisa, ansiosa, temiendo desagradar á su marido. Oyó entonces una voz burlona, la aborrecida voz del Duque, que la decía:

— ¿Lo ves?

Y con un ademán la mostraba al mismo tiempo á Atanasia, inclinada hacia Felipe, mirándole con cariñosos ojos.

Estremeciéndose Clara de dolor y de vergüenza. La imprudente intervención del Duque multiplicó su sufrimiento. En aquel instante, como si su destino se decidiera al fin, los ojos de Felipe encontraron los de Clara, y vió la joven en los de su marido tan claramente la contrariedad y el aburrimiento, que impulsada por fuerza irresistible avanzó tres pasos y tocó ligeramente al brazo de Atanasia, que repetía: «Conque inauguramos el baile, ¿no es verdad?»

— Perdona si contrarío tus proyectos, — dijo Clara friamente. — Pero quisiera hablar un momento contigo.

— ¿Hablar? — preguntó la Duquesa sorprendida y enojada. — Pero ¿cómo? ¿en este instante?

— Sí, en este instante.

— ¿Tan urgente es?

— Muy urgente.

Atanasia miró á su enemiga, y sostuvo

ésta la mirada con tal firmeza, que la Duquesa, no sin alarma, presintió algún grave incidente, bajó los ojos, y con dulce voz:

—¿Qué te ocurre, querida mía?—preguntó intentado coger una mano de Clara.

—Sígueme y lo sabrás,—respondió secamente la señora Derblay.

Y sin añadir una palabra, sin volverse á mirar á Felipe, resuelta, con el corazón palpitante, condujo á Atanasia al pequeño salón desierto. Allí permanecieron en pie un momento como adversarios prontos á acudir á las manos. Oíase á lo lejos la improvisada orquesta, que había empezado á tocar, y el sordo ruido de la agitada multitud llegaba á oleadas al castillo. Todos los convidados bajaron al parque. Atanasia y Clara, entregadas á sus propias fuerzas, continuaban frente á frente.

—Sentémonos si quieres,—dijo la señora Derblay con breve acento.

—¿Será esto muy largo?—preguntó la Duquesa medio ahogando un impertinente bostezo.

—Creo que no

Recostóse Atanasia en una butaca, alargando las piernas, mirando las puntas adornadas de azabaches de sus zapatos, haciéndolas brillar tenuamente á la luz de las arañas, y aparentando no dar importancia alguna á lo que Clara iba á decirle.

—Se trata de un favor que voy á pedirte,—añadió la señora Derblay.

—¿Tendré la suerte de poderte servir?—preguntó Atanasia con indiferencia.

—Sí. El día de la caza, en el bosque, al llevarte á mi marido, me preguntaste si me desagradaba que lo hicieses, y si estaba celosa de tí.

La Duquesa dió un golpecito seco con el tacón en el suelo, y dijo:

—Era broma.

—Pues te equivocaste, porque decías la verdad.

Muy admirada Atanasia, se incorporó en la butaca, y se previno á lo que pudiera suceder.

—¿Tú celosa?—dijo.

—Sí.

—¿De mí?

—De tí,—repitió Clara; añadiendo con forzada sonrisa:—Ya ves que soy franca. Me parece que mi marido se ocupa de tí más de lo que conviene, y deseo que pongas término á una asiduidad que nada te importa y me causa gran pena.

—¡Oh! querida mía,—exclamó Atanasia volviéndose hacia Clara con cariñosa vivacidad.—¿Cómo! ¡Tú sufrías sin decirme! Creo que exageras un poco, porque nada recuerdo que pueda motivar tu quebranto. El Sr. Derblay es muy amable, y, al parecer, gusta de hablar conmigo; pero esta simpatía

entre personas de la misma familia no es sorprendente y nada tiene de criminal.

—Pues me hace sufrir,—insistió Clara.

La Duquesita se irguió, y con acento puntiagudo como barrena, dijo:

—Querida mía, pide á tu marido el remedio á tu mal, porque yo nada puedo hacer.

—Sí; tú puedes poner término á esa timidad.

Dejóse caer lánguidamente Atanasia al fondo de la butaca, sospechando á dónde Clara quería ir á parar. Sin duda le iba pedir un desarme. Endulzó el acento de voz, y con amabilidad más irritante que pasado desabrimiento, dijo:

—¿Cómo podré conseguirlo? ¿Acogiéndome mal á tu esposo? Eso sería imponerme un papel muy desagradable. Además, ¿crees medio muy eficaz?

Al decir esto sonreía con el aspecto brucón de mujer segura de su ascendiente.

—No es eso—replicó Clara con tranquila serenidad—lo que voy á proponerte.

—Pues ¿qué es?

Vaciló un momento Clara, y dijo después con decisión:

—Que te alejes por algún tiempo de mi casa.

Atanasia se puso en pie de repente, y sin poderse dominar exclamó:

—¿Eso imaginas?

—Sí,—contestó Clara con tanta dulzura como aspereza había en la voz de su rival.—Te lo pido por favor. Acúsame de estar loca; pero hazlo así, porque se trata de mi felicidad.

—¿Y con qué pretexto quieres que me aleje? ¿Qué se diría de una separación parecida, por lo brusca, á una ruptura de relaciones?

—Ya nos encargáramos de explicarla de un modo satisfactorio.

La insistencia de Clara produjo grande embarazo á Atanasia. Advirtió que la señora Derblay era más tenaz de lo que había creído, y que si se dejaba arrastrar á la menor concesión todo estaba perdido. Resolvió, pues, cortar por lo sano.

—Podría suceder que no lo consiguiéramos, lo cual sería desastroso para mí. Tú has sido franca y yo también lo voy á ser. Nueva en la sociedad en que me ha hecho entrar el Duque de Bligny, me encuentro bien en ella y tengo empeño en conservar el puesto que he logrado adquirir en la aristocracia. Pero ya sabes lo rigoristas que son en esta clase, y comprenderás que si la familia de mi marido me mira con frialdad, servirá esto de motivo para discutir mi posición, porque soy muy envidiada, y en tal caso, adiós mis ilusiones. Si tú atiendes á tu amor, yo atiendo á mi ambición, y si tienes empeño en proteger aquél, sufre que yo defienda ésta.

Casi sin poderse contener tembló Clara de ira, y deseos tuvo de coger á aquella miserable y aplastarla.

—De modo que te niegas,—dijo con ahogada voz.

—A pesar mío. Pero en conciencia, ponte en mi caso.

La ironía era tan viva que Atanasia no pudo reprimir una sonrisa.

Dominada por la cólera se adelantó Clara. —¿Que me ponga en tu caso?—dijo con violencia.—Tú eres quien te has puesto en mi camino y deseas seguir poniéndote. Desde que te conozco me persigues con tu envidia y tu odio; soltera, me robaste el novio, y casada, quieres robarme el marido. No supe guardar aquél, pero sabré arrancar éste de tus garras.

—¡Ah! ¡Esas tenemos!—exclamó Atanasia livida de rabia.—Pues bien, quitémosles la máscara, que en verdad me pesa ya el disimulo. Si, desde mi infancia te devuelvo en odio cuanto tú y tus iguales me habéis prodigado en desdén. Me has humillado durante diez años con tu nombre, tu fortuna y tu talento. Pues bien, ya ves, hoy tengo millones, soy Duquesa, y te ves obligada á pedirme favores.

—Mira lo que haces,—dijo Clara;—los de mi sangre no se dejan insultar impunemente largo tiempo.

—Y yo—replicó la Duquesa—llevo un

nombre que me pone á cubierto de tu cólera.

—Apelaré de la conducta que tienes conmigo.

—¿A quién?—preguntó Atanasia sonriendo.

—Al mundo.

—¿Cuál? ¿El mundo á que yo he ascendido ó aquel al que tú has bajado?

—A cualquiera, al en que haya personas radas para quienes respetar á los demás un deber y hacerse respetar un derecho.

Ante esas personas, ¿me entiendes? repetiré en voz alta lo que acabo de decirte; te mostraré cual eres, y veremos si el nombre que llevas, por grande que sea, basta para cubrir tu bajeza y tu falsedad.

Quiso responder la Duquesa, pero en vano buscó palabras en su corazón lleno de hiel. Sus labios dejaron escapar un silbido, y reducida al silencio, intentó insultar con el gesto; pero vió ante sí á Clara, tan amenazadora, con la mirada ardiente y agitadas las manos, que tuvo miedo y retrocedió bajando la voz:

—¿Es un escándalo lo que buscas?

—Es una ejecución la que voy á hacer.

—Por última vez, ¿accedes á lo que te pido?

—No, y cien veces no,—repitió Atanasia rechinando los dientes.

—¡Pues ahora verás!

Oprimida por los pasos, oíase crujir la

arena de la terraza y llegaba al salón rumor de alegres voces. Apareció Felipe sobre la escalinata, dando el brazo á la Baronesa. Seguíales el Duque riendo con La Brede, y después Moulinet, que no se apartaba del Barón.

Vieron á Atanasia y Clara pálidas, trémulas, de pie, una frente á otra. La actitud de ambas jóvenes era tan significativa, que todos se detuvieron estupefactos. En aquel momento, Clara, alta la frente, con tranquila conciencia, fortalecida por los dolores sufridos, se adelantó al centro del salón, y designando á Atanasia con un gesto humillante, dijo:

—Duque, llévate á tu mujer, si no quieres que la eche de mi casa delante de todo el mundo.

Bligny permaneció impasible, dibujándose en sus labios leve sonrisa. Pero Moulinet, sin creer lo que oía, con extraviados ojos y levantando los brazos al cielo, exclamó:

—¡Echar á mi hija! ¡A la Duquesa mi hija!—repitió con énfasis, como si el insulto á ella lo fuese á toda la nobleza de Francia.

Atanasia se dirigió al Duque, diciéndole con penetrante voz:

—Caballero, ¿me dejará V. insultar de este modo sin defenderme?

Bligny avanzó dos pasos hacia Felipe, y con perfecta tranquilidad le dijo:

—¿Aprueba V., caballero, lo que la se-

ñora Derblay acaba de decir á la Duquesa? ¿Está V. dispuesto á excusarse ó pronto á aceptar la responsabilidad?

Las preguntas eran claras, atentas y duras como el acero.

Miró Clara con angustia á su marido. ¿La desautorizaría Felipe ó defenderla resueltamente lo hecho? Tuvo un momento de horrible incertidumbre, durante el cual sufrió mucho más que había sufrido hasta entonces.

Al oír á Bligny, acercóse Felipe mostrando su elevada estatura, bastante más alta que la del Duque, en todo su varonil vigor, y gravemente, con una energía que estremeció á cuantos le escuchaban, dijo:

—Señor Duque, cuanto haga la señora Derblay, y sea cualquiera el motivo que la impulse, lo sostengo como bien hecho.

El Duque saludó con incomparable elegancia; volvióse hacia La Brede haciéndole una señal, y dijo:

—Comprendido.

Ofreció en seguida su brazo á Atanasia desconcertada, y salió, siguiéndole Moulinet aturdido y su fiel La Brede, que murmuraba:

—¡Mal negocio! ¡Entre primos! Bligny es el ofendido, y elegirá la pistola; el amo de la ferrería es hombre muerto.

Al ver alejarse á su rival humillada y vencida, no pensó Clara en las terribles

consecuencias de su audaz determinación; exhaló un grito de triunfo, y dirigiéndose á su marido con apasionado reconocimiento:

— ¡Oh! ¡gracias, Felipe! — dijo extendiendo hacia él los brazos.

Pero instantáneamente, al ver á su marido de nuevo impasible, desapareció su entusiasmo.

— No tiene V. nada que agradecerme, — dijo éste. — Al defender á V., lo que defendía era mi honor.

Clara permaneció muda y sombría.

— No olvide V., — añadió Felipe, — que tiene aquí convidados, y que es preciso no sepa nadie lo ocurrido.

Ofreció su brazo á la Baronesa, cuyos nervios estaban tan excitados que tenía á la vez ganas de reír y de llorar. Clara enjugó una lágrima que se deslizaba por su mejilla, y sonriendo tristemente al Barón, que había quedado junto á ella:

— Ven, — le dijo; — puesto que es necesario, vamos á bailar.

XVIII.

La noche pareció á Clara cruelmente larga. Sola en su dormitorio, comprendió toda la gravedad de la situación, y se espantó.

Había obrado ciertamente con perfecto derecho. Desafiada, amenazada, ultrajada en su domicilio por implacable enemiga, no pudo contenerse, y la echó de su casa. Pero su cuestión particular era ya general, y obligado su marido á defenderla, el choque con el Duque inevitable. Creía estar viendo la enigmática sonrisa de Bligny cuando dijo «comprendido,» y esta sonrisa le estremecía. Sabiendo cuán peligroso adversario era el Duque, comprendió que si no podía evitarse el combate, Felipe estaba en gravísimo riesgo. Al terminar la fiesta había visto al Barón y á Octavio en conferencia con La Brede y Moulinet. Preguntó á su hermano y á Prefont, quienes le contestaron evasivamente, asegurándole con aspecto poco franco que las gestiones producirían un arreglo. Meditaba Clara qué arreglo podía haber entre aquellos dos hombres que se odiaban. El Duque había fijado claramente los términos de la cuestión: ó excusarse ó aceptar la responsabilidad, es decir, una reparación. Ni por un momento pensó que su marido diese explicaciones; por consiguiente, el duelo era inevitable.

Pertenecía Clara á una raza valiente, á cuyas mujeres jamás hizo palidecer el choque de las armas. Su abuela, una Bligny, había recorrido los hondos caminos de la Vendée con las bandas de Etoufflet, disparando su carabina, cuando la ocasión se pre-

consecuencias de su audaz determinación; exhaló un grito de triunfo, y dirigiéndose á su marido con apasionado reconocimiento:

— ¡Oh! ¡gracias, Felipe! — dijo extendiendo hacia él los brazos.

Pero instantáneamente, al ver á su marido de nuevo impasible, desapareció su entusiasmo.

— No tiene V. nada que agradecerme, — dijo éste. — Al defender á V., lo que defendía era mi honor.

Clara permaneció muda y sombría.

— No olvide V., — añadió Felipe, — que tiene aquí convidados, y que es preciso no sepa nadie lo ocurrido.

Ofreció su brazo á la Baronesa, cuyos nervios estaban tan excitados que tenía á la vez ganas de reír y de llorar. Clara enjugó una lágrima que se deslizaba por su mejilla, y sonriendo tristemente al Barón, que había quedado junto á ella:

— Ven, — le dijo; — puesto que es necesario, vamos á bailar.

XVIII.

La noche pareció á Clara cruelmente larga. Sola en su dormitorio, comprendió toda la gravedad de la situación, y se espantó.

Había obrado ciertamente con perfecto derecho. Desafiada, amenazada, ultrajada en su domicilio por implacable enemiga, no pudo contenerse, y la echó de su casa. Pero su cuestión particular era ya general, y obligado su marido á defenderla, el choque con el Duque inevitable. Creía estar viendo la enigmática sonrisa de Bligny cuando dijo «comprendido,» y esta sonrisa le estremecía. Sabiendo cuán peligroso adversario era el Duque, comprendió que si no podía evitarse el combate, Felipe estaba en gravísimo riesgo. Al terminar la fiesta había visto al Barón y á Octavio en conferencia con La Brede y Moulinet. Preguntó á su hermano y á Prefont, quienes le contestaron evasivamente, asegurándole con aspecto poco franco que las gestiones producirían un arreglo. Meditaba Clara qué arreglo podía haber entre aquellos dos hombres que se odiaban. El Duque había fijado claramente los términos de la cuestión: ó excusarse ó aceptar la responsabilidad, es decir, una reparación. Ni por un momento pensó que su marido diese explicaciones; por consiguiente, el duelo era inevitable.

Pertenecía Clara á una raza valiente, á cuyas mujeres jamás hizo palidecer el choque de las armas. Su abuela, una Bligny, había recorrido los hondos caminos de la Vendée con las bandas de Etoufflet, disparando su carabina, cuando la ocasión se pre-

sentaba, contra los azules. Su padre, el Marqués de Beaulieu, á los diez y seis años se habla encerrado en la Penissiere, donde le encontraron á los tres días bajo los escombros de la granja con un brazo roto de un balazo. Su raza era valerosa; pero si no temía á la muerte por sí, la temía por Felipe. La superstición intervino, y creyó que su casamiento con Derblay lo condenaba el destino, teniendo el presentimiento de que si se batía su marido sería muerto.

Espantosas imágenes pasaron ante sus ojos. Vió sobre la hierba manchada de sangre á Felipe, tendido é inanimado, y al Duque en pie con la pistola aun humeando en la mano, sonriendo con su pérfida sonrisa. ¿Por qué habian de elegir la pistola? ¿Por qué habian de batirse con arma tan peligrosa? Decíase en vano que acaso se batieran á espada; pero de continuo veía á los dos hombres con la pistola en la mano, oía la doble detonación, ascendiendo en el aire corta y azul humareda, y cayendo pesadamente al suelo Felipe, herido de muerte.

Para librarse de esta pesadilla que, despierta, la dominaba, se asomó al balcón. La temperatura era apacible, la noche de una transparencia admirable, y centelleaban las estrellas. Apagábanse en los árboles del parque los farolillos venecianos que, reanimados momentáneamente por alguna ráfaga de viento, brillaban en la oscuridad como

puntos rojos. Pareciéronle con horror aquellos puntos rojos manchas de sangre, y espantada cerró el balcón, corriendo las cortinas para no ver los siniestros resplandores.

Empezó á andar por la habitación, pensativa, absorta, dando vueltas en su imaginación al lúgubre temor de la muerte de Felipe, y se sorprendió de hablar alto, diciendo: «Causo la desgracia de cuantos se me acercan.» El sonido de su voz en el silencio de la estancia le asustó. Sentóse en una butaca é intentó leer, pero sentía en sus oídos el retintín de una campana tocando á muerto.

Quiso saber entonces lo que hacía Felipe. Atravesó de puntillas el salón pequeño, y llegó hasta la puerta de la habitación de su marido, silenciosa y oscura. No se advertía en ella ni ruido ni luz. Creyó que dormía, y esta idea la tranquilizó un poco. Volvió á su estancia y pasó el resto de la noche medio despierta, dominada por una agitación imposible de calmar.

Felipe no estaba en su cuarto ni dormía. Encerrado en el despacho, debajo precisamente de la habitación de Clara, no ignoraba que el lance entre él y el Duque sería grave. Los cuatro padrinos habian conferenciado aquella misma noche, y siendo la cuestión sencilla, el acuerdo fué inmediato.

A pesar de las desoladas súplicas de Moulinet, que á toda costa quería evitar el

duelo, se convino en realizarlo á las ocho de la mañana siguiente en el límite de los bosques de Pont-Avesnes y de la Varenne, á igual distancia de ambos edificios en la misma encrucijada de los Estanques donde pocos días antes resonaban las alegres carcajadas de los cazadores para festejar el *lunch* suntuosamente preparado.

El arma elegida por el Duque fué la pistola. La distancia, treinta pasos, disparando á voluntad. Felipe admitió sin repugnancia estas condiciones. Aunque poco práctico en el tiro de pistola, era un tirador certero de carabina, y seguro de su golpe de vista, imaginaba con feroz alegría que al arriesgarse á recibir la muerte estaba casi cierto de causarla. Entre aquellos dos hombres, dotados de igual valor y de probada sangre fría, imposible era saber de antemano quién sería el vencedor, pero no era dudoso que uno de los dos quedaría en el campo.

Solo con su conciencia, y quedándole quizá pocas horas de vida, entregóse Felipe á profunda meditación. Examinó con lealtad su conducta, atormentándole únicamente la idea de haber sido quizá demasiado duro con Clara. En esta hora suprema inspirábale profunda compasión aquella alma turbada, que, después de lavar con sus lágrimas la falta cometida, tanto le amaba. La altiva mujer que tan duramente le rechazó un día, era ya humilde y cariñosa, gracias á la dura

prueba que le había hecho sufrir. Tenía, pues, derecho á creer que, de vivir, sería Clara su tierna esposa, y muerto le recordaría eternamente.

Este era el objeto que se había propuesto, y estaba conseguido. Sintióse más tranquilo y no le pesó en el fondo de su conciencia haber batido aquel carácter de bronce para moldearlo á su gusto. Comprendió que el resultado obtenido era una garantía de felicidad para Clara si la suerte le permitía volver sano y salvo. Entregada á sí misma, y en el extravío de sus ideas morales, hubiese sido su infortunio seguro. Demasiado inteligente para dejar de comprender que había amargado su vida, y demasiado orgullosa para confesar que era por culpa suya, su existencia, devorada por la ira y agriada por estériles arrepentimientos, hubiera sido penosísima. La lección que le había dado debía serle muy saludable. Vencido el insufrible orgullo de la joven, ya era posible su felicidad.

Pero desgraciadamente, cuando terminaba la obra de regeneración, tenía Clara ante sí risueño porvenir. ¿La hundiría el destino adverso en eterna desesperación?

Oyó Felipe en el silencio de la noche ruido de pasos sobre su cabeza, y estremeciéndose escuchó. Era el andar continuo, regular, automático, de aquella pobre mujer que sufría tan crueles angustias, separada

únicamente de él por el grueso del techo y tan alejada sin embargo por la implacable voluntad del marido ultrajado.

En cada vibración del pavimento bajo el pie de Clara, adivinaba Felipe la horrible agitación de la joven. Imaginábala andando por su habitación con los ojos secos, crispadas las facciones, trémulas las manos, y con el aspecto sombrío que en los arrebatos de dolor ó de ira tantas veces había notado en ella. Sintió conmovido el corazón, y por primera vez cedió al amor la firmeza de su carácter. Apretada la garganta, latándole las sienes, le dominó violento deseo de ir en busca de aquella mujer que adoraba y que no era suya. Dióse á sí mismo razones como niño para justificar su resolución. ¿No era locura arriesgarse á morir sin llegar á tenerla en sus brazos y hundir la boca en las perfumadas trenzas de sus rubios cabellos? Con solo una palabra que pronunciase, se arrojaría ella á su cuello. Faltaban algunas horas para que llegase la luz del día, y podía disfrutar las desesperadas delicias de una noche de amor, que acaso fuera la última de su vida. Este ardiente pensamiento le produjo un vértigo, y su carne se estremeció. Dió algunos pasos, y ya tocaba á la puerta con la mano, cuando un impulso de su voluntad le detuvo.

¿Era capaz él de dejarse arrastrar por tan mezquina debilidad? Después de tantos su-

frimientos, ¿le faltaría valor en aquel instante? ¿Se rebajaría hasta ir á mendigar de la mujer á quien había domado y vencido, algunas horas de degradante placer? Encontrábase en el momento en que iba á decidirse material y moralmente de toda su vida. Si sobrevivía, Clara sería suya sin vacilaciones en lo presente ni temores en lo porvenir. Si moría, quedaba ante sus ojos grande, activo, implacable. Buen jugador, quiso arriesgar por completo la partida. O todo ó nada: ó una existencia de pura felicidad, ó la muerte fría y silenciosa. Resuelto á ello, volvió á sentarse junto al escritorio.

Sobre su cabeza continuaba Clara el febril paseo. Oyóla abrir la puerta, atravesar el salón con paso furtivo é ir hasta su habitación, y escuchando atentamente, sonrió. A los pocos momentos, Clara volvió á su estancia. Como él, había tenido ella la idea de hacer las paces, y como él se detuvo al intentarlo. Comprendió entonces cuánto habría perdido en el ánimo de su mujer adelantándose á ella en esta ocasión. Comprendió también que hubiese dejado de ser el hombre superior que todo lo dominaba por su voluntad, para convertirse en un sér vulgar á merced de sus sentidos.

La débil claridad que anunciaba el día atrajo su atención á las materiales ocupaciones de sus últimos instantes. Quiso, por si moría, dar á su hermana firme apoyo. Había

podido apreciar las excelentes condiciones del Marqués de Beaulieu, advirtiéndole en este joven un entendimiento serio y un corazón sensato.

Si contestó con una negativa á la petición de Clara, fué por permanecer fiel á su táctica conyugal, dando un golpe más rudó que todos los anteriores al carácter de su mujer. Conociendo en aquel momento que se aproximaba la crisis definitiva, decidió reparar en seguida el daño causado á Octavio. Además, Susana le amaba, y la idea de causar una pena á aquella niña que había sido el encanto de su vida, le acongojaba el corazón.

Resolvió, pues, que se casaran los dos jóvenes, y para mayor solemnidad dió el consentimiento en forma testamentaria. Tranquilo y atento tomó todas sus disposiciones; dividió su fortuna en dos partes, una para Susana y otra para Clara, rogando á su amada esposa que se dignara aceptarla en recuerdo del profundo cariño que la había profesado. Escogió entre sus ingenieros el más probo y capaz para sustituirle en la dirección de su industria, y tomadas todas las determinaciones se propuso dormir algunos instantes, porque necesitaba tener la mano tranquila y la vista segura. Tendióse en el ancho diván de cuero, exhaló un suspiro y cerró los ojos.

En el castillo de la Varenne era grande la emoción. Atanasia había vuelto de Pont-

Avesnes con inexplicable rabia en el corazón. En el momento en que la mujer que odiaba parecía definitivamente abatida y á merced suya, un vigoroso arranque la había hecho triunfar con altivez, y ella, la Duquesa de Bligny, veíase humillada, arrojada, vencida, no ocultándosele que aquella ruidosa ruptura de relaciones le causaba daño irreparable.

Toda la familia del Duque se ponía de parte de Clara. Serían conocidos los motivos del desafío, y su vergonzosa expulsión referida, comentada y exagerada por una sociedad que la detestaba. Esta idea hizo rechinar los dientes á Atanasia y le inspiró deseos de sangrienta venganza. Hubiese querido estar en el caso del Duque para que su homicida empresa fuera mejor y más seguramente realizada. Deseó ver á Clara viuda, enlutada, pálida, afligida, maldiciendo la hora en que había ultrajado á su rival, y pensó que, matando al esposo á quien amaba, hería también de muerte á su enemiga. Dejando escapar horrible carcajada, arrojó con violencia los guantes y el abanico sobre la mesa del salón en que acaba de entrar, y volviéndose á su padre y á su marido, que la miraban silenciosos, dijo con rabia: —Necesito que maten á ese hombre que defiende á la que me ha insultado.

Hubo un momento de estupor, aterrado Moulinet por la trágica exclamación de su

hija, y admirado el Duque de encontrar en Atanasia una intensidad de odio igual á la suya. Censuraba éste, sin embargo, á la Duquesa haber ocasionado un escándalo que terminó para él y para ella en humillante retirada, y la reprendió por no haber sabido contenerse. Habitudo á las perfidias disimuladas con los más finos modales, y á los odios disfrazados con sonrisas de la sociedad aristocrática, parecióle Atanasia horriblemente vulgar y torpe. En último caso, la actitud á lo Borgia que tomó la joven le aburrió, y mirándola tranquilamente, dijo con indiferencia:

—Matar á ese hombre! Eso es fácil de decir, querida; frases como esa están bien en un melodrama, pero en la vida ordinaria son ridículas. Te conviene perder la costumbre de las palabrotas y los ademanes exagerados.

Y añadió con fría sonrisa:

—Por lo demás, puedes estar segura de que haré lo posible por darte gusto.

—Permitame V., señor Duque,—dijo entonces Moulinet despertando de laboriosa meditación:—le veo á V. dispuesto á llevar las cosas al último extremo...

—¿No ha oído V. á su hija, señor mío?—dijo tranquilamente Bligny.—¿Me cree usted tan desconocedor de mis deberes que no defienda á mi mujer?

—No se trata de eso,—replicó Mouli-

net,—y confieso que V. ha obrado con perfecta caballerosidad. Pero mi hija es una loca al excitarle á la violencia cuando sólo se le debe aconsejar la conciliación. Todo puede arreglarse, puesto que sólo se trata de pasajero desacuerdo entre dos amigas, de insignificante cuestión entre dos primas, que terminará con un abrazo. ¡Pero un duelo, un escándalo, una ruptura! ¿No medita usted las consecuencias? Para V. son enormes, ¿y para mí?... ¡Para mí son desastrosas!... ¡Usted mata mi candidatura!

—A pesar de la gravedad de la situación no pudo menos el Duque de echarse á reír, y Atanasia, hundida en una butaca y replegada como una víbora, dejó oír un desdenoso murmullo.

—Perdón, señor Duque,—añadió Moulinet con aire de autoridad,—creo haber hecho bastante por V. para permitirme algunas exigencias. Es preciso que esta deplorable cuestión se arregle. Todos los días ocurren otras semejantes que terminan pacíficamente. La cosa es fácil. Se redactará un acta, de la cual resultará que la señora Derblay retira lo que ha dicho. Mi hija retirará lo que ha respondido. Usted, yerno mío, retira su provocación, y retirando cada cual alguna cosa, sólo faltará...

—Que nos retiremos nosotros mismos,—dijo el Duque.

—Esto es lo que se hace de ordinario.

—Pero no cuando se trata de personas como el Sr. Derblay y yo. Créame V., señor Moulinet, imponga silencio á su excelente corazón, abogue las quejas de candidato alarmado y deje marchar las cosas tal y como han sido arregladas... Tengan ustedes buenas noches: necesito hablar con La Brede antes de acostarme.

Y saludando á su mujer y á su suegro con tranquilidad, salió el Duque.

Moulinet dió entonces algunos pasos hacia Atanasia.

—Vamos á ver, mi querida hija,—balbuceó.

La Duquesa, sin mirarle, fría y pálida, se levantó, y empujando con mano airada la puerta de su habitación, desapareció. Movió Moulinet melancólicamente la cabeza, y por primera vez comprendió que existían dificultades imposibles de vencer con dinero.

—Consultemos con la almohada,—dijo; —mañana será de día y todos veremos más claro.

Con una vaga esperanza de que se arreglaría la cuestión, fué á tenderse en la cama del emperador Carlos V.

Dos horas hacía ya que Felipe dormía tranquilo sueño, cuando le despertó una ligera presión en el hombro. Abrió los ojos, y al ver al Marqués de Beaulieu, se puso vivamente en pie. Era ya de día. El reloj señalaba las seis y media.

—Tenemos tiempo,—murmuró Felipe.

Nunca se había sentido más tranquilo de ánimo y vigoroso de cuerpo, y esta sensación le enorgullecíó, porque aquel sér de imperiosa voluntad se alegraba secretamente al comprobar su fuerza moral. Fué al balcón y lo abrió, aspirando el puro y ligero ambiente impregnado del perfume de las flores húmedas de rocío. Miró distraído á las verdes y profundas masas del parque. Una bruma ligera, trasparente y azulada flotaba sobre los árboles como un vélo, y el sol alto ya en el cielo hacía brillar la superficie tranquila del estanque. La naturaleza se había adornado sin duda para festejarle.

—¡Hermoso día!—exclamó alegre Felipe como si se preparara á salir de caza.

Miró al Marqués, y en sus tristes ojos leyó una censura. Acercóse entonces á su cuñado, y estrechándole afectuosamente la mano le dijo:

—No se sorprenda V. de encontrarme descuidado y casi alegre. Tengo el presentimiento de que todo se acabará bien para mí.

Y con acento grave, añadió:

—Sin embargo, como conviene prever una desgracia, he tomado las disposiciones precisas, que encontrará V. firmadas en esa carta.

Al mismo tiempo indicó un pliego cerrado

sobre la mesa, en cuyo sobre estaba escrito el nombre de maese Bachellín.

—Mi antiguo amigo y V. serán mis testamentarios. Dejo á V., mi querido Octavio, lo que yo más quiero.

La alegría resplandeció de pronto en el rostro del Marqués. Quiso hablar, pero le faltó la voz, y abrazando á Felipe se echó á llorar sobre su hombro.

—Vamos, Octavio, tranquilícese V., —añadió Felipe. —Espero que sea mi mano la que dé á V. á mi hermana, pero si no existiera yo, amigo mío, cuando VV. se casen, á ella bien, que lo merece. Es un corazón sensible que el menor dolor destrozaría.

Su voz era dulcísima al hablar de aquella niña, para quien había sido verdadero padre. Se pasó la mano por la frente, y añadió tranquilo y risueño:

—Voy á vestirme. ¿Quiere V. subir conmigo y me acompañará? Después iremos á buscar al Barón. Deseo salir de aquí sin que nadie lo advierta...

Octavio inclinó la cabeza sin responder, pero un momento después, y haciendo un esfuerzo, dijo:

—Felipe, antes de venir aquí esta mañana he visto á mi hermana... ¿Me promete usted no irse sin entrar antes en su habitación?

Miró Felipe al Marqués con ojos escrutadores.

—No conviene—añadió Octavio—que la deje V. sin darle ocasión de justificarse á sus ojos, si es posible...

Al ver que el dueño de la ferrería hacía un brusco movimiento de sorpresa, añadió gravemente el Marqués:

—Desde hace tres días sé lo que ha ocurrido, entre Clara y V. Todo me lo ha confesado, y conozco la culpabilidad de mi hermana, sintiendo infinito, créame V., los acerbos dolores que le ha causado, y admirándole por haberlos sabido ocultar. Pero ruego á V. que sea bueno é indulgente, y que no abrume á esa pobre y desesperada mujer. Es V. un hombre bravo y enérgico á quien todo puede decirsele. Piense usted que tal vez no vuelva ella á verle, y no la deje anonadada por el doble remordimiento de haberle amargado la vida, y quizá de haberle impulsado á la muerte...

Felipe apartó su semblante palideciendo, dió algunos pasos, y dirigiéndose después á Octavio, contestó:

—Haré lo que V. me pide, pero esta entrevista va á ser horriblemente penosa para su hermana y para mí. Procure V. abreviarla, viniendo á buscarme á su habitación para facilitarme la partida...

El Marqués hizo una señal de asentimiento, y estrechando cariñosamente la mano de Felipe, se alejó de él.

XIX.

Desde muy temprano fué la Baronesa á acompañar á su amiga, encontrándola después de la terrible agitación de la noche en un estado de sopor invencible. La señora de Prefont habló á Clara, sin conseguir contestación de ella. Con los ojos abiertos, crispada la boca, desfallecido el cuerpo, permanecía la joven echada en una butaca. Toda su vida se concentraba al parecer en la mirada sombría y fija en alguna espantosa visión.

Así pasó largo tiempo. La campana del reloj anunciando la marcha de las horas estremecía á Clara cada vez que sonaba. Sin estos estremecimientos y sin el espantado brillo de sus ojos, se la hubiera creído dormida.

La llegada de su hermano la sacó de esta postración, acogándose apasionadamente á la esperanza de ver á Felipe antes de su partida. Febril, con dos manchas rojas en sus mejillas, y apagada voz, encargó á Octavio conseguir de su marido este favor supremo.

Desde aquel momento, esperó agitada de nuevo, yendo sin cesar del balcón, cuyas cortinillas levantaba para ver si la engañaban

y si Felipe se iba, á la puerta, junto á la cual escuchaba para oírle llegar, ansiosa, enervada, y mostrando á la Baronesa asustadísima el espectáculo de creciente locura.

De pronto, el ruido de algunos pasos la hizo retroceder, como si temiera encontrarse frente al que llamaba con toda su alma. Palideció, oscureciéronsele las ojeras que tenía, é hizo señal á la Baronesa para que se alejase. Permaneció de pie, trémula y sin voz al ver entrar á Felipe.

Por un momento quedaron ambos silenciosos; él examinando con dolor las huellas que tan terribles angustias habían impreso en el rostro de la joven; ella, que un momento antes imaginaba decirle tantas cosas, procurando coordinar sus ideas, y encontrando vacío su dolorido cerebro.

No pudo soportar más tiempo Clara este profundo silencio; dirigióse á Felipe, le cogió una mano entre las suyas, y exhalando un gemido, la cubrió de lágrimas y besos.

Cuando el dueño de la ferrería esperaba una explicación y se había preparado á oír súplicas, la explosión puramente física de aquel dolor, que sabía era sincero, le trastornó. Quiso retirar su mano, en la que sentía correr las ardientes lágrimas de la que amaba, y no pudo conseguirlo. Estremeciéndose al sentirse sin fuerzas contra tanta aflicción.

— ¡Clara, — dijo en voz baja, — por favor!

me perturba V. profundamente cuando necesito toda mi sangre fría... Cállese V., se lo ruego... procure ser más fuerte, y si le interesa mi vida, no me aflija.

Al oír estas palabras levantó Clara la cabeza. La expresión de su semblante era distinta.

Pareció haber tomado súbita determinación.

—¡Vuestra vida!—dijo.—¡Ah! ¡prefiero dar cien veces la mía! ¡Miserable de mí, que por arrebatada le he puesto en este peligro! ¿No debía antes soportarlo todo? Sufriendo expiaba el daño que le causé, y en un momento de arrebato todo lo he olvidado. Pero ese desafío es insensato... No se verificará. Yo sabré impedirlo.

—¿Cómo?—preguntó Felipe frunciendo el ceño.

—Sacrificando mi orgullo á vuestra seguridad. ¡Oh! nada me hará retroceder, puesto que se trata de V.; me humillaré ante la Duquesa, si es preciso; buscaré al Duque... Todavía es tiempo.

Las facciones de Felipe se contrajeron.

—Se lo prohibo á V.,—dijo con fuerza.—No olvide que lleva mi nombre, y cualquiera humillación suya sería también mía. Además, sepa V. que odio á ese hombre, causa de mi desdicha, y que hace un año anhelo encontrarme con él frente á frente. ¡Ah! créame V., hoy es día feliz para mí.

Bajó Clara la cabeza. Desde hacia tiempo estaba habituada á obedecer cuando mandaba Felipe, y calmado éste después de sus violentas frases, añadió con dulzura:

—Aprecio y agradezco á V. sus intenciones. Hubo al principio de nuestra vida común un desacuerdo que á los dos nos ha causado muchas penas. No hago á V. sola responsable. Falta mía ha sido no saberla comprender ni saberme sacrificar... ¡La amaba demasiado!... pero no quiero alejarme dejándole sospechar que le conserva mi alma rencor alguno. Puede V. estar tranquila, Clara. Perdóneme á su vez el mal que la he causado, y despidámonos.

Al oír estas palabras resplandeció el semblante de Clara, y levantando los brazos con un impulso de apasionado reconocimiento, exclamó:

—¡Perdonar yo á V.! ¿Pues no está viendo que le adoro? ¿No lo ha adivinado usted desde hace tiempo en mi turbada voz y en la expresión de mis ojos?

Se había acercado á Felipe, y echándole los brazos al cuello apoyaba la rubia cabeza en su hombro, embriagándole con su perfume y enardeciéndole con su mirada.

Continuó entonces hablando como si sonara:

—¡Ah! no te vayas. ¡Si supieras cuánto te amo! Quédate aquí, junto á mí, comple-

tamente mío. ¡Somos tan jóvenes, y tenemos tanto tiempo para ser felices! ¿Qué te importa esa mujer y ese hombre que nos odian. Los olvidaremos. ¿Quieres que nos vayamos lejos de donde están? Con nosotros irán la felicidad, la vida y el amor.

Felipe apartó suavemente los brazos que le entlazaban y alejó á Clara.

—Aquí—dijo sencillamente—están el deber y el honor.

La joven exhaló un gemido al comprender de nuevo la terrible realidad. Durante un momento vió su imaginación al Duque con la pistola en la mano y en los labios la malévolá risa; quiso lanzarse, hacer el último esfuerzo, retener á Felipe á pesar suyo, y exclamó:

—¡No!... ¡no!...

En aquel instante se presentó Octavio en la puerta, hizo á Felipe una señal con la cabeza y se retiró. Conoció Clara que había llegado el momento de la partida, y como si se desgarrase un velo que oscurecía su espíritu, comprendió que todo había concluido. Estrechándose al pecho de su marido le abrazó por última vez con frenesí.

—¡Adiós!—murmuró Felipe.

—¡Oh! ¡No me dejes así bajo la impresión de esa helada palabra! ¡Dime que me amas! ¡No te vayas sin habérmelo dicho!

Felipe permaneció inquebrantable. Había dicho que perdonaba, y no quiso decir que

amaba. Apartó á Clara de sí, dirigióse á la puerta, y al salir le dijo como última esperanza:

—Ruegue V. á Dios que vuelva vivo.

Clara dió un grito que hizo acudir á la Baronesa. El carruaje que conducía á Felipe codaba ya por el camino.

Sin preocuparla la presencia de Sofia, echóse Clara en una butaca y ocultó la cabeza en los cojines, no queriendo ver ni oír y deseando que su vida se suspendiera durante la hora terrible que iba á pasar. Así permaneció algunos instantes.

La hizo levantar de repente la dulce voz de Susana que llamaba á la puerta diciendo: «¿Se puede entrar?»

Clara cruzó dolorosa mirada con la Baronesa. Aun iba á verse obligada á disimular, procurando engañar á aquella niña, que ignoraba la verdad. El fresco y risueño semblante de Susana apareció por la puerta entreabierta.

—Ven, hija mía,—dijo Clara.

Y á fuerza de voluntad sonrió.

—¿Qué! ¿Aun no está V. vestida?—exclamó la joven viendo á su cuñada con un peñador.—Pues yo he dado ya la vuelta al parque en el carruaje pequeño.

Recorrió Susana la habitación registrándolo todo como gatita mimada.

—Acabo de encontrar á Felipe —añadió—con el Barón y Octavio; iban en coche

cerrado... Tenían un aspecto singular... ¿A dónde irían así los tres?

Clara se sonrojó y palideció sucesivamente. Angustioso sudor corría por su frente. Cada palabra de Susana aumentaba su tormento.

—Si mi marido iba con ellos,—contestó la Baronesa,—irían á algún experimento... quizá á alguna visita á las canteras.

—¿Hacia dónde se dirigían?—preguntó Clara con trémula voz.

—Hacia los Estanques. Acaso vayan á la Varenne.

—Oh! no,—dijo la Baronesa.—El Duque de Bligny no es hombre capaz de levantarse antes de las diez...

Clara no oyó más. Hacia los Estanques, había dicho Susana, é inmediatamente vió su imaginación la encrucijada con su verde alfombra, sus vallas pintadas de blanco, y en el fondo las durmientes aguas bajo las inclinadas ramas de los árboles. Aquel sitio triste y solitario era el más á propósito para un desafío. Tenía un aspecto de desolación que le hacía propicio á cualquier escena trágica. Allí era donde el Duque y Felipe iban á batirse: estaba segura de ello, como si les viese.

Dominada por terrible agitación, arrastrada por el deseo de saber, no pudo permanecer quieta. Tomó un vestido y se lo puso apresuradamente. Un proyecto tan

pronto concebido como ejecutado excitó todos los resortes de su voluntad.

—¿Te has servido del carruaje pequeño?—preguntó á Susana.—¿Dónde lo has dejado?

—En el patio de las caballerizas,—respondió la joven;—estarán desenganchándolo ahora.

—Voy á tomarlo. Tengo que hacer un encargo esta mañana,—dijo con rapidez Clara.

Y cubriéndose con una toquilla de encaje la desnuda cabeza, salió apresuradamente.

Sola, guiando con atrevida mano, partió á escape. Lejos de calmar la fiebre, el movimiento la sobrecitó, y tuvo el frenesí de la velocidad, llevando el caballo á galope y saltando el carruaje en los baches de un camino de bosque, con peligro de hacerse mil pedazos.

Ningún obstáculo la detenía, aumentando á cada instante la rapidez de la carrera, rígidos los nervios, mordiéndose los labios, envidiando las alas á las aves, y escuchando, con la respiración entrecortada por los latidos de su corazón, si sonaba en el silencio del bosque un siniestro disparo.

Pero el bosque continuaba silencioso, oyéndose sólo á lo lejos los cascabeles de los carruajes que iban por la carretera. La alfombra de hierba de la alameda extendíase á lo lejos, mitigando el ruido de las pisadas

del caballo, que despedía espeso vapor de sus costados, rodeándole como una nube. Excitado con rabia, tropezó y cayó. Saltó Clara al suelo, y continuó con celeridad al través del bosque. Su instinto le advirtió que llegaba al sitio. Escuchó, y oyó que hablaban.

Miró á su alrededor. A veinte pasos, y á orillas de los Estanques, estaba el kiosko chino del Sr. Moulinet, reflejando en las aguas sus placas de porcelana. Desde allí podía ver Clara sin ser vista. Ligera como gamo acosado, deslizóse al través de las ramas, y subiendo los peldaños que conducían á la galería circular, se detuvo ansiosa y asustada.

En medio de la plazoleta, el Barón andaba á largos pasos midiendo la distancia. La Brede y Moulinet, éste pálido y acongojado, cargaban las armas. Al extremo opuesto de aquel claro del bosque paseaba Felipe lentamente, hablando con Octavio y el médico. A tres pasos del kiosko, mascujaba un puro el Duque, quebrando maquinalmente con el junquillo que llevaba en la mano los elevados tallos de digitales.

Recordó Clara con el corazón oprimido la enervada llena de cazadores y elegantes damas, y el almuerzo servido por los graves criados de la Varenne. Aquel día todo era alegre, brillante, feliz. Estuvo entonces celosa; pero ¿qué eran los celos al lado de

tormento que sufría en este momento? Tenía á la vista dos hombres que trataban de matarse por causa de ella, y dentro de un instante alguno de ellos quedaría tendido en la hierba.

Nublados los ojos, tuvo que agarrarse á la balaustrada para no caer. Su debilidad fué, sin embargo, de corta duración. Miró de nuevo, anhelosa y con horrible atención.

Los adversarios estaban ya en sus respectivos sitios, y el Sr. Moulinet exclamaba con acento de súplica:

— ¡Señores, por favor, señores!...

La Brede le empujó, riñéndole severamente. Octavio entregó á Felipe la pistola y retrocedió algunos pasos. La Brede preguntó con voz serena:

— ¿Están VV. prontos, señores?

El Duque y Felipe respondieron á la vez: «Sí.»

El joven añadió, contando lentamente: «una, dos, tres; ¡fuego!»

Clara vió las dos pistolas bajar amenazadoras. En este supremo instante perdió la razón. Un invencible impulso la hizo avanzar; dió un grito, saltó de un brinco la escalinata del kiosko, y arrojándose ante la bala que amenazaba á Felipe, tapó con su blanca mano la boca de la pistola de Bligny.

En el mismo instante sonó una detonación; Clara se puso pálida como muerta, y agitando fuera de sí su mano herida y en-

sangrentada, salpicó con grandes manchas de sangre el rostro del Duque. Después dió un profundo suspiro, y cayó sin sentido.

Hubo entonces un momento de indescriptible confusión. El Duque retrocedió horrorizado al sentir en la cara aquella lluvia roja y caliente; Felipe de un salto cogió á Clara, y levantándola con la misma facilidad que á una niña, la llevó al carruaje que les esperaba á la vuelta del camino.

Los ojos de la joven se habían cerrado. Ansioso el dueño de la ferrería, levantó con ayuda del médico la pobre mano mutilada, y besó con adoración aquella carne que por él sufría.

Sombrío el médico, examinó con destreza de mujer el brazo de Clara.

—No hay fractura,—dijo al fin satisfecho.—Hemos librado mejor de lo que se podía esperar. La mano quedará seguramente bien señalada, pero lo remediará la señora Derblay no quitándose los guantes.

Y se echó á reír, recobrando su sangre fría de operador. Arregló después los almohadones del coche para que la joven fuera cómodamente sentada.

Felipe, trastornado todavía, no se apartaba de su esposa, alarmándole el largo desmayo. La voz del Barón que le llamó hizo recordar la situación. La Brede muy agitado acompañaba á Prefont.

—El Duque de Bligny me encarga, ca-

ballero, que le manifieste su profundo pesar por la desgracia de que ha sido involuntario autor. El accidente ocurrido á la señora Derblay le aflige tanto, que ha modificado sus propósitos. Parece imposible ahora que continúe el desafío. El valor de mi amigo es indiscutible, como lo es el vuestro. Todos somos aquí hombres de honor... y el secreto de lo ocurrido será fielmente guardado.

El dueño de la ferrería miró á Bligny trémulo y lívido, apoyado en una valla, enjugando maquinalmente su rostro, y viendo, con dolor intenso de su alma, que cada vez impregnaba la fina batista de su pañuelo una nueva mancha roja. Pensó que su bala pudo herir de muerte á Clara destrozando su bella frente ó atravesándole el blanco pecho, y en aquel momento, juzgándose con severidad, le horrorizó lo que había hecho, y resolvió apartarse para siempre del camino de la que por su culpa tanto había penado.

La Brede continuaba hablando á Felipe con una emoción que no le era habitual. El dueño de la ferrería oyó vagamente que el joven le aseguraba su personal sentimiento y dejó que le apretase vigorosamente la mano. Viendo al Duque que se alejaba impulsado por Moulinet, obligó al médico á subir al coche, subió él al pescante, cogió las riendas, y partió rápidamente.

En la espaciosa habitación de los tapices antiguos en que las diosas llenan la copa á

los guerreros, estaba Felipe silencioso, sentado junto al lecho como durante la larga enfermedad de Clara.

Preso la joven de la fiebre, sin haber recobrado el conocimiento hacia una hora se agitaba en la cama. Abrió al fin los ojos, y con vaga mirada buscó á Felipe. Este se levantó vivamente inclinándose hacia ella. Clara sonrió, y con su desnudo brazo rodeó el cuello de su marido, atrayéndole dulcemente. Su perturbado cerebro no tenía aún noción exacta de las cosas, y creyó flotar inmaterial en los espacios celestes. Ya no sufría, y deliciosa languidez se había apoderado de su espíritu. En voz tan baja que apenas la oyó Felipe, murmuró:

—Estoy muerta, ¿no es verdad, bien mío? He muerto por tí. ¡Qué feliz soy! Tú me sonríes, tú me amas; estoy en tus brazos. ¡Qué dulce es la muerte, y qué adorable la eternidad!

De pronto, el sonido de su voz la despertó; agudo dolor atravesó su mano, y se acordó de todo: de su desesperación, de su angustia, de su sacrificio.

—¡No! ¡yo vivo!—exclamó.

Rechazó á Felipe, y mirándole ansiosa como si la respuesta fuera de vida ó muerte, preguntó:

—Una sola palabra, responde: ¿me amas?

Felipe le mostró su rostro radiante de júbilo.

—Sí, te amo,—respondió.—Había en tí dos mujeres. La que tanto me ha hecho penar, ya no existe. Tú eres la que siempre adoré.

Clara dió un grito; sus ojos se llenaron de lágrimas; se abrazó desesperadamente á Felipe; sus labios se tocaron, y en éxtasis inexplicable se dieron el primer beso de amor.

FIN.



UNIVERSIDAD

ADÓNOMIA DE
CIÓN GENERAL DE

Small white label on the spine with illegible text.